
La protección del LAIRD
Sarah McAllen

LA PROTECCIÓN DEL **LAIRD**

Sarah McAllen

La protección del LAIRD

Septiembre 2025

© de la obra de Sarah McAllen

Depósito legal: B 17776-2025

Instagram: @sarahmcallen_

Facebook: Sarah McAllen

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Portada: Sara González

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

La información de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Puedes estar sumida en la desesperación,
hasta que llega alguien que te da la mano
para ayudarte a salir de ese abismo de dolor.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mis guardianas y guardianes por estar junto a mí, viviendo las historias de esta serie que tan especial me ha resultado. Espero que la hayáis disfrutado tanto como yo.

A las mujeres de mi vida: mi hija, mi madre y mi abuela, tres generaciones de mujeres fuertes y valientes, que me han enseñado todo lo que sé.

A mi correctora, Sonia Martínez Gimeno, gracias por darle el toque final a mis manuscritos.

A Lisbeth Cavey por las interminables charlas que tenemos por WhatsApp. Tus audios son lo más.

A Nani Mesa por revisar que no se nos haya pasado nada. Eres una máquina.

Y también a todo el aquelarre de brujis. Gracias por estar ahí.

Sin más, deseo que la historia de Arthur y Liz consiga robaros un trocito de vuestros corazones. En el mío ya vivirán para siempre.

Sarah McAllen

PRÓLOGO

Escocia, 1716
Clan Fraser

El viento rugía entre las colinas del clan Fraser, sacudiendo los estandartes rojos y verdes que ondeaban orgullosos sobre Tùr Carraige.

Elizabeth Fraser, envuelta en su gruesa capa de lana, recorría con la mirada el horizonte. A sus dieciocho años, se sentía feliz y satisfecha. Estaba enamorada de Arran, el hijo primogénito del clan Hamilton, y, en pocos días, ambos se casarían.

Su amor había nacido bajo los cielos grises de las *Highlands*, y se fue fortaleciendo con las promesas susurradas junto al río y las risas compartidas durante los festejos de los clanes.

Con una sonrisa soñadora dibujada en su lozano y hermoso rostro, entró al castillo que había pertenecido a los Fraser durante generaciones. Entonces, su padre se plantó frente a ella y le soltó:

—El joven Hamilton ha roto vuestro compromiso.

Liz sintió aquellas palabras como un golpe que le arrebató el aliento.

—No puede ser cierto, padre. Arran me ama.

—Al parecer, no lo suficiente —refunfuñó con voz grave.

—¿Por qué iba a romper nuestro compromiso? No tiene sentido —repuso con desesperación.

El *laird* de los Fraser contrajo la mandíbula.

—Eso no tiene importancia.

—Claro que la tiene, padre. Es necesario para mí entender qué ha sucedido —gritó, aferrándose a la manga de su camisa, desesperada por saber la verdad.

—¡Suéltame! —le exigió cortante—. Lo único relevante es que todo el mundo creerá que eres una mujer sin valor y por eso te ha desechado. Nadie querrá casarse contigo tras este rechazo.

Lanzándole una última mirada severa, se alejó.

Elizabeth anduvo hasta su alcoba, con las mejillas bañadas de lágrimas. Una vez dentro, se dejó caer de rodillas sobre el duro pavimento de piedra sin encontrar consuelo. La incertidumbre de no saber qué había pasado la consumía como haría el fuego con un pergamino.

No podía creer que Arran la hubiera engañado con respecto a sus sentimientos. Sabía que la quería, pero, en ese caso, ¿por qué la abandonó? ¿Qué podía haber sucedido para romper su promesa sin más explicaciones?

Estuvo llorando hasta que sus ojos parecieron secarse y, de sopetón, se puso en pie, con la determinación de averiguar qué motivó a Arran a comportarse así.

Salió al pasadizo y bajó las escaleras para colarse en el despacho de su padre. El olor a cera derretida la envolvió, mientras, con los dedos temblorosos, revisó los papeles apilados en el robusto escritorio de roble.

Su padre le había negado una respuesta, pero ella no estaba dispuesta a aceptarlo. Era su vida y su felicidad, tenía derecho al menos a recibir una explicación.

Rebuscó en todos los compartimentos de su escritorio los pergaminos y cartas que había en ellos, hasta que su mirada recayó en un sobre lacrado con el sello de los Hamilton. Lo reconoció al instante.

Con el corazón acelerado, sacó la carta y la desplegó. La familiar letra de Arran hizo que sus ojos volvieran a humedecerse.

Laird Fraser,

Con gran pesar escribo esta carta, a sabiendas de que mis palabras van a causar un tremendo dolor a Elizabeth. Sin embargo, he de romper mi compromiso con su hija.

Sé lo que esperaba de mí, que abandonara todo lo que soy, mis orígenes*…,* que renunciara a mi apellido para adoptar el suyo, me lo dejó claro en nuestro último encuentro. Y si fuera un hombre sin responsabilidades para con mi familia, lo haría sin dudarlo, pero no puedo.

Mi clan y mi gente me necesitan, les debo lealtad y no puedo darles la espalda, por mucho que mi corazón grite lo contrario.

Elizabeth merece un esposo que sepa lo valiosa que es y que se entregue a ella sin reservas, y me gustaría que le transmitiera que no renuncio a ella por falta de amor, sino por la obligación que mi posición como primogénito conlleva.

Espero que, algún día, ambos puedan perdonarme.

Atentamente, Arran Hamilton

Elizabeth sintió como si, en cierta manera, aquella carta aliviara su dolor. Su amor no había sido traicionado, ni tampoco fue una farsa. No obstante, su padre le había exigido a Arran un sacrificio demasiado grande.

Las lágrimas surcaban su rostro mientras apretaba la carta contra su pecho. Aquel era el hombre que ella conocía y amaba. Uno que sentía devoción por su familia y su clan. ¡Por su isla!

Comprendía su decisión, no podía reprocharle nada, y aquello lo hacía aún más difícil, porque no le permitía aferrarse a la rabia o al dolor para olvidarlo, solo rezar para que el tiempo sanara su corazón sangrante.

***

Elizabeth no tuvo demasiado tiempo para recuperarse, ya que unas pocas semanas después, durante una tarde en la que el viento soplaba con fuerza contra las paredes de Tùr Carraige, como si el mismo tiempo le quisiera advertir de la tormenta que estaba a punto de estallar en su interior, llegó Russell, un primo hermano de su padre.

Los dos hombres tendrían más o menos la misma edad. Liz apenas recordaba haber visto un par de veces en su vida a Russell siendo solo una niña. Por eso, cuando sus pequeños ojos castaños se posaron sobre ella con codicia, dio un paso atrás.

—¿Es ella? —le preguntó a su primo.

—Sí —asintió este—. Elizabeth, quiero que conozcas a Russell, tu prometido.

El rostro de la joven empalideció tras aquella declaración.

—¿Qué? —su voz, cargada de desesperación, resonó por todo el salón—. No puede estar hablando en serio, padre.

—No bromearía con un tema tan serio, Elizabeth —respondió Joseph Fraser, con el semblante pétreo—. Russell es un buen hombre, sabrá cuidarte. Además, es de nuestra sangre.

El pecho de Liz subía y bajaba de manera apresurada, a causa de su agitada respiración.

—¿Y si me niego a aceptarlo? —inquirió con el mentón alzado —. Estamos hablando del resto de mi vida. Seguramente, si tienes un poco de paciencia, podamos encontrar otro pretendiente adecuado…

—¡No hay otro! —gritó Joseph, cortándola—. Russell será tu esposo y es tu deber hacer frente a tus responsabilidades como mi única descendiente.

Liz apretó los puños a ambos costados de su cuerpo.

—Si no hubieras sido tan intransigente, Arran jamás hubiera roto el compromiso y no estaríamos en esta situación.

Los ojos de su padre se entrecerraron.

—¿Cómo sabes tú eso?

La joven parpadeó varias veces, dándose cuenta de que se había delatado.

—Bueno, yo…

—¿Has fisgado entre mis cosas? —la interrumpió de nuevo.

—Necesitaba entender qué había sucedido —se justificó.

Joseph mantuvo la postura, pese a que sus ojos reflejaban cuanto desaprobaba su conducta.

—Da igual, eso ya no tiene importancia. Te casarás con mi primo y no se hable más.

—No quiero hacerlo, es demasiado mayor, padre. ¡Tiene tu edad! —insistió con determinación.

—No tienes elección, es tu deber con el clan.

Liz sabía que seguir enfrentándose a su padre solo haría que se aferrara aún más a su decisión. La batalla no podía ganarla con gritos y cabezonería, pero podía intentar que el tiempo le hiciera entrar en razón.

Respiró hondo y pretendió que su voz sonase controlada:

—Al menos, concédeme tener un compromiso largo. Déjame conocer a mi… prometido —le costó referirse a aquel desconocido de ese modo—. No me obligues a casarme a ciegas, padre. Te lo suplico.

Joseph meditó minuciosamente la petición de su hija y después de unos segundos, asintió con lentitud.

—De acuerdo, me parece razonable.

—Joseph, no creo que esperar… —El *laird* alzó una mano para cortar la protesta de su primo.

—Te voy a entregar a mi única hija, Russell, me debes al menos tener un poco de paciencia —declaró con voz firme.

Muy a su pesar, el robusto hombre asintió, no sin antes dirigirle a Elizabeth una mirada lasciva. Se había quedado prendado de aquella belleza de cabello dorado y no permitiría que se le escapase.

***

Elizabeth estaba en el gran salón de Tùr Carraige cuando escuchó los cascos de varios caballos acercarse. Se puso en pie, se aproximó a la ventana y su corazón dio un brinco cuando reconoció a tía Delilah, la mujer con la que pasó gran parte de su infancia y adolescencia en París.

Le envió una carta explicándole su situación y suplicándole que viniera a interceder con su padre. Ella era la hermana de su difunta madre, y sabía que Joseph la respetaba por ello.

La figura de Delilah apareció en el umbral, envuelta en un elegante vestido de corte francés en tono azul oscuro. Lucía el porte distinguido de una mujer que sabía de la vida.

—¡Pequeña Lizzie! —exclamó sonriente y extendió los brazos.

Liz corrió hacia ellos sin pensarlo, refugiándose en su abrazo cálido y familiar. El perfume a jazmín le trajo recuerdos de las tardes que pasaban juntas, entre risas y lecturas entretenidas.

—Recibí tu carta, he venido en cuanto me ha sido posible.

—Lamento haberte metido en esto, tía, pero no sabía qué hacer. Estoy desesperada —confesó con los ojos anegados en lágrimas.

—Cálmate, Lizzie —le pidió, a la vez que le acariciaba la mejilla con suavidad—. Haré que tu padre me escuche y entre en razón.

Antes de que Elizabeth pudiera darle las gracias, la voz del aludido retumbó por todo el salón.

—Delilah, ¿qué haces aquí?

La elegante mujer se volvió hacia él con el mentón alzado.

—¿Has prometido a tu hija con un hombre que podría ser su padre? Porque si es así, me decepcionarías, Joseph.

—Vaya, parece que las noticias vuelan —repuso, lanzándole a Liz una mirada furiosa.

Con paso calmado, entró al salón y se sentó en uno de los robustos sillones de respaldo alto. Con seguridad, clavó sus ojos sobre Delilah y dijo:

—Es mi hija y haré lo que me venga en gana con ella.

—Solo tiene dieciocho años, por el amor de Dios.

—La edad suficiente para asumir sus responsabilidades.

La mujer avanzó un par de pasos hacia él, desafiándolo de un modo que pocas mujeres se atreverían, pero Delilah era valiente y determinada, por eso mismo Liz la admiraba.

—¿Y qué hay de su felicidad? ¿Acaso no te importa? —contraatacó.

—Lo que me importa es el futuro de este clan. Por desgracia, Dios no me concedió más hijos, y no pienso permitir que los caprichos de una muchachita pongan en peligro el legado de mi familia.

—¿Caprichos? —repitió Liz con la voz estrangulada por las lágrimas que se negaba a derramar—. Padre, solo te pido que me permitas elegir a otro pretendiente.

—Se razonable, Joseph —le suplicó Delilah—. Lizzie es una joven hermosa, inteligente y cultivada. No será difícil que un hombre joven se interese en ella.

El *laird* se puso en pie de golpe y las fulminó a ambas con la mirada.

—No discutiré esto contigo, Delilah. Elizabeth cumplirá con su deber, como todos nosotros.

—¿Como mi hermana? —inquirió la elegante mujer con el mentón alzado—. Tras el complicado parto de Lizzie, le dijeron que, si volvía a quedarse en cinta, lo más probable era que muriera, pero tú te empeñaste en tener a tu heredero. La condenaste a muerte, y después, me enviaste a tu hija para no tener que hacerte cargo de ella. Eso sí, ahora la necesitas y la tratas como si fuera otra más de tus posesiones.

El rostro de Joseph se endureció ante la mención a su difunta esposa.

—No vuelvas a nombrar a mi mujer —bramó a la vez que respiraba como un toro enfurecido.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que mis palabras son ciertas? —lo desafió, con la voz cargada de emoción—. Mi pobre hermana sufrió por tus decisiones, pero aún estás a tiempo de no hacer lo mismo con Lizzie.

El *laird* Fraser avanzó hacia ella. Su voz sonaba baja y peligrosa cuando dijo:

—No tienes derecho a cuestionarme.

—Tengo todo el derecho, porque soy su tía y la he criado como si fuera mi propia hija.

La tensión entre ambos era palpable, por eso, Elizabeth se posicionó entre ellos. Temía que su padre pudiera golpearla, a juzgar por cómo se hinchaban las venas de su cuello.

—Padre, por favor…

—¡Fuera! —tronó, y señaló hacia la puerta—. Ya no eres bienvenida aquí, Delilah.

La mujer lo miró con incredulidad.

—No puedes hablar en serio. Este es mi clan, soy una Fraser.

—Ya no —sentenció—. Desde hoy quedas expulsada y te prohíbo volver a pisar mis tierras, o no seré tan benévolo.

Respiró hondo, manteniendo su dignidad, y se volvió hacia su sobrina.

—No quiero dejarte aquí, mi niña —le susurró al oído mientras abrazaba a la llorosa jovencita.

—Lamento haberte metido en este lío.

—Shhh, no digas eso. —Le acarició la espalda—. Sabes que siempre puedes contar conmigo y que en París tienes un hogar. Este no lo es, solo una prisión, Lizzie. Vas a marchitarte si permaneces aquí encadenada al hombre que tu padre ha elegido para ti.

—No tengo elección —murmuró al separarse de ella.

—Siempre hay elección, mi vida —le aseguró, con los ojos brillantes—. Cuando estés lista y decidas que es tu momento de salir de aquí, estaré encantada de recibirte. Mi hogar siempre será el tuyo.

—¿Vas a obligarme a echarte por la fuerza, Delilah? —intervino Joseph, al borde de que su paciencia se agotara.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No hace falta, sé dónde está la puerta —respondió sin amedrentarse.

Le dio un último abrazo a su sobrina cargado de amor y tristeza. Después, salió del castillo y subió a lomos del caballo que la trajo allí unos minutos antes.

Liz no pudo evitar correr afuera para ver cómo se alejaba su única esperanza y a la persona que había desempeñado con ella el papel de madre. Quizá no volviera a verla, aunque una voz en su interior le gritaba que aquella despedida no era un adiós, sino un hasta pronto.

***

Tras un año de compromiso, ni Joseph ni Russell quisieron esperar más y el enlace se llevó a cabo a pesar de las protestas de Elizabeth.

Su matrimonio comenzó como una tregua silenciosa. No había amor y mucho menos pasión por parte de la joven, pero tampoco conflictos severos. Simplemente, tenía que soportar las atenciones de su esposo en el lecho marital, y después, podía ser libre el resto del día.

Sin embargo, cuando Joseph contrajo unas fiebres y murió, todo cambió.

La misma noche que lo enterraron, Russell se convirtió en el nuevo *laird,* y con ello, la estabilidad que había logrado mantener Liz se desmoronó.

Al principio, fueron sutiles cambios, como que Russell le exigía estar más atenta a él o se ponía más inquieto cuando otro hombre se dirigía a su esposa con amabilidad. Después, comenzaron los reproches sobre sus supuestos coqueteos con los guerreros Fraser, y su obsesión por Elizabeth fue creciendo. Era suya y no iba a permitir que nada ni nadie se la arrebatara.

—¡Eres mi esposa! —le dijo una noche cuando estuvieron a solas en su alcoba—. No quiero que andes seduciendo a cada hombre que se te cruza en el camino.

Liz lo miró atónita.

—¿Qué estás diciendo? Yo no seduzco a nadie.

—Claro que sí, lo haces. —La agarró con fuerza del brazo—. Con esos labios carnosos que tienes y esa mirada que hace hervir la sangre de cualquiera que pose sus ojos sobre ti.

—Suéltame, me haces daño —le pidió.

Sin embargo, Russell hizo lo contrario y sus dedos se aferraron aún más a la carne de la joven, como las garras de un águila cuando coge a su presa.

—Todos te miran, te desean —continuó diciendo con los celos bullendo por sus venas—, pero eres mía y no quiero que lo olvides nunca.

Elizabeth sintió un escalofrío recorrer su espalda. Nunca había visto a su esposo así, y la maldad que pudo apreciar en el fondo de sus ojos la atemorizó.

A partir de ese día, las paredes del castillo Fraser dejaron de ser un refugio y se convirtieron en su cárcel.

Russell estaba cada vez más obsesionado con ella y, en ocasiones, se ponía un tanto agresivo. En especial, porque Elizabeth no se quedaba en cinta y él creía que ella hacía algo para que su semilla no germinara en su vientre.

Por eso, cuando dos años después del enlace no le vino el periodo, Liz sintió una mezcla de alivio y angustia. El temor y la esperanza se enredaban en su corazón como un hilo imposible de separar. Traer un bebé a este mundo podía paliar los ataques de ira de su esposo, pero también sufría al pensar en que su bebé pudiera ser víctima de alguno de ellos.

Durante la espera, Russell la miraba con desprecio cada mes que pasaba sin que ella le diera la esperada noticia que tanto anhelaba. Sus palabras habían sido cada vez más hirientes, un

recordatorio constante de que su único valor en el mundo era engendrar un heredero y que ni para eso parecía servir.

Así que, cuando finalmente Elizabeth le comunicó la buena nueva, ella esperaba que se mostrara satisfecho; él, por el contrario, la miró con orgullo, como si fuera el único que había logrado aquella hazaña.

—¡Por fin! —se vanaglorió—. Creía que eras como esos prados de hierba infértil en los que crecen flores preciosas, pero que es imposible cultivar nada.

La joven alzó el mentón y posó ambas manos sobre su aún plano vientre.

—Quizá el problema no sea el prado, sino la semilla —se atrevió a decir.

Los ojos castaños de Russell relampaguearon. Fue entonces cuando Elizabeth recibió la primera bofetada por parte de su marido. La inercia del golpe la arrojó al suelo e hizo que las lágrimas se le saltaran.

Aún tirada sobre las frías piedras, alzó la mirada hacia él, entre sorprendida y atemorizada.

Russell la observaba fijamente y sin un ápice de compasión.

—No vuelvas a hablarme así, mujer, o tendré que enseñarte a comportarte como es debido —sentenció antes de darse media vuelta y alejarse.

Liz sollozó, sintiendo un vacío dentro del pecho. Estaba sola en el mundo, nadie podía ayudarla. Ni a ella ni al bebé que portaba en su vientre.

***

Los meses siguientes, Russell se encargó de que se alimentara bien, descansara y evitara cualquier posible peligro. No obstante, esas atenciones no eran por amor, solo por el ansiado heredero que crecía en su vientre.

Liz sabía su posición en el clan. No era una amada esposa, ni una compañera, tan solo era una madre en espera del hijo que asegurara la línea sucesoria del nuevo *laird*.

A pesar de todo, su corazón latía de emoción al pensar en sostener a su hijo entre los brazos, pero no podía ignorar el miedo que susurraba en lo más profundo de su alma.

El día en que su pequeño nació, la vida de Elizabeth pareció volver a iluminarse, y no era de extrañar, pues Nicholas Russell Fraser era el bebé más hermoso que jamás hubiera visto. Era pequeño, con unos mechones dorados que brillaban bajo los rayos del sol, y poseía unos ojos grises que reflejaban la pureza de un alma recién nacida.

Cada vez que lo miraba, Liz sentía que su corazón, tan golpeado y herido, se llenaba de un amor que no conocía límites.

—¿Qué sucede? —le preguntó a su esposo cuando se aproximó a su lecho y se quedó estudiando a su hijo con el ceño fruncido.

—Sus ojos.

Elizabeth no entendía qué quería decir.

—¿Disculpa?

—¿Por qué sus ojos son grises? —inquirió en tono acusatorio.

Entonces comprendió que, de nuevo, los celos y la inseguridad lo llevaban a pensar que ella había cometido un gesto tan reprobable como el adulterio.

—Mi madre tenía los ojos grises, iguales a los de nuestro hijo. Y si no confías en mi palabra, podemos ir a París a visitar a mi tía para que compruebes que es cosa de familia, porque ella también los posee —respondió con orgullo, harta de que dudara de ese modo de su moralidad.

Su esposo prefirió no decir nada más, pero días después, Liz descubrió que había echado del clan a todos los hombres jóvenes que tenían los ojos grises.

Por suerte, tras el nacimiento de Nicky —como a Elizabeth le gustaba llamarlo—, Russell le dio una tregua. Estaba menos controlador y ella aprovechaba cada instante de tranquilidad para

dedicárselo a su pequeño, prometiéndose a sí misma que, pasase lo que pasase, iba a protegerlo. Su presencia le daba fuerzas y era su motivo para seguir adelante. Una chispa de esperanza de que, incluso entre las ruinas de su propia vida, aún podía resurgir algo bueno.

***

El viento helado de las *Highlands* en invierno le golpeó el rostro con fuerza cuando Elizabeth salió fuera del castillo. Iba con su hijo en brazos en busca de un poco de leche de cabra.

No esperaba encontrarse con nadie, por eso su corazón dio un vuelco cuando sus ojos se cruzaron con los de Arran Hamilton.

Los años no habían menguado su atractivo, pero sí el brillo alegre de sus ojos oscuros, que ahora parecían apagados y sin vida. Había llegado a sus oídos que estuvo en la guerra y también que su padre falleció allí.

—Arran —murmuró sobrecogida.

Su expresión se suavizó cuando avanzó hacia ella.

—Hola, Liz —habló con voz baja pero firme, que le trajo recuerdos del pasado.

Sin embargo, ella ya no sintió ese amor que en otros tiempos la hacía estremecer. Aún le guardaba cariño, pero los años habían extinguido ese enamoramiento juvenil.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con temor a que Russell se enterara de su presencia.

—Tenía que venir a hablar contigo. Necesitaba saber si eres feliz.

Liz sostuvo a Nicky con más fuerza contra su pecho, sintiendo la calidez del pequeño cuerpo de su hijo.

—Soy feliz por él —respondió con sinceridad.

Arran observó al niño, que apenas tenía unos meses, y no pudo evitar pensar que ese podría haber sido su hijo si las cosas hubieran salido de otra manera.

—Nunca quise lastimarte.

—Lo sé —le aseguró—. Encontré tu carta.

—No podemos cambiar el pasado, pero el peso de la culpa de pensar si eras desgraciada no me dejaba dormir por las noches.

—Pues ya no tienes por qué preocuparte más, estoy bien —mintió, porque, en el fondo, era desgraciada y su única luz era el pequeño que llevaba en brazos—. ¿Y qué hay de ti? ¿Eres feliz?

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—Y si no fuera por los quebraderos de cabeza que me da mi hermana, aún más —trató de bromear.

Elizabeth sonrió.

—Morrigan siempre me cayó bien.

Permanecieron en silencio unos instantes, antes de que Arran hiciera una leve reverencia con la cabeza.

—Me ha gustado verte.

—Lo mismo digo.

—Cuídate, Liz.

Lo vio alejarse y sintió el anhelo al pensar qué hubiera pasado de casarse con él. Sin embargo, en los últimos años había aprendido que soñar no ayudaba en nada, solo hacía que te aferraras a una realidad que no existía y que no te permitía avanzar. Así que, irguiendo el mentón y con la determinación en su cabeza de luchar porque su hijo fuera feliz, continuó con sus tareas. Lo mejor era mantenerse ocupada.

CAPÍTULO 1

Escocia, 1725
Clan Fraser

El sol de la mañana se filtraba por las ventanas de Tùr Carraige y teñía el salón con tonos dorados y cálidos.

Liz observaba a su hijo, que movía la hogaza de pan que tenía entre las manos con entusiasmo.

—¡Madre, le he untado mucha miel! —exclamó Nicky, orgulloso de sí mismo por esa hazaña.

Elizabeth sonrió, apoyó el mentón sobre su mano y vio cómo el viscoso líquido ambarino goteaba sobre la mesa.

—Pareces todo un experto. Quizá deba pedirle mañana a Janice que descanse y tú la sustituyes en sus labores de cocina. ¿Qué opinas?

El niño arrugó su naricilla respingona y negó con la cabeza.

—Mejor que no, no quiero que Janice se enoje conmigo por usurpar su puesto de trabajo —fingió que no era por su falta de ganas de desempeñar dicha tarea.

Liz rio y bebió un trago del té que Russell trajo de Londres la última vez que estuvo allí.

—Tienes razón, no estaría bien sacar a Janice de la cocina, con lo ricas que están sus comidas y lo mucho que le gusta hacerlas —le siguió la corriente.

El niño sonrió de oreja a oreja y le dio un enorme bocado al pan. La pringosa sustancia se adhirió a sus mejillas.

—¿No es demasiado dulce tu desayuno? Creo que le has añadido mucha miel al pan.

Nicky negó con la cabeza.

—Me gusta mucho la miel. Es como comer rayos de sol.

Liz parpadeó varias veces, sorprendida por el símil que acababa de hacer su hijo.

—¿Comer rayos de sol? Es la descripción más hermosa que he escuchado.

El pequeño se encogió de hombros, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—La miel es dorada, como el sol, así que imagino que tengan el mismo sabor.

Elizabeth acarició sus rizos dorados y sonrió.

—Eres increíblemente listo.

—Qué le voy a hacer, así me hiciste —respondió tras alzar el mentón, orgulloso.

Ambos rieron ante aquella afirmación, pero las risas se terminaron en el instante en que Russell cruzó el umbral del salón y clavó sus fríos ojos sobre su esposa.

—Prepárate, Elizabeth —le ordenó con voz firme—. Mañana partiremos hacia la corte.

Liz sintió cómo se tensaba y, de soslayo, apreció que su hijo observaba a su padre con cierto temor.

—Russell, por esta vez podrías dejarme permanecer en el clan —le suplicó a la vez que trataba de mantener la calma—. Mi lugar está aquí, junto a nuestro hijo.

El hombre frunció el ceño y su postura se tornó rígida.

—Eres mi esposa e irás a donde yo vaya. ¡¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?!

Elizabeth se puso en pie y tomó aíre.

—La corte no es mi hogar y mientras tú estás ocupado con tus menesteres, yo permanezco sola y ociosa —quería hacerle razonar —. Mi deber es permanecer aquí, con nuestra gente.

Él soltó una carcajada que carecía de cualquier ápice de humor.

—¿Nuestra gente? —repitió con mofa—. No eres la líder de este clan, Elizabeth, pese a que pareces olvidarlo con bastante frecuencia. Sin mí, aquí no pintas nada, no eres más que un bonito adorno que decora este castillo.

Liz lo miró con fijeza. La distancia emocional entre ellos era tan grande que sentía como si no fuera más que un desconocido al que odiaba con todas sus fuerzas.

—No soy una posesión tuya, Russell, y tengo más valores que el de adornar, solo que tú no quieres verlo. Además, no puedes arrastrarme lejos de mi casa solo porque a ti se te antoje.

De repente, un fuerte revés hizo que se le girara el rostro y que un hilo de sangre corriera hacia su barbilla desde su labio recién partido.

La agarró con fuerza del brazo, clavando sus dedos en él, se inclinó ligeramente hacia ella y le susurró con una expresión que helaba la sangre:

—No vuelvas a hablarme de ese modo, mujer. Claro que puedo arrastrarte fuera del que tú consideras tu hogar, e incluso, a la tumba, porque recuerda que, si no eres mía, no serás de nadie.

—¡Deja en paz a mi madre, desgraciado! —gritó Nicky, y su voz infantil resonó con una firmeza inesperada.

Fue entonces cuando sintió que todo su mundo se derrumbaba. Su hijo, de apenas cinco años, miraba a su padre con valentía, lo que hizo que el corazón de Elizabeth se detuviese. Sabía que Russell no iba a tolerar ese comportamiento desafiante.

—Nicky, márchate —le suplicó Liz—. Esto es algo entre tu padre y yo.

Sin embargo, el pequeño no pareció escucharla. Sus ojos permanecían fijos en la figura de Russell y su postura era erguida y decidida.

—No tienes derecho a tratarla así —continuó diciendo, con el rostro encendido por la indignación—. Golpear a una mujer te convierte en un hombre sin honor.

El pequeño no entendía que su padre tenía el poder, pero sí era consciente del amor que sentía por su madre, y eso le impulsaba a protegerla.

Las aletas de la nariz de Russell se abrieron y cerraron ante aquella afirmación. Soltó el brazo de su esposa y se fue hacia su hijo a grandes y furiosas zancadas.

—¡No, déjalo! —gritó Liz, que trataba de detenerle sin éxito.

—Este mocoso va a aprender a respetarme —sentenció, cogiéndolo con brusquedad de la camisa y arrastrándolo tras él escaleras arriba.

Elizabeth los siguió con la respiración entrecortada a causa del terror que sentía.

—No es culpa suya, yo le he metido esas ideas en la cabeza. ¡Házmelo pagar a mí!

—De ti ya me encargaré después —aseveró.

Metió a Nicky en la alcoba marital de un empujón que lo arrojó sobre el duro suelo.

—¡Madre! —sollozó asustado. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡No lo toques! —vociferó Liz con desesperación.

Intentó llegar hasta su hijo, pero Russell la agarró del cabello y le asestó un fuerte puñetazo en el estómago que la dejó sin aliento; tras lo cual, se encerró junto al niño.

Elizabeth respiró hondo para intentar tomar aire, mientras con ambos puños golpeaba la robusta madera de la puerta.

—¡Russell, abre! —suplicaba—. ¡Por favor, no lo lastimes!

Los gritos de Nicky acompañados del sonido de golpes hicieron que su corazón latiera desbocado, mientras que su cuerpo se sacudía presa de temblores incontrolables.

—¡Que alguien me ayude! —rogaba sin saber que más hacer.

Pero nadie iba a ayudarla. Los sirvientes tenían miedo a las represalias de su señor si se atrevían a intervenir, mientras que los soldados tenían prohibido el acceso al castillo a causa de los

injustificados celos de su *laird*. Russell no solo la trataba a ella con puño de hierro, también al resto de los habitantes del clan.

De repente, se hizo el silencio tras la puerta cerrada, y resultó ser más aterrador aun que los gritos de auxilio de su hijo. Los minutos que habían pasado desde que se encerrasen en ese cuarto le parecieron horas, hasta que por fin el sonido de la cerradura le indicó que Russell había concluido su castigo.

—Todo esto es culpa tuya —espetó su esposo impidiéndole ver a Nicky con su enorme corpachón.

Ella alzó el mentón conteniéndose para no decirle que no era más que un monstruo, incapaz de albergar amor en su negro corazón. No obstante, temía perjudicar más a su hijo, así que guardó silencio.

Cuando comenzó a alejarse, Elizabeth alcanzó a ver al pequeño tirado sobre la cama.

—¡Dios mío! —exclamó, y corrió hacia él para acunarlo entre sus brazos.

Nicky hizo un gesto de dolor, así que le alzó la camisa y pudo ver las ensangrentadas marcas de los varazos que acababa de darle.

—Cuánto lo siento, mi niño —gimió con el corazón roto.

Sentía que era una mala madre por no haber podido protegerlo de la ira de su padre.

El niño se apretó contra su pecho entre lágrimas, en busca de una seguridad que estaba muy lejos de poder ofrecerle.

—¿Señora? —inquirió con cautela Emily, una de las sirvientas que llevaban más tiempo al servicio de los Fraser.

Elizabeth alzó sus ojos azules hacia ella, que miraba al niño acongojada.

—Ve a por la curandera —susurró con la voz rota.

La mujer de mediana edad asintió y se apresuró a hacer lo que le pedía.

Liz cerró los ojos en un intento por contener el pánico que la invadía. Notaba a Nicky frágil, dolorido y muy asustado, y ella era

incapaz de brindarle la seguridad que se merecía.

Lo que tenía claro era que no podía dejar que eso volviera a suceder. Su hijo no iba a sufrir el mismo trato que ella llevaba años aguantando. ¡Se negaba a ello!

Minutos después, la silueta de Bethany, la curandera del clan, apareció en el umbral. Era una mujer de avanzada edad y con una gran experiencia con las plantas curativas.

Se aproximó a ellos sin pronunciar palabra, y sus afilados ojos grises recorrieron la figura del niño, estudiándolo.

—Acuéstalo sobre el lecho —le pidió a Elizabeth.

Liz, con el corazón encogido, lo hizo.

—¿Madre? —balbució Nicky, asustado.

—Tranquilo, mi pequeño, estoy aquí y no me iré a ningún lado.

El niño asintió con valentía, pese a su corta edad.

Mientras la curandera examinaba y aplicaba un ungüento sobre sus heridas, Emily se colocó junto a Elizabeth y agarró su mano para darle consuelo.

—Todo va a estar bien, señora —le susurró la sirvienta—. Nicholas es un niño fuerte y se va a recuperar.

—¿Puede traer una camisa limpia para el chiquillo? —pidió Bethany.

—Enseguida —respondió Emily, pero Liz la detuvo.

—Ya voy yo.

Salió de la alcoba de manera apresurada. Intentó mantenerse firme, pero ya no podía más, por eso agradeció poder abandonar la estancia con esa excusa y dar rienda suelta a las lágrimas y la desesperación que sentía.

Sin dejar de sollozar, dirigió sus pasos hacia la habitación que ocupaba su hijo. Se acercó a su arcón para rebuscar una camisa limpia y fue entonces cuando un destello llamó su atención. Se inclinó para coger el objeto y su corazón se saltó un par de latidos al reconocer el colgante que Arthur le regaló hacía casi dos años ya.

Lo había escondido allí, intentando sepultar también sus recuerdos de él, y ahora que volvía a tenerlo en su mano, los sentimientos que despertó en ella parecieron resurgir de entre las cenizas de su corazón malherido.

Sus dedos acariciaron con suavidad el colgante de plata con un rubí engarzado y las últimas palabras que Arthur le dijo al despedirse acudieron a su memoria:

«Pase lo que pase, siempre podrás contar conmigo».

Y, en ese instante, supo que Arthur Hunter era su única esperanza.

Con nerviosismo, bajó al despacho de Russell y se alegró de no habérselo encontrado por el camino. Sacó un pergamino del cajón de su escritorio y cogió una pluma.

Arthur,

Hubiera deseado no meterte en mis conflictos familiares, por desgracia, no tengo otra opción.

Necesito ayuda para poder huir junto a mi hijo a París.

Nunca me ha gustado depender de nadie, pero la seguridad de mi hijo está en peligro.

Atentamente, Elizabeth Fraser

No había tiempo para darle más explicaciones. Si Arthur seguía siendo el hombre que conoció, sabría que cada palabra escrita contenía una urgencia apremiante, incapaz de plasmarla en una misiva.

Se guardó el pergamino en el bolsillo y con pasos rápidos se dirigió a las caballerizas, con la esperanza de encontrar a Elliott, el único guerrero en el que confiaba ciegamente. Solía pasar el día por allí, porque era amante de los caballos, y, por suerte, no se equivocó.

—Elliott —susurró mirando en derredor para asegurarse de que nadie la viera—. Preciso tu ayuda.

El joven guerrero se aproximó a ella al percibir el desosiego en la expresión de Elizabeth.

—Lo que necesite, señora.

Liz le entregó el pergamino y el colgante.

—Lleva esto al clan Hunter y pregunta por Arthur. Solo él debe leer el contenido de esta carta. Es muy urgente —finalizó con los ojos suplicantes y cargados de lágrimas.

El muchacho guardó todo en su *sporran* y asintió.

—Le diré al señor que mi hermana se ha puesto enferma y debo ir a visitarla.

Liz sintió como un nudo de agradecimiento presionaba su garganta.

—Jamás podré pagarte todo lo que haces por mí —murmuró, haciendo alusión a otros favores que le hizo en el pasado.

Elliott le sonrió con timidez antes de alejarse. Entendía la magnitud de la misión que Elizabeth le había encomendado, solo debía observarla para saber que algo grave acababa de suceder.

Liz respiró hondo antes de volver de nuevo al interior del castillo para darle a Bethany la camisa que le pidió.

Iba a luchar por darle a su hijo una vida mejor, no permitiría que creciera en un mundo donde los golpes de su padre quebrantasen su voluntad. ¡Jamás se resignaría a eso!

CAPÍTULO 2

La luna bañaba la colina cuando Arthur llegó a la tumba de su hermano. No importaba donde estuviera, ni cuán lejos lo llevaran sus viajes; siempre volvía para su cumpleaños. Era una promesa que hizo cuando falleció y jamás la rompería si estaba en su mano.

Miraba las piedras que había entre los árboles y que marcaban el lugar donde sus restos descansaban, cuando oyó crujir una rama tras de él y sonrió, a sabiendas de quien se trataba.

—Sabía que te encontraría aquí, tío —dijo Catriona con una sonrisa dibujada en el rostro.

Arthur se volvió hacia ella. Llevaba sus rizos rojizos sueltos y con una capa se protegía del viento nocturno.

—No puedo faltar a esta cita, sobrina —respondió dando unos pasos hacia ella y estrechándola entre sus brazos.

El abrazo duró unos segundos, suficiente para demostrarse todo el cariño que se tenían. Arthur juró proteger a sus sobrinos cuando Harris murió, eran su única familia.

—¿Cómo ha ido todo por aquí en mi ausencia?

Cat emitió una leve risa.

—Una auténtica locura —reconoció—. Con unas criaturas de dos años que jamás se agotan y solo quieren atención, es imposible aburrirse.

Arthur arqueó una ceja, divertido.

—Y, aun así, sigues igual de hermosa. ¡Bien por ti, sobrina!

Catriona puso los ojos en blanco.

—Yo no diría tanto. ¿Has visto mis ojeras? —Las señaló—. Por suerte, todos en el clan Hamilton me ayudan con ellos. Me los tienen

consentidos.

—Pues prepárate, porque ahora que estoy aquí voy a ser uno más de esos consentidores.

Cat rio.

—¿Y qué hay de ti, tío? ¿Dónde has estado esta vez?

Arthur miró al horizonte, dejando que el viento fresco azotara su largo pelo rubio.

—De acá para allá. Visité a los McRae, me fui más al sur… Pero, al final, siempre regreso.

Catriona lo estudiaba con curiosidad.

—¿Qué buscas en esos viajes? ¿No tienes ganas de asentarte en algún lugar al fin?

—No lo sé, sobrina —respondió con una sonrisa melancólica—. Quizá no sea yo quien busque nada y sea el mundo el que me llama a mí.

—Pues espero que el mundo deje de llamarte de una vez y decidas quedarte con nosotros por una temporada más larga. Ya sabes que, tanto en el clan Hunter como en mi nuevo clan, siempre tendrás un sitio para ti.

—Lo sé, sobrina. —Pasó un brazo sobre sus hombros y comenzaron a encaminarse hacia Tùr Eilein. El caballo blanco de Arthur caminaba tras ellos—. Cuando mi espíritu aventurero se apacigüe, no dudaré en ocupar tu casa o la de tu hermano —bromeó.

Entraron al castillo y el aire fresco de la noche se mezcló con el calor de los hogares encendidos, que creaban una atmósfera acogedora.

Callum se encontraba de pie en el vestíbulo y los miró con una sonrisa ladeada.

—Sabía que estaríais en la tumba de padre.

—Como en cada uno de sus cumpleaños desde su fallecimiento —apostilló su hermana.

—Ya era hora de que regresaras a casa, tío. Hay un mensajero que lleva esperando largo tiempo a darte una misiva. Se ha negado a marcharse hasta entregártela personalmente, así que deduzco que debe ser importante.

Arthur frunció el ceño, intrigado.

—¿Cuánto hace de eso?

—Hace dos lunas.

—¿Dos lunas? —repitió incrédulo.

Callum asintió.

—Y no quiere decir quien lo envía, solo insiste en esperarte.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—Duerme en los establos, no hubo manera de convencerlo de ocupar una de las habitaciones del castillo.

—Vayamos a ver de qué trata esa carta misteriosa —declaró Arthur, encaminándose hacia las caballerizas.

Sentía una extraña opresión en el pecho y la sensación de que algo malo sucedía. Sus sobrinos le seguían, tan intrigados como él mismo.

Entraron en los establos y se encontraron al joven mensajero dormido sobre un lecho de heno.

—Muchacho, despierta —le ordenó con voz firme.

El chico abrió los ojos de golpe, sobresaltado, y, al reconocerlo, se incorporó con rapidez.

—Señor Hunter, llevaba días esperándolo.

—Eso me han dicho, no obstante, no hacía falta. Mi sobrino es de mi total confianza, podrías haberle entregado a él la carta.

El joven negó con énfasis.

—Mi señora me dijo expresamente que solo podía entregarle este mensaje a usted, y jamás rompo mi palabra —declaró con el mentón alzado.

¿Señora? Aquella alusión hizo que el vello de la nuca de Arthur se erizara.

—¿Dónde tienes la misiva, muchacho?

Elliott se agachó para sacarla de su bolsa y se la entregó.

—Aquí la tiene, señor.

Arthur tomó el pergamino entre sus manos, sintiendo el peso de las palabras que había allí plasmadas incluso antes de leerlas.

—También me dio esto para usted. —Le alargó un colgante que reconoció al instante e hizo que su corazón se desbocara.

Lo cogió y se lo quedó mirando unos segundos. Elizabeth. Ese nombre es el que repetía su cabeza una y otra vez.

Con un nudo atenazándole las entrañas, frunció el ceño, rompió el sello y comenzó a leer. La tinta del pergamino no eran solo las palabras de auxilio de Elizabeth, sino también el eco de unos sentimientos que jamás habían dejado de existir pese a haber intentado acallarlos.

Durante todo el tiempo que había estado sin verla, trató de alejarla de su mente, diciéndose a sí mismo que era una mujer casada. Sin embargo, cada noche, cuando trataba de dormir, su imagen regresaba a él con una claridad devastadora.

Sus ojos.

Azules como el cielo despejado de las *Highlands*, como el mar en calma tras una tormenta…

Su sonrisa.

Desprendía una luz especial las pocas veces que se permitía esbozarla y ser feliz. Era como un millón de chispas que iluminaban cualquier rincón de su corazón, incluso los más oscuros.

Su espíritu.

Fuerte, más de lo que nadie pudiera adivinar a simple vista. Liz no era una mujer que se doblegara ante su destino; luchaba, resistía y enfrentaba los problemas con valentía. Era generosa y buena, y no le importaba arriesgarse por lo que creía justo.

Cerró los ojos y tomó aire.

Elizabeth estaba en peligro, le pidió ayuda y él no estuvo para prestársela. ¿Sería demasiado tarde ahora? Esperaba que no.

Porque una cosa tenía clara en la vida, si Liz lo llamaba, él acudiría sin dudarlo. ¡Siempre lo haría!

—Debo partir —declaró con firmeza.

Cat y Callum se miraron entre sí, preocupados.

—¿Ahora? —inquirió la joven.

—¿Qué pone en la carta? —indagó su sobrino.

—Sí, ahora. Elizabeth Fraser precisa mi ayuda —les respondió a ambos.

Callum se cuadró de hombros y asintió.

—Iré contigo.

—No, creo que Liz quiere discreción. Además, tienes una bebé muy pequeña y un clan a tu cargo, no quiero involucrarte en ningún conflicto con los Fraser.

—Ella se arriesgó por mí —le recordó Callum.

—Y, si es necesario, acudiré en tu auxilio, sobrino; pero, por ahora, me iré con el joven Fraser.

—Elliot, puede llamarme Elliot —le pidió el muchacho.

Callum se cruzó de brazos, sin estar de acuerdo con aquella decisión. No obstante, respetaba a su tío, por lo que asintió.

—De acuerdo. Sin embargo, tu caballo habrá recorrido demasiadas leguas para llegar hasta aquí, no resistirá otro viaje inmediato.

Arthur apretó la mandíbula.

—No puedo esperar más, ya hace demasiado que debí recibir este mensaje.

Callum lo comprendía, así que se aproximó a una de las caballerizas y se quedó mirando a la preciosa yegua negra que había dentro.

—Llévate a Fury. Es la más rápida.

Arthur se acercó a su sobrino, agradecido por la confianza que depositaba en él al entregarle aquel animal con el que sabía que compartía un fuerte vínculo.

—Cuidaré de ella y volverá a casa sana y salva.

—Lo sé —aseveró el otro hombre posando su mano en el hocico de Fury.

Recorrió con sus dedos su sedoso pelaje.

—Es fuerte, lista y resistente, pero también rebelde. Trátala con cariño o tus posaderas acabarán en el suelo.

—Lo haré —prometió, y sonrió de medio lado, guasón—. Seré tan cariñoso como un amante recién desvirgado.

—¡Oh, por Dios! ¡Tío! —le reprochó Catriona.

Arthur soltó una carcajada.

—Lo siento, sobrina. Me comportaré a partir de mañana.

Cat sonrió y puso los ojos en blanco. Su tío no tenía remedio.

—No me gusta que te vayas así —admitió la joven—. Sin casi explicaciones y sin poder haber compartido tiempo juntos.

Arthur se aproximó a ella y pasó un brazo sobre sus hombros.

—A mí también me hubiera gustado quedarme unos días más y pasar tiempo con vosotros y los pequeños, pero se lo debo, sobrina. Sin ella no hubiéramos podido salvar la vida de tu hermano.

Catriona asintió. Lo entendía, pero eso no evitaba que se preocupara por él.

—Prométeme que regresarás pronto.

—Lo haré, no vais a libraros de mí tan fácilmente —comentó mirando a sus dos sobrinos alternativamente.

***

El frío del amanecer se filtraba en los huesos de Arthur mientras cabalgaba a lomos de Fury junto al joven Elliott.

Tenía la carta de Elizabeth y el colgante guardados en su *sporran* y suponían un peso en su conciencia imposible de ignorar. No podía apartar la culpa de su mente, pues mientras él viajaba y exploraba lugares lejanos, Liz sufría a manos de su esposo, ya que no le cabía duda de que él era el responsable de la desesperación que reflejaban sus palabras.

—¿Cómo está ella? —le preguntó a Elliott en voz baja, temiendo escuchar su respuesta.

Notó como el muchacho apretaba los labios.

—Mal, señor. Realmente mal.

Arthur apretó con fuerza las riendas.

—¿A qué te refieres? —necesitaba que fuera más concreto.

—Nuestro *laird* es un hombre cruel. No la trata bien, nunca lo ha hecho, y de un tiempo a esta parte es aún peor.

Algo dentro de Arthur se tensó y una tremenda sed de venganza se prendió en el centro de su pecho.

—¿Y nadie ha hecho nada por ayudarla?

Elliott bajó la mirada, un tanto avergonzado.

—No nos atrevemos, sabemos cómo se las gasta con quien lo contradice. Ya apenas quedan guerreros fieles al anterior *laird* en el clan. La mayoría han sido expulsados y sustituidos por maleantes que molestan a las mujeres y asustan a los ancianos.

Arthur dejó escapar un profundo suspiro. La rabia hervía en su interior. Cada galope de Fury marcaba el ritmo de su propia desesperación. Se imaginaba a Liz golpeada, asustada, completamente sola, sin nadie que pudiera echarle una mano, y acudiendo a él en busca de auxilio.

¿Cómo debió sentirse cuando los días fueron pasando y no obtuvo respuesta a su carta?

Había soñado con Elizabeth más veces de las que podía contar. Sus ojos azules se colaban en sus pensamientos sin permiso y su voz llegaba hasta él en los momentos de silencio, como un eco que jamás desaparecía.

La trató de silenciar en otros cuerpos, con mujeres sin nombre que fueron su alivio en noches solitarias. No obstante, ninguna de ellas llenó su vacío.

Ahora sentía que le había fallado.

Mientras él retozaba en otros lechos, ella estuvo atrapada en una vida de sufrimientos y malos tratos.

Rezó porque estuviera bien. No era un hombre que buscara el favor divino, pero en ese instante, cabalgando para reencontrarse con Liz, murmuró una plegaria. Si estaba a tiempo de salvarla, no pensaba volver a fallarle.

CAPÍTULO 3

Las velas titilaban en el gran salón de la corte y proyectaban sombras doradas sobre el papel pintado y el frío mármol del suelo.

Elizabeth estaba sentada junto a Russell, ataviada con un precioso vestido de seda verde. Lucía elegantes joyas que su esposo le había regalado y que no significaban nada para ella. Creía que, tras darle una paliza, un collar podía resarcir sus pecados; no era así.

Se mantenía en silencio, no quería decir algo que despertara su ira, por lo que se abstrajo pensando de nuevo en la carta desesperada que le envió a Arthur y de la que jamás recibió respuesta. También le preocupaba que a Elliott le hubiera sucedido algo cuando no volvió al clan, pero tampoco podía pedirle a Russell que lo buscara, puesto que se suponía que estaba en casa de su hermana enferma.

Había pasado mucho tiempo. Demasiado.

Al principio, no hacía otra cosa que contar los días desde la partida del joven guerrero. Cada amanecer era otra oportunidad para escapar de las garras de su esposo, sin embargo, los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses.

Arthur nunca apareció.

Quizá Elizabeth hubiera sido una ingenua al creerse su promesa de que, pasara lo que pasara, siempre podría contar con él. Al parecer, «siempre» era decir demasiado.

Liz apenas oía las voces de su marido y el resto de nobles estirados con los que charlaba. Ella solo esperaba con ansia el día que volvieran a casa y poder reunirse de nuevo con su hijo, que, por suerte, se recuperó al completo de los golpes que su padre le

propinó. Solo le quedaban unas leves cicatrices en la espalda, que eran lo que la alentaba a no desistir en su empeño de escapar a París con la tía Delilah.

Amy, una de las sirvientas de la corte, le había dicho que conocía a un hombre que podía ayudarla; debía reunirse con él en el bosque, junto a un gran olmo.

No sabía si podía confiar en ese desconocido, pero se reuniría con él de todas formas. Era su única esperanza para escapar de Russell.

Aquella noche apenas pudo dormir, necesitaba estar atenta para escabullirse de la corte sin que nadie se percatara. Amy la ayudaría a hacerlo por la puerta de servicio a cambio de una pulsera con diamantes que le entregó el día anterior.

Envuelta en una capa azul oscura, se encontró con la sirvienta en las cocinas, donde la esperaría cuando volviera, o, al menos, rezaba porque así fuera. Solo le quedaba confiar en la buena fe de las personas.

Se adentró entre los árboles, su corazón latía con fuerza. A medida que las sombras del crepúsculo se cerraban a su alrededor, el miedo se iba apoderando de ella.

Llegó hasta el enorme olmo y miró en derredor; no vio a nadie. Se echó la capa hacia atrás y se pasó las manos por el cabello con nerviosismo.

Quizá todo hubiera sido un invento de la sirvienta para quedarse con una de sus joyas y no existiera ningún desconocido que pudiera ayudarla. Si ese era el caso, no sabía que más podría hacer.

De repente, una mano firme surgió a sus espaldas y le cubrió la boca, arrastrándola hacia la oscuridad. Intentó luchar, pero su atacante era mucho más fuerte que ella. No obstante, hubo algo en el olor del hombre que le resultó familiar.

—Tranquila, Liz, soy yo —le susurró al oído aquella voz ronca que la había perseguido desde la última vez que la escuchó.

Su miedo, de repente, se transformó en incredulidad, así que, cuando la liberó, se giró con brusquedad y lo miró sin saber qué decir.

«Arthur», repetía su mente una y otra vez, sin embargo, las palabras se negaban a salir de su boca.

Él la observaba con intensidad cuando dijo:

—Lamento haber tardado tanto. No recibí tu carta hasta dos meses después de que la enviaras —le explicó con una sombra de culpabilidad reflejada en su tono de voz—. En cuanto Elliott me la entregó, fui al clan Fraser, y una sirvienta me explicó que estabas aquí.

Liz inhaló profundamente y sus ojos se cargaron de lágrimas. Él no le había fallado, estaba allí para ayudarla.

—Ya no creía que vinieras… —logró balbucir.

Arthur dio un paso más hacia ella y sonrió de medio lado.

—Te dije que siempre podrías contar conmigo, y nunca rompo una promesa.

Elizabeth le devolvió la sonrisa.

—No sé cómo agradecerte que estés aquí.

—No hay nada que agradecer, tú nos prestaste tu ayuda cuando la necesitamos, y ahora yo te devuelvo ese favor.

Liz no pudo contener las lágrimas por más tiempo y estas rodaron por sus níveas mejillas. Las emociones se agolpaban dentro de su pecho, como una tormenta furiosa amenazando con desbordar la barrera que había construido para contenerlas.

—Arthur… —su voz temblaba—. Russell golpeó salvajemente a Nicky, por eso debo huir. Tengo miedo de que vuelva a hacerle daño y soy incapaz de protegerlo. Mi única opción es alejarme de mi marido, pero sé lo peligroso que es.

La furia latente en el interior de Arthur le hizo apretar las mandíbulas hasta que sus dientes rechinaron. Tenía deseos de coger a ese desgraciado del cuello y apretarlo hasta que exhalara su último aliento.

Sin pensarlo dos veces, cogió a Liz y la atrajo hacia él. La notaba temblar entre sus brazos, mientras se aferraba a su camisa como si fuera su único refugio.

—No voy a permitir que os vuelva a poner un dedo encima. Yo os protegeré a ambos —susurró contra su sedoso cabello—. Lo juro.

Elizabeth cerró los ojos, sintiendo por primera vez en mucho tiempo un ápice de esperanza.

Alzó la mirada hacia él. Era la primera vez que lo veía tan de cerca y era aún más atractivo.

—Aún no podemos huir, Nicky sigue en casa.

Arthur asintió. Debía contener los deseos de coger su precioso rostro entre las manos y besarla como tantas veces soñó.

—Soy consciente de ello, por eso, cuando regreses al clan, actuaremos con rapidez. No quiero darle tiempo al bastardo de tu esposo para que te vuelva a arrastrar tras él a algún otro lugar.

—¿Cómo lo haremos?

—Tendré mi yegua preparada y cargada con provisiones. Deberemos escapar en plena noche y no detenernos para que no puedan alcanzarnos.

—Es buena idea. Russell me mantiene vigilada a excepción de cuando duerme. —Alzó los ojos al cielo, donde el sol comenzaba a despuntar—. Por eso debo regresar, no querría que despertara y no me encontrara en la alcoba.

A regañadientes, Arthur la soltó.

—Prometo no fallarte esta vez.

Elizabeth esbozó una sonrisa esperanzada.

—Nunca lo has hecho.

***

Liz entró a la alcoba que ocupaba junto a su esposo, sin darse cuenta de que unos ojos indiscretos la vieron llegar a hurtadillas.

Vincent, uno de los guerreros leales a Russell y que había llegado junto a él al clan cuando se prometieron, se mantenía oculto

entre las sombras del corredor.

Supo que aquella silueta oculta bajo la oscura capa no era otra que su señora. Hubiera reconocido su manera de moverse entre un millar de mujeres.

No sabía de dónde venía, pero por el aire misterioso con el que miraba alrededor, estaba seguro de que fuera el motivo que fuera, a su *laird* no le gustaría.

¿Vendría de encontrarse con algún amante? Era lo más probable, porque no se la imaginaba conspirando a espaldas de su esposo. Era una mujer y no creía que tuviera la inteligencia suficiente para ello.

Fuera lo que fuere, lo averiguaría. A partir de ahora no le quitaría el ojo de encima.

CAPÍTULO 4

Liz apenas había probado bocado durante el desayuno. Tenía el estómago cerrado y los nervios a flor de piel. Por eso, agradeció que Russell se reuniera con un par de *lairds* y la dejara libre por unas horas.

Sin embargo, una sombra se interpuso en su camino. Alzó los ojos y se encontró con el rostro marcado por la viruela de Vincent.

—¿Sucede algo? —le preguntó extrañada de que le cortara el paso.

—Eso me gustaría saber a mí —repuso con una expresión inescrutable—. ¿De dónde venía al amanecer, señora?

El corazón de Elizabeth se aceleró ante aquella pregunta.

—¿Al amanecer? —trató de que su voz sonara calmada y convincente—. No sé de qué hablas, Vincent. Yo estaba durmiendo junto a mi esposo.

El guerrero entrecerró los ojos y la analizó con atención.

—¿Seguro? —Dio un paso más hacia ella, acortando la distancia que los separaba.

Liz mantuvo la compostura y la mirada fija en sus ojos castaños para darle más credibilidad a sus palabras. A pesar de eso, no pudo evitar apretar la tela de su falda entre las manos, para controlar el temblor que sentía.

—Completamente. Puedes preguntarle a mi marido si tienes dudas. —Rezó porque no lo hiciera—. De todos modos, quiero que sepas que tus insinuaciones me resultan insultantes.

Vincent inclinó ligeramente la cabeza y esbozó una sonrisa, como si saboreara la mentira de Elizabeth.

—No parece tan segura como quiere demostrar, mi señora.

Siguió avanzando hacia ella y Liz retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared del corredor. Tragó saliva cuando la mirada lasciva del hombre recorrió su escote.

—Apártate, Vincent —le ordenó como si tuviera el control de la situación, cuando la verdad era que estaba atrapada.

—Elizabeth, Elizabeth. —Negó con la cabeza sin dejar de sonreír y la llamó por su nombre de pila—. Podemos hacer una cosa, mi boca permanecerá cerrada si tú me compensas por ello. Puedes tenerme como enemigo o como amigo. —Con sus dedos acarició el borde de su escote—. Y conociendo a tu esposo, no creo que se tomara mi información demasiado bien.

Liz lo empujó y, con paso rápido, se alejó de él.

—Te doy unos días para pensarlo —decretó a su espalda, con la seguridad de saber que tenía todas las de ganar.

Elizabeth sentía el peso de los afilados ojos del guerrero clavados sobre ella al salir a los jardines de palacio. Necesitaba tomar aire.

Cuando giró la vista hacia el otro extremo del jardín, su mirada se cruzó con la de Arthur, que le dedicó una cálida sonrisa.

A sabiendas de que Vincent la observaba de cerca, apretó los dientes y desvió la mirada al instante, concentrándose en tomar el camino opuesto a él.

En medio de esa maraña de pensamientos y nerviosismo, chocó de bruces con una figura alta y robusta, que la sostuvo por los brazos para que no acabara cayéndose al suelo.

—¡Santo cielo, señora Fraser! —exclamó una voz profunda y risueña—. Si todas las damas se lanzaran de este modo sobre mí, no tendría que esforzarme por seducirlas.

Liz parpadeó, recuperándose del impacto, y levantó la vista para encontrarse con el rostro apuesto de Dennis McRae.

El *highlander* lucía su largo cabello negro desordenado, sus profundos ojos azules que chispeaban divertidos y esa sonrisa traviesa que sin duda había partido más de un corazón incauto.

—Lo siento, estaba distraída —se disculpó alejándose un par de pasos de él.

—Ha sido evidente. Aunque déjeme decirle que siempre es agradable que una mujer tan hermosa se choque de este modo con uno.

—Sabe que estoy casada, señor McRae —dijo con voz tensa, consciente de que Vincent aún la vigilaba.

—Eso no significa nada para que le haga un cumplido, ¿no cree?

Elizabeth negó con la cabeza y trató de alejarse.

—Si me disculpa, tengo prisa.

Dennis notó que algo le sucedía. Frunció el ceño y la tomó de nuevo del brazo para detenerla.

—Espere un momento, señora Fraser. ¿Se encuentra bien?

Ella carraspeó y trató de esbozar una sonrisa.

—Perfectamente —le aseguró—. Solo un tanto distraída, ya se lo dije.

Dennis arqueó una ceja sin soltarla.

—¿Por qué tengo la sensación de que es preocupación y no distracción? Parece más nerviosa que una novia en su noche de bodas.

Liz respiró hondo y lo miró con ojos suplicantes.

—Debo marcharme —murmuró—. Le ruego que me permita hacerlo.

Dennis se quedó estudiándola unos segundos más, a sabiendas de que le sucedía algo, pero finalmente la liberó.

—Si necesita ayuda…

—Gracias, estoy bien. Solo tengo asuntos que atender —le cortó y comenzó a alejarse.

—Si alguna vez vuelve a necesitar estrellarse con alguien, solo tiene que decírmelo —soltó a su espalda con intención de hacerla sonreír, pero ni con esas. Estaba claro que a aquella mujer algo le rondaba la cabeza.

Una ligera palmada en el hombro le hizo volverse para encontrarse con Arthur Hunter.

—¡Arthur! ¿Qué haces aquí? Parece que últimamente el viajero solitario se siente atraído por la corte más de lo esperado. ¿Acaso te estás domesticando? —bromeó.

Su amigo esbozó una leve sonrisa.

—No llegará el día en que tú me veas domesticado.

Dennis soltó una carcajada y ambos comenzaron a andar hacia un lugar menos concurrido.

—Te vi hace unos segundos con Elizabeth Fraser. ¿Sucede algo? —indagó Arthur, como de pasada.

No obstante, su amigo, que lo conocía bien, entrecerró los ojos y sonrió de medio lado.

—¿Y eso te interesa porque…? —dejó la frase en el aire para que el otro la terminara.

—Ya sabes que nos ayudó a liberar a Callum. Mi sobrino está vivo gracias a ella.

Dennis asintió y tomó esa respuesta por válida, pese a saber que el interés de su amigo iba mucho más allá.

—Lo cierto es que la he notado más inquieta, como si estuviera angustiada por algo. ¿Sabes el motivo?

Arthur endureció las mandíbulas y rumió si debía compartir lo que ocurría con él. Aunque, si había alguien en quien confiara ciegamente, esos eran los hermanos McRae. Le demostraron muchas veces que eran hombres de palabra, así que exhaló un suspiro y procedió a contarle todo.

Los malos tratos que Liz y su hijo sufrían. La carta que recibió varios meses atrás. El plan de huida a París que tenía en mente.

Cuando terminó, el rostro de Dennis se veía sombrío y había perdido esa sonrisa que lo caracterizaba.

—La situación es grave —murmuró.

—Lo es —aseveró Arthur—. Por eso voy a ayudarla, cueste lo que cueste. Se lo debo.

—Puedes contar conmigo también —se ofreció Dennis.

—Es peligroso.

Su amigo enarcó las cejas.

—¿Crees que eso me va a persuadir de no hacerlo? Solo consigues que mi interés por ayudaros aumente. Un poco de peligro siempre está bien para no aburrirme.

Arthur puso los ojos en blanco y asintió.

—De acuerdo. Vuelvo a estar en deuda contigo.

—Me debes tantas que he perdido la cuenta —bromeó—. Por cierto, mis hermanos también están aquí. Debo explicarles en lo que voy a meterme.

—Jackson se alegrará mucho —ironizó Arthur.

Dennis se carcajeó.

—Es posible que esté tentado a darme una paliza. No descarto que acabe haciéndolo.

***

La habitación que ocupaba Jack, el hermano mayor de Dennis y *laird* de los McRae, estaba cargada de tensión cuando terminaron de explicarles su plan de ayudar a Elizabeth y a su hijo a huir a París.

Jackson escuchaba con atención, con el ceño fruncido y una expresión de pocos amigos dibujada en su rostro, tremendamente parecido al de Dennis y Drake.

—¿Sois conscientes de lo que supone que ayudéis a una mujer a abandonar a su esposo en plena noche? —inquirió el *laird* con voz grave.

—Que haríamos lo correcto —respondió Drake, con su templanza habitual.

—Además, ese ser no es un esposo, solo un monstruo —aseveró Jenn, la única hermana que tenían y que insistió en acompañarlos a la corte en aquella ocasión.

—Lo comprendo, pero no es tan simple —continuó diciendo Jackson—. Fraser es leal al rey y todos sabemos que hay una

relación estrecha entre ambos. ¿Os dais cuenta de que, si llega a enterarse de nuestra implicación en este asunto, afectaría a todo el clan? No puedo poner en riesgo a todos los McRae por una disputa marital.

—¿Disputa marital? —repitió Jennifer con los ojos llameantes—. Ese maldito Fraser la golpea, e incluso se atrevió a hacerlo con su hijo. ¡Un niño de cinco años, Jack!

Su hermano mayor se apretó el puente de la nariz con ambos dedos. Se debatía entre lo que creía que sería mejor para su clan y lo que le dictaba su honor.

—Si Fraser se entera, nos declarará a todos enemigos —apuntó Arthur, que en cierto modo se sentía responsable de ponerlos en aquella tesitura.

—Aun así, no podemos permitir que Elizabeth siga en esa situación. Una mujer como ella no se lo merece —terció Dennis—. Yo voy a ayudarla; no hace falta que os involucréis todos.

—Dennis, no te precipites. Piensa que estamos hablando de la seguridad del clan —insistió Jack, que pretendía ser sensato y precavido.

—¿Qué dice de nosotros si dejamos que un hombre trate de ese modo a su esposa e hijo, sin intervenir? —terció Drake con el gesto serio—. Nos hemos criado con una madre fuerte y un padre que nos enseñó a respetar a las mujeres por encima de todo, así que, con tu permiso o sin él, hermano, ayudaré a Elizabeth Fraser.

—Opino igual —apostilló Jenn.

Jackson miró a sus tres hermanos durante unos instantes. Veía en sus ojos que no iban a echarse a atrás con respecto a este tema.

Su mente analítica sopesó cada riesgo y posible consecuencia y, a pesar de todo, sabía que jamás podría quedarse al margen si ellos decidían seguir adelante con el plan de huida de la señora Fraser.

Resignado, se pasó una mano por el rostro antes de exhalar pesadamente.

—Está bien —gruñó—. Lo haremos.

Dennis sonrió con satisfacción, Drake asintió con determinación, y Jennifer se lanzó a sus brazos, orgullosa de su decisión.

Arthur, que permaneció en silencio la mayor parte de la conversación para no condicionarlos, sintió una ola de gratitud recorrerle el cuerpo. Conocía a pocas personas tan honorables como los McRae.

—No olvidaré esto —dijo con sinceridad, y clavó sus ojos en cada uno de ellos—. De hecho, os prometo mi lealtad eterna.

Jack bufó.

—Más bien promete que todo saldrá bien y no me veré obligado a entrar en guerra con un clan como los Fraser.

—Vamos, hermanito. —Dennis le palmeó la espalda—. ¿Cuándo te hemos fallado? Confía en nosotros.

—Prefiero confiar en una buena estrategia —rezongó.

—Eso es esencial —repuso Arthur—. Si vamos a hacer esto, no podemos dejar cabos sueltos. Tenemos que ser rápidos y movernos con precisión. No creo que tengamos demasiadas oportunidades para que Liz y su hijo puedan huir.

—Lo más inteligente sería dejar unas huellas falsas para despistarlos y ganar tiempo —sugirió Drake.

—¿El niño será capaz de seguir el ritmo que exigirá la huida? —inquirió Jenn con preocupación.

—Deberá hacerlo, no hay más remedio —respondió Arthur—. Será una carrera por la supervivencia, su libertad… Y espero que el esfuerzo y el riesgo merezcan la pena.

CAPÍTULO 5

Liz permanecía sentada junto a la ventana de la alcoba. Observaba el cielo teñirse de los tonos dorados y rojizos del atardecer cuando Russell hizo acto de presencia.

Sin poder evitarlo, se tensó. Estar a solas en la misma habitación que él siempre le hacía ponerse a la defensiva.

—Recoge tus cosas, mañana mismo partiremos hacia el clan —le informó.

Su corazón dio un vuelco, agitado con emociones contradictorias.

Por un lado, sentía felicidad por poder regresar junto a Nicky. Estaba deseando verlo y abrazarlo. Cada día alejada de él había supuesto un castigo.

Sin embargo, junto a esa alegría también acechaba el miedo.

Miedo a que Russell volviera a estar cerca del niño. Su mera presencia ya era una amenaza en sí, puesto que era cruel y su temperamento demasiado voluble.

Además, regresar significaba que su plan de huida se convertía en más real y le causaba un tremendo pánico que algo saliera mal.

—¿Me has oído, mujer?

Liz parpadeó varias veces para salir de su ensimismamiento.

—Eeeh… Sí, sí… Te he escuchado —se apresuró a contestar, tratando que su voz sonara calmada—. Solo que no esperaba que nos fuéramos tan pronto. Me sorprendiste, eso es todo.

Russell la miró entrecerrando los ojos.

—Ya he cumplido con los propósitos que nos trajeron a la corte, no hay razón para quedarnos más tiempo. ¿O acaso tú sí tienes

razones para querer quedarte?

Elizabeth se puso en pie y negó con la cabeza.

—Al contrario. Me alegro, estoy deseando regresar junto a nuestro hijo.

Su marido la estudió durante unos segundos que a ella se le hicieron interminables. Sabía que buscaba cualquier atisbo de duda o falsedad. Por suerte, pareció no hallarlo, porque asintió y se marchó de nuevo.

Liz respiró hondo, aliviada, y, con las piernas temblorosas, caminó hacia la puerta. Debía informar a Arthur de sus planes de partir al día siguiente para que estuviera preparado también.

Sin embargo, nada más abrir la puerta de la alcoba, se encontró con Vincent, que lucía una sonrisa depredadora en su cruel rostro.

—Querida Elizabeth, ya me he enterado de que regresamos a casa —comentó mientras avanzaba hacia ella, haciéndola retroceder hacia el interior de la estancia.

—No creo que mi esposo viera con buenos ojos que entres en nuestro cuarto cuando estoy sola —le dijo con el mentón alzado pese al escalofrío que le recorría la espalda.

—He mantenido tu pequeño secreto —murmuró con voz baja y calculadora, ignorando las palabras de la joven—. Por lo que, cuando lleguemos al clan, me cobraré mi deuda.

Alargó una mano para posarla de manera lasciva en la estrecha cintura de Elizabeth e hizo que el pánico anidara en su pecho. De todos modos, esta vez no permitió que la paralizara y, antes de que el guerrero pudiera reaccionar, se movió con rapidez y, con todas sus fuerzas, le dio un rodillazo en sus partes nobles, consiguiendo que se doblara en dos con la cara desencajada por el dolor.

Con la ira atizándola, agarró el alfiler que llevaba prendido en el vestido y lo clavó en su mejilla, arrancándole un agónico grito de dolor antes de que se llevara la mano a la herida sangrante.

Sin mirar atrás, Elizabeth salió corriendo de la alcoba con la respiración acelerada y el pulso desbocado. Al girar una de las

esquinas del corredor, vio a Arthur junto a Dennis McRae.

En cuanto este se percató de su presencia y apreció su palidez, no dudó en aproximarse a ella.

—¿Qué te ocurre? —indagó con preocupación.

—No tiene buen aspecto, señora Fraser —aseguró Dennis, que posó una mano sobre su hombro.

Antes de que Liz pudiera responder, pudo ver la mirada fría de Russell clavada en ella.

—Yo…

—¿Así que este es el amante con el que se reúne a escondidas? —escupió Vincent a sus espaldas, con desprecio—. ¿El joven McRae? Ayer vi cómo se abalanzaba sobre él y ahora se toma la libertad de tocarla con una familiaridad sospechosa.

Elizabeth sintió el veneno de sus palabras corroerle la piel.

Arthur, por su parte, dio un paso adelante, colocándose entre Liz y el guerrero Fraser.

—Cuida tus palabras, Vincent —le advirtió con voz baja y peligrosa—. La señora Fraser es una mujer respetable.

—i¿Qué sucede aquí?! —La furia en el rostro de Russell era más que evidente cuando llegó junto a ellos.

—Lamento mucho el escándalo mi señor, pero como puede comprobar, su esposa se ha vuelto loca cuando le he dicho que sé que tiene un amante con el que se reúne cada noche —afirmó Vincent, apartando la mano de su mejilla para que todos vieran su herida.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Liz con el rostro rojo de vergüenza y agitación—. Nada de lo que dice Vincent es cierto. Has sido tú quien ha intentado propasarse conmigo y, ante mi evidente rechazo, has inventado esta falacia.

—Cuidado con lo que dice, señora. ¡Yo soy leal a mi *laird*! ¿Usted puede decir lo mismo? —inquirió el guerrero apretando las mandíbulas.

—Tú eres quien debe tener cuidado, porque la verdad solo tiene un camino —respondió sin amedrentarse.

Arthur apretó los puños, con unos deseos casi incontrolables de estamparlos en el rostro de Vincent. Dennis, consciente de ello, hizo a su amigo a un lado y dijo:

—Son acusaciones muy graves, además de falsas, Vincent. ¿Acaso tienes pruebas de lo que dices?

—No, pero…

—En ese caso, da gracias de que no te dé una somanta de palos —lo interrumpió y desvió sus ojos hacia Russell—. Si fuera tú, tendría cuidado con los rumores que tus propios guerreros difunden, Fraser. No te dejan en muy buen lugar.

El aludido se limitó a guardar silencio, a coger a su esposa del brazo y arrastrarla tras él.

Arthur sintió deseos de detenerlos, pero sabía que no podía hacerlo, y mucho menos, después de las falsas acusaciones que Vincent había lanzado sobre Dennis. Si él ahora intervenía, era posible que Russell creyera que el amante era él y no su amigo, y era lo que menos les interesaba.

—La próxima vez que te cruces en mi camino, te mataré —murmuró para que solo el guerrero Fraser y Dennis lo escucharan—. No está bien ensuciar el nombre de una dama de este modo.

Vincent, lejos de mostrar temor, sonrió con suficiencia.

—Te estaré esperando, Hunter —se mofó antes de darse media vuelta y alejarse.

***

Russell cerró la puerta con firmeza una vez entraron en la alcoba. Su rostro estaba desencajado por la cólera que recorría sus entrañas.

—Has formado un escándalo —la acusó.

Liz, aún con el pulso acelerado, lo miró con indignación.

—¿Yo? Ha sido ese maldito maleante que trajiste al clan y sus falsas acusaciones.

La bofetada llegó sin esperarla y la arrojó sobre la cama.

Los ojos castaños de Russell se veían oscurecidos cuando se cernió sobre ella, agarrándola del pelo para alzarle la cara hacia él.

—Vincent me es leal. Mucho más que una furcia como tú.

—¿Leal? —espetó con rabia—. Tan leal que pretendía meterse entre mis piernas. Por eso le clavé el alfiler, para defenderme de él.

Russell rechinó los dientes.

—¡Basta de mentiras!

—No estoy mintiendo —insistió, con sus ojos azules clavados en los de su esposo.

Russell soltó un bufido de exasperación, como si estuviera cansado de aquella conversación.

Liberó su pelo y se levantó de encima de ella.

—No quiero más escándalos, Elizabeth.

—En ese caso, deberías hablar con la persona que es la(el) causante de ello.

El hombre giró sobre sus talones y decretó:

—No saldrás de esta habitación hasta que mañana partamos hacia Tùr Carraige.

Antes de que Liz pudiera responder, la puerta se cerró de golpe tras él, seguido del sonido metálico de la llave que aseguraba su reclusión.

Se incorporó sobre la cama, obligándose a no derramar una sola lágrima más, y con la determinación de que, pese a las cerraduras o barrotes tras los que Russell la encerrara, encontraría el modo de ser libre.

CAPÍTULO 6

Liz avanzaba por los pasillos de la corte. Ya tenían todo listo para partir y su pulso estaba acelerado porque no había podido hablar con Arthur para informarle.

De repente, una jovencita de cabello castaño y enormes ojos azules se estrelló contra ella y varias cartas que llevaba entre las manos cayeron al suelo, esparciéndose a sus pies.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó con voz apresurada, agachándose para recoger todo.

Elizabeth se inclinó para ayudarla y fue entonces cuando la desconocida le agarró la mano, captando su atención.

—Soy Jennifer McRae —el susurro de la joven apenas era audible—. Arthur nos lo ha contado todo. Nos veremos en el clan Fraser. —Una sonrisa amable se dibujó en su rostro—. Tranquila, no te dejaremos sola.

Terminó de recoger las cartas y se incorporó con energía. Le guiñó un ojo y se alejó por donde había venido.

Liz aún asimilaba sus palabras cuando Russell llegó hasta ella para apremiarla.

—¿Qué haces ahí plantada, mujer? No tenemos todo el día, quiero partir cuanto antes.

—Emm… Sí, sí, claro —respondió esbozando una sonrisa fingida mientras lo seguía fuera de las paredes del palacio.

Uno de los guerreros la ayudó a montar a lomos de su preciosa yegua e iniciaron la marcha. El sonido de los cascos golpeando el suelo marcaba el ritmo de partida. Elizabeth mantenía la vista fija en el horizonte e intentaba controlar la tensión que se acumulaba en su pecho.

Era una buena noticia saber que los McRae se unían a Arthur para ayudarla en su plan de huida. Sin embargo, el peligro viajaba a su lado y sabía que, si algo salía mal, podría ser su hijo quien lo pagara.

Levantó la vista para observar a su esposo, pero su mirada chocó con la fría de Vincent. Ese hombre no hablaba demasiado, ni hacía gestos exagerados, aun así, su presencia ya simbolizaba una amenaza. Una sombra que parecía aferrarse a su espalda y que en cualquier momento podía engullirla.

Liz desvió los ojos con rapidez y fingió indiferencia. Debía mantener la calma, era esencial para que todo saliera bien y que nadie sospechara que se traía algo entre manos.

***

El grupo formado por los McRae y Arthur avanzaban por medio del bosque para tratar de llegar al clan Fraser antes que Elizabeth. De ese modo, podrían prepararse.

Arthur mantenía la vista fija en el camino y sus pensamientos centrados en Liz. No le gustaba dejarla sola con su esposo, pero no le quedaba otro remedio. Sin embargo, si a ese desgraciado se le ocurría volver a hacerle daño, lo despellejaría con sus propias manos.

—Hace tiempo que no tengo noticias de Ellie y Callum —comentó Jenn, haciendo que su caballo cabalgara junto al del *highlander* y alejándolo de sus cavilaciones—. ¿Cómo les va?

—Están de maravilla. Ellie continúa con ese espíritu indomable, que, para desgracia de mi querido sobrino, también ha heredado su hija. Y Callum se esfuerza cada día por proteger a su clan y a su familia. —Esbozó una sonrisa—. Son felices.

—Me encantaría poder visitarlos algún día.

—Estarían encantados —le aseguró—. Y la pequeña Birdie te robaría el corazón.

—¿Birdie?

—Su hija.

Jennifer rio.

—Que nombre tan original —reconoció con una sonrisa de oreja a oreja—. Típico de Ellie. Recuerdo su fascinación por las aves.

—Créeme, ha ido a más. Incluso mi sobrino le ha construido una pajarera para sus palomas.

—¡Qué romántico! —exclamó la joven.

—Sí, sí, muy romántico —ironizó Dennis—. Y también es romántico que nos cuentes qué sucede entre tú y Elizabeth Fraser.

Arthur enarcó una ceja.

—Prometí ayudarla, es todo —respondió en tono ligero para que no se vislumbraran sus verdaderos sentimientos—. Es lo mínimo después de lo que hizo por mi sobrino.

Dennis soltó una carcajada baja y divertida.

—Oh, ya veo. Nobleza, gratitud… Muy honorable todo —repuso sardónico.

—Dennis… —pronunció Drake en tono de advertencia para que no se metiera donde no lo llamaban.

—No sé a dónde quieres llegar, amigo —comentó Arthur, manteniendo la pose de indiferencia.

—Sé que hay algo más. Te conozco —aseguró el moreno—. Y no te juzgo, esa mujer es una auténtica belleza.

—¿Puedes dejar de perder el tiempo con conversaciones estúpidas? —intervino Jackson—. Deberíamos estar trazando un plan, no especulando sobre un posible enamoramiento.

—¿Quién ha hablado de amor? —inquirió Dennis, guasón.

Su hermano mayor puso los ojos en blanco.

—Estoy de acuerdo con Jack —concedió Drake—. Tenemos que pensar en el modo en que los sacaremos del castillo sin que nos vean las guardias.

—Creo que yo tengo una idea —dijo Jennifer—. Necesitamos una distracción lo suficientemente grande para que todos se enfoquen en ello, pero sin levantar sospechas de que es algo orquestado hasta que sea demasiado tarde.

—¿Y cómo planeas hacerlo? —quiso saber Drake.

—Fuego —declaró sonriente.

Los hombres se miraron entre sí, con cautela.

Jack exhaló profundamente y consideró los riesgos.

—Si provocamos un incendio, atraeremos la atención de los guerreros.

Jenn asintió.

—Y de ese modo, Liz tendrá la oportunidad de escapar sin ser vista.

Dennis emitió un silbido, apreciando la idea de su hermana.

—Me gusta.

Arthur también creía que era un buen plan.

—Para que funcione, necesitamos que alguien de dentro nos ayude. Un cómplice entre los sirvientes para que avise a Liz cuando sea el momento de escapar.

—Seguro que hay alguien en quien ella confíe —repuso Jennifer.

—El problema será acercarnos a Elizabeth sin ser descubiertos —apostilló Jackson.

—Conozco a un joven guerrero que puede ayudarnos con eso —dijo Arthur al recordar al leal Elliott.

—En ese caso, creo que puede funcionar —concedió Jack.

Todos asintieron. El plan estaba en marcha, solo faltaba que Dios estuviera de su lado.

CAPÍTULO 7

Liz desmontó del caballo frente a Tùr Carraige; después de varios días de viaje, sentía las piernas cansadas.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que la figura menuda de su hijo se precipitara sobre ella.

—¡Madre! —exclamó emocionado y plenamente feliz.

Nicky se aferró a su cuello cuando lo alzó en brazos, como si temiera que volviera a marcharse.

—Mi pequeño —susurró Liz, mientras depositaba suaves besos sobre sus bucles dorados—. Te he extrañado.

—Yo a ti mucho más —aseguró, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Suficiente! —tronó la voz de Russell a la vez que los miraba con desaprobación.

Elizabeth dirigió sus ojos hacia él, poniéndose de medio lado para tratar de proteger a Nicky con su propio cuerpo, si fuera necesario.

—¿Qué sucede? —inquirió con cautela.

—Lo has vuelto blando con tanto mimo —espetó con desprecio —. No soporto ver tanta debilidad en él. ¡No es digno de ser hijo mío, por el amor de Dios!

Liz sintió cómo aquellas palabras se clavaban en su pecho, a pesar de intentar que no se reflejara en su expresión.

—Es un niño de cinco años, Russell —trató de explicarle de manera paciente—. Donde tú aprecias debilidad, yo solo veo amor.

Russell bufó, como si acabara de decir una estupidez.

—Pues a partir de ahora se acabó. ¿Me has oído, chico? —le lanzó al pequeño, que lo observaba con una mezcla de miedo e indignación—. Se terminó eso de andar de un lado para otro bajo las faldas de tu madre. Ya es hora de que te conviertas en un hombre.

Sin más, se dio media vuelta y entró al castillo.

—Madre… —murmuró Nicky.

—No te preocupes, cielo. Todo va a salir bien —intentó calmarlo.

—No quiero separarme de ti.

Con una mano acarició su mejilla y le sonrió.

—Y no lo harás. No permitiré que nadie nos separe. Te lo juro.

—Mi señora, qué alegría tenerla de vuelta —dijo Emily, aproximándose a ellos—. Nicholas ha preguntado por usted cada día. Esperaba su regreso con ansia.

Liz asintió.

—Ha sido recíproco —le aseguró a la buena mujer—. ¿Qué tal todo por aquí?

Pudo apreciar cómo la sonrisa de la sirvienta se ensombrecía.

—Algunos de los hombres que su esposo trajo al clan han estado dando problemas —explicó en un susurro.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Qué tipo de problemas?

Emily miró en derredor, para asegurarse de que nadie la escuchaba.

—Han estado… incomodando a las sirvientas jóvenes.

Liz comprendió a qué se refería. Apretó los puños para intentar contener la rabia que recorría su cuerpo.

—Y nuestros guerreros…

—Cada vez son menos, señora —la interrumpió—. Desde que su marido tomó las riendas del clan, la mayoría de los guerreros que estaban al servicio de su padre han sido desterrados.

Por desgracia, lo que decía la sirvienta era cierto.

—Ojalá pudiera hacer algo para arreglar esta situación.

—No está en su mano, señora. Bastante tiene con intentar sobrevivir —dijo tras posar una mano afectuosa en su brazo y sonreírle con ternura.

Elizabeth iba a agradecer su comprensión a la mujer, cuando la mirada cargada de odio de Vincent se cruzó con la suya. No hacían falta palabras para que entendiera la amenaza que esos ojos le transmitían.

Avanzó hacia ella con ese paso lento, tan característico en él. Como si no tuviera prisa por hacerle pagar su rechazo, porque sabía que cuanto más lo alargara, más crecía la angustia de su presa.

Al pasar junto a Emily, la empujó con el hombro, haciéndola tambalearse. Liz sostuvo a la sirvienta con el brazo que tenía libre, y contuvo las ganas de decirle lo despreciable que le parecía.

—¿A qué ha venido esto? —se preguntó Emily.

Liz respiró hondo y miró a su hijo de soslayo.

—Las sirvientas no han sido las únicas que… han recibido atenciones indeseadas —respondió de un modo sutil, para que el niño no captara a qué se refería.

—Santo cielo. —La mujer se llevó una mano al pecho—. ¿Se lo ha dicho a su esposo?

Elizabeth asintió.

—Pero no me cree, por eso tuve que defenderme. De ahí esa nueva cicatriz que Vincent luce en la mejilla.

—Hizo lo que debía para protegerse —dijo con orgullo—. Es usted la mujer más fuerte que conozco, nunca deja de luchar.

Los ojos azules de la joven se cargaron de lágrimas cuando los desvió hacia su hijo.

—No puedo permitirme hacerlo.

***

Aquella noche, Russell pidió que les prepararan un gran banquete. Tras varios días comiendo cecina, pan, queso y algunas piezas de

caza, quería disfrutar de buenos manjares.

La cena transcurrió con calma, hasta que Nicky se manchó la camisa. Algo que podría haber sido un suceso sin importancia, desató la ira de Russell.

—¿Es que no puedes hacer nada bien, chico?

—Ha sido un accidente —intervino Liz.

—¡Cállate! —bramó, poniéndose en pie y golpeando la mesa con los puños—. Eres tan inútil que no has sabido ni criar a un hijo fuerte y competente que me suceda como *laird* de este clan cuando yo no esté. ¡¿Es que no sirves para nada, mujer?!

—¡No le hables a mi madre de ese modo! —gritó el niño poniéndose en pie sobre la silla.

Liz sintió un escalofrío recorrerle la espalda cuando la mirada fría de Russell fulminó a su hijo. Lo vio avanzar hacia él, con la mano abierta en el aire, así que, con movimientos rápidos se interpuso entre ellos, para que su cuerpo se convirtiera en el escudo protector que detuviera los golpes que iban dirigidos a Nicky.

—Ni se te ocurra —dijo en un susurro sosteniendo uno de los cuchillos de plata en la mano.

Su marido bajó la mirada hacia la improvisada arma y, con cierta cautela, dio un paso atrás.

—¿Qué piensas hacer, Elizabeth? ¿Matarme?

—Solo defiendo a mi hijo —respondió con una voz calmada, que estaba muy lejos de reflejar su verdadero estado de nervios.

—¿De su padre? —inquirió enarcando una ceja.

—De quien haga falta —sentenció—. Emily, llévate a Nicky a su alcoba, por favor —le pidió a la sirvienta que permanecía en una esquina del salón y observaba la escena con temor.

Con premura, tomó al niño en brazos para llevárselo lo más rápido posible de la sala. Sin embargo, Nicky forcejeó con ella. No quería irse y dejar sola a su madre.

—Ven conmigo —suplicó mientras la sirvienta lo sacaba del salón—. ¡Madre, ven!

Elizabeth volvió la cabeza ligeramente y Russell aprovechó esa distracción para asestarle un bofetón y arrebatarle el cuchillo, el cual apretó contra el fino cuello de la joven.

—Fuera de aquí todos —ordenó al resto de sirvientes que había cerca—. ¡Ahora!

Russell la miraba con furia contenida cuando soltó:

—¿Cómo te atreves a desafiarme de ese modo frente a los sirvientes y nuestro hijo?

Pese al miedo que sentía al notar el frío metal contra su garganta, Liz alzó el mentón y respondió:

—No permitiré que lo maltrates.

Russell soltó un bufido.

—Es mi hijo y le enseñaré lo que necesita saber para ser un hombre respetado.

—No puedes enseñar algo de lo que tú careces —le echó en cara—. El miedo no es disciplina y la agresión no es autoridad. Para que se convierta en un hombre respetado, solo debes darle ejemplo.

Su marido apartó el cuchillo de su cuello y lo sustituyó por su mano, con la que le atenazó la garganta.

—¿Te has olvidado de cuál es tu lugar, mujer? Eres mi esposa y debes obedecerme.

—Y tú eres mi marido y tienes que protegerme —contraatacó con la voz entrecortada a causa de su agarre, que le dificultaba respirar—. Así lo prometiste frente a Dios.

—¿Acaso no lo hago? —preguntó indignado.

—No de ti mismo —respondió Elizabeth, apenas sin aliento.

Aquellas palabras parecieron llegar hasta Russell, pues frunció el ceño, la liberó y dio un par de pasos atrás.

—Es culpa tuya, por desafiarme.

Liz tomaba grandes bocanadas de aire, doblada en dos y con una de sus manos apoyada en su dolorido cuello.

—Nada justifica que tu esposa tenga que temerte.

Russell bufó.

—Tú no me temes. Si lo hicieras, controlarías tu lengua.

Los ojos azules de la joven se clavaron en los de su esposo.

—No confundas el coraje con la falta de temor. Puedo tenerte miedo y que me aterre estar contigo a solas, pero eso no hará que deje de luchar. Jamás me doblegaré, Russell, y lo sabes tan bien como yo.

La estudió con ojos calculadores y las mandíbulas apretadas, mientras trataba de descifrar cuál era su punto débil. Que tecla debía presionar para que esa valentía que exudaba se viniera abajo.

Finalmente, negó con la cabeza y gruñó.

—Largo de aquí, quiero estar solo —ordenó.

No hizo falta más para que Elizabeth se diera media vuelta y abandonara el salón con unas tremendas ganas de llorar. Aun así, no se derrumbaría, porque la batalla que estaba librando no era solo por ella, también por su hijo, y no estaba dispuesta a perderla.

***

Arthur y los McRae permanecían ocultos entre los árboles mientras observaban Tùr Carraige desde la distancia.

Sus siluetas apenas eran perceptibles en la oscuridad cuando Drake, Dennis y Arthur avanzaron. Se dirigieron a los establos con sigilo, a la espera de que el muchacho al que buscaban estuviera allí. Por suerte, lo encontraron dormido sobre una montaña de heno, igual que hizo durante su estancia en el clan Hunter.

—Eh, muchacho —dijo Arthur acuclillándose y zarandeándolo del hombro ligeramente—. Despierta.

Elliott abrió los ojos de par en par, asustado, hasta que lo reconoció.

—¿Hunter?

—Sí, soy yo y necesito tu ayuda —repuso sin rodeos.

El joven se incorporó y Arthur hizo lo mismo.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó mirando con recelo a los dos hermanos tras percatarse de su presencia.

—Hemos venido a liberar a tu señora del yugo de su esposo, pero para eso, preciso que entres en la casa y le digas que se prepare.

—No me está permitido acercarme a sus aposentos, pero sé de alguien que puede hacerlo.

—¿Es de confianza? —quiso saber Arthur.

—Absolutamente.

El *highlander* asintió.

—En ese caso, haz que reciba el mensaje y no te acerques a los establos esta noche.

—Pero…

—Cuanto menos sepas, será mejor para ti —lo cortó.

Elliott asintió y les explicó cómo llegar hasta la alcoba de Liz.

—Dejaré la puerta de servicio abierta para que podáis entrar. Suerte.

Sin perder más tiempo, corrió hacia la parte trasera del castillo.

—Esperad un momento para aseguraros de que le ha dado tiempo de avisar a Elizabeth y de prepararse. Después, haced que todo arda.

—Así será —aseveró Drake, solemne.

—Eso está hecho —afirmó Dennis con una sonrisa ladeada.

Arthur le palmeó un brazo a cada uno y regresó a donde Jackson y Jennifer le esperaban.

—¿Habéis dado con el chico? —le preguntó Jack.

—Sí, estaba donde esperaba encontrarlo.

—Cuando veamos el fuego, nos tocará actuar —comentó Jenn con entusiasmo.

—Tú te quedarás aquí —le ordenó su hermano.

—¿Qué? ¿Piensas mantenerme al margen?

—Exacto.

—¡Si el plan ha sido mío! —soltó con indignación la joven.

—No es el momento para discutir esto —repuso Jack con voz cansada.

—¡Es el momento justo! —exclamó con los puños apretados—. No pienso quedarme aquí plantada como una inútil, mientras todos os hacéis los héroes.

—No es cuestión de hacernos los héroes…

—La única cuestión es excluirme —espetó interrumpiéndolo.

—No se trata de eso, solo intento protegerte.

—Pues no necesito tu absurda protección, Jack. Solo pretendes que sea una niña obediente, cuando ya soy una mujer y más válida de lo que pareces creer.

Su hermano gruñó y le dio una patada al árbol que tenía más cerca.

—No voy a discutir esto más, Jenn. Quédate aquí y asegúrate de que no te vean, y si algo sale mal, regresa al clan.

—Más os vale que no salga mal.

En ese momento, las llamas se elevaron por encima del establo, iluminando la noche con destellos rojizos. El humo se esparcía con rapidez, y el sonido de los gritos y las órdenes de los guerreros rompían el silencio.

—Es el momento —murmuró Arthur.

Ambos hombres se dirigieron hacia donde el joven Elliott les indicó. Se movían con sigilo cuando accedieron al interior del castillo, intentando esquivar a los pocos sirvientes que salían corriendo al exterior para ver qué sucedía.

Cada pasillo que giraban era un riesgo. Aun así, llegaron a la habitación que Elliott les indicó. Con lentitud, Arthur abrió la puerta y sintió un fuerte impacto cuando sus ojos se cruzaron con los de Elizabeth.

—Has venido —murmuró emocionada.

—Te lo prometí —respondió, dedicándole una sonrisa—. Es hora de marcharnos.

Liz asintió, cogió de la mano a su hijo y un pequeño saco con las pocas pertenencias que había podido guardar.

—Tenemos que ser silenciosos, ¿de acuerdo, Nicky? —le dijo a su hijo.

—¿A dónde vamos?

—Con la tía Delilah, a París —respondió intentando que no se entreviera el miedo que sentía.

—¿Escapamos de padre? —insistió el niño, demostrando lo inteligente que era para su corta edad.

Liz se agachó para estar a su altura y poder mirarlo a los ojos.

—Así es, cielo.

Nicky la abrazó con fuerza.

—Gracias por liberarnos de él —murmuró con la voz tomada.

—Ya haréis eso en otro momento, ahora no tenemos tiempo que perder —les apremió Jackson.

Elizabeth volvió a incorporarse y Arthur cogió el saco con sus cosas. Justo cuando salieron de la alcoba, se toparon con una mujer de mediana edad, que los observó en silencio.

Arthur llevó una de sus manos a la empuñadura de su espada, hasta que la mujer dijo:

—No podéis regresar por donde entrasteis, pero sé de una salida secreta que puede serviros.

—Muchas gracias, Emily. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros siempre —susurró Liz con el corazón encogido de emoción.

—Solo debéis ser feliz, señora. Con eso me daré por satisfecha.

La sirvienta los guio hasta las mazmorras con paso ligero y decidido. Una vez allí, les indicó un pasadizo oscuro y apenas perceptible.

—Seguid todo recto, no tiene pérdida.

—Adiós, Emily —Elizabeth la abrazó—. Jamás te olvidaré.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la buena mujer.

—Yo a usted tampoco, señora.

No hubo más tiempo para despedidas, así que tomaron ese pasillo sin ver por dónde iban. Arthur estaba a la cabeza del grupo, mientras que Jack lo cerraba. Cuando llegaron a una pared, Arthur empujó con fuerza y esta se abrió, haciendo que la luz de la luna los iluminara.

—Rápido, salid —les dijo a madre e hijo.

Pero entonces, su mirada detectó el destello de la hoja de una espada. Girando sobre sí mismo, llevó la mano a la empuñadura de la suya, pero era demasiado tarde, estaba muy cerca.

Arthur se preparaba para morir, cuando una piedra acertó directamente en la sien del guerrero, que se tambaleó y comenzó a sangrar copiosamente. Ese fue el instante que aprovechó para ensartarlo con su espada, matándolo al instante.

Jack salió de la oscura gruta y miró al Fraser muerto, antes de girar sus ojos y clavarlos sobre su hermana.

—Te dije que te mantuvieras al margen.

Jenn se aproximó a él con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia dibujada en el rostro.

—Sabía que, sin mí, no podríais hacerlo.

CAPÍTULO 8

El aire nocturno era frío y cargado por la tensión de la huida. Corrieron hasta donde tenían escondidos los caballos y Arthur se acercó a acariciar el hocico de Fury.

—¿Te parece bien si cabalgas conmigo y tu hijo con Jack? —le preguntó a Elizabeth.

Ella se volvió a mirar al pequeño, que parecía asustado, y se agachó junto a él.

—Nicky, ahora tenemos que ser valientes, ¿de acuerdo? —El niño asintió—. Vas a montar a caballo con este señor. —Señaló a Jackson, que ya había subido a lomos de su semental—, pero yo estaré cerca.

—¿Lo prometes?

Liz sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Te lo juro.

Lo tomó en brazos y lo sentó sobre la montura del *laird* McRae, que lo rodeó con su fuerte brazo. Elizabeth lo miró a los ojos. En ellos se reflejaba que le entregaba lo más preciado de su vida. Jackson pareció entenderla, porque asintió de manera solemne.

Regresó junto a Arthur y este la ayudó a montar sobre Fury, para después hacer él lo mismo.

Espolearon los caballos para alejarse de allí lo máximo posible antes de que se dieran cuenta de su ausencia. Dennis y Drake habían ido en otra dirección para dejar un rastro falso y poder despistar a los Fraser.

Arthur bajó sus ojos hacia el rostro de la hermosa mujer que tenía pegada a su pecho. Captó el enrojecimiento en su mejilla y las

marcas de dedos en su cuello, aún visibles bajo los reflejos que la luz de la luna proyectaba en ella.

Algo dentro de él ardió. Era odio hacia Russell Fraser. Aquel desgraciado poseía un tesoro y lo único que hacía con él era maltratarlo.

—Siento no haber podido sacarte de este infierno antes —murmuró con la voz cargada de culpabilidad.

Liz alzó la vista para mirarlo.

—Has hecho más que de sobra.

—No lo suficiente para evitar que te lastimara una vez más.

La joven se llevó una de las manos a la garganta, como si se avergonzara de las marcas que allí lucía.

—No es culpa tuya —le recordó.

—Tienes razón, la tiene ese bastardo al que mataré en cuanto tenga oportunidad.

La expresión de Elizabeth se ensombreció.

—No quiero que lo hagas.

Arthur frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Russell es importante y tiene aliados poderosos.

—Me trae sin cuidado.

—Pero a mí no —repuso con énfasis.

Las miradas de ambos estaban entrelazadas. Arthur comprendió que tenía miedo de las consecuencias que podría acarrearle enfrentar a su esposo.

—Cuéntame algo sobre esa tía tuya —comentó para cambiar de tema y aliviar la tensión que percibía en Liz—. ¿Tienes una relación estrecha con ella?

El cuerpo de la joven pareció relajarse. Volvió la vista al frente y una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios.

—Pasé parte de mi infancia con ella, hasta que cumplí los quince años —comenzó a explicar con voz más tranquila—. Cuando mi madre falleció, mi padre decidió que necesitaba una figura

femenina en mi vida. Fue entonces cuando concluyó enviarme a París.

Arthur asintió mientras la escuchaba con atención.

—La tía Delilah es… maravillosa. No podría describirla de otro modo. Tan valiente y adelantada a su tiempo. Nunca teme romper los estándares de lo que se considera correcto para una mujer.

»Era imposible no admirarla. No importaba lo difíciles que fueran las circunstancias, ella siempre encontraba la manera de mantener la cabeza alta y seguir adelante. Es una superviviente.

El viento agitó la larga melena dorada de Elizabeth y la luna se reflejaba en sus bellas facciones, dándole un aspecto irreal. Era como si una ninfa se hubiera materializado ante él, robándole la capacidad de razonar con normalidad.

—Parece una mujer fascinante —logró decir.

La sonrisa de Liz se ensanchó.

—Lo es. —Sus ojos se desviaron hacia el caballo donde su hijo cabalgaba—. Temo que esto esté siendo demasiado para él —verbalizó sus miedos en voz alta.

Arthur mantenía las riendas firmes mientras su voz adoptaba una suavidad que muy pocos conocían de él.

—Lo importante es que está a salvo y contigo —dijo con convicción.

Liz pareció encontrar tranquilidad en sus palabras, pues se recostó más contra su pecho.

Arthur deslizó la mano dentro de su *sporran* y sacó el delicado colgante de plata. La luz de la luna lo hizo brillar al instante, lo que captó la atención de la muchacha, que, por unos segundos, contuvo el aliento.

—Creo que esto te pertenece —murmuró con voz ronca—. ¿Me permites ponértelo?

Elizabeth asintió y Arthur le entregó las riendas de Fury. Se inclinó levemente y deslizó el colgante alrededor de su fino cuello. Sus dedos rozaron la suave piel femenina. Fue un instante fugaz,

pero suficiente para que ambos notaran un estremecimiento recorrer sus cuerpos.

—Pase lo que pase, siempre podrás contar conmigo —aseveró.

Liz sintió el peso de esas palabras en su corazón. Por primera vez desde hacía muchos años, sentía que estaba segura de verdad.

—Yo… —no sabía qué decir, solo que necesitaba expresar lo que su corazón le demandaba.

Sin embargo, aquel momento se rompió cuando Jennifer se aproximó a ellos con una sonrisa radiante dibujada en el rostro.

—¡Qué emocionante, ¿no crees?! —le preguntó a Elizabeth, sin darse cuenta de que acababa de interrumpir un momento íntimo.

Arthur carraspeó para intentar recobrar la compostura, mientras que Liz parpadeó varias veces para obligarse a volver a la realidad.

—Bueno, no sé si lo describiría así —respondió finalmente la joven.

—Es un placer poder conocerte —continuó Jenn—. No cualquiera se atrevería a desafiar a su esposo de este modo. Me parece encomiable.

—No he tenido más opciones —le explicó resignada—. Solo trato de sobrevivir.

Jennifer negó, en sus ojos azules se reflejaba la admiración que sentía hacia Elizabeth.

—Hay quien, por miedo, permanece toda la vida encadenada a su torturador, pero veo claramente que tú no eres una de ellas. No te quiebras con tanta facilidad.

—Mi hijo me da fuerza.

—Esa frase es típica de mi madre, ¿sabes? Cuando llegó desde Inglaterra, muy pocos la aceptaban. Aun así, ella se mantuvo firme, demostrando su valía y su fortaleza. Es mi ejemplo a seguir.

Liz se sorprendió.

—¿Vuestra madre es inglesa?

—Así es —corroboró Jenn con orgullo.

—Y no es algo de lo que nos avergoncemos —puntualizó Jack, que estaba un poco más avanzado que ellos—. Y ahora, déjate de charlas, Jennifer. Estamos en medio de una huida, no es una reunión social.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—Hermanos —suspiró—. Son todos tan exasperantes.

Elizabeth soltó una risita.

—Creo que lo que sucede es que se preocupa por ti.

—No tienes hermanos, ¿verdad? —Liz negó con la cabeza—. No te imaginas lo controladores que son con la excusa de la protección.

—¡Jenn! —bramó Jack al ver que seguía charlando como si no hubiera oído lo que dijo.

—¡Ya voy! —espetó ella con cansancio.

—Ya encontraremos otro momento para poder hablar y que me expliques todas tus quejas sobre ellos —bromeó Liz.

Jennifer sonrió con picardía.

—Creo que tú y yo vamos a llevarnos muy bien —declaró antes de espolear su yegua para adelantar a su hermano, que la regañó una vez más.

Elizabeth volvió a reír. La energía de aquella muchacha era vibrante y atrayente, y tenía la intuición de que podría convertirse en una maravillosa amiga.

CAPÍTULO 9

Los primeros destellos del amanecer pintaban el cielo de tonos dorados cuando el grupo finalmente se detuvo al cruzar la frontera del clan MacGillivary, donde habían quedado en encontrarse con Dennis y Drake. Ambos hermanos ya les esperaban allí, con evidentes signos de cansancio en sus expresiones. Para haber llegado antes después de tomar el camino contrario, debieron cabalgar como alma que lleva el diablo.

El resto de los guerreros McRae que los acompañaron permanecían allí, como les ordenó su *laird*.

—Espero que lográramos despistar a cualquiera que intentara seguirnos —dijo Drake aproximándose a ellos.

—¿Cubristeis vuestro rastro cuando cambiasteis de dirección? —indagó Arthur.

—Sí, lo hicimos —respondió Dennis—. Aun así, no sería seguro quedarnos aquí demasiado tiempo.

—Solo será una breve parada para estirar las piernas y comer algo —repuso Arthur, que desvió sus ojos verdes con preocupación hacia el niño.

Hasta llegar al puerto de Leith el viaje era largo, de unos seis días si todo iba bien y no se detenían demasiado, pero temía que el pequeño no pudiera resistirlo.

—Nosotros debemos regresar a casa —terció Jackson con el semblante serio—. No puedo dejar a mi madre sola a cargo de todo por más tiempo.

Arthur posó una mano sobre su hombro.

—Lo comprendo, amigo. Ya has hecho más que de sobra por nosotros, estoy en deuda contigo.

—Soy yo la que lo está —intervino Elizabeth, acercándose a él con una sonrisa amable dibujada en sus labios—. Os habéis arriesgado para salvarnos a mi hijo y a mí, y pocas personas están dispuestas a ello.

—Aún no estás a salvo —le recordó Jack.

—Tienes razón, pero sí estamos un paso más cerca de nuestra libertad. Eso ya me da esperanzas —contestó con calma.

—Os deseo suerte. —Hizo una leve inclinación de cabeza y miró a sus tres hermanos—. En marcha.

—Voy a retrasar mi regreso al clan, hermano —dijo Dennis, colocándose junto a Arthur—. No puedo dejar esta cruzada a medias.

Jackson frunció el ceño, temiéndose lo peor.

—¿Qué quieres decir, Dennis?

—Que los acompañaré a Leith.

Su hermano mayor bufó.

—No me parece buena idea.

—No tiene que parecértelo —repuso, encogiéndose de hombros.

—Yo también iré —decretó Drake.

—¿Es que os habéis propuesto volverme loco?

—Es una posibilidad —bromeó Dennis.

—Solo queremos asegurarnos de que llegan sanos y salvos al puerto.

—Yo puedo encargarme de eso —intervino Arthur, que trataba de evitar que tuvieran un conflicto.

—Lo sé, pero es más seguro si los tres los escoltamos —expuso Drake, acertadamente.

—¡Santo Dios! —refunfuñó Jack—. Como veo que no voy a poder convenceros de lo contrario, solo me queda pediros que tengáis cuidado.

Dennis, con su habitual sonrisa, colocó las manos en las caderas con aire despreocupado.

—¿Cuándo no somos cuidadosos, hermano?

—No me hagas hablar —soltó exasperado.

Drake, sin embargo, comprendía la inquietud de Jack.

—No te preocupes, seremos cautelosos.

—Eso espero, porque no quiero tener que decirle a madre que algo malo le ha ocurrido a sus dos cabezotas hijos.

—No solo se trata de cabezonería, Jack. Es la vida de una joven y un niño lo que está en juego.

Jackson clavó sus ojos sobre la mujer que tenía enfrente y lo miraba con coraje. Después los desvió hacia el crío que permanecía sentado con la espalda apoyada contra el tronco de un grueso árbol. Su mirada era tan triste que le ablandó el corazón.

—No tardéis en regresar a casa —les pidió a sus hermanos, al fin.

—En cuanto partan a París, volveremos —aseguró Drake con solemnidad.

—¡Madre mía! —exclamó Jennifer, impaciente—. No os despidáis como si se fueran a la guerra.

—Cada misión puede ser tan peligrosa como la misma guerra —le advirtió Jackson.

—Sí, sí, claro… —comentó moviendo una mano en el aire para restar importancia a sus palabras—. Ya sé que para ti todo es una tragedia, como también sé que, aunque yo también quiera acompañarlos, no me lo permitirás.

—¡Por supuesto que no! —bramó con severidad. No estaba preparado para entrar en otra disputa con su inconsciente hermana.

Sin previo aviso, Jenn envolvió a Liz en un fuerte y afectuoso abrazo. Elizabeth, sorprendida por su espontaneidad, tardó un instante en reaccionar y devolverle el gesto.

—Ten mucho cuidado, nueva amiga. No dejes que nadie más te vuelva a tratar como el desgraciado de tu esposo —le susurró al oído —. Si es preciso, córtale sus partes nobles.

Liz contuvo una carcajada.

—Lo tendré en cuenta.

—Ten. —Con disimulo, le entregó una daga que llevaba escondida entre las faldas—. Así podrás defenderte. —Se separó de ella con una sonrisa radiante—. Nunca más permitas que nadie te arrincone. Tú vales más que eso.

Liz ocultó la daga entre los pliegues de su vestido y sintió que ese regalo tenía un peso simbólico que iba mucho más allá de un simple puñal. Era una declaración de intenciones de que nunca más volvería a ser la víctima. ¡No sin luchar!

Cuando las miradas de las dos se entrelazaron, ambas asintieron. Era como si algo inquebrantable hubiera surgido entre ellas. Era respeto, confianza y la certeza de que, a pesar de que no se conocieran demasiado, se habían convertido en aliadas.

***

Tras la partida de Jack, Jenn y el resto de los guerreros hacia el clan McRae, Dennis y Drake decidieron ver si podían cazar algo, mientras Arthur encendía una hoguera. Elizabeth, por su parte, se había alejado unos pasos para poder tener un poco de intimidad.

El único que no se movió de donde estaba era Nicky, que permanecía junto al mismo árbol, con los brazos abrazando sus rodillas y su cabeza apoyada en ellas.

Arthur se aproximó con cautela, consciente de que toda la situación que estaban viviendo podía ser demasiado para el pequeño.

—¿Cómo va todo, Nicky? —le preguntó con voz tranquila y amable.

El niño alzó sus ojos grises hacia él.

—¿Cómo crees? —espetó cortante.

El guerrero enarcó una ceja ante su respuesta seca, pero en lugar de enfadarse, sonrió.

—Yo creo que bien. Parece que vamos a tener un espléndido día de sol.

—No me importa el sol.

—¿Y qué es lo que te importa?

—Mi madre.

Arthur asintió.

—Ya estamos de acuerdo en algo, a mí también me importa.

—¿Por qué?

El hombre frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué te importa? —aclaró—. Mi padre dice que todos los hombres pretenden meterse bajo las faldas de mi madre, sea lo que sea eso. ¿Eres uno de ellos?

Arthur comprendió la preocupación del chiquillo y valoró su valentía para preguntarlo tan abiertamente.

—Yo respeto a tu madre por encima de todo, Nicky.

—¡No me llames así! —gritó poniéndose en pie de un salto—. Solo mi madre lo hace.

—De acuerdo, está bien —aceptó y puso las manos en alto como símbolo de rendición—. ¿Qué te parece si te llamo Nick? ¿O prefieres Nicholas?

El niño asintió.

—Nick está bien.

—¿Necesitas hablar de algo más?

Nicky le miró con desconfianza.

—¿Sobre qué quieres que hable?

—Sobre cómo te sientes con todo lo que estás viviendo —sugirió, agachándose frente a él para poder mirarle a los ojos.

—¿Para qué? Eso no va a cambiar las cosas.

Arthur observó el rostro serio del niño. Había muchas emociones acumuladas en él, pero la más fuerte era la frustración.

—No todo cambia de inmediato, Nick. Lo importante es hacer que las aspas del molino comiencen a girar para moler trigo; piensa que casi todo en la vida es igual. Debes ponerte en movimiento para

obtener cambios, y eso es lo que estáis haciendo tu madre y tú. —Alargó una mano hacia el pequeño—. ¿Me dejas ayudarte a conseguirlo?

Nicky soltó un bufido y, de un manotazo, apartó la mano de Arthur.

—¡No quiero tu ayuda! Sé que querrás algo a cambio.

—¡Nicky! —la voz de Liz hizo que ambos se volvieran hacia ella —. ¿Qué estás haciendo? No puedes tratar de este modo a Arthur, él solo está ayudándonos.

El niño no dijo nada, pero se cruzó de brazos con obstinación. Sin embargo, en el fondo de sus ojos, Elizabeth pudo apreciar que su comportamiento había sido impulsado por el miedo.

—No lo regañes —pidió Arthur, irguiéndose—. Ha sido culpa mía. Le he presionado demasiado.

—Aun así, debería disculparse.

—No es necesario —se apresuró a decir el guerrero—. Ha pasado por demasiado en poco tiempo.

Los ojos de ambos se encontraron y Liz halló una profunda comprensión en los del hombre, como si él supiera perfectamente lo que significaba cargar con más de lo que se puede soportar.

Sin decir más, Arthur se alejó con paso tranquilo, pero con una tensión en los hombros que era imposible disimular. Se acercó a Fury, la preciosa yegua negra de su sobrino, y apoyó la mano en su hocico con delicadeza. El animal exhaló con suavidad, presionando su cabeza contra la palma de Arthur en un gesto instintivo que le dio consuelo.

Él cerró los ojos un breve instante e intentó dejar la mente en blanco.

Liz estudiaba desde lejos el cambio que había percibido en su actitud. Era sutil, pero ahí estaba.

El brillo de su mirada se había opacado. Aquellas palabras despertaron un recuerdo que permanecía en el rincón más oscuro de su mente. Sin embargo, no tenía tiempo para analizarlo en aquel momento. Su hijo la necesitaba.

Se acercó al pequeño y se arrodilló a su lado.

—Sé que tiene que resultar difícil dejar nuestro hogar atrás —dijo con suavidad—. Y estoy orgullosa de lo valiente que estás siendo. Aun así, no pasa nada por estar asustado.

—¡No estoy asustado! —se apresuró a negar.

Elizabeth lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó con todo el amor que sentía por él.

—Yo sí lo estoy —murmuró contra sus rizos rubios.

—¿Por qué? —preguntó Nicky tras unos segundos en silencio, como si hubiera estado asimilando las palabras de su madre.

—Porque vamos a iniciar una nueva vida. Una lejos de todo lo que conocemos, también de tu padre.

—¡Odio a Russell! —declaró con rabia—. Ojalá fuera lo suficiente mayor para matarlo.

Liz cerró los ojos un instante, sintiendo pena por su niño. Con cinco años no debería sentirse así con respecto a su progenitor, pero este le había dañado tanto que ya no quedaba amor para él en su corazón.

Se separó un poco y tomó su carita entre las manos.

—No quiero que albergues odio dentro de ti, cielo —le suplicó con los ojos brillantes a causa de las lágrimas que se agolpaban en ellos—. Todo el espacio que ocupe hace que no quede lugar para nada más. Ni siquiera el amor.

—Nos lastimó.

—Sí, y por eso nos vamos lejos de él, pero el odio es un veneno, Nicky. Y no quiero que acabe con tu felicidad. —Besó su frente con ternura—. Vamos a ser libres, no permitas que la sombra de sus actos te mantenga atrapado.

El niño asimiló sus palabras y asintió. Haría caso a su madre, porque ella siempre quería lo mejor para él.

Se recostó contra su pecho, cerró los ojos y, por primera vez desde que tenía uso de razón, se sintió a salvo.

CAPÍTULO 10

El grupo que se dirigía al puerto se detuvo cuando comenzó a anochecer.

Drake, que cabalgaba con Nicky, bajó al niño con cuidado de la montura. El pequeño, sin decir palabra, se alejó unos pasos, se sentó junto a un tocón y abrazó las rodillas contra su pecho.

Liz lo observaba con un nudo en el estómago. Su angustia crecía con cada expresión de dolor de su hijo.

Arthur, que desensillaba a Fury, notó la inquietud en el rostro de la mujer.

—Está adaptándose a las nuevas circunstancias, no te preocupes. Su comportamiento es normal —trató de tranquilizarla.

Liz suspiró, sin apartar la vista del niño.

—Me da miedo que no pueda soportar este viaje y todas las consecuencias de nuestra huida. Quizá me haya equivocado alejándolo de todo lo que conoce.

—No te has equivocado, solo estás protegiéndolo —aseveró tras dejar ir a pastar a Fury—. Es muy fuerte y sabe que todo lo que haces es por él.

—Pero sigue siendo un niño. No debería estar pasando por todo esto con tan solo cinco años —murmuró con pena—. Solo quiero que sea feliz.

—Lo será, Liz. Estás luchando para que así sea.

El niño ocultó el rostro entre las rodillas y Elizabeth hizo ademán de aproximarse a él, pero Arthur la detuvo cogiéndola del brazo con suavidad.

—Espera —le pidió con los ojos fijos en Fury.

La yegua, con paso tranquilo, avanzaba hacia Nicky con las orejas en alto y observándolo con curiosidad, como si pudiera percibir su tristeza.

El niño alzó la cara al percibir su presencia junto a él y cuando el animal estuvo lo bastante cerca, se puso en pie y alzó una mano para acariciar su pelaje azabache. Fury agachó el hocico y empujó de manera juguetona al pequeño, que sonrió.

—Fury es muy especial —comentó Arthur, que esbozó otra sonrisa similar a la del niño.

Soltó a Liz para que pudiera acercarse al pequeño, como era su deseo, y la siguió.

—Ahora no lo parece, pero mi sobrino encontró a esta yegua al borde de la muerte —le explicó al llegar junto a él—. La cuidó hasta que se recuperó, aun así, no dejaba que la montara.

Aquellas palabras llamaron la atención de Nicky.

—Tú la montas.

Arthur asintió.

—Así es. Mi sobrino Callum estuvo en una situación complicada y fue entonces cuando Fury decidió devolverle el favor y le permitió subir a su lomo. Desde entonces, el vínculo entre ellos es irrompible.

El niño volvió a mirar al animal con una expresión de respeto.

—Ella decidió que podía confiar en él —murmuró como si lo dijera para sí mismo.

Liz y Arthur se miraron entre sí.

—Parece que le caes bien —apuntó el *highlander,* y posó la mano sobre el lomo de la yegua—. Probablemente sea porque entre seres heridos nos reconocemos.

Liz, que escuchaba atentamente lo que Arthur decía, preguntó sin pensar:

—¿Qué te ha herido a ti?

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Arthur clavó sus ojos verdes sobre los azules de la joven y carraspeó.

—Creo que debería salir a cazar algo antes de que el sol se oculte por completo —repuso para cambiar de tema—. Cuida de Fury en mi ausencia, Nick —le pidió al niño guiñándole un ojo.

Elizabeth lo vio alejarse con la sensación de que aquel guerrero ocultaba algo doloroso muy dentro de su corazón y que aún no estaba preparado para compartirlo.

—A los hombres nos cuesta dejar salir a la luz a nuestros fantasmas —terció Dennis, aproximándose a ella con paso relajado.

Liz lo miró con una ceja enarcada.

—No me parece que tú seas uno de esos hombres de los que hablas.

Dennis soltó una carcajada.

—Yo no suelo guardar nada de lo que pienso —corroboró—. Arthur, por el contrario, se guarda lo malo y solo muestra su mejor cara a los demás.

Liz frunció el ceño y volvió su expresión hacia los árboles entre los que Arthur desapareció segundos antes.

—No creo que eso sea bueno.

El hombre que permanecía a su lado se encogió de hombros.

—Depende de cómo lo maneje. Algunos convierten esos fantasmas en una fuerza que los impulsa a seguir adelante, mientras que otros dejan que les consuman.

Elizabeth se llevó una mano al colgante que Artur le regaló.

—Y él… ¿de qué tipo es? —indagó.

Dennis sonrió de medio lado al percibir que el interés de esa mujer no era mero agradecimiento. Había algo más.

—Arthur nunca ha permitido que sus sombras lo definan.

Liz intuía que Dennis sabía más de lo que le contaba, y, de alguna manera, supo que quizá Arthur y ella tuvieran más en común de lo que imaginó cuando lo conoció.

***

Arthur regresó cargado con dos liebres. El improvisado campamento estaba en calma. Los McRae charlaban entre sí de manera relajada junto a unos árboles algo alejados, no obstante, sus ojos se posaron en Liz, que dormía acurrucada sobre una manta que había tendido en el suelo.

La tenue luz de la luna delineaba sus delicadas facciones y su hermoso cabello parecía emitir destellos plateados. Se veía tan inocente que sus ganas de matar a Russell Fraser se incrementaron.

Si hubiera sido su esposa, solo habría tenido buenas palabras para ella. La adoraría y cuidaría como el mayor de los tesoros, y procuraría que en su rostro siempre luciera una sonrisa.

Apretó las mandíbulas, consciente de que no debía tener ese tipo de pensamientos. Soñar despierto no era lo suyo, siempre fue más cerebral y le gustaba mantener los pies en la tierra.

Al desviar la mirada, sintió los ojos de Nicky sobre él. Con paso tranquilo, se acercó a donde permanecía sentado. Fury pastaba a su lado de manera relajada.

—¿No tienes sueño? —le preguntó sonriente.

—Tengo más hambre —respondió, mirando a las liebres que llevaba en una de sus grandes manos.

—Pues enseguida comeremos —dijo sentándose a su lado—. Quizá podría enseñarte a cazar, si te apetece.

—¿Para qué? —inquirió mientras dibujaba círculos en la tierra con la punta de su zapato.

Arthur arqueó una ceja, divertido con su contestación.

—Porque es útil. Nunca se sabe cuándo te hará falta conseguir tu propia comida.

El niño bufó y se cruzó de brazos.

—No necesito aprender. Tú y los McRae ya lo hacéis.

—Estoy seguro de que algún día te hará falta saber cazar —insistió el *highlander*.

—¿Y si no quiero matar a ningún animal? —inquirió con cabezonería.

—No lo hagas —respondió con calma—. Sin embargo, nunca está de más tener conocimientos de cómo hacerlo, por si algún día cambias de opinión.

Nicky caviló en silencio sus palabras. Arthur notó que estaba contrariado porque le dejara a él la decisión, en lugar de imponérselo, como su padre hacía.

—Tal vez otro día puedas enseñarme —concedió al fin.

Arthur sonrió, satisfecho con esa contestación.

—Sabia decisión.

Los ojos grises de Nicky se clavaron en él, con una sabiduría inusual en un niño de su corta edad.

—Protegeré a mi madre de cualquier hombre que, como mi padre, quiera hacerle daño —declaró con firmeza—. No quiero que vuelvan a lastimarla.

Arthur supo que esa advertencia iba dirigida a él, y se enorgulleció de su valentía.

—Eso te honra —reconoció con sinceridad—. Yo tampoco permitiré que os hagan daño a ninguno de los dos.

Nicky asintió y su postura pareció relajarse.

Sin ahondar más en el tema, comenzó a colocar varias ramas en circulo.

—Te enseñaré cómo hacer una hoguera para que cocinemos estas liebres.

El niño miró lo que hacía con interés, a la vez que Arthur relataba todo a cada paso que daba. Cuando las llamas comenzaron a formarse, Nicky soltó una exclamación.

—¿Quieres avivar tú el fuego? —le preguntó.

El chiquillo asintió y, con un palo largo que le entregó, movió las brasas con demasiado entusiasmo, haciendo que una saltara fuera de la hoguera.

—Ey, tranquilo, Nick. Ya has demostrado tu fuerza, no hace falta que nos quemes a todos —bromeó.

Sorprendentemente, emitió una risita cantarina.

Liz despertó con el eco de esa risa. Hacía tanto que no la escuchaba que le pareció irreal.

Con el corazón acelerado, los observó a ambos frente a la hoguera recién encendida. Arthur soltaba comentarios divertidos y Nicky lo miraba con una renovada expresión de alegría dibujada en su aniñado e inocente rostro.

Elizabeth se mantuvo en silencio. Temía que cualquier movimiento por su parte pudiera romper aquel momento. Sentía una emoción profunda ante la perspectiva de que quizá fuera verdad que pudiera soñar con darle la buena vida que siempre deseó.

CAPÍTULO 11

Russell caminaba de un lado al otro de su despacho. Un caos de pensamientos oscuros y frustración contenida se agolpaban dentro de él.

Sus pasos resonaban sobre el suelo de piedra mientras intentaba encontrar una explicación, solución o el modo de volver a tener el control que parecía haber perdido con respecto a su esposa y su hijo.

La puerta se abrió con lentitud, y Vincent entró en la estancia con el rostro sombrío cuando sus ojos se clavaron en él.

—Dime que hay noticias de ellos —espetó con voz baja y amenazante.

Vincent tragó saliva, con temor de tener que decirle la verdad.

—Los hemos perdido. No hay rastro de Elizabeth ni del niño.

El silencio que precedió a aquellas palabras fue denso y sofocante.

Russell cerró los puños con fuerza y soltó aire por la nariz como un animal rabioso.

Sin previo aviso, lanzó su brazo contra la mesa y derribó todo lo que había sobre ella. Las velas cayeron al suelo, los papeles volaron por los aires y la jarra de cerveza acabó derramada a sus pies. Pero no fue suficiente, así que agarró la silla y la estrelló contra la pared con una furia descontrolada.

Vincent no se movió, se limitó a dejarlo hacer. Estaba acostumbrado a aquellos ataques de ira de su *laird*.

Russell se aproximó a él y le agarró de la pechera.

—¡Búscalos! Sigue cualquier pista, cualquier rumor que oigas. ¡No pararás hasta traerlos de vuelta!

—Así será, señor —respondió el guerrero con calma.

El otro hombre lo soltó y, aun con rabia contenida, ajustó su *kilt*.

—Todo esto ha sido orquestado —espetó, dándole vueltas a lo sucedido—. El incendio del establo fue la distracción.

Vincent asintió.

—Es lo más probable.

Los ojos del *laird* se clavaron sobre los suyos.

—¿Con quién la viste en la corte? Dijiste que Elizabeth tenía un amante, pero no logro recordar quien.

—La vi conversando con uno de los McRae… Dennis, creo que se llama.

La mandíbula de Russell se tensó. Dennis McRae era un joven apuesto que podría tentar a Elizabeth, por no hablar de la fama de mujeriego que lo acompañaba. Todo encajaba.

Respiró hondo y trató de calmarse. Necesitaba tener la mente fría para pensar con claridad.

—Iremos al clan McRae —anunció—. Descubriremos si tienen algo que ver.

—Diré a algunos guerreros que se preparen para partir.

Los ojos castaños de Russell se clavaron en los del otro hombre, con cierta expresión de desprecio.

—Me has decepcionado —declaró con firmeza—. Como guerrero y mi hombre de confianza… —Hizo una pausa para dar más énfasis a sus siguientes palabras—. Y, sobre todo, como hijo.

Vincent sintió como si le diera una bofetada. Sí, era su hijo bastardo, y nadie, a excepción de ellos dos, lo sabía. Su madre falleció durante el parto y Russell se hizo cargo de él, pero siempre lo trató como a uno más de los sirvientes.

—Lo lamento —murmuró.

—Largo de aquí —ordenó con desprecio.

El guerrero salió del despacho a grandes zancadas.

Dentro de él bullían un torbellino de emociones negativas: ira, dolor…, pero en especial, rencor.

Rencor hacia Elizabeth.

Ella era la culpable de que su padre sintiera esa decepción hacia él. Le había hecho parecer alguien incapaz de dar alcance a una mujer y su mocoso de tan solo cinco años.

No importaba cómo, la encontraría y se aseguraría de que jamás se olvidara de él.

***

Liz estaba en la orilla del río aseándose después de haber dormido poco y mal. El suelo era duro y las preocupaciones no permitían que su mente descansara.

Por eso no vio a la víbora que reptaba hacia ella hasta que notó el dolor de sus colmillos al clavársele en la pierna.

Asustada, gritó y su rostro se puso pálido. Siempre había odiado las serpientes.

Arthur, alertado por su alarido, corrió hacia donde estaba espada en mano. Al ver la escena que se desempeñaba frente a él, no lo dudó y le cortó la cabeza al reptil con una letal precisión.

Se arrodilló al lado del cuerpo de Elizabeth, que temblaba como una hoja, y la tomó por los brazos con delicadeza para intentar que se calmara.

—Tranquila, Liz. Esta serpiente no es venenosa —dijo con voz grave.

La joven, asustada, respiraba de manera entrecortada.

—Nunca me han gustado las serpientes —reconoció.

—Déjame revisar el mordisco —le pidió.

Elizabeth asintió, se sentó en el suelo y estiró su pierna herida para que Arthur pudiera echarle un vistazo. Con cuidado, le levantó las faldas y el corazón de ambos se aceleró. Los ojos del *highlander*

se posaron en los dos orificios que se apreciaban en su esbelta pantorrilla.

—La limpiaré para que no se infecte —comentó a la vez que metía las manos en el agua para echarla encima de la herida.

Miró de reojo a la joven, que estaba tan pálida que parecía a punto de desmayarse. De vez en cuando, sus ojos se desviaban hacia la cabeza de la serpiente y se sacudía como si sintiese escalofríos. Comprendió que hasta muerta le causaba una enorme repulsión.

—Sabes… —dijo con una sonrisa ladeada—. No es la primera vez que veo a alguien pasarlo tan mal con las serpientes. Yo mismo he sufrido mordidas de estas víboras y no es agradable.

Liz, que trataba de recuperarse del susto, alzó sus ojos hacia él con curiosidad.

—¿Te ha pasado?

Arthur asintió.

—Durante uno de mis viajes. Fue hace muchos años, cuando junto a un pequeño grupo decidimos recorrer las *Highlands* de arriba abajo. Un día nos detuvimos cerca de una colina escarpada y, al apoyarme en una piedra suelta, sentí un mordisco en la muñeca.

Elizabeth escuchaba la historia con atención.

—¿Era venenosa?

—Eso pensé en un principio. Era demasiado joven e inexperto, así que solo me salió gritar y soltar improperios. Sentía miedo y dificultad para respirar. Por suerte, uno de mis acompañantes era un hombre sabio y me pidió que observara las características de la serpiente: sus colores, la forma de su cabeza…

—Así que no era venenosa —dedujo.

—No, no lo era. Todo se quedó en un susto, como esto que te acaba de suceder —repuso, y sonrió abiertamente.

—Al menos no me siento tan ridícula por mi reacción.

—No eres ridícula, Liz. Tu forma de actuar es algo natural cuando nos enfrentamos a la mordida de un animal que puede ser

potencialmente mortal, depende de la especie.

La conexión entre ambos era palpable.

—¿Por qué viajas tanto? —preguntó la joven.

—Supongo que tengo un alma aventurera —respondió con ligereza—. Me cuesta quedarme demasiado tiempo en un mismo lugar.

—¿Eso es todo? —insistió. Quería conocer más de él.

Arthur hizo una pausa antes de contestar.

—A veces, cuando me quedo demasiado tiempo en una parte, siento como que las sombres de las que huyo me alcanzan.

Elizabeth frunció ligeramente el ceño.

—¿Sombras?

—Todos las tenemos, Liz. Lo importante es que cada viaje me da más herramientas para combatirlas.

Movió una de sus grandes manos a lo largo de la pantorrilla de la mujer, que contuvo la respiración. Era como si su contacto le quemase.

Sabía que había mucho más bajo esa fachada despreocupada de Arthur que le gustaría descubrir.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó Drake, que apareció junto a ellos con expresión preocupada.

Arthur lo miró con serenidad y retiró la mano con la que tocaba a la joven.

—Un pequeño incidente con una serpiente. Nada grave.

Liz se cubrió la pierna y se levantó un tanto avergonzada. Sentía escozor en la pantorrilla, pero nada que no pudiera soportar.

—No podemos demorarnos más, no sabemos si aún siguen detrás de nosotros —les recordó Drake.

—Le termino de curar la mordedura y nos ponemos en marcha —aseguró Arthur.

Drake asintió y los volvió a dejar a solas.

Arthur no dijo nada más cuando rompió un trozo de su camisa, dejando al descubierto parte de su firme torso. La mirada de Liz se

dirigió instintivamente hacia aquel pedazo de piel expuesta. Cicatrices de antiguas batallas marcaban su musculoso abdomen, como historias silenciosas que le gustaría saber algún día.

Él mojó el trozo de tela en el agua fría del río antes de volver a alzarle la falda lo necesario y pasarla sobre la mordida con movimientos cuidadosos.

Elizabeth contuvo la respiración y cerró los ojos ante el suave roce. No por dolor, sino por algo más profundo, más peligroso.

Arthur, ajeno o quizá demasiado consciente de la tensión que iba creciendo entre los dos, mantuvo la voz baja cuando dijo:

—Aunque no era venenosa, siempre es mejor mantener la herida limpia y cubierta para evitar infecciones.

Liz asintió a modo de respuesta, a pesar de que su mente estaba lejos de pensamientos prácticos en aquel instante.

Cuando Arthur enrolló otro retazo de tela alrededor de su pantorrilla como un improvisado vendaje, sus manos firmes y delicadas rozaron su piel con una suavidad que la hizo estremecer. Por un segundo, era como si solo existieran ellos dos en el mundo. Sin preocupaciones, sin miedo.

El hombre levantó la mirada y sus ojos se encontraron. Ambos eran conscientes de la atracción que existía entre ellos, pero también de cuan inconveniente resultaba. No podían distraerse, solo centrarse en escapar antes de que Russell les diera alcance.

CAPÍTULO 12

Tras varios días de camino, llegaron al puerto de Leith. A su alrededor olía a agua salada, brea y pescado. Las gaviotas sobrevolaban los barcos atracados, mientras el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte.

Arthur y Drake hablaban con los capitanes de los distintos navíos, en busca de alguien que pareciera decente y quisiera llevar a Elizabeth y su hijo con él.

Finalmente, uno de los marineros les habló de un comerciante de lino, vino y algunas otras cosas más, que tenía fama de ser un hombre honesto y de fiar.

El capitán en cuestión era un hombre de mediana edad, con la barba castaña salpicada de canas y unos ojos astutos, que se clavaron sobre ellos cuando se le acercaron.

—¿Qué desean? —preguntó sin rodeos, con un marcado acento francés.

—¿Es usted Raymond? —preguntó Arthur.

—¿Quién lo pregunta? —inquirió, evaluándolos con rapidez para determinar si podía confiar en ellos—. Porque si buscáis trabajo, lamento deciros que no necesito más tripulación. Ya cuento con los marineros necesarios.

—No es nada de eso —continuó hablando el *highlander* rubio—. Solo necesitamos un barco que pueda transportar con discreción algo muy valioso hasta Calais, y nos han dicho que usted es el hombre idóneo para eso.

El capitán entrecerró los ojos.

—Lo lamento, no llevo mercancía de contrabando en mi barco.

—No se trata de ese tipo de mercancía —intervino entonces Drake.

—Es una mujer y un niño —puntualizó Arthur.

—¿Una mujer y un niño? —repitió Raymond—. Tampoco transporto pasajeros, búsquense un galeón que los lleve.

—No es posible —insistió Arthur.

—No es mi problema —decretó cruzándose de brazos.

—Si es por dinero… —sugirió Drake sacando un saquito con monedas de su *sporran* y alargándolo hacia él—. Podría ofrecerle esto.

—No es una cuestión de dinero. ¡Escoceses! *Mon Dieu*, todo lo reducen a eso —soltó con desprecio—. Y ahora, déjenme tranquilo, he de seguir trabajando.

Se dio media vuelta, dando el tema por zanjado.

—La mujer en cuestión está huyendo de un esposo abusivo, que no duda en golpearlos a ella y a su hijo de tan solo cinco años —repuso Arthur, como último recurso—. Necesitan su ayuda, capitán.

Raymond, aún de espaldas a ellos, maldijo en su idioma.

Se dio media vuelta con lentitud y gruñó.

—Si les permito subir a bordo no darán problemas y permanecerán en las bodegas hasta que lleguemos a Francia. ¿Entendido?

Ambos hombres asintieron.

—Será como si no estuvieran en el barco —aseveró Drake.

—Le damos nuestra palabra —apostilló Arthur.

Raymond volvió a gruñir y le arrebató el saco de monedas que aún colgaba de la mano del guerrero McRae.

—Zarpamos cuando el sol abandone por completo el horizonte. No os retraséis —les advirtió, antes de marcharse.

—Bueno, no ha sido tan complicado —comentó Arthur, satisfecho.

—Aunque sí un poco caro —repuso Drake, suspirando. Se acababa de quedar sin todos sus ahorros.

***

Mientras tanto, Dennis, Liz y Nicky esperaban junto a los caballos, en una zona un poco más alejada del puerto y el bullicio de los marineros.

El *highlander* tenía un brazo apoyado sobre su montura de manera relajada.

—Estaba pensando una cosa —dijo como de pasada—. ¿Has valorado cambiarte el nombre, pequeño?

Nicky frunció el ceño y lo miró extrañado.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque ahora eres como un espía secreto al que los malos le pisan los talones. Tal vez podrías llamarte Muc.

—¿Cochinillo? —inquirió indignado.

—Oh, es cierto. Nunca me acuerdo de cual es el significado de ese nombre —bromeó—. Aunque tampoco te quedaría tan mal.

Liz se llevó una mano a la boca para contener la risa.

—*Muc* serás tú —espetó el crío cuadrándose de hombros y dando un paso hacia él.

—Eeeh, menudo carácter te gastas. —Dennis alzó las manos en el aire—. Recuérdame que no me meta más contigo, das más miedo que cualquier guerrero al que me haya enfrentado. —Fingió sentir un estremecimiento de pavor.

Y así, sin más, la expresión del niño cambió y soltó una carcajada. Se le notaba cómodo cerca de Dennis, quizá porque tenía un alma alegre y risueña.

Elizabeth miraba a su hijo, sonriente. Se le llenaba el corazón de dicha por verlo reír de nuevo.

—¡Dennis McRae! ¡¿De verdad eres tú, maldito truhan?! —exclamó un hombre joven aproximándose a ellos—. No esperaba encontrarte aquí.

El desconocido era alto y musculoso, y lucía una amplia sonrisa en su atractivo rostro.

El cuerpo de Liz se tensó por completo. Temiendo que la reconociera, se giró con discreción, para ocultar su rostro y, con un movimiento suave pero firme, escondió a Nicky tras sus faldas.

—Por todos los demonios, Gabriel —respondió Dennis afable, dando unos pasos adelante para alejarse de ellos—. No esperaba ver tu horrible cara por estos lares —bromeó.

El tal Gabriel rio con ganas, y no era para menos, puesto que podían decirse muchas cosas de él, pero no que no fuera atractivo.

—Lo que te preocupa es que mi «horrible» cara te haga la competencia con las jovencitas. —Sus ojos ambarinos se desviaron hacia la esbelta figura de Elizabeth—. Aunque parece que ya estás muy bien acompañado.

—No, no es lo que crees, amigo —dijo, restándole importancia a su presencia—. Solo es una viajera con la que me crucé en mi ruta y decidí acompañarla para asegurarme de que no se topaba con ningún maleante.

—Con ninguno más, aparte de ti, querrás decir —repuso guasón.

—Eso es —le siguió la broma.

Gabriel entrecerró los ojos y trató de estudiar su perfil.

—Lo cierto es que esa mujer me resulta familiar.

Dennis se colocó frente a él, obstaculizando su visión.

—No me digas que vas a ponerte a olfatearla para asegurarte si has pasado la noche con ella, ¿verdad? ¿De qué otra cosa, si no, iba a conocer un crápula como tú a una joven francesa?

Gabriel rio entre dientes.

—Tienes razón, es probable que me suene de eso —aceptó—. ¿Así que francesa?

—*Oui monsieur, je le suis* —confirmó Liz, con un acento perfecto, aún sin volverse hacia él.

—Siempre me resultaron irresistibles las francesas —le murmuró a su amigo.

—Lamento decirte que esta en cuestión ya está casada, y va a reunirse con su marido a París.

Gabriel le echó un último vistazo a su perfil, antes de encogerse de hombros.

—Una verdadera pena… En fin, me alegro de haberte visto. Espero que la próxima vez podamos ir a tomar una jarra de cerveza a una taberna.

Se estrecharon el antebrazo con camaradería.

—Eso está hecho, amigo.

Hizo un leve asentimiento de cabeza y se alejó silbando.

En cuanto Dennis regresó junto a ella, Liz lo miró alarmada.

—¿Crees que se ha creído todo lo que le has dicho?

—No tiene por qué dudar de mí, somos amigos.

—Y, aun así, no le revelaste mi verdadera identidad —señaló la mujer.

—Prefiero no implicar a nadie más en esto, pese a que Gabriel es de fiar.

Aquellas palabras consiguieron relajar a Elizabeth.

—¿Estamos en peligro, madre? —preguntó Nicky, que aún se ocultaba entre sus faldas.

Liz se agachó para ponerse a su altura.

—No, cielo. Estamos bien y pronto nos subiremos a uno de esos barcos y partiremos hacia París.

—Ya tengo ganas de estar allí.

Elizabeth le revolvió el pelo.

—Yo también —respondió sonriente.

El sonido de unos pasos firmes hizo que los tres se volvieran hacia ellos. Drake y Arthur se acercaban y, a juzgar por sus sonrisas, parecían haber tenido suerte.

—Os llevarán a Francia —anunció Arthur—. Hemos llegado a un acuerdo con un capitán francés, aunque tendréis que ir escondidos en las bodegas. No quiere problemas con el resto de su tripulación. Puede que no sea demasiado cómodo, pero sí seguro.

Liz se puso en pie, asintió y apretó la mano de su hijo con la suya. Ese era el paso definitivo para que comenzaran su nueva vida.

—Es perfecto —dijo agradecida.

—Deben partir cuanto antes, Gabriel Stuart se nos acercó y me temo que estuvo a punto de reconocerla —les explicó Dennis tras bajar la voz.

—No creo que Raymond ponga ninguna pega si embarcan ya —sugirió Arthur, que no quería que alguien los descubriera cuando estaban tan cerca de huir—. ¿Estáis preparados para partir? —les preguntó con una sonrisa.

Liz miró con los ojos brillantes a cada uno de los hombres que tenía enfrente. Drake se mostró serio, pero con una firmeza que daba seguridad y calma. Dennis le guiñó un ojo, con ese sentido del humor que le caracterizaba. Y, por último, se centró en Arthur. Se sostuvieron la mirada en silencio y la joven comprendió que no hacía falta nada más para transmitirse lo que sentían.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. Jamás hubiéramos podido conseguirlo sin vuestra ayuda —dijo agradecida.

La sonrisa de Arthur se amplió.

—De eso nada —la contradijo—. Estoy seguro de que hubieras hecho arder media Escocia tú sola con tal de proteger a tu hijo.

Liz le devolvió la sonrisa, a pesar de que una lágrima resbaló por su mejilla.

—Siempre es mejor tener aliados.

Hubo una pausa en la que ninguno dijo nada. Era como si necesitaran alargar aquella despedida que los separaría eternamente.

Arthur carraspeó y se aproximó a Fury para coger su manta y un pequeño saco con provisiones.

—Os irá bien para el viaje.

Elizabeth asintió y apretó las cosas contra su pecho, como si fuera el regalo más preciado que jamás le hubieran hecho.

—Espero que tengas una buena y larga vida, Arthur Hunter.

—Te deseo lo mismo, Elizabeth Fraser.

Sonrió trémulamente a los tres hombres y asintió.

—Estamos listos —declaró, irguiendo sus hombros.

Drake inició la marcha para conducirlos hacia el barco. Liz y su hijo iban agarrados de la mano tras él, mientras que los otros dos hombres caminaban tras ellos. Intentaban ocultarlos con sus grandes cuerpos de miradas indiscretas.

—¿Son ellos? —preguntó Raymond cuando los vio aparecer.

Drake asintió.

—Así es. —Se giró hacia Liz—. Elizabeth, este es el capitán Raymond. Él te llevará a Francia.

—Se lo agradezco mucho, capitán. Prometo que no le daremos problemas —aseguró la joven.

—Más os vale —decretó el hombre, haciéndose a un lado para dejar la pasarela libre para que embarcaran.

Liz los observó por última vez, deteniéndose más de la cuenta en Arthur, antes de respirar hondo y comenzar a caminar hacia el barco.

—Cuida de ella, Nick —le pidió Arthur al niño—. Sé que puedes hacerlo.

El pequeño lo miró por encima del hombro y asintió, pese a que su rostro estaba demudado por el miedo a lo desconocido.

La madera de la pasarela crujía bajo los pies de Elizabeth, y tuvo la sensación de que lo mismo le sucedía a su corazón, porque algunas despedidas no pueden cerrarse con palabras. Es como si permanecieran abiertas… a la espera de que, algún día, sus caminos volvieran a cruzarse.

Arthur, por su parte, estaba de pie junto a los hermanos y observaba en silenció a madre e hijo alejarse.

Liz se volvió una última vez y lo miró. Solo a él.

El viento agitaba sus faldas con impaciencia, como si el destino la apremiara a alejarse lo más posible de su esposo.

Cuando la perdió de vista, su corazón pareció saltarse un latido.

—No me gusta —comentó Drake cruzándose de brazos—. Ese barco está lleno de marineros y Elizabeth es una mujer joven y hermosa.

Arthur seguía mirando la pasarela vacía cuando dijo:

—Estarán en las bodegas y Raymond parece un hombre honorable.

—He visto a hombres honorables volverse lobos cuando hay oscuridad y silencio —continuó diciendo su amigo.

Dennis rio entre dientes.

—No pongas aún más nervioso a Arthur. ¿Acaso no ves lo que le cuesta desprenderse de semejante joya?

El aludido lo fulminó con la mirada y Dennis alzó las manos componiendo una expresión de inocencia.

—No me importa que se lleve el colgante de mi madre, yo mismo se lo regalé.

—No me refería a esa joya, amigo —aclaró con una ceja enarcada—. Juraría que lo único que haría que cambiaras esa expresión asesina, sería subir a ese barco para asegurarte de que llegara sana y salva a París. Por suerte, aún estás a tiempo de hacerlo.

Arthur bufó y volvió a centrar su atención en el barco en el que estaban Elizabeth y su hijo.

—Por todos los demonios… —maldijo entre dientes, con las últimas palabras de Dennis resonando en su mente.

Ambos hermanos intercambiaron una mirada cómplice antes de que su amigo se volviera hacia ellos y les pidiera:

—Cuidad de Fury y llevádsela a mi sobrino. Esa yegua es muy importante para él, así que confío en que se la entreguéis sana y salva.

—Dalo por hecho —aseveró Drake.

Arthur se aproximó al animal, que lo miró con ojos tranquilos. Deslizó la mano por su lomo con lentitud y sonrió.

—Has sido una buena compañera de viaje.

Fury relinchó, como si le dijera que él también lo fue.

Dennis soltó una carcajada.

—¿Quieres escribirle una carta para que pueda leérsela en tu ausencia? —bromeó.

Arthur lo golpeó en el hombro y no pudo evitar reír también.

—Tened buen viaje de vuelta.

—Te esperaremos de visita a tu regreso —repuso Drake.

—Así será, amigo.

—Y cuida de ellos —le pidió Dennis.

—Con mi vida —aseguró Arthur antes de echarse a correr hacia el barco.

Un par de marineros estaban a punto de retirar la pasarela cuando subió por ella y gritó:

—¡Liz!

Ella, que bajaba con discreción hacia las bodegas, se giró de inmediato.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —inquirió sorprendida.

Arthur se detuvo frente a ella.

—Voy con vosotros.

—¿Có… cómo? —parecía muy confundida.

—Os acompañaré a casa de tu tía. Quiero asegurarme de que llegáis bien.

Elizabeth abrió la boca, como si quisiera decir algo y no encontrara las palabras adecuadas, porque lo que veía reflejado en los ojos verdes del hombre era algo más que deber. Esa decisión fue tomada por algo que se construyó entre silencios, miradas cómplices y pequeñas conversaciones.

Nicky los observaba sin entender lo que estaba sucediendo entre ellos.

Liz parpadeó varias veces, con los ojos brillantes.

—No tienes por qué hacerlo…

—Lo sé —dijo sin más y esbozó una sonrisa.

—¿Qué haces en mi barco? —bramó el capitán tras él—. El trato era por dos pasajeros. ¡Dos! Escondidos y sin armar revuelo, y esto ya ha empezado con mal pie.

Arthur se giró hacia él con calma.

—A partir de ahora, el trato me incluye a mí.

—¿Y si me niego? —repuso Raymond con el semblante serio.

—Por favor, señor, permítale venir con nosotros —rogó el niño, que pilló a todos por sorpresa.

Los ojos grises del capitán se desviaron hacia la mirada suplicante del pequeño y maldijo entre dientes.

—*¡Pour tous les démons!* —refunfuñó—. Seguidme antes de que cambie de opinión.

Nicky sonrió ampliamente, satisfecho consigo mismo por haber conseguido su propósito. Liz le devolvió la sonrisa y Arthur le revolvió el pelo de manera cariñosa.

Raymond los condujo por una escalera estrecha y rechinante que llevaba a las bodegas. El aire allí era más espeso y un olor a vino y madera húmeda impregnaba el ambiente.

—No toquéis nada ni hagáis ruido. No quiero que molestéis a mi tripulación. ¿Entendido?

Los tres asintieron y el hombre se alejó renegando en su idioma.

Arthur cogió la manta de las manos de Elizabeth y la tendió en el suelo.

—Pongámonos cómodos, el viaje será largo —sugirió tras tomar asiento con la espalda apoyada contra una de las cajas de vino y un tobillo cruzado sobre el otro.

Poco después, uno de los jóvenes marineros que estaba retirando la pasarela cuando embarcaron apareció con una sonrisa

tímida. Tendría unos dieciocho años, rizos castaños rojizos desordenados y la cara salpicada de pecas.

—El capitán dijo que era posible que tuvieran hambre —comentó.

Depositó frente a ellos una bandeja con pan, un trozo de queso y una jarra con agua.

—Muchas gracias —se apresuró a decir Liz, con amabilidad.

—No es mucho, pero hará que vuestros estómagos dejen de rugir —dijo el chico, encogiéndose de hombros—. Mi madre y yo también huimos a Francia cuando tan solo era un niño, sé lo que es eso.

—¿Eres escocés? —preguntó Arthur, que solo percibía acento francés en él.

El muchacho negó con la cabeza.

—Inglés —respondió—. Mi nombre es Dereck, para servirles.

—Ellos son Arthur, Elizabeth, y yo soy Nick —se apresuró a presentarlos el niño.

—Encantado de conoceros —repuso el joven—. Ahora debo irme, no quiero que el capitán me acuse de gandulear.

Sin decir más, corrió escaleras arriba.

—Es muy joven para estar trabajando en un barco —comentó Liz, con el gesto preocupado de una madre protectora dibujado en su rostro.

—Lo suficiente mayor para ganarse las habichuelas por sí mismo —terció Arthur.

Elizabeth suspiró y partió un pequeño trozo de pan que le entregó a su hijo.

—Parece que no soy la primera ni seré la última en huir.

—No, no eres la única mujer valiente que se atreve a pelear por tener una vida mejor —apostilló Arthur, mostrando cuan orgulloso se sentía de ella.

***

El vaivén del barco, constante y monótono, unido al silencio que reinaba en la bodega, a excepción del murmullo lejano de las olas o el crujir de la madera, hicieron que Elizabeth y Nicky se durmieran.

Arthur, que permanecía despierto, tenía la mirada fija en ellos.

Ambos estaban tapados con su capa. Elizabeth respiraba de manera acompasada, con su hijo acurrucado contra ella, como si su cercanía le tranquilizara.

Aquella imagen le golpeó sin piedad. Su mente traicionera no tardó en arrastrarlo hasta recuerdos que prefería evitar a toda costa.

Esos recuerdos le condujeron a otra época de su vida, a otra noche y a otro niño recostado sobre el regazo de su madre.

Recordó a la que un día fue su mujer, que lo miraba agotada y sonriente con su recién nacido entre los brazos. Se veía cansada, pero sus ojos marrones transmitían paz y felicidad.

Dorothy y Alan, aquellos eran sus nombres. Los que se negó a pronunciar tras su pérdida por el dolor que le causaba hacerlo.

Cerró los ojos un instante y apretó las mandíbulas.

El dolor ya no era tan lacerante como antaño, pero aún conseguía hacerle sangrar. Por eso, era una herida que aprendió a no tocar.

Nadie sabía de la existencia de ellos, nunca contó que estuvo enamorado de una mujer que le dio el mejor de los regalos. Un hijo.

En su interior, aquella historia de su vida, que él mismo decidió silenciar, flotaba como un eco ahogado entre la maraña de sus pensamientos.

Volvió a mirar a Liz y Nicky.

Físicamente, no se parecían en nada a la familia que perdió, pero sí en sus espíritus, lo que le daba más fuerzas para seguir protegiéndolos porque no pensaba volver a perder a nadie más, aunque tuviera que dar su vida a cambio.

CAPÍTULO 13

El primer día de viaje todo transcurrió en calma. Derek les bajó comida y agua, y los tres pudieron estar tranquilos en las bodegas. Sin embargo, el segundo día, el tiempo cambió y fueron sorprendidos por una tormenta.

El agua agitada golpeaba los costados del barco con una fuerza que hacía que se sacudiera y la madera crujiera como si fuera a partirse en cualquier momento.

Nicky se aferraba con fuerza a su madre, enterrando el rostro en su pecho.

—¿El barco va a romperse? —preguntó con la voz entrecortada.

Liz tragó saliva. Sentía como sus manos temblaban de miedo, a pesar de los esfuerzos que hacía para evitarlo. Intentando que su hijo no lo notase, le acarició el cabello con suavidad.

—No, mi amor. Los barcos están preparados para este tipo de contratiempos, y los marineros saben qué hacer en estos casos —respondió.

Esperaba que fuera cierto, porque no había llegado hasta allí para que una tormenta los detuviera.

—Tengo miedo —confesó, alzando sus ojos grises y llorosos hacia ella.

—No hay por qué tenerlo, Nick. Tú madre tiene razón cuando dice que los tripulantes de este barco saben lo que hacer para cuidar de nosotros —intervino Arthur con una sonrisa, aparentemente relajada, dibujada en el rostro.

—Es normal tener miedo, mi pequeño —añadió Elizabeth—. Yo también lo tengo, pero sé que, si estamos juntos, nada malo puede pasarnos.

Nicky apoyó la cabeza en su pecho de nuevo y suspiró.

—Odio estar aquí encerrado —se lamentó.

—Es el lugar más seguro del barco —le aseguró Arthur—. Aun así, si te quedas más tranquilo, subiré a ver qué tal van las cosas por cubierta.

Nicky asintió cuando el navío se estremeció con otro embate de las olas, que hizo que una de las cajas se deslizara por el suelo de madera y se estrellara contra la pared que tenían enfrente.

Arthur miró a Liz —que con la mirada le expresó que ella también estaba muy asustada— a la espera de su consentimiento.

—Adelante, ve —dijo al fin.

El *highlander* se puso en pie con agilidad y subió las estrechas escaleras que llevaban a cubierta de dos en dos. La lluvia le golpeó el rostro en cuanto salió al exterior, y el viento lo empujó como si quisiera devolverle de nuevo a las bodegas.

La cubierta era un hervidero de órdenes, agua y cuerdas azotadas por el viento. El mar se veía oscuro y embravecido, y parecía decidido a engullirlos.

Al timón vislumbró al capitán Raymond, que luchaba por mantener el rumbo, así que se aproximó a él.

—Capitán, ¿cómo va todo? —preguntó al llegar a su lado.

—¿Cómo va todo? *Mon Dieu*, qué pregunta más absurda —gruñó—. Esta es la peor tormenta con la que me he cruzado en mis treinta años navegando los mares. Así que, como puedes comprobar, escocés, nada va bien.

Arthur observó a los marineros que luchaban sin descanso haciendo lo posible para que el navío se mantuviera a flote.

—¿Cómo puedo ayudar?

Raymond le echó un vistazo, como si estuviera decidiendo si era apto para desempeñar alguna tarea. Finalmente, suspiro y negó con la cabeza, dando a entender que necesitaban manos, pese a que fueran inexpertas.

—Tenemos que reducir las velas, reforzar las uniones del casco desde el interior, asegurar que la carga no ruede y chafe a alguien o acabemos perdiéndola… Son demasiadas cosas y tenemos poco tiempo para hacerlas. —Miró en derredor—. Ayuda a Derek, no quiero que ese muchachito enclenque acabe en el agua cuando la vela que trata de atar al mástil lo arrastre.

Arthur no necesitó más para correr hacia el joven que forcejeaba con la vela que se agitaba desbocada.

—¡Dame eso! —gritó para que le oyera entre el sonido de los truenos, el mar embravecido y el viento que soplaba con fuerza.

Sujetó la cuerda que estuvo a punto de escapársele a Derek y se la enrolló en torno al antebrazo. A pesar de la fuerza del viento y las sacudidas del barco, logró atarla al mástil

—¡Aprieta bien el nudo o acabará soltándose! —le pidió el muchacho justo en el momento en que un rayo partía en dos el cielo.

Arthur hizo lo que le solicitó, a pesar de lo resbaladiza que estaba la cuerda empapada.

Una enorme ola colisionó contra el casco del barco y lo hizo inclinarse peligrosamente. Derek estuvo a punto de caerse por la borda, si no fuera por la mano con la que Arthur lo aferró.

—Gracias —dijo el chico con ojos de pánico.

—No es seguro que permanezcas aquí, ¿por qué no vas a las bodegas con Liz y Nick?

—No puedo abandonar mi puesto —respondió Derek con determinación—. Toda ayuda es poca en estos momentos.

Arthur apreciaba su valor y compromiso, pero le preocupaba que pudiera pasarle algo. Apenas era un niño.

Un alarido de dolor hizo que ambos se volvieran hacia uno de los marineros, que tenía el brazo atrapado bajo un enorme barril de vino.

Los dos corrieron hacia él, y con la ayuda de otro hombre alto y musculoso —que miró a Arthur con desconfianza—, lo ayudaron a liberarse.

—Hay que asegurar los barriles al otro lado de cubierta o volcaremos —dijo con la cara y el oscuro cabello empapados.

Arthur lo ayudó a empujar el pesado barril, mientras Derek se dedicaba a socorrer a su compañero herido. Llegaron junto a otros tres marineros que forcejeaban para atar el resto de barriles de vino. El agua iba y venía, golpeándolos con fuerza.

—¡Atad los toneles contra los amarres de la pared! —ordenó el hombre de pelo negro—. ¡Que los cabos queden bien sujetos!

Arthur, con sus manos endurecidas por los años de batallas y aventuras, hizo justo lo que demandaba. Debían trabajar juntos si no querían que el barco acabara hundido.

Una ola aún más alta que las anteriores se alzó por babor. Todos se aferraron con fuerza a lo que pudieron, para evitar ser arrastrados fuera de la cubierta.

Pudo ver como una de las velas que había en la otra punta comenzaba a desatarse, así que, sin pensarlo, se soltó y su cuerpo se deslizó por la cubierta sin control. Logró agarrarse al mástil al que estaba sujeta la vela y, con dificultad, pudo ponerse en pie.

—¡¿Qué haces, escocés?! —bramó Raymond, que permanecía al timón del barco—. Esto no es un campo de juegos.

—Campo de juegos —murmuró entre dientes apartándose el largo cabello que se pegaba a sus ojos—. ¡Si no aseguro esta vela, acabará desplegada por la siguiente ráfaga de viento y quedará hecha jirones!

Como pudo, anudó con más fuerza la cuerda y rezó para sus adentros porque fuera bastante para mantenerla plegada.

—¡Una mujer! —oyó entonces vociferar a uno de los marineros.

La sangre se le heló en las venas cuando alzó la mirada y vio a Elizabeth completamente mojada, con su largo cabello rubio pegado al rostro y temblando como una hoja.

Con el corazón latiendo acelerado, fue aferrándose a lo que podía para llegar hasta ella, que se mantenía sujeta a la baranda de babor.

—¿Qué haces aquí? Es peligroso —le dijo cuando estuvo a su lado.

—No podía permanecer abajo más tiempo sin saber qué estaba sucediendo. Esto es peor de lo que imaginaba.

—Debes volver con Nicky —insistió tras apoyar una mano sobre su hombro.

—¡Quiero ayudar! —exclamó, con su voz apenas audible a causa de un nuevo trueno.

Jacob, un viejo marinero con la mirada nublada a causa de los años, la observó horrorizado.

—¡Hay una mujer en el barco! ¡Estamos malditos! —bramó—. Da mala suerte tener una mujer a bordo. ¡Esta tormenta es culpa tuya!

—¡Nos hundiremos! —aseveró otro hombre.

—¡Estamos condenados! —declaró otro más.

—¡*Pour tous les démons*! ¡Te dije que no salieras de la bodega! —gritó el capitán—. Los marineros son supersticiosos.

Elizabeth sintió el rechazo de los hombres casi tan violento como la tormenta que sacudía el barco. Sin embargo, antes de que nadie más dijera algo en su contra, Arthur se puso ante ella con el rostro endurecido y el cuerpo tenso.

—¡Basta! —gritó con furia contenida—. Ella ha subido aquí para ayudar, poniéndose en peligro y dejando a su hijo solo, mientras vosotros solo gritáis como ratas asustadas. Así que, si acabamos por hundirnos, la culpa no será de ella, sino de quien se entretiene con supersticiones absurdas en lugar de continuar trabajando para mantener esto a flote.

Se escuchó un murmullo insatisfecho y algunos marineros le echaron una última mirada de desprecio a Liz antes de centrarse de nuevo en asegurar las velas y la carga.

Arthur se giró hacia ella otra vez cuando el mar rugió con una violencia inesperada. Una ola descomunal impactó contra la borda e hizo que el navío se ladease con brutalidad.

Liz no pudo mantener el equilibrio y fue lanzada hacia un costado. Sus dedos se soltaron de la barandilla y el océano pareció estar a punto de engullirla con su negra y helada boca.

Por suerte, una fuerte mano, firme e inquebrantable, la sujetó por la muñeca.

Arthur permanecía con los pies anclados al suelo a pesar de tener medio cuerpo fuera del barco.

—Te tengo —susurró con los músculos tensos—. Ya eres mía.

La joven, jadeante, sintió un profundo deseo de que eso fuera verdad.

Con un esfuerzo feroz, la alzó y tiró de ella contra su pecho. Ambos cayeron de espaldas sobre la cubierta, con las respiraciones entrecortadas y los corazones latiendo al unísono.

—Gracias por salvarme la vida… una vez más —susurró Liz.

—Para eso subí a este barco —repuso esbozando una sonrisa.

—¡Maldita la hora en que una mujer subió al barco! —vociferó de nuevo el anciano marinero—. El mar quiso castigarla por estar aquí. ¡Todos lo acabamos de presenciar!

—¡Sí, lo hemos visto! —corroboraron dos más.

Arthur se incorporó y ayudó a Elizabeth a hacer lo mismo.

Iba a decir algo, cuando la joven, dando un paso al frente, alzó el mentón y declaró:

—Yo no he traído esta tormenta, eso es cosa de la naturaleza. Sin embargo, ustedes sí son los culpables de señalarme y difundir el miedo. Si son tan necios como para temer a una mujer sola e indefensa, carguen contra su ignorancia, no hacia mi persona.

Arthur respiró hondo, sintiéndose orgulloso de su valentía.

—Déjese de discursos y regrese a las bodegas, mujer —espetó Raymond, iracundo—. Si sigue distrayendo a mi tripulación, logrará que esta tormenta nos mate a todos.

Los marineros gruñeron entre dientes, de acuerdo con su capitán.

—Ven —le dijo Arthur, tomándola del brazo y conduciéndola de nuevo a las bodegas—. Volvamos abajo.

—No soy la culpable de…

—Lo sé —la interrumpió antes de que acabara la frase—. Solo tienen miedo, y su modo de expresarlo es buscar a alguien con quien descargar su frustración. Lamento que hayas tenido que ser tú.

Descendieron por las escaleras y en cuanto Nicky los vio, corrió hacia su madre.

—¡Habéis vuelto!

Liz se agachó a su lado y le acarició el cabello.

—Te dije que volvería.

El niño asintió y sorbió por la nariz, conteniendo las lágrimas que pugnaban por derramarse de sus ojos.

—Ya pasó lo peor, pequeño lobo de mar —mintió Arthur—. Este barco es fuerte, como tú. No le gusta rendirse, y te aseguro que llegará a puerto.

Metió la mano en su *sporran* y sacó un pequeño trozo de madera tallado en forma de delfín, que le ofreció a Nicky.

—Lo hice para una persona muy especial, pero como él nunca pudo tenerlo, quiero que sea tuyo.

—¿Me lo regalas? —se sorprendió el niño.

Arthur asintió.

—Se dice que los delfines cuidan a los que se atreven a navegar. Quédatelo, te protegerá.

El chiquillo lo cogió con su pequeña manita y se quedó mirándolo.

—Es muy bonito.

—Estoy seguro de que algún día, tú también sabrás hacer cosas así.

Los ojos azules de Nicky se alzaron hacia él.

—¿Me enseñarás a hacerlo tú? —preguntó esperanzado.

Arthur miró a Liz, que parecía apenada, antes de responder:

—Sí, Nick. Si quieres, yo mismo te enseñaré a hacerlo.

Sabía que eso era imposible, porque en cuanto llegaran a París, sus caminos se separarían, pero no se vio capaz de hacérselo saber.

Elizabeth temblaba como una hoja sacudida por el viento a causa del frío que la ropa mojada le causaba. Incluso sus labios se veían amoratados.

—¿Por qué no te quitas la ropa y te envuelves en mi capa? —sugirió—. Vas a coger una pulmonía.

—Tu ropa también está empapada —apuntó.

—Estoy acostumbrado, pero tú no. Ten. —Le entregó la capa que estaba entre sus cosas—. No voy a mirar —prometió, dándole la espalda.

El barco aún se sacudía, haciendo que para Elizabeth fuera difícil desanudarse los cordones mojados del vestido.

Arthur no pudo evitar que el vello de su nuca se erizara cuando escuchó la tela mojada caer al suelo y el susurro de su ropa interior cuando se deslizó por su piel.

Mantenía la vista fija en la pared de la bodega, con cada músculo de su cuerpo en tensión por el esfuerzo que hacía para no volverse y recorrer con sus ojos aquel cuerpo con el que tanto había soñado.

Cuando Liz estuvo desnuda, se envolvió en la capa que olía a él. Era tan agradable estar envuelta en su aroma que no pudo evitar inhalar hondo y emitir un pequeño suspiro.

—Ya puedes darte la vuelta.

Arthur se volvió y se quedó sin aliento. La imagen de Elizabeth envuelta en su capa, con el largo cabello suelto y húmedo que caía por su espalda como un improvisado manto, a la vez que uno de sus hombros quedaba al descubierto, representaba una imagen de lo más sugerente y tentadora.

Liz también era consciente de su abrasadora mirada y del modo en que el aire se hizo más denso entre ellos.

No se acercaron, no dijeron nada, pero la manera en que sus ojos hablaban por sí solos quedó suspendida en el aire, como una

promesa que ninguno se atrevía a pronunciar.

Una nueva sacudida agitó el navío, haciéndoles tambalearse.

—Madre —jadeó Nicky.

Elizabeth se inclinó hacia él.

—No pasa nada —le susurró.

—Venid, aquí estaremos seguros —sugirió Arthur, acomodándose en una de las esquinas junto a cajas amontonadas y bien aseguradas.

Abrió uno de sus brazos y el niño corrió a acurrucarse contra él. Parecía que su presencia le ofrecía calma y seguridad.

Liz se sentó a su otro lado y ambos quedaron al resguardo de su abrazo.

Poco a poco, sus cuerpos se fueron relajando y la respiración acompasada del pequeño les hizo saber que se había quedado dormido.

Los ojos azules de la joven se clavaron en los del *highlander*, que no podía dejar de observarla.

—Solo te estamos causando problemas. No tenías que haberte quedado —dijo en un murmullo.

—No tenía por qué, pero quería hacerlo.

Fue una respuesta escueta, pero que reflejaba mucho más de lo que se podía decir con palabras.

CAPÍTULO 14

Arthur subió a cubierta en medio de la madrugada, cuando Liz y Nicky estaban dormidos.

El capitán seguía al timón del barco, con los ojos hundidos por el cansancio y una expresión de alivio, como si apenas pudiera creer que hubieran sobrevivido a la tormenta.

Arthur se le acercó en silencio.

—¿Cómo va todo?

Raymond gruñó.

—Tuvimos que cambiar de rumbo para evitar otra tormenta —le explicó sin desviar la mirada del frente—. Aunque ese no es el mayor de mis problemas ahora mismo. La tripulación está inquieta y no por la tormenta. Es por ella, la mujer.

Arthur frunció el ceño.

—No entiendo a qué viene tanto revuelo.

El capitán suspiró, resignado.

—Los marineros son supersticiosos, escocés. Se dice que una mujer a bordo de un barco trae mala suerte. Puede que sean viejos cuentos, sí, pero cuando casi se pierde la vida, es fácil buscar un culpable.

—Ella no provocó la tormenta, eso es absurdo.

—Lo sé —respondió con calma—. Aun así, no basta con que yo lo sepa. En la mar, las supersticiones a veces pesan más que la razón.

Arthur guardó silencio unos segundos. Luego, en voz baja pero firme, dictaminó:

—Nadie les pondrá una mano encima a ninguno de los dos mientras yo respire.

Raymond asintió.

—En ese caso, mantenlos a raya. Que no salgan de la bodega para que no haya más problemas.

El *highlander* asintió y comenzó a alejarse.

La mirada oscura de Adam se cruzó con la de Arthur cuando pasó por su lado. Era casi tan alto como su sobrino y algunas pequeñas cicatrices salpicaban su rostro.

—Todo esto es culpa de la mujer —gruñó, a la vez que apretaba un cabo—. Si la echáramos al mar, nuestros males pasarían. Todos lo sabemos. Es ella o el barco.

Arthur lo encaró.

—¿Qué has dicho?

Adam lo miró sin disimular su desprecio.

—Dije lo que todos pensamos. Hemos estado a punto de morir por su culpa.

Arthur caminó hacia él sin prisa.

—¿De verdad eres tan estúpido como para creerte esos cuentos de viejas?

El marinero gruñó y apretó los puños.

—¿Estás buscando pelea? Porque si es así, estoy dispuesto a dártela —siseó entre dientes—. Parece que esa bruja tiene un gran tesoro entre sus piernas para haberte lavado el cerebro de este modo.

Arthur no respondió con palabras, solo actuó. Le dio un puñetazo limpio, directo al mentón. Adam se tambaleó, pero contraatacó con un golpe que impactó en el pómulo de su adversario.

De repente, ambos hombres estaban enfrascados en una brutal pelea. El resto de los marineros se arremolinaron en torno a ellos, gritando y animando a su compañero a destrozar a Arthur con sus propias manos.

A pesar de que Adam era más alto, Arthur se movía con mayor agilidad y le propinó un fuerte puñetazo en el estómago. Sin embargo, notó un golpe en el costado que llegó desde atrás, como si otro de los marineros le hubiera atizado para ayudar a su amigo.

—¡Basta! —la voz de Liz emergió entre los gritos del resto de hombres.

Se colocó entre Arthur y Adam para detenerlos. Los dos hombres la miraban con la respiración entrecortada. Adam tenía la ceja partida y Arthur el labio, además de las contusiones que ya comenzaban a apreciarse en sus rostros.

Cuando el jaleo la despertó, se puso la ropa, que aún estaba ligeramente húmeda, y corrió a ver qué sucedía.

—Deberíamos echarte por la borda en este mismo instante, mujer —murmuró Adam secándose con el dorso de la mano la sangre que salía de su nariz.

Arthur dio un paso adelante.

—Te voy a… —Elizabeth alzó una mano para acallarlo.

—¿Quieres echarme por la borda? —inquirió con el mentón alzado—. ¿Queréis hacerlo todos? —levantó la voz para que el resto de marineros la oyeran—. En ese caso, adelante. Estoy aquí y no correré ni pelearé, pero sabed esto: yo no traje la tormenta. Ninguna mujer lo hace. Las tormentas no nos siguen, se originan en el cielo. Y el miedo que nace dentro de vosotros tampoco lo ocasiono yo, sino vuestra cobardía.

»Creedme, lo sé. He huido de las garras de un monstruo que me hacía daño y no por eso maldije a inocentes. El miedo no justifica la crueldad ni los malos actos, solo los saca a la luz.

Miró a Adam directamente, sin odio.

—Quieres buscar un culpable para lo ocurrido, y de ese modo pensar que si acabas conmigo nada volverá a dañaros, pero te equivocas. Tu enemigo no soy yo.

Adam se limitó a mirarla con el ceño fruncido.

—Bonito discurso, pero eso no hará que nuestra suerte mejore. De toda la vida se ha sabido que no hay que subir mujeres a un barco. Traéis la ruina por donde pisáis —decretó el viejo Jacob.

—Han debido hacerte mucho daño en la vida para pensar así —comentó con tristeza.

El anciano avanzó un paso hacia ella y expulsó aire por la nariz con fuerza.

—Jamás he conocido a una mujer con más soberbia que la tuya —le soltó con desprecio.

El golpe no fue físico, pero dolió igual.

—¡No le hables de ese modo a mi madre! —la voz infantil rompió el aire como un trueno.

Se abalanzó sobre Jacob y, sin pensárselo ni medir el peligro, le asestó una patada en la espinilla. El hombre gritó y se frotó la zona dolorida, mientras miraba con asombro al muchachito.

—¿Un niño? —murmuró otro de los marineros.

—Dios nos libre, ¡cuánta gente hay escondida en las bodegas! —exclamó otro.

—¡Ya basta! —intervino el capitán—. Esta mujer y su hijo están a bordo con mi consentimiento. He dado mi palabra de que los llevaríamos hasta Francia, y si alguien quiere discutir conmigo mi decisión, que dé un paso al frente.

Un silencio sepulcral se hizo en cubierta.

—Esta mujer solo lucha por su hijo, como haríamos cualquiera de nosotros por nuestras familias —terció Derek.

—En efecto —asintió Raymond.

Adam gruñó.

—¿Desde cuándo escuchas las opiniones de un crío, capitán? —inquirió mordaz.

—Desde que algunos adultos solo saben hablar en vez de hacer su trabajo —le devolvió Raymond—. Una palabra más de arrojar a alguien por la borda y te dejo en el próximo puerto —le advirtió.

El enorme cuerpo de Adam tembló por la contención que tuvo que hacer para no responder. Lanzó una última mirada a Arthur y Liz antes de alejarse a grandes zancadas.

—¿Esta es tu familia? —preguntó entonces el viejo Jacob a Arthur.

Este los miró y asintió.

—Sí, lo son —declaró, con los ojos fijos en los de Elizabeth.

Pudo apreciar como Nicky arrugaba el gesto, pero, por suerte, no dijo nada que contradijera su afirmación.

El anciano pareció mirarlos con un renovado respeto.

—Se acabó el espectáculo. Volved a vuestros puestos de trabajo —ordenó el capitán—. Señora Hunter, usted también debería regresar a las bodegas —le dijo a Liz.

Sabía que Raymond conocía la verdad, que ese no era su auténtico nombre, y que llamarla de ese modo era una manera de otorgarle la protección de Arthur a ojos de los demás.

Cogió a su hijo de la mano y los tres regresaron al lugar que debían ocupar.

—Yo no soy un Hunter, soy un Fraser —protestó Nicky cuando los tres estuvieron a solas.

Su madre se agachó frente a él para estar a su altura.

—Lo sé, mi amor. Sin embargo, es más seguro que todos piensen que sí lo somos.

—¿Por qué?

Liz tomó sus manitas con suavidad.

—En ocasiones, para estar más protegidos, debemos ponernos un disfraz, pero eso no cambia quienes somos en realidad.

Nicky desvió la mirada.

—No me gusta mentir.

—Ni a mí —aseguró su madre.

—Solo será momentáneo, Nick —intervino Arthur—. Cuando lleguéis a casa de tu tía volverás a poder decir tu verdadero nombre.

El niño lo miró con los ojos relampagueantes.

—¡Cállate! ¡Te odio! —gritó furioso—. Tú no eres mi padre, solo un sucio bastardo aprovechado.

—¡Nicholas! —lo reprendió Elizabeth—. ¿De dónde has sacado eso?

—Se lo oí a Russell —reconoció y bajó los ojos al suelo, avergonzado.

—Que sea la última vez que te oiga hablar así —le pidió—. Russell no es ejemplo de nada y no quiero que seas como él. ¿Me has entendido?

Nicky asintió, aún con la mirada baja.

—Ve a descansar, es tarde.

Sin decir más, el niño se alejó para tumbarse sobre la manta que usaban a modo de improvisado lecho.

Liz cerró los ojos y se frotó la sien. Su rostro delataba lo sobrepasada que se sentía por la situación.

—Lo lamento mucho —se disculpó con Arthur.

Este esbozó una sonrisa tranquila.

—No te preocupes, es cosa de niños. Repiten lo que escuchan; llegará el momento en que sepa diferenciar lo que está bien y lo que no. Aún es pequeño.

Elizabeth se recostó contra la pared que tenía a sus espaldas y suspiró.

—Sabes mucho de niños —murmuró sonriendo con tristeza—. Creo que habrías sido un buen padre.

Arthur le sostuvo la mirada un instante, antes de revelar:

—Fui padre.

Liz parpadeó con rapidez, mientras procesaba esa información.

—¿Fuiste padre? —repitió.

Arthur asintió.

—Eres la única persona que lo sabe. Ni mi familia, ni amigos… nadie más. Es algo que he guardado para mí muchos años.

Que hubiera confiado en ella de ese modo la conmovió.

—Entonces…, ¿estuviste casado?

El *highlander* negó con la cabeza.

—Conocí a Dorothy cuando era muy joven. Era la hija de un herrero del clan Mackenzie y no la trataba demasiado bien. Lo que sucedió entre nosotros se podría llamar amor a primera vista, así que nos escapamos juntos. No nos hacía falta un compromiso formal. Nos amábamos y para nosotros era más que suficiente.

»Poco después nos dimos cuenta de que estaba encinta, y eso nos colmó de alegría. No nos importaba el qué dirán, solo que nuestro amor había dado sus frutos.

Guardó silencio, como si le costara proseguir con la historia. Elizabeth permanecía callada a la espera de que le contara lo que él quisiera, sin presiones.

—Tuvimos un niño —prosiguió—. El más bonito que he visto jamás. Tenía el cabello oscuro de ella y unos enormes ojos verdes como los míos. Por desgracia, lo perdí demasiado pronto.

»Vivíamos en una pequeña cabaña escondida en medio del bosque, junto a un arroyo. Alejados del mundo y las reglas, pero siendo libres y felices.

»Una mañana, salí de caza, como era habitual, pero al regresar noté que algo andaba mal. La puerta de la casa estaba entreabierta y un caballo desconocido pastaba frente a ella. Entré con sigilo y vi a un hombre sobre el cuerpo inmóvil de Dorothy. Tenía la cara ensangrentada y sus ojos parecían apagados, por lo que entendí que había perdido la vida.

»Una furia que jamás he sentido se apoderó de mí. Me abalancé sobre el desconocido y comencé a golpearlo una y otra vez. Escuchaba los huesos de su rostro astillándose, pero ni eso me detenía.

»No sé cuánto tiempo estuve así, lo único que me detuvo fueron mis nudillos destrozados. Me puse en pie y ojeé el salón. En una esquina pude ver un bulto en el suelo. Era la mantita con la que cubríamos a Alan, así que me aproximé a ella y me lo encontré…

Estaba muerto. Aquel malnacido lo arrojó al suelo con todas sus fuerzas, como si fuera basura, y le rompió el cuello.

Cuando terminó de hablar, Arthur sintió que se había vaciado por dentro. Como si la gran losa que cargaba desde hacía demasiados años ya no fuera tan pesada, porque acababa de compartir su peso con ella.

Volvió el rostro hacia Nicky, que respiraba de manera acompasada, dando muestras de estar dormido, y sonrió.

—Cuídalo, es un tesoro.

Elizabeth asintió.

—Lo sé —dijo con ternura.

Arthur se giró de nuevo hacia ella, clavando sus ojos verdes en los azules y cristalinos de la joven. Estaba tan hermosa alumbrada tan solo por la tenue luz de una vela que casi dolía.

—Por eso viajo tanto —confesó sin pretenderlo—. Siento que, si me quedo quieto, las sombras de las que huyo me alcanzarán.

—¿Y crees que, sin detenerte en ningún lugar en concreto, encontrarás paz?

El hombre asintió.

—Eso pensaba… hasta hace bien poco. —La mirada de Arthur parecía arder más que la llama de la vela—. De un tiempo a esta parte me he sorprendido a mí mismo imaginando lo que sería establecerme para formar un hogar… y permitirme volver a amar.

La respiración de Liz se veía agitada, ya que su pecho subía y bajaba de manera acelerada.

—No eres lo que perdiste, Arthur. Eres quien se levantó de un golpe tan duro y no se rindió, a pesar del dolor que portas en tu corazón. —Avanzó hasta detenerse a escasos pasos de él—. Te mereces ser feliz de nuevo.

La joven alzó una mano hacia el rostro del *highlander*, quien cerró los ojos al notar su contacto. Acarició los moretones que ya empezaban a intuirse y observó su labio partido.

—Déjame limpiar tus heridas.

Arthur abrió los ojos de nuevo. El color verde brillante que siempre lucían parecía haberse oscurecido y la intensidad de su mirada la hizo estremecer.

—No hace falta —murmuró con la voz ronca.

—Aun así, quiero hacerlo —insistió—. Estás herido por defenderme, es lo menos que puedo hacer.

Él respiró hondo, como si necesitara hacer acopio de todas sus fuerzas, y asintió. Se sentó en el suelo y Liz se arrodilló junto a él. Rompió un trozo del bajo de su falda, lo metió en el cubo con agua que Derek les trajo hacía unas horas y lo escurrió.

Con delicadeza, comenzó a limpiar la sangre seca que manchaba su mentón y su cuello. Después volvió a meterlo en el agua, y se centró en la herida que partía su labio inferior en dos.

El aliento de ambos se mezclaba por lo cerca que estaban el uno del otro y la tensión se palpaba en el ambiente. El silencio entre ellos era denso y cargado de un fuego que aún no se atrevían a prender.

—Ya está —susurró Liz dejando el trozo de tela dentro del cubo.

—Gracias.

—No me las des. Soy yo quien tiene que agradecerte todo lo que haces por nosotros —respondió con suavidad y colocó un mechón de su dorado cabello tras su oreja.

—Es un placer —declaró Arthur.

Las manos le hormigueaban de los deseos que tenía de tocarla. Aun así, se contuvo. Elizabeth estaba pasando por un momento vulnerable y él jamás se aprovecharía de eso.

—Arthur, yo…

—Creo que deberías descansar —la interrumpió antes de que dijera algo de lo que a la mañana siguiente pudiera arrepentirse o avergonzarse.

Tras unos segundos en silencio, la joven asintió.

—Sí, tienes razón. Buenas noches.

Se apresuró a ir hacia donde estaba su hijo y a recostarse junto a él, dándole la espalda a Arthur, que suspiró, se apoyó en la pared que tenía tras de sí y con el antebrazo se cubrió los ojos. Se había abierto en canal con ella y eso le hacía sentir expuesto, pero, por otro lado, era como si esa herida dentro de él comenzara a sanar de manera imprevista.

CAPÍTULO 15

La noche era serena dentro de la bodega y el mar parecía en calma. Sin embargo, Liz despertó al escuchar unos leves gemidos.

Permanecía abrazada a su hijo, pero se incorporó levemente y dirigió su atención hacia Arthur, que hacía algunos movimientos espasmódicos y su expresión parecía angustiada.

Con cuidado de no despertar a Nicky, se levantó para acercarse al *highlander*. Se arrodilló junto a él y lo zarandeó con suavidad por el hombro.

—Arthur —susurró.

En un instante, el cuerpo del hombre reaccionó. Sus ojos se abrieron de golpe, pero no vieron la bodega; solo veían la cabaña en el bosque, los cuerpos sin vida de Dorothy y Alan, y su asesino oculto entre las sombras. Movido por el instinto, cogió a Elizabeth del cuello, arrojándola al suelo de espaldas, y se posicionó sobre ella.

Sus ojos refulgían con furia y parecían no verla pese a estar mirándola de frente.

—Arthur…, soy yo —logró balbucir la joven—. Soy Liz.

Fue entonces cuando pareció enfocarla. La confusión se reflejó en su rostro al liberar su garganta.

—Lo siento, Liz…, no pretendía hacerte daño.

—Tranquilo, no lo has hecho. Creo que tenías una pesadilla —comentó de manera amable.

Arthur miraba a Elizabeth con ardor. Sus cuerpos estaban pegados y ambos eran conscientes de ello. El hombre notaba como

los pezones erectos de la mujer se clavaban en el pecho, y el modo en que sus labios entreabiertos temblaban levemente.

Sin poder evitarlo por más tiempo, se inclinó sobre ella, con calma, dándole la oportunidad para que pudiera rechazarlo.

No lo hizo. Por el contrario, lo recibió con la misma pasión que él le otorgó.

El beso comenzó de manera lenta y tierna, como una caricia que hacía mucho tiempo que ambos deseaban.

Arthur posó una de sus manos sobre el hermoso rostro femenino a la vez que sus lenguas se entrelazaban con urgencia. No obstante, aquello no era suficiente para aplacar el ardor que los consumía.

Liz jadeó contra los labios del guerrero, y arqueó la espalda para pegarse más a él. Les sobraba la ropa y, seguramente, se la habrían arrancado el uno al otro si un suspiro adormilado de Nicky no los hubiera devuelto a la realidad.

Se separaron y se quedaron mirándose a los ojos, con las respiraciones entrecortadas. Los labios de Elizabeth se veían un tanto hinchados y aún más apetecibles. Arthur tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para levantarse de encima de ella y recobrar la cordura.

—Perdóname —le dijo mientras se pasaba los dedos por el pelo —. Me he tomado unas libertades que no debía. No era mi intención.

Liz se sentó, con las mejillas sonrojadas, y negó con la cabeza.

—No te disculpes —le pidió con un hilo de voz—. O harás que me avergüence de haberme dejado llevar por mis deseos.

Arthur tragó saliva de manera visible y asintió.

La bodega estaba envuelta en silencio. Ambos sabían que lo que acababan de vivir fue mutuo, y Elizabeth había dejado claro que no iba a permitir que él cargara con la culpa de todo, cuando no era así.

Arthur carraspeó y señaló las escaleras que llevaban a cubierta.

—Voy a… —Se aclaró de nuevo la voz—. Iré a ver si puedo ayudar en algo a la tripulación.

Los ojos azules de Liz reflejaron su desconcierto. La idea de que no le hubiera gustado el beso y por eso se alejaba anidó en su mente.

—Oh, claro… Sí, hazlo —fue lo único que atinó a decir.

Arthur captó su inseguridad. Se acuclilló frente a ella y, tomándola de la barbilla, alzó su rostro para que lo mirara.

—Si me quedo cinco segundos más aquí, no podré contenerme y volveré a besarte. Y no creo que pueda confórmarme con eso, Liz, porque tu sabor me vuelve loco.

La joven abrió la boca, sorprendida. No esperaba aquella confesión tan sincera.

—Arthur…

—No tardaré en volver —le prometió antes de ponerse de nuevo en pie y alejarse.

Liz se quedó mirando el hueco por donde se marchó durante unos segundos. Se llevó la temblorosa mano a los labios, sintiendo aún los del hombre sobre ellos. Jamás había experimentado nada parecido a lo que vivió hacía unos instantes. Aquel beso no fue solo un mero gesto rutinario, como sucedía con Russell, ni tampoco uno fugaz e inexperto, como el que muchos años atrás Arran le dio. Aquel beso había sido diestro, apasionado y lleno de un fuego que parecía estar abrasándola aún.

Se sentía acalorada, así que se aproximó al barreño con agua, metió las manos en él y se lavó la cara. Necesitaba despejarse y apagar su deseo, aún prendido.

Ojalá tuviera un espejo para poder adecentarse. Debía de tener un aspecto horrible.

Comenzó a peinarse el cabello con los dedos. No se consideraba una mujer vanidosa, pero estaba acostumbrada a tener siempre un aspecto impecable.

Nicky se removió bajo la capa de Arthur y se frotó los ojos con lentitud. Cuando los abrió y la miró, aún tenía aspecto adormilado.

—¿Madre? —murmuró.

—Me estoy aseando, cielo —le dijo para tranquilizarlo—. ¿Dormiste bien?

—Sí, bueno… —respondió con desgana a la vez que se incorporaba—. ¿Hoy podré ver el cielo?

—¿El cielo? —inquirió Liz con el ceño fruncido.

—Estoy aburrido de estar aquí encerrado.

Su madre lo comprendía. Aquel era su cuarto día de viaje, y apenas habían pisado la cubierta. El mundo en el exterior de aquella bodega seguía girando, pero para ellos solo cabía esperar llegar a Francia.

El rostro del niño se veía un tanto pálido y ojeroso, sus rizos estaban revueltos y estaba segura de que había perdido algo de peso.

—Ponte los zapatos.

—¿A dónde vamos?

—A ver el cielo.

El rostro de Nicky se iluminó.

Emocionado, se calzó con rapidez y corrió a su lado. Elizabeth se puso en pie también y le dio la mano.

—¿Nos van a regañar por salir fuera? —preguntó el pequeño a los pies de las escaleras que los llevaría a cubierta.

—Quizá —reconoció ella—. Pero si es el castigo por notar la brisa fresca sobre nuestros rostros… lo aceptaremos.

El niño sonrió y asintió, corroborando sus palabras.

El sol apenas tocaba la cubierta cuando Liz y Nicky llegaron al exterior.

Las miradas de los marineros comenzaron a clavarse en ellos. Interrumpían sus tareas para observarlos con expresiones ceñudas, especialmente a Elizabeth.

Adam no se limitó a mirar y se plantó frente a ellos. Su enorme cuerpo parecía tenso y sus manos se cerraban en forma de puño.

—¿Quién os dio permiso para salir de vuestro escondrijo? —gruñó sin cortesía.

Arthur, que estaba enrollando unas cuerdas, al escucharlo, volvió el rostro y vio la escena. Dejó lo que estaba haciendo y, a grandes zancadas, fue hacia ellos, pero se detuvo al escuchar la respuesta de Liz.

—Mi hijo necesita ver luz y que le dé un poco el sol, y yo, como su madre, voy a hacer lo que haga falta para dárselo. ¿Tienes algún problema con ello? —sus palabras eran calmadas pero firmes.

Adam dio un paso más hacia ella, invadiendo su espacio personal para intimidarla. Sin embargo, la mirada de Elizabeth seguía fija en él, sin acobardarse.

Arthur se sintió orgulloso de su valentía.

—Esto no es tu castillo, princesa. Es un barco y tú no formas parte de la tripulación.

—Ni lo soy ni pretendo serlo —aseveró—. Solo quiero llegar a Francia y, después, me perderás de vista. Además, no creo que sea un delito querer respirar aire fresco.

Adam apretó las mandíbulas.

—Estás creando bastante revuelo.

—¿Lo creo yo o lo haces tú con tu actitud bravucona? Si piensas que alzándote como un gigante sobre mí vas a conseguir que me acobarde, estás muy equivocado. He vivido en el infierno y he sobrevivido a él, soy fuerte.

El marinero entrecerró los ojos, asimilando su respuesta. Después, echó una mirada oscura a Arthur, que permanecía en silencio a su lado, y se alejó.

—¿Estás bien? —le preguntó a la joven.

Ella asintió y sonrió.

—Gracias por haberte mantenido al margen.

Arthur le devolvió la sonrisa.

—Sabes defenderte muy bien sin mi ayuda —dijo con admiración.

—¡Tú, muchachito! —gritó el viejo Jacob junto al mástil, llamando a Nicky—. Ven.

—¿Yo? —preguntó Nicky, inseguro.

—¿Quién si no? —espetó con impaciencia—. Voy a enseñarte cómo hacen los nudos los buenos marineros. ¿Quieres aprender?

El niño miró a su madre con una mezcla de emoción y miedo.

—¿Puedo ir con él?

Ella asintió con dulzura.

—Solo un ratito antes de que regresemos a la bodega.

—Lo prometo —respondió antes de marcharse corriendo hacia donde el anciano marinero lo esperaba.

Elizabeth lo vio alejarse y respiró agradecida de que el anciano hubiera decidido darles una tregua.

—Voy a regresar a mis tareas, si necesitas algo, no dudes en llamarme —le dijo Arthur.

—Claro, gracias.

El *highlander* le guiñó un ojo y regresó al mismo lugar donde estaba segundos antes.

Liz vio cómo el capitán Raymond la observaba desde el timón, pero se limitó a poner los ojos en blanco y negar con la cabeza, resignado a que aquella mujer desafiara las supersticiones de sus marineros imponiéndoles su presencia.

Elizabeth se apoyó en la barandilla para mirar el horizonte. Unos instantes después, Derek se puso a su lado.

—Jacob es un experto con la cuerda y no enseña a cualquiera. Tu hijo debe de haberle caído en gracia.

Liz giró la cabeza hacia el niño y el anciano. El viejo lobo de mar le explicaba cómo hacer un sencillo nudo y Nicky lo escuchaba con atención.

—Mi hijo aprende rápido, es muy listo.

—Has sido muy valiente plantándole cara a Adam. Ese gigantón aterroriza a casi toda la tripulación —reconoció el muchacho.

—Estoy acostumbrada a tratar con hombres como él —aceptó con pesar.

—El capitán dice que los buenos líderes no son los que mandan alzando la voz, sino los que lo hacen con determinación y firmeza. Veo en ti ese tipo de fuerza.

Liz lo miró con extrañeza.

—Yo no soy ninguna líder.

Derek se encogió de hombros.

—Lo serías si fueras un hombre; por desgracia, en este mundo no se permite a las mujeres ejercer como tal, pero eso no cambia que tu espíritu sea el de una guerrera.

Sin más, se alejó de nuevo. Elizabeth caviló sus palabras y vio sabiduría en ellas, a pesar de la juventud del chico.

CAPÍTULO 16

El quinto día de viaje, cuando la luz del alba apenas despuntaba en el horizonte, Liz despertó.

Nicky dormía a su lado, bocabajo, con la respiración acompasada y varios trozos de cuerda de las que Jacob le dio junto a él.

Arthur descansaba a escasos metros. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión relajada en su atractivo rostro. ¿Cómo era posible que un hombre pudiera ser tan bello?

Se levantó sin hacer ruido, subió a la cubierta y la brisa fría agitó su larga melena.

El cielo ardía en tonos anaranjados y violáceos. Las velas aún descansaban y el barco parecía suspendido entre el agua y el cielo.

Se apoyó de nuevo en la baranda, como el día anterior. Mirar la inmensidad del mar le ofrecía paz.

De repente, comenzó a pensar en lo que hubiera sido su vida de casarse con Arran. Seguramente, no habría sufrido ni una cuarta parte de lo que le tocó vivir junto a Russell.

En la época de su fugaz compromiso, Arran era un joven atractivo, de sonrisa fácil y gran caballerosidad. Fue su primer amor, el que hizo que su corazón diera un vuelco cada vez que él la miraba.

Intuía que junto a él todo habría sido más fácil, pero, quizá, lo vivido —el dolor, la pérdida, las palizas, la desesperación— curtió su carácter de una forma que jamás hubiera ocurrido de otro modo.

Aun así, sentía cierta añoranza cuando pensaba en lo que pudo ser y no fue. Y no porque albergara sentimientos hacia él, esos se

apagaron hacía mucho tiempo. Era solo la idea de haber tenido una vida más fácil.

Un crujido tras ella le hizo dar un respingo, pero al percatarse de que se trataba de Arthur, un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—No te vi en la bodega y me preocupé —le explicó el hombre.

—Quise venir a contemplar el amanecer.

Arthur asintió y se colocó junto a ella.

—En altamar siempre parecen distintos los amaneceres.

—¿Has estado más veces en altamar? —preguntó con curiosidad.

—Fui parte de la tripulación de un barco durante un par de años.

—Por eso se te dan tan bien las tareas típicas de los marineros.

Arthur sonrió ampliamente.

—En realidad, todo suele dárseme bastante bien —bromeó de manera seductora.

Elizabeth emitió una leve risita y volvió a mirar al horizonte.

—¿Cómo les va la vida a Arran y a Catriona? —preguntó entonces de manera repentina.

Arthur entrecerró los ojos, sorprendido. Apoyó el codo sobre la barandilla, sin apartar los ojos de Liz mientras respondía:

—Muy bien. Creo que ambos se complementan. Cat es una mujer de carácter y sabe manejar a su terco esposo. Además, sus dos mellizos no les dan un momento de respiro, pero les llenan la vida de felicidad.

Elizabeth sonrió al imaginarse a Arran corriendo tras sus dos hijos y alzándolos en brazos. Estaba segura de que sería un buen padre.

—¿Aún piensas en él? —inquirió Arthur de sopetón.

—¿Disculpa?

—En Arran —aclaró—. Sé que estuvisteis comprometidos.

Liz tardó unos segundos en responder.

—A veces —contestó con sinceridad—. Pienso en lo que pudo haber sido mi vida si me hubiera casado con él y no con Russell. En la versión de mí que hubiera existido en esa realidad.

»No obstante, hace años que no siento nada romántico hacia Arran. Lo que queda es afecto, respeto y recuerdos bonitos de un amor juvenil.

—Dicen que el primer amor nunca se olvida —apuntó Arthur.

La joven desvió sus ojos hacia él.

—Cuando el corazón vuelve a llenarse con un nuevo amor, solo queda como el eco de algo bello que has vivido.

Los ojos verdes de Arthur recorrieron el rostro de Elizabeth.

—¿Y tu corazón está lleno de nuevo?

Sin dudar un solo segundo, asintió.

—Ocurrió sin proponérmelo, pero tampoco me arrepiento.

El *highlander* la miraba con fuego en su mirada. Sin embargo, nunca supo lo que hubiera respondido, puesto que un grito de dolor de Derek rompió el momento, que quedó suspendido entre la bruma del amanecer.

Ambos se giraron hacia el muchacho, que permanecía en el suelo, junto al cabestrante de estribor, a la vez que se sujetaba el brazo derecho.

—La cuerda del trinquete lo empujó contra el mástil —oyeron decir a uno de los marineros.

La pareja corrió hacia él al mismo tiempo que el capitán.

Derek gemía con el rostro pálido y la frente empapada de sudor a causa del dolor que sentía.

—Parece que el hombro se le ha salido del sitio —comentó Raymond con preocupación.

Liz se agachó junto al chico para observarlo de cerca.

—A mi padre también se le salió el hombro un día tras caer del caballo durante una cacería. Presencié cómo la curandera se lo colocaba de nuevo en su sitio.

El capitán la miró con una mezcla de duda y esperanza.

—¿Sabrías hacer lo mismo?

El corazón de Liz latía acelerado dentro de su pecho.

—Puedo intentarlo. Cuanto antes se recoloque, menos dolor y secuelas le quedarán.

Un murmullo se alzó entre los marineros que había arremolinados alrededor.

—Es por culpa de la mala suerte que esta mujer nos trae —oyó decir a uno de ellos.

—Nos traerá la ruina —aseveró otro.

—¡*Silence*! —ordenó Raymond alzando la voz—. No dejéis que las supersticiones nublen vuestro sentido común. Esta mujer solo está tratando de ayudar.

—Si me dejáis intentarlo, puedo probar a recolocarle el hombro —se ofreció Liz, sin hacer caso al resto de voces que la acusaban de ser la causante del accidente—. Necesitaré compresas frías y algo que me sirva de vendaje para estabilizar el brazo y que no pueda moverlo. No me gustaría que perdiera movilidad por falta de cuidado.

—Haz lo que consideres necesario, siempre que Derek esté de acuerdo.

Liz volvió su mirada hacia el aludido.

—¿Confías en mí?

El joven asintió con una sonrisa débil dibujada en su rostro.

—Confío en su buen hacer, señora.

Ante esa respuesta, Raymond le pidió a uno de los marineros que trajera lo que Elizabeth necesitaba.

Sin embargo, Adam no estaba de acuerdo con la decisión de su capitán, así que avanzó hacia ellos.

—No me parece bien —decretó con gesto serio y preocupado—. Ella no es curandera, solo va a jugar a imitar lo que una vez vio hacer. No debería tocar al chico.

La voz de Arthur fue grave y contenida cuando repuso:

—Tú tampoco eres médico, y mucho menos juez, y no dejas de juzgarla. ¿Por qué no mantienes tu bocaza cerrada? Nos harías un favor a todos.

La expresión del gigantón se volvió sombría.

—Desde que esta mujer subió al barco no paran de suceder desgracias.

Arthur se le encaró.

—Liz solo intenta ayudar. Nada de lo que ha ocurrido ha sido por ella, así que te sugiero que te calles. Cada vez que hablas, no haces otra cosa que dejar claro lo ignorante que eres.

Adam gruñó y por el modo en que sus músculos se tensaron, se podía intuir que se preparaba para golpear a Arthur. Sin embargo, Raymond dio un golpe seco en el suelo con su bota.

—¡Basta! La señora Hunter tiene mi aprobación para hacer lo que sea preciso para ayudar a Derek. Así que, si alguien no está de acuerdo con mis decisiones, puede limpiar a fondo toda la cubierta hasta que se le aclaren las ideas —decretó el capitán.

Adam, a regañadientes, le echó una última mirada furibunda a Elizabeth y se alejó a grandes zancadas.

—¿Puedes sujetar a Derek? —le pidió Liz a Arthur sin perder más tiempo—. Procura que no se mueva.

El *highlander* asintió y se arrodilló tras el muchacho, rodeándolo con sus musculosos brazos.

Liz se colocó frente a ellos bajo la atenta mirada del capitán y varios marineros más. Aun así, intentó mantener la concentración.

—Derek —le dijo al chico con una sonrisa amable a la vez que tocaba su brazo herido con cuidado—. Solo te va a doler un instante. Intenta aguantar.

—No se preocupe por mí, soy fuerte —le aseguró con el rostro contraído por el dolor.

Elizabeth respiró hondo y, con decisión, rotó lentamente su antebrazo hacia dentro y guio el movimiento como vio hacer a Bethany con su padre. Notó la resistencia del hombro salido, pero

eso no la detuvo. Oyó el chasquido cuando el hueso volvió a su lugar y el gemido dolorido de Derek.

—Respira con calma, ya ha pasado todo.

El muchacho parpadeó varias veces. Notó como el dolor disminuía y que podía mover de nuevo el brazo.

—Increíble —murmuró sorprendido.

Arthur soltó a Derek poco a poco y se puso en pie.

—Lo has hecho muy bien —la alabó.

—Aún no he acabado, ahora tengo que vendar su brazo para inmovilizarlo.

—No lo veo necesario… —comenzó a decir el chico.

—Haz caso a la señora —lo cortó el capitán—. Sabe lo que se hace.

Liz asintió dedicándole una sonrisa agradecida a Raymond por su reconocimiento. Después procedió a vendar el brazo lesionado con delicadeza.

Los marineros que observaban en silencio se miraron entre sí sin saber si esa mujer era una especie de bruja o una curandera. Lo que sí pareció fue que, de repente, acababa de ganarse su respeto.

Arthur admiraba a Liz mientras con manos diestras y palabras dulces seguía con sus cuidados al joven Derek. Había algo en ella que lo descolocaba. No era su despampanante belleza, que parecía aún más luminosa bajo el sol, era esa mezcla de coraje, ternura y saber estar que desprendía.

Él conocía a muchas mujeres valientes y admiraba a cada una de ellas. Y Liz formaba parte de ese grupo de guerreras que no se venían abajo ante las adversidades, sino que se levantaban con más fuerza.

Elizabeth no necesitaba alzar la voz para hacerse escuchar y ser respetada. Su presencia serena y el fuego que ardía en sus ojos era suficiente.

—Ya está —comentó la joven poniéndose en pie y sacudiendo sus faldas—. No creo que cuando se cure el hombro te vaya a dar

problemas si no lo mueves durante unos días.

—Mi mayor agradecimiento, señora —dijo Derek, al que Arthur ayudó a incorporarse—. Ninguno de los presentes hubiéramos sabido hacer esto.

Liz inclinó levemente la cabeza y sonrió.

—Solo recordé lo que un día vi hacer a quien de verdad sabe sanar.

El capitán Raymond apoyó una mano en su hombro.

—Este tipo de memoria que has demostrado tener, muchacha, vale más que mil mapas de navegación.

—Muchas gracias, señora —volvió a decir Derek.

—No tienes que dármelas, me ha gustado sentirme útil por unos minutos. Ahora, si me disculpan, he de volver junto a mi hijo.

Se dio media vuelta y se topó de frente con la mirada que Adam le echaba desde lejos. Por primera vez, en sus ojos no percibió rabia, sino sorpresa.

Ese hombre siempre la miró como una mujercita delicada, inútil y fuera de lugar. Como a una flor bonita, pero que no era capaz de hacer otra cosa que adornar un salón de baile, el mismo pensamiento que tenía Russell. No obstante, en ese instante, Adam pareció comprender que Elizabeth no era como la prejuzgó. Era acero envuelto en plumas, el viento que empuja el barco y no el que lo destruye, y eso lo descolocó.

Arthur, que también fue consciente de aquel cambio de actitud del enorme marinero, se aproximó más a Liz y le susurró al oído:

—Creo que has conseguido ganarte su respeto, y era algo muy difícil, dadas sus reticencias.

La mujer se cuadró de hombros.

—No debería ser algo que tuviera que ganarme, creo que todos nos merecemos respeto, sin necesidad de demostrar nuestra valía.

Tras soltar aquella verdad, caminó entre los marineros, que se fueron apartando para que pasara, y volvió a las bodegas.

Arthur sonrió cargado de orgullo y, en algún rincón silencioso de su alma, deseó ser mejor para poder estar a su altura.

CAPÍTULO 17

El viento cruzaba los riscos con un agudo silbido cuando los guerreros Fraser llegaron a las tierras del clan McRae. Las pisadas de los caballos levantaban el polvo del camino, mientras el castillo estaba cada vez más cerca.

Russell iba al frente del grupo, seguido por Vincent y media docena de guerreros más. Ninguno hablaba, pero sus miradas decían que aquella visita no era de cortesía.

La puerta de la fortaleza se abrió antes de que llamaran.

Jackson McRae estaba en pie con las piernas separadas y una expresión solemne dibujada en el rostro. El *kilt* con sus colores ondeaba con el viento, de la misma manera que su largo pelo negro.

—Bienvenidos —dijo con voz grave—. ¿A qué debo esta inesperada visita?

Russell desmontó de su caballo y caminó con paso firme hacia él.

—No he venido a hablar contigo, Jackson. Quiero ver a tu hermano.

Jack se cruzó de brazos.

—¿A cuál de ellos?

—A Dennis.

—En estos momentos no se encuentra aquí.

Los ojos del *laird* Fraser se entrecerraron con suspicacia.

—¿No me invitas a pasar para que podamos hablar con calma?

Jackson asintió.

—Por supuesto, adelante.

Se hizo a un lado para que Russell y Vincent entraran al castillo. El resto de los guerreros que los acompañaban esperaron fuera.

Jack los condujo hasta la sala y les ofreció asiento.

—¿Qué es lo que quieres de mi hermano, Fraser? —preguntó con voz serena—. Él no está, pero yo, como su hermano mayor y *laird* del clan, puedo responder en su nombre.

Sabía de sobra por qué Russell estaba allí, aunque no el motivo por el que relacionaba la desaparición de su esposa con Dennis, y era lo que pretendía averiguar.

—¿En su nombre? —repitió y emitió una amarga carcajada—. No creo que este asunto que tengo que tratar con él puedas resolverlo. Tu hermano es el amante de mi esposa y se ha fugado con ella y con mi hijo.

Jack, que permanecía de pie, apretó los puños y dio un paso hacia Russell.

—Esas acusaciones que acabas de lanzar son muy graves, además de falsas.

—¿Me estás llamando mentiroso? —inquirió el otro hombre con la cara roja de furia, levantándose del sillón cargado de indignación.

Jack le sostuvo la mirada.

—Solo digo que deben de haberte informado mal. Dennis no ha huido con nadie, y mucho menos con tu esposa.

—¿Y dónde está entonces? ¿Por qué se esconde?

—No se esconde —respondió Jackson, que trataba a duras penas de mantener la calma—. Está junto a Drake y no tienen que tardar en volver a casa. ¿Quieres aguardar a su regreso?

—Por supuesto, no voy a moverme de aquí hasta que dé la cara.

—Y espero que tengas pruebas para lanzar esas acusaciones que podrían deshonrar el buen nombre de mi hermano.

Russell apretó la mandíbula.

—No necesito pruebas para saber cuándo un hombre pone las manos sobre lo que no le pertenece.

Jack avanzó un poco más hacia él, amedrentándolo con su estatura.

—Y yo tampoco las necesito para reconocer la voz de un hombre enfermo de celos.

Vincent también se levantó del sillón, colocándose junto a su padre, para darle su apoyo silencioso.

Russell apretó los dientes y contuvo el impulso de golpearlo.

—Dennis es un cobarde y un traidor —soltó con voz ronca—. No solo ha deshonrado a mi esposa, también a vuestro clan.

Jack iba a defender a su hermano cuando su madre irrumpió en la sala como una tromba.

—No te permito que hables de ese modo de mi hijo, Russell Fraser —espetó plantándose ante él con el mentón alzado—. ¿Qué es este berrinche? ¿Acaso crees que te convierte en más hombre insultar a otro que no está presente?

Los ojos del aludido se abrieron de par en par. Odiaba que las mujeres le confrontaran de ese modo, como un igual, cuando, a su parecer, el sexo femenino era muy inferior.

—Esto no te incumbe, mujer —repuso con desprecio.

—Por supuesto que me incumbe —lo contradijo Melissa con arrojo—. Todo lo que tenga que ver con mi familia es de mi incumbencia, y no voy a permitir que quien no es suficiente hombre como para retener a su esposa a su lado venga a arrojar porquería sobre uno de mis hijos.

Russell parecía a punto de echar humo por las orejas.

—¡No me hables de ese modo! —bramó.

Melissa no se amedrentó ante su furioso tono de voz.

—Entonces, aprende a no acusar a nadie sin cerciorarte antes de que lo que dices es cierto.

—Y tú deberías aprender a contener tu viperina lengua —dijo entre dientes—. Recuerda cuál es tu lugar y que tan solo eres una mujer.

—¿Tan solo una mujer? —intervino entonces Jenn desde la puerta—. No me extraña que tu esposa te haya abandonado. ¡Con esas ideas!

Russell desvió sus ojos hacia la joven, sin poder creer que tuviera el descaro de hablarle de ese modo. Se giró hacia Jackson, rojo de rabia y con las venas del cuello hinchadas.

—¿No vas a poner orden? ¿Acaso no sabes controlar a tus mujeres? ¡Menuda panda de harpías de lengua viperina vive bajo este techo!

Jack, que había logrado mantener la calma, tras escuchar aquellas palabras, lo tomó de la pechera con el rostro sombrío.

—Espero que retires los insultos que acabas de verter sobre mi madre y mi hermana —siseó entre dientes—. En este clan las mujeres no necesitan que yo las controle. Ellas son bastante capaces de hablar por sí solas, con sus propias ideas, para responder a quien llega a casa ajena con arrogancia, vertiendo blasfemias contra uno de los nuestros.

—Has perdido el mandato de tu clan, McRae. Los hombres debemos liderar y las mujeres deben obedecernos y respetarnos. Eso no tiene discusión.

—No en mis tierras. Aquí las mujeres tienen voz y derechos. Si eso te incomoda o te hace sentir inferior, eres libre de largarte por donde has venido.

Russell apretó los puños y apartó las manos con las que Jack agarraba su camisa de un tirón.

—Te arrepentirás de esta actitud, Jackson McRae. No tienes ni idea del fuego que acabas de prender.

Jack lo miró de frente.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te advierto de lo que está por venir.

—Estaré preparado —aseveró—. Y ahora, ¡largo de aquí!

Russell, con el rostro encendido, echó una última mirada de odio a Melissa y a Jennifer antes de marcharse. Vincent siguió sus pasos, no sin antes dirigirle una sonrisa lasciva a la joven.

Jackson los siguió hasta el patio para asegurarse de que se iban, tras lo cual, regresó a la sala donde su madre y su hermana le esperaban, y cerró la puerta.

—¡Sabía que esto nos traería problemas! —se lamentó.

—Será por una buena causa —repuso Melissa—. No me puedo ni imaginar el infierno que tuvo que pasar esa pobre joven con un esposo como ese.

—¿De dónde ha sacado eso de que Dennis es el amante de su esposa? —preguntó Jenn.

—No lo sé, pero es lo de menos. Lo que me preocupa es la influencia que Russell tiene sobre el rey.

—¿Y qué haremos? ¿Esperar a que vuelvan con más hombres con la excusa de que Dennis mancilló la honra de Liz? —inquirió Jennifer.

—¡Demonios! —maldijo Jack, a la vez que empezaba a dar vueltas por la sala—. No quiero una guerra con los Fraser, pero si llega el momento, les haremos frente.

Melissa se acercó a él y lo abrazó con ternura, viendo aún a aquel niño que siempre daba la cara por sus hermanos pequeños sin importarle salir él mal parado, a pesar de haberles advertido una y otra vez las consecuencias que sus actos podrían acarrearles. Jackson era así.

—Estoy tan orgullosa de ti —murmuró con una suave sonrisa en sus labios—. Y no solo como *laird*, también como hermano e hijo. Sé qué harás lo mejor para defender a nuestro clan y yo te apoyaré, sea cual sea tu decisión.

Jack también rodeó con sus musculosos brazos a su madre.

De repente, aquellas palabras hicieron que el peso que sentía sobre sus hombros fuera más ligero, como si se hubiera repartido entre los dos, porque su familia no era su debilidad, era el muro de piedra que los protegía del mundo exterior. Era su lugar seguro.

***

Dennis y Drake llegaron al clan Hunter con Fury. La preciosa yegua negra relinchó y movió la crin, feliz, como si supiera que ya estaba en casa.

Túr Eilein se alzaba frente a ellos, y a sus puertas se hallaban Callum con Ellie; Lisa, su hija adoptiva de ocho años; y su pequeña bebé de un año; también Arran con Catriona y sus dos mellizos de tres años. Ambas familias parecían pasarlo bien y estar felices, a juzgar por las risas que se oían.

Cuando los vieron llegar, Callum avanzó unos pasos hacia ellos. Fury corrió en su dirección y el hombre alzó la mano. La yegua no dudó en apoyar el hocico en ella demostrando el fuerte vínculo que existía entre ellos.

—Bienvenida a casa, preciosa —murmuró el *highlander*.

—¿Dónde está el tío Arthur? —preguntó Cat, preocupada, llevando a su hija de la mano.

Harris, el otro mellizo, corría alrededor de los caballos cuando los hermanos McRae desmontaron.

—Ha decidido acompañar a Liz hasta París —les explicó Drake —. No se quedaba tranquilo sabiendo que ella y su hijo viajaban solos con un montón de marineros.

Ellie sonrió con picardía.

—Ha hecho bien. Liz se merece a un hombre que vea lo valiosa que es, no a un desgraciado como su esposo.

Arran frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sucede con su marido? —quiso saber—. Porque Liz no es de las que escaparía de su casa sin razón.

Eleonora se giró hacia él. Su expresión se había vuelto más seria.

—Ese animal la golpea. Arthur y yo vimos los moretones cuando estuvimos en la corte.

—Así es —corroboró Dennis—. Lo que Elizabeth ha vivido junto a ese hombre no ha sido un matrimonio, sino una condena.

Arran apretó los puños. En cierto modo se sentía culpable, porque si se hubiera casado con ella, no habría tenido que pasar por ese infierno.

—¡Maldito hijo de perra! —siseó entre dientes.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó Lisa, aproximándose a Ellie.

—Nada, cielo —respondió con una sonrisa—. ¿Por qué no vamos a ver si hay galletas?

—Me parece buena idea —concordó Cat.

Ambas se llevaron a los cuatro niños para que los hombres pudieran hablar con libertad.

—¿Nadie hizo nada por ayudarla? —quiso saber Arran.

—Hasta ahora ella ha aguantado los golpes y humillaciones por su hijo, pero cuando la furia de Fraser también recayó sobre él, supo que debía marcharse. Por eso le pidió ayuda a Arthur —contestó Drake.

—Creía que era feliz —se lamentó Arran—. Fui a asegurarme de ello y ella misma me lo dijo.

—No te tortures —le pidió Callum—. No sabías nada, y ella quiso resguardar esa parte de su vida en la intimidad. Seguramente, se sentiría avergonzada.

—¿Y cuál es la idea ahora? ¿Por qué a París? —continuó indagando el *laird* Hamilton.

—Allí es donde vive su tía —le explicó Drake.

—No sabéis cuánto tardará mi tío en volver, ¿verdad? —preguntó Callum.

—Aún no tengo claro que sea capaz de separarse de semejante mujer —comentó Dennis con una sonrisa ladeada.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Arran con el ceño fruncido—. ¿Acaso entre ellos…?

—Quien no lo vea es que está ciego —afirmó de nuevo, guasón.

—Quedaos a cenar y a descansar —sugirió Callum cambiando de tema—. Debéis estar agotados y vuestros caballos también.

—Te lo agradecemos —le dijo Drake.

—Lo cierto es que me ruge el estómago —aseveró Dennis.

—Acompáñalos dentro —le pidió a su cuñado—. Yo acomodaré a los caballos en el establo.

Callum agarró las riendas de los rocines de los McRae para guiarlos. Fury, por su parte, lo siguió por voluntad propia. Caminaron con paso tranquilo hasta llegar a las caballerizas, donde metió a los sementales, los liberó de la montura y los arreos y les ofreció heno fresco.

Después procedió a hacer lo mismo con la yegua, a la que también cepilló con suavidad.

—Has recorrido mucho trecho, preciosa —murmuró.

Fury sacudió la cabeza y emitió un bufido suave a modo de respuesta.

Callum comenzó a cantarle en voz baja. La yegua parecía relajarse al oír su voz ronca entonando aquella melodía melancólica.

Cuando la canción llegó a su fin, alzó los ojos hacia las estrellas que ya comenzaban a dominar el firmamento.

—Espero que el tío Arthur regrese sano y salvo. Siempre ha sido un hombre de espíritu libre, pero sé que llegará el día en que su cuerpo le pida echar raíces.

»Padre, si puedes escucharme, solo te pido que lo protejas. Cuídalo como él ha hecho conmigo y con Cat desde que no estás, y guíalo devuelta a casa.

Fury rozó su hombro con el hocico, como si entendiera sus ruegos. Callum sonrió.

—Tú también estás de acuerdo con mis peticiones, ¿eh?

La yegua relinchó y lo miró con sus enormes ojos marrones, esos que hablaban más que muchas palabras. Porque el amor más profundo, a veces, es el que permanece a tu lado y te da su apoyo, sin necesidad de nada más.

CAPÍTULO 18

Los dos días siguientes, el mar decidió darles un respiro, del mismo modo que la tripulación.

Elizabeth y Nicky pasaban más tiempo en cubierta, sin moverse, como si fueran sombras molestas. Parecía que desde que Liz ayudara a Derek, las miradas de los marineros y sus actitudes cambiaron definitivamente. Incluso algunos la saludaban con amabilidad.

Jacob también comenzó a tratarla con cercanía. El viejo marinero, con su barba desordenada y sus manos rugosas, se había vuelto casi inseparable con Nicky. Le enseñaba a distinguir los tipos de nudos, a leer las velas como si fueran páginas escritas por el viento o a reconocer las corrientes.

El niño lo seguía con devoción. La tristeza ya no se reflejaba en sus ojos y, a cambio, podía apreciarse entusiasmo y ganas de aprender.

Parecía como si viera en Jacob al abuelo que nunca conoció.

Cayó la noche del séptimo día de travesía y las estrellas parpadeaban en el cielo junto a la hermosa luna llena que los iluminaba.

El anciano marinero se sentó sobre una caja de madera y Nicky corrió a acomodarse junto a él, envuelto en una vieja manta que le prestó para que la brisa de la noche no le calara los huesos.

Arthur y Liz se aproximaron a ellos y oyeron cómo le preguntaba:

—¿Has oído alguna vez hablar del canto de las sirenas?

—¿Sirenas? —susurró el pequeño—. Mi madre dice que no existen.

Jacob sonrió como quien sabe secretos que nadie más conoce.

—Los que hemos vivido en altamar pensamos distinto, muchachito. Hemos oído sus cantos en noches tan claras como esta. Cuando el mar duerme y los hombres bajan la guardia.

—¿Y por qué cantan? —quiso saber el niño.

—Algunos dicen que son melodías melancólicas, recordando lo que era el mar antes de que los humanos lo surcáramos. Otros creen que cantan para atraer marineros perdidos para llevárselos a sus guaridas. Mientras que los más soñadores piensan que cada nota que entonan es en recuerdo del hombre que un día fue su amado.

Nicky escuchaba la historia con atención a la vez que desviaba sus ojos hacia el horizonte, como si pudiera ver allí a alguna sirena de las que Jacob hablaba.

—Se dice también que no hay una voz más hermosa que la de una sirena —apostilló el anciano.

Nicky desvió su mirada hacia su madre.

—Tú también cantas muy bien.

Las mejillas de Liz se sonrojaron.

—Nada del otro mundo —le restó importancia.

—Canta una canción, madre —suplicó su hijo—. Seguro que a todos les gustaría oírte.

Su petición la puso tensa. Buscó auxilio en Arthur, pero este se limitó a sonreír divertido y a encogerse de hombros.

—No, cariño. No creo que nadie quiera escucharme.

—A mí me encantaría hacerlo, señora Hunter —dijo Derek, que estaba a pocos metros junto a varios marineros—. Alégrenos la noche.

Todos la observaban esperando a ver qué hacía. Estaba atrapada, así que suspiró y tras cerrar los ojos, comenzó a cantar una canción de cuna.

Era un canto suave que acariciaba como un manto de seda. Agradable, entonado y tierno.

Arthur apoyó el hombro contra el mástil que tenía al lado sin poder apartar los ojos de ella. Aquella melodía parecía penetrar por sus poros e instalarse en su corazón.

Era incapaz de respirar con normalidad, porque lo único que deseaba hacer era enmarcar su precioso rostro entre las manos y besarla para embeber cada nota que entonaba.

Cuando la canción terminó, la joven abrió los ojos y se sorprendió cuando un aplauso resonó en el silencio de la noche. Los marineros vitorearon y rieron, satisfechos con lo que acababan de escuchar.

—Hasta las sirenas callarían para escucharte, muchacha —soltó Jacob con admiración—. Esa voz tuya es un tesoro.

Liz sonrió halagada y su mirada se desvió hacia Arthur. Este permanecía inmóvil, comprendiendo que la belleza de esa mujer no solo residía en su aspecto, sino también en su alma.

***

La bodega estaba envuelta en penumbra y, aun así, Elizabeth no podía dormir. Se sentó con cuidado, asegurándose de no destapar a Nicky.

—¿Incapaz de conciliar el sueño?

La voz de Arthur le hizo dar un respingo, pensaba que él también dormía.

—Eso parece —respondió.

El *highlander* la miraba desde un rincón de la bodega, con la espalda apoyada contra la pared de madera, una pierna flexionada y el brazo apoyado en ella. La oscuridad proyectaba sombras sobre su atractivo rostro, otorgándole misterio.

—Tu voz… —dijo de repente en tono ronco—. Es la más hermosa que he escuchado nunca. Es como si cuando cantaste, dejase de estar en el barco y me llevaras de vuelta a casa.

Aquellas palabras conmovieron a Elizabeth.

—Nunca me ha gustado cantar en público, me hace sentir demasiado expuesta.

—Quizá eso lo hizo tan especial. Mostraste esa parte de ti que pocos habían visto, y fue hermoso, Liz.

Lo que Arthur acababa de decirle, con esa intensidad, hizo que su corazón se acelerara.

Carraspeó y se puso en pie.

—Necesito ir a tomar aire —murmuró dirigiéndose a las escaleras—. Enseguida vuelvo.

Subió a cubierta con paso rápido y respiró profundamente cuando la brisa de la noche acarició sus mejillas. El ambiente en la bodega se había vuelto demasiado denso. Incluso notaba un hormigueo en la piel por el anhelo de sentir las manos de Arthur sobre ella.

Caminó despacio por la cubierta mientras disfrutaba de la soledad e intentaba poner en orden sus pensamientos. Sin embargo, la calma duró poco, puesto que un hombre que olía a alcohol se abalanzó sobre ella y la arrojó al suelo.

—¿Qué haces? —gritó a la vez que forcejeaba con él para quitárselo de encima.

—Voy a cobrarte el pasaje, zorra —musitó mientras le cubría la boca con la mano y trataba de levantarle las faldas.

Elizabeth intentaba librarse de él, pero el marinero era mucho más fuerte que ella. Por suerte, Arthur apareció como un trueno y tomando de la camisa a su atacante, lo arrojó contra la barandilla.

—¡No vuelvas a tocarla, hijo de perra! —bramó cargado de rabia.

Embistió al marinero y le asestó un puñetazo en la cara. El otro hombre también se defendió, aunque Arthur era más fuerte.

De pronto, otros dos marineros se acercaron, atraídos por el ruido de la pelea y se abalanzaron sobre Arthur. Los tres lo golpeaban con saña. El *highlander* se defendía, y aunque él era mucho más diestro, lo superaban en número.

Liz logró ponerse en pie y empujó con todas sus fuerzas a uno de los hombres para intentar ayudar, pero este se volvió hacia ella, le asestó una fuerte bofetada haciéndola caer. Se golpeó la frente contra la madera del suelo y la sangre comenzó a manar de una profunda brecha, corriendo por su rostro, hasta que notó un sabor metálico en la boca.

Se sentía algo mareada, y de repente, recordó la daga que le dio Jenn y que siempre llevaba oculta entre las faldas. Dirigió su mano temblorosa hacia ella y se puso de nuevo en pie, empuñándola.

—¡Dejadlo en paz! —gritó con voz firme, pese al miedo que recorría su cuerpo.

El marinero que trató de violarla sonrió de manera tétrica.

—Me gustan las mujeres peleonas. Cuando acabemos con tu esposo, ya nos divertiremos contigo, ten paciencia, zorra.

Los otros dos hombres rieron ante su amenaza, sin dejar de golpear a Arthur, que respiraba entre jadeos. Tenía la camisa rasgada y el ojo derecho amoratado, pero aprovechó aquella pequeña distracción para dar un golpe seco a uno de los marineros y lo dejó inconsciente. Los otros dos se volvieron hacia él con expresiones fieras.

También escuchó unos pesados pasos tras de él, y giró la cabeza lo justo para ver a Adam aproximándosele.

—Estupendo —murmuró poniendo los ojos en blanco—. El que faltaba en la fiesta.

Elizabeth, nerviosa y con miedo a que atacara a Arthur por la espalda, corrió hacia él con la daga en alto, dispuesta a clavársela. No obstante, Adam, pese a su gran envergadura, se movió con rapidez y detuvo su ataque sujetándola por la muñeca.

—¡¿Te has vuelto loca, mujer?! —inquirió con el ceño fruncido.

—¿Loca? —con indignación, intentó liberarse de su agarre—. Esta noche un desgraciado ha tratado de propasarse conmigo, me han golpeado y humillado… Es posible que sí, que haya enloquecido —dijo de corrido apenas sin respirar.

Aquella declaración hizo que el semblante del enorme marinero se ensombreciera. Soltó la muñeca de la joven y, con lentitud, se giró hacia sus compañeros. Apretó los dientes y murmuró con rabia contenida:

—Odio a los malnacidos que tratan de aprovecharse de una mujer que no quiere sus atenciones.

Tras decir aquello, echó el brazo atrás y estrelló su puño en medio del rostro del marinero que atacó a Liz. Arthur aprovechó para enfrentarse con el otro. La pelea era salvaje y jamás hubieran imaginado que aquel grandullón, que tanta animadversión había demostrado hacia Elizabeth, fuera su aliado.

En pocos minutos, ambos escoceses lograron derribar a los otros dos hombres, que yacían en distintos estados: uno desmayado, otro encorvado de dolor, y el tercero sangraba copiosamente por la nariz.

Arthur y Adam se miraron entre sí, con los nudillos magullados.

—Gracias —le dijo Arthur, sin adornos.

Adam se limitó a asentir, antes de mirar una última vez a Liz y alejarse unos pasos como si todo aquello no fuera con él.

Arthur se aproximó a la joven, que temblaba de manera compulsiva. Con cuidado, le quitó la daga que sostenía con fuerza y la colocó en la cinturilla de su falda. Después examinó su rostro, prestándole mayor atención a la brecha que lucía en la frente.

—Quizá necesites puntos —comentó con rabia—. ¡Malditos bastardos! Si hubiera ido tras de ti nada más irte…

—Me salvaste, eso es lo que cuenta —dijo cortándole.

—¿Qué ha sucedido aquí? —inquirió el capitán, que llegaba flanqueado por el viejo Jacob y Derek—. ¿Acaso atrae los problemas, señora Hunter?

—En esta ocasión solo ha sido la víctima —intervino Adam, que se mantenía apoyado con un hombro contra el mástil de proa—. Henry intentó propasarse con ella y su esposo la defendió. Eran tres hombres contra uno, así que me vi en la obligación de intervenir.

Raymond clavó sus ojos en la pareja.

—¿Ha sido así?

Arthur asintió.

—Así que da gracias que no los haya matado y solo estén malheridos.

El capitán asintió y señaló con la cabeza a los tres marineros.

—¡Atadlos y encerradlos en la bodega de carga! No les llevéis comida, solo agua. Cuando lleguemos a puerto, quiero a esta escoria fuera de mi barco.

Adam cogió al marinero inconsciente del pie y lo arrastró con facilidad, mientras que Derek y Jacob escoltaron a los otros dos.

—Mis disculpas, señora. Como capitán, no tolero este tipo de comportamientos —le dijo a Elizabeth.

—No es culpa suya.

—Sí lo es. Todo lo que suceda en mi barco es mi responsabilidad, pero me aseguraré de que no vuelva a pasar.

—Es preciso que cure la herida de Liz para que deje de sangrar —intervino Arthur, que la ayudó a sentarse sobre una caja que había cerca.

Desgarró otro trozo de su camisa maltrecha y lo presionó contra la brecha. La joven cerró los ojos e hizo un gesto de dolor, pero no emitió ni una sola queja.

—A este paso te vas a quedar sin camisa —bromeó.

Arthur sonrió de medio lado.

—Es posible que te quede cicatriz.

—No es algo que me preocupe —respondió y abrió los ojos para mirarlo de frente—. He sufrido demasiados golpes en mi vida, no es nada nuevo.

El corazón de Arthur se encogió ante aquella declaración.

—Ojalá pudiera borrarlos todos —susurró con voz ronca.

Elizabeth sabía que lo decía de verdad, que, si fuera posible, se cambiaría por ella y aquello la conmovió.

—Los desgraciados ya están atados y encerrados —informó Adam al regresar junto a ellos.

Liz, sin previo aviso, se puso en pie, se acercó al enorme marinero y lo abrazó. Fue un gesto breve y sincero, que hizo que el hombre se quedara quieto, con el cuerpo rígido y sin saber qué hacer.

—Gracias por ayudarnos —susurró al separarse de él.

Adam parpadeó varias veces y carraspeó.

—No hay que ser santo para odiar a personas despreciables, solo basta con tener conciencia.

Elizabeth sonrió tiernamente.

—Aun así, muchas gracias —insistió antes de regresar junto a Arthur.

—Volvamos a la bodega, estoy cansada.

—Antes debería coserte…

Liz negó con la cabeza.

—No lo necesito, solo preciso calma.

Arthur lo entendía, así que la tomó del brazo con delicadeza y la acompañó escaleras abajo.

La bodega estaba envuelta en la penumbra. Nicky seguía profundamente dormido, ajeno a la tempestad que acababa de ocurrir en cubierta.

Liz tenía el rostro pálido, posiblemente por los nervios que pasó y la pérdida de sangre. Arthur permanecía a su lado sin decir nada, pese a que dentro de él bullía la rabia por lo que le hicieron.

Se sentó en un rincón alejado de su hijo, se abrazó a sí misma y se rompió. Las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro, como si todas las que había acumulado necesitaran liberarse.

Arthur se colocó junto a ella y la abrazó.

—Ya ha pasado todo —susurró.

La joven negó con la cabeza, entre sollozos.

—No es solo por lo ocurrido esta noche. De repente se me ha venido a la cabeza todo por lo que he pasado; los golpes recibidos, cada momento que me hicieron sentir que era menos, que debía pedir permiso para existir …

—Nadie más que tú tiene todo el derecho de reclamar su existencia en el mundo, ya que tu sola presencia lo hace un lugar mucho mejor.

Sus miradas se entrelazaron como dos fuegos que se reconocen. Y entonces pasó, sus labios se unieron y la llamarada entre ellos los abrasó.

Aquel beso encendió tanto a Arthur que creyó estar ardiendo en fiebre. Liz pasó sus manos con suavidad por su cabello y se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

Las manos del hombre se posaron en la espalda femenina y fueron desviándose hasta sus firmes senos, aprisionados tras el vestido. Con el pulgar hizo círculos sobre su pezón, que se erguía con fuerza contra la apretada tela.

Un leve gemido emergió de los labios de la joven. Arthur lo devoró antes de separar un poco su boca para dirigirse hacia su cuello. Lamió, mordisqueó y besó la zona, consiguiendo que su piel se erizara.

—Arthur —balbució excitada.

Comenzó a balancearse contra su duro miembro, que se alzaba bajo su *kilt*.

—He ansiado besarte desde el momento en que te conocí —se sinceró el hombre—. Eres tan hermosa que pareces irreal.

Le acarició el rostro con devoción y Liz se giró para poder depositar suaves besos sobre la palma de su mano.

—Yo también quise hacerlo —reconoció—. Pero nunca creí que ese deseo pudiera hacerse realidad. Quiero que me hagas tuya, Arthur.

Los ojos verdes del hombre recorrieron el rostro femenino en busca de algún atisbo de duda.

—¿Estás segura?

Elizabeth asintió.

—No he estado tan segura de algo en toda mi vida.

Arthur resopló y se apoderó de nuevo de sus labios. Deslizó la mano bajo las faldas de la joven hasta llegar a su sexo húmedo y anhelante de él. Acarició sus pliegues y Liz cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gimió.

Introdujo un dedo dentro de ella, centrándose en la dura protuberancia de carne que se alzaba hacia él. Liz contuvo el aliento y clavó sus uñas en la ancha espalda del *highlander*.

Con la mano que le quedaba libre, Arthur bajó el escote del vestido, dejando sus turgentes pechos al descubierto. Atrapó uno de sus rosados pezones con los labios y succionó.

Elizabeth jadeaba pese a intentar controlarse, para no despertar a Nicky que dormía en la otra punta de la bodega, arropado con la manta que Jacob le dio.

De manera apresurada, levantó el *kilt* de Arthur sin dejar de mirarlo a los ojos. Él tomó su miembro en la mano y lo sostuvo para que ella se dejara caer sobre él. Cuando los cuerpos de ambos quedaron unidos, fue mucho más que una conexión física, era como si, por fin, sus almas que vagaron solas durante años se hubieran reconocido como almas gemelas.

Envolvió la estrecha cintura de la joven con las manos y comenzó a moverla arriba y abajo. Sus respiraciones se aceleraron y sus cuerpos comenzaron a perlarse de sudor.

Elizabeth era la misma visión de una preciosa hada de los bosques. Su cabello rubio caía sobre su espalda como una cascada, y parte de esos mechones acariciaban sus pechos con cada movimiento. El azul cristalino de sus ojos lo miraban con fuego en ellos, y sus labios entreabiertos lo invitaban a besarlos una y otra vez.

Notó como Liz comenzaba a temblar y un gemido más agudo emergió del fondo de su garganta. Aceleró sus acometidas y cuando ella se desplomó sobre él y escondió el rostro en el hueco de su cuello para acallar sus gritos de placer, se dejó ir también.

En medio de la neblina que le provocó el éxtasis, pensó si estaría soñando de nuevo, como tantas veces atrás le sucedió. Sin

embargo, en esas ocasiones no sintió el dulce olor de Liz, ni su respiración acompasándose con la suya.

Le hubiera gustado poder desnudarla y contemplar su precioso cuerpo, pero dadas las circunstancias, era imposible. Aun así, fue una de las mejores experiencias de su vida y, por algún motivo, supo que la atesoraría en su corazón como un momento especial que le dejaría huella para siempre.

CAPÍTULO 19

El barco continuaba su travesía entre cielos despejados y oleaje suave, como si el mar decidiera concederles un descanso, y Liz era más feliz de lo que recordaba en años.

Durante el día, les echaba una mano a los marineros en las tareas que le permitían, cosas sencillas como limpiar la cubierta o ayudar en cocina. Aquello la ayudaba a sentirse útil.

También escuchaba las historias de Jacob. El hombre tenía un talento especial para contarlas y Nicky se quedaba embobado con cada cosa que le explicaba el viejo marinero.

El resto de la tripulación la saludaba con respeto. Incluso compartía bromas con Derek. Adam, menos expresivo, la saludaba tan solo con asentimientos de cabeza, pero nunca más volvió a molestarla con la dichosa superstición.

Y por las noches, Arthur y ella daban rienda suelta a su pasión. Era atento, tierno y considerado. Cada uno de sus gestos estaba destinado a su placer. Nunca jamás imaginó que mantener relaciones sexuales fuera así. Por primera vez en su vida, no se sentía forzada a nada. Todo era consentido, libre y deseado.

En ese instante estaba abrazada a Arthur tras haber hecho el amor. Habían apilado varias cajas a modo de pared, para tener algo más de intimidad, pese a que Nicky dormía como un lirón hasta que el sol despuntaba en el horizonte.

Tenía la cabeza apoyada en el duro pecho masculino y aspiró su olor. Ese olor que sabía que jamás olvidaría pese al tiempo o la distancia, porque se había enamorado de él y no tenía sentido negárselo por más tiempo.

Cada mirada, cada palabra o el modo en que la observaba, como si ella fuera valiosa, le hacían quererlo cada día más.

Arthur acariciaba su brazo con delicadeza, trazando círculos invisibles sobre su piel.

—Creo que embarcarme en este viaje ha sido lo mejor que he hecho en mi vida —murmuró.

Liz sonrió y alzó los ojos para mirarle.

—¿Pese a la tormenta y las peleas? —bromeó.

Arthur le dio un suave beso en los labios.

—Por ti desafiaría mil tormentas y aceptaría las palizas que hicieran falta.

Ella emitió una risita.

—Estás loco.

—Loco por ti.

Aquella declaración hizo que el corazón de la joven diera un vuelco. El viaje estaba llegando a su fin y la hacía sentirse un tanto desesperada.

—Podrías instalarte con nosotros en París —susurró a modo de tímida invitación.

La expresión del hombre se ensombreció. Le acarició el cabello para grabar en sus recuerdos su sedoso tacto.

—No es posible, Liz —respondió con un tono culpable—. Mi sitio no está en Francia. Mi familia vive en Escocia y no puedo abandonarlos. Juré ante la tumba de mi hermano que protegería y cuidaría de mis sobrinos tras su muerte.

Elizabeth asintió, porque a pesar de dolerle, lo entendía.

—Tranquilo, lo comprendo. A mí no me queda nadie en Escocia, pero a ti sí, no ha sido justo que te propusiera dejarlos atrás por mí.

—No digas eso. Has sido valiente al pedírmelo y ojalá pudiera dividirme... Dejar una parte de mí contigo para siempre.

Liz sonrió con tristeza.

—Ya lo has hecho —murmuró con los ojos brillantes—. Lo que hemos vivido quedará grabado en mi corazón eternamente, aunque

nuestros caminos se separen.

Arthur agachó su cabeza y la besó en los labios. Se colocó sobre ella y, con ansia, le alzó de nuevo las faldas.

Liz correspondía a su beso con avidez. Mordisqueó el labio inferior del hombre y deslizó su lengua dentro de su boca para que ambas se entrelazaran.

Gimió cuando Arthur la penetró.

Deslizó sus finas manos hacia su duro trasero y lo apretó más contra ella. Quería que su unión fuera completa.

Estaban hambrientos el uno del otro. Él besó y lamió su suave clavícula. Ella tomó entre los dientes el lóbulo de su oreja. Se acariciaban el cuerpo con impaciencia, sintiendo que les sobraba la ropa.

Liz rodeó con sus largas piernas las caderas masculinas para que las penetraciones de Arthur pudieran ser aún más profundas.

La sangre de los dos se había convertido en lava líquida que les quemaba desde dentro. Con un jadeo ronco, Arthur llegó al clímax junto a Liz, con todo su cuerpo temblando de goce. Nunca sintió tanto placer en su vida. Las relaciones con su esposo no eran más que un mero trámite, que rezaba para que acabara lo antes posible, pero esto… esto era totalmente distinto. Era una sensación que la arrasaba y que quería repetir las veces que fuera posible, porque sabía que cuando el barco llegara a puerto, todo cambiaría.

***

Dennis y Drake llegaron al clan McRae con la sensación de haber hecho una buena causa.

Apenas traspasaron el portón, Jackson los abordó con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión sombría.

—Ya era hora de que regresarais —espetó con brusquedad—. Russell Fraser estuvo aquí hace varios días.

Dennis enarcó una ceja, curioso.

—¿Qué quería? ¿Un poco de sal? ¿Consejos matrimoniales para hacer feliz a una esposa? ¿Un mapa que le diga donde encontrar su honor? —inquirió guasón.

Jack no sonrió.

—Déjate de estupideces, Dennis. Te ha acusado de ser el amante de su esposa y fugarte con ella.

El aludido se rascó el mentón con despreocupación.

—¿Amante de Elizabeth Fraser? Reconozco que es hermosa, pero ese título no lo ostento. Ya tengo bastante con el de «mejor guerrero de las *Highlands*» y «entusiasta de las tabernas».

—No es una broma, Dennis. Esta acusación es seria, puede deshonrar nuestro apellido —refunfuñó Jackson, molesto con la actitud burlona de su hermano.

—Jack tiene razón —corroboró Drake.

—Mira, si es por ayudar a una mujer a huir de un hombre como Fraser… que me cuelguen. Pero que lo hagan con una soga suave, que tengo la piel delicada.

—¡Dennis! —bramó Jackson.

—No bromees con eso —lo amonestó Drake.

—No os preocupéis. Estamos de vuelta y si Fraser regresa, podrá comprobar él mismo que su esposa no está conmigo —respondió encaminándose escaleras arriba.

—¿A dónde vas? —preguntó Jack.

—A descansar a mi alcoba. Estoy agotado.

—¿Así, sin más?

Dennis se volvió hacia él con una sonrisa sarcástica.

—¿Y qué más quieres? ¿Me flagelo?

—Deja de comportarte como un descerebrado —bufó su hermano mayor—. ¡Está en juego nuestro apellido! Incluso la seguridad del clan si decide declararnos la guerra. ¿Acaso no te importa?

Dennis frunció el ceño.

—Hice lo que creía correcto cuando ayudé a Elizabeth, y si los Fraser quieren pelea por ello, la tendrán.

Jackson gruñó.

—Madre y Jennifer podrían sufrir las consecuencias. ¿Nunca piensas en nadie más que en ti?

El rostro del aludido se ensombreció.

—¡Jamás dudes de eso! —dijo entre dientes—. Nuestra familia es lo más importante para mí, pero eso no cambia el hecho de que no me lamente de ayudar a una mujer que estaba siendo golpeada por un malnacido. ¿Acaso tú te arrepientes? ¿Preferirías haberla dejado junto a su hijo en manos de ese animal? ¿En eso te has convertido, Jack? ¿En un cobarde?

Jackson lo tomó de la camisa y pegó su rostro al de su hermano pequeño.

—Retira eso —le exigió.

Dennis lo empujó para que lo soltara.

—¡Basta ya, los dos! —intervino Drake, interponiéndose entre ellos—. Sois hermanos, no dejéis que nada rompa eso. Comprendo el punto de vista de Jack y también el tuyo, Dennis. Y ninguno de los dos es incompatible.

»Si Fraser vuelve en busca de pelea, dialogaremos con él. Le diremos que Dennis no tiene nada que ver con su esposa y que hemos estado en el clan Hunter todo este tiempo. Incluso podrían preguntarles a ellos, estoy seguro de que nos cubrirán.

»No entraremos en una guerra sin sentido, pero si Russell decide iniciarla de todos modos, nos mantendremos unidos, como nuestros padres nos enseñaron. Y, desde luego, también nos instruyeron para hacer lo correcto, y es lo que hicimos al ayudar a Elizabeth y su hijo.

Los tres se miraron y asintieron. Drake tenía razón. La lección de sus padres siempre fue ser justos y estar unidos, y eso harían pasara lo que pasara.

***

Los Fraser se mantenían ocultos en los alrededores del castillo de los McRae. Russell estaba comiendo la liebre que sus guerreros cazaron cuando Vincent volvió al improvisado campamento.

—Ha regresado —dijo en cuanto estuvo frente a su *laird*—. Dennis y Drake.

Russell apretó el cuchillo que tenía entre los dedos.

—¿Y ella?

Vincent negó con la cabeza.

—Ni rastro de Elizabeth.

El *laird* gruñó y clavó el puñal en la tierra junto a él.

—Ese desgraciado la está escondiendo, o quizá se cansó de revolcarse con ella y la abandonó.

—No parecía preocupado. Lucía esa sonrisa vanidosa de siempre, como si creyera que el mundo le pertenece.

El rostro de Russell se endureció. Se puso en pie y caminó unos pasos.

—El malnacido se está riendo de mí —repuso con rabia—. Actúa como si no hubiera robado algo que es de mi propiedad, pero pagará por ello.

—¿Qué quieres que hagamos?

Los ojos de Russell se clavaron sobre su hijo secreto. La crueldad que Vincent vio en ellos hizo que se le helara la sangre.

—Haremos que confiese dónde la tiene escondida, aunque tengamos que arrancarle la piel a tiras. Le haré desear no haberse ido con ella.

—¿Y si nos equivocamos? —planteó Vincent—. ¿Si no es con él con quien huyó Elizabeth?

—Lo es —afirmó—. Lo noto en los huesos.

Su hijo asintió.

—En ese caso, padre, lo traeré hasta ti. Haré que te sientas orgulloso de mí.

—Espero que así sea.

Vincent asintió con el gesto serio. Sabía que esto era una prueba y pensaba estar a la altura.

CAPÍTULO 20

El barco crujió suavemente cuando atracaron en el puerto de Calais. El aroma de la ciudad flotaba sobre el agua y se mezclaba con el del mercado que había cerca.

Nicky, emocionado, alargó el cuello por encima de la barandilla. Quería ver si Francia era muy diferente a Escocia.

Arthur se acercó al capitán, que observaba todo con un gesto sobrio.

—Esto ha sido más que un viaje corriente, ¿no crees? —inquirió el *highlander*, sonriente.

—Sí, demasiado movido para mi gusto.

Arthur le palmeó la espalda.

—Si alguna vez necesitas algo… cualquier cosa, puedes contar conmigo. Te has ganado mi lealtad.

—Y si tú algún día decides vivir la vida de marinero, en mi barco siempre tendrás un puesto para ti.

Ambos hombres se miraron a los ojos, con respeto.

—Espero volver a verte —le dijo Arthur.

—Cuida de ellos, escocés.

—Con mi vida —le aseguró antes de alejarse.

Madre e hijo esperaban a que los marineros colocaran la pasarela para desembarcar en ese nuevo mundo que se abría ante ellos.

—Espero que lleguéis a vuestro destino sanos y salvos —les dijo Adam sin que lo esperaran.

Elizabeth se volvió hacia él y sonrió. Pese a lo mal que empezaron, había descubierto que no era un mal hombre.

—Gracias, Adam —dijo con un leve asentimiento de cabeza.

—Que la vida le tenga reservada toda la felicidad del mundo, señora —se despidió Derek—. Se lo merece.

—Lo mismo te deseo a ti —repuso Liz con dulzura.

—Eres un muchachito muy especial, pequeño capitán —le dijo el viejo Jacob a Nicky con voz grave pero cálida.

—No quiero irme. Quiero quedarme en este barco y ser un marinero como tú —protestó con los ojos brillantes.

Jacob sonrió, pero en su gesto se notaba que a él también le afectaba aquella despedida.

—Tu travesía tiene que continuar en tierra firme, pero lo que has aprendido estos días y a la gente que has conocido no se borrará con las olas, se quedará en ti para siempre. —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y le dio lo que parecía un muñeco hecho de cuerda—. Esto lo hice para ti. Si alguna vez te sientes solo o perdido, apriétalo. Eso te hará recordar las historias que te he contado.

El niño cogió lo que le entregaba y lo miró como si fuera un tesoro. Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¿Volveré a verte?

—Eso solo lo sabe el destino, pero te aseguro que pasaré el resto de los días que me queden en este mundo imaginándote corriendo por jardines que no conozco y riendo a carcajadas. Son los niños como tú los que cambiarán un día el mundo y lo harán mejor.

Nicky se lanzó a los brazos del anciano para abrazarlo con fuerza.

Liz sintió como su corazón se encogía. Aquellos hombres, con los que empezó con mal pie, acabaron siendo buenos amigos y ella les estaba mintiendo sobre su verdadera identidad.

—Hay algo que me gustaría contaros…

Arthur se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Liz? —preguntó con cautela.

—No soy la esposa de Arthur ni Nicky es su hijo —explicó de carrerilla antes de arrepentirse—. Mi nombre verdadero es Elizabeth Fraser y he huido de las garras de mi esposo. Era un monstruo y nos maltrataba a Nicky y a mí, del mismo modo que hace con el resto de nuestro clan.

»No me gusta mentir, pero creímos que sería más seguro si pensabais que éramos una familia. Siento haberos engañado y comprenderé que no volváis a confiar en mí.

El silencio los envolvió a todos. Adam fue el primero en reaccionar.

—Fraser o Hunter… eso no cambia quién eres. En este barco somos muchos los que no podemos decir nuestro verdadero apellido, puesto que la mayoría huimos de algo, del mismo modo que tú.

Liz lo miró con curiosidad.

—¿Tú…?

—Soy un proscrito, pero no por robar o arrebatar vidas inocentes. Mi delito fue desobedecer a un hombre más cruel que justo, pero mucho más poderoso que yo.

—Nadie la juzga por intentar sobrevivir, señora —terció Derek.

—Vivid vuestra nueva vida sin importar los fantasmas que hayáis dejado atrás —finalizó Jacob con sabiduría.

—Sois hombres honrados —repuso Arthur—. Y si algún día queréis dejar la vida en el mar, en el clan Hunter siempre tendréis un sitio para vosotros.

Tras unos minutos más despidiéndose, desembarcaron.

Arthur se acercó a unos comerciantes que le vendieron un viejo jamelgo por unas cuantas monedas. Esperaba que el pobre animal lograra llevarlos hasta casa de la tía Delilah.

Madre e hijo iban subidos a su lomo, mientras Arthur lo guiaba por las riendas, siguiendo las indicaciones que el viejo Jacob le dio.

Tras varias horas de cabalgata, el eco de un grito femenino rasgó la tranquilidad.

Arthur se detuvo al instante, desenvainó su espada y aguzó el oído para poder saber de dónde provenía.

—¿Qué sucede, madre? —inquirió el niño, con miedo.

—No lo sé, cielo.

—Quedaos aquí —les pidió Arthur en voz baja—. Iré a ver qué ocurre. Si se acerca alguien que no sea yo, marchaos.

—No podemos irnos sin ti —repuso Liz con el corazón acelerado.

Los ojos verdes del *highlander* se clavaron en los de ella.

—Os encontraré, pero hazme caso.

Tras unos segundos de silencio, la joven asintió.

Con sigilo, Arthur desapareció entre los árboles. Avanzaba tratando de que sus botas no hicieran ruido. Varias voces rudas llegaron hasta él.

Alcanzó a ver a dos muchachas de unos veinte años, rodeadas por tres hombres que, por sus pintas, parecían bandidos. Arthur apostaría que eran hermanas, puesto que se parecían mucho entre sí. Además, poseían el cabello del mismo color castaño oscuro, solo que a la más bajita le caía en suaves ondas hasta la cintura, mientras que el de la otra era rizado y salvaje.

Uno de sus atacantes cogió a la del cabello ensortijado con fuerza del brazo y la pegó a su cuerpo.

La joven emitió una maldición en francés que Arthur no entendió, pero por el bofetón que le asestó el bandido, estaba claro que había sido un insulto.

—¡Suéltala ahora mismo! —bramó el *highlander* tras salir del resguardo que le proporcionaban los árboles.

Los tres bandidos se giraron hacia él, y el que tenía a la chica sujeta le puso una daga en el cuello.

—Largo —espetó con un marcado acento francés—. Sigue tu camino y no te metas en lo que no te importa, escocés.

—En cuanto soltéis a las jóvenes.

Los hombres rieron.

—Veo que tienes ganas de morir. Pues que así sea —volvió a decir el que parecía el líder.

Los otros dos se abalanzaron contra él, armados con sus respectivas espadas. Arthur esquivó al primero que se atrevió a atacarle y lo derribó con un golpe certero en las costillas. El segundo intentó rodearlo, pero Arthur giró sobre sí mismo e hizo que sus espadas entrechocaran.

Los hombres eran agresivos e impulsivos, pero el *highlander* tenía mucha más destreza en el combate.

La otra muchacha aprovechó la distracción del bandido que retenía a su hermana, se lanzó sobre su espalda y lo mordió con fuerza el cuello.

—¡*Chienne*! —gritó el hombre.

En ese instante apareció Liz armada con un palo y golpeó en la nuca al bandido con el que Arthur se enfrentaba. También varias piedras cayeron sobre ellos desde lo alto de un árbol.

—Os dije que os mantuvierais alejados y que huyerais si era preciso —les reprochó Arthur.

—No vamos a abandonarte —declaró Elizabeth con coraje.

Los bandidos parecían desconcertados con aquellos refuerzos inesperados. Liz corrió hacia donde estaban las hermanas que intentaban contener al hombre que las golpeaba mientras ellas se defendían. Elizabeth le asestó un porrazo en la espalda con el palo y la joven del pelo rizado se valió de eso para arrebatarle la daga y clavársela en el pecho con fuerza.

Una vez cayó al suelo, las tres lo patearon sin descanso, hasta que el bandido dejó de moverse.

Por otro lado, Arthur alcanzó en la barriga a uno de sus adversarios e hizo que sus tripas se desparramasen en el suelo. El que quedaba en pie, al ver la suerte de sus secuaces, echó a correr para intentar escapar, pero una piedra de Nicky le acertó de lleno en un ojo. El hombre se llevó las manos a la zona herida y se puso a gritar. Arthur, sin un ápice de duda, le cortó la cabeza.

—¡Santo Dios! —oyó exclamar a Liz, que corrió hacia el árbol donde su hijo estaba encaramado y alzó los brazos para ayudarlo a descender.

El niño bajó y se acurrucó contra su madre, que intentó evitarle la visión de aquellos cuerpos sin vida.

Ambas hermanas se abrazaron. La del pelo rizado mantenía cierta calma, mientras que la otra lloraba en sus brazos, con el susto aún en el cuerpo.

—¿Estáis bien? —les preguntó Arthur aproximándose a ellas.

Lo miraron y asintieron.

—Muchas gracias por ayudarnos —dijo la más alta en su idioma con un marcado acento francés—. Mi nombre es Henriette y ella es mi hermana Juliette.

—Es un placer conoceros —repuso el *highlander* con una sonrisa encantadora—. Yo soy Arthur y mis acompañantes son Elizabeth y Nicholas.

—Habéis sido muy valientes al interceder por nosotras —les concedió Juliette secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿A dónde os dirigís? —les preguntó Liz.

—A ningún lugar en concreto —volvió a decir la del pelo ondulado.

Liz frunció el ceño.

—¿No tenéis a dónde ir?

Ambas negaron con la cabeza.

—Nuestro antiguo patrón intentó obligarnos a… hacer cosas que no queríamos —le explicó Henriette—. Así que decidimos coger nuestras cosas y marcharnos.

Arthur apretó las mandíbulas. Que los hombres trataran de aprovecharse de un par de jovencitas indefensas lo ponía enfermo.

—¿Tenéis familia a la que acudir en busca de ayuda? —les preguntó.

—No, señor. Estamos solas en el mundo —respondió Juliette.

—En ese caso, venid con nosotros —sugirió Elizabeth.

—¿*Désolé*? —inquirió Henriette.

—Mi tía vive en París y es allí a donde vamos. Tiene una casa grande y podrá haceros hueco —les explicó la joven escocesa.

Las hermanas se miraron entre sí y sonrieron aliviadas.

—¿Está segura de que no seremos una molestia? —insistió la muchacha de pelo rizado.

—Lo estoy —afirmó sonriéndoles—. La tía Delilah sabe reconocer el valor en las mujeres a las que nos toca pelear por nuestra libertad. Estará encantada de recibiros en su casa.

Arthur sonrió de medio lado admirando el modo en que Liz hablaba.

—Se lo agradecemos mucho, señora —repuso Juliette emocionada de nuevo.

—Llamadme Liz y, por favor, tuteadme —les pidió.

—Lo mismo digo —apostilló el guerrero.

—Y a mi Nicky —intervino el niño sacando la cabeza del hueco del cuello de su madre para mirarlas.

—En ese caso, podéis llamarme Nini. Desde que mi hermana nació y no sabía pronunciar mi nombre, todos en mi familia me llamaban así —les explicó Henriette.

—Y a mí Juju —añadió Juliette.

—Nini y Juju —repitió Liz. Aquellos graciosos diminutivos cuadraban con ellas.

—Tenemos la carreta con nuestras cosas al otro lado de esta arboleda —dijo la hermana mayor.

—De acuerdo, cogeré nuestro caballo e iremos hacia allí —sugirió Arthur.

***

Unos minutos después, el improvisado grupo reanudó la marcha. La carreta de las hermanas era modesta pero resistente. El caballo que tiraba de ella era joven y fuerte, y la lona que la cubría creaba un

refugio perfecto para que Nicky pudiera descansar. Así que en ese momento dormía sobre un par de mantas, con el muñeco hecho de cuerda que Jacob le regaló apretado entre sus manos.

Liz estaba sentada entre Nini y Juju, mientras que Arthur cabalgaba a lomos del viejo caballo. Parecía relajado, pero permanecía atento a cualquier movimiento que ocurriera a su alrededor.

Ambas hermanas eran muy habladoras. Henriette se expresaba con pasión y arrojo, como quien no tiene miedo a decir su opinión. Mientras que Juliette tenía la voz más suave, era muy graciosa con sus expresiones y gestos.

—Vivimos gran parte de nuestra vida en una pequeña pensión que tenían mis padres. Cuando ellos murieron de unas fiebres, las deudas nos dejaron sin nada y nos tocó buscarnos la vida —explicaba Nini.

—Al principio todo iba bien —continuó Juju—. Era mucho trabajo, sí, pero al menos teníamos un techo sobre nuestras cabezas y comida que llevarnos a la boca.

—Hasta que una noche, ese *cochon* se coló en nuestra habitación. Creía que por ser pobres aceptaríamos todo lo que él quisiera, qué equivocado estaba. Cuando se metió en la cama de Juju y ella gritó, le aticé con el candelabro que había sobre nuestra mesita y lo dejé inconsciente —relataba Henriette.

—Tras aquello, salimos huyendo en plena noche, con las pocas cosas que teníamos y esta carreta que cogimos prestada. Os aseguro que no somos ladronas, es solo que no tuvimos otra opción —se justificó la hermana pequeña.

Liz les agarró las manos con cariño y sonrió.

—Hicisteis lo que debíais —aseveró—. De hecho, yo estoy haciendo lo mismo.

Ambas jóvenes se sorprendieron.

—¿También huyes de tu patrón? —preguntó Nini.

—De mi esposo, en realidad —contestó Elizabeth con calma.

Las dos francesas miraron a Arthur, confundidas, y Juju se atrevió a decir.

—Oh, creí que él…

—Solo soy su protector —Arthur, sonriente, terminó la frase por ella.

Ambas hermanas suspiraron de modo soñador.

—¡Eres muy valiente! —exclamó la mayor.

—¡Qué romántico! —dijo la pequeña.

Liz miró al *highlander* conteniendo la risa. De repente, se había convertido a sus ojos en un héroe como el de las historias que relataban los bardos, y quizá no fueran tan desencaminadas.

CAPÍTULO 21

El tercer día de marcha, los rayos del sol se filtraban entre los árboles mientras Henriette contaba una historia sobre una gallina que tuvieron en la posada de sus padres y a la que le daba por cantar en cuanto se ponía el sol.

—¡No cacareaba, no! ¡Cantaba! —decía gesticulando de forma graciosa—. Como una maldita soprano en plena madrugada.

Juju puso los ojos en blanco.

—Eso no es así. Candice nunca cantó, lo que pasa es que te dormías en el granero y tenías pesadillas.

La cara de Henriette se puso roja.

—¡Pues tú tenías miedo de la cabra!

—¡Tenía los ojos diabólicos! Cada vez que los clavaba en mí, sentía que me juzgaba mientras rumiaba.

Liz no pudo evitar soltar una carcajada, mientras Arthur, con una sonrisa dibujada en el rostro, lanzaba miradas divertidas a las muchachas.

—Un día decidiste convencer a ese demonio con cuernos de ser tu amiga. ¿Recuerdas lo que te pasó? —le echó en cara Juliette—. Que corrió detrás de ti para cornearte.

—No era para eso, es que Evangeline me quería. Tengo carisma cabruno.

Su hermana le echó una mirada desafiante.

—¡Te caíste en un lodazal tratando de escapar de ella! Aún recuerdo la peste que emanaste durante días.

—¡*Dieu Saint*! —espetó Nini en su propio idioma.

—Prometedme que, cuando lleguemos a casa de la tía de Liz, no os pondréis a hablar con las vacas, si es que tiene —bromeó Arthur.

—Oh, lo siento —se disculpó Juliette—. Debéis pensar que somos un par de alborotadoras medio locas de atar.

—Tampoco andarían desencaminados —murmuró Henriette.

—Yo creo que más bien sois alegres, divertidas y grandes conversadoras —les dijo Liz, que no había tenido ni un segundo de aburrimiento desde que se cruzaran con ellas.

De repente, al final de la calle adoquinada, Elizabeth vio aquella casa de tres plantas construida de piedra clara que llevaba grabada en sus recuerdos.

—Es aquí —les informó cuando estuvieron frente a ella.

—¡Es una casa preciosa! —comentó Juliette admirada.

La carreta se detuvo y Liz bajó de ella con el corazón acelerado como si fuera una niña huérfana el día que va a conocer a sus nuevos padres.

Echó una mirada a Arthur, quien le sonrió y asintió, mostrándole su apoyo.

Subió los tres escalones de piedra que llevaban a la entrada principal, mientras los demás la esperaban, y alzó la mano para llamar. No golpeó con fuerza, solo con el suficiente ímpetu para que la escucharan.

La puerta se abrió casi de inmediato, y tras ella apareció un hombre alto de porte elegante y rostro curtido por los años. Vestía un chaleco de terciopelo burdeos, una impecable camisa blanca y pantalones oscuros. Su cabello estaba más gris de lo que recordaba y sus ojos, de un azul pálido, se iluminaron al reconocerla.

—*Mademoiselle* Elizabeth —susurró con una mezcla de sorpresa y ternura.

—*Bonjour*, Benoît —dijo, y se lanzó a abrazarlo emocionada.

El viejo mayordomo la rodeó con los brazos con una calidez muy lejana de la postura recta que siempre lucía.

—¡*Mon dieu*! ¡Está aquí, después de tanto tiempo! —exclamó con alegría—. Creí que nunca más volvería a verla. Esta casa no ha sido lo mismo desde que se marchó.

Liz se separó de él con los ojos brillantes por las lágrimas que pugnaban por derramarse.

—Yo tampoco he sido la misma desde entonces —reconoció.

Benoît la miraba como quien observa una rosa recién florecida.

—La señora Delilah se encuentra en la sala de estar. Hace semanas que no recibe visitas, así que su llegada va a hacerla muy feliz.

Abrió la puerta de par en par y Elizabeth pasó dentro. El olor de aquella casa le trajo recuerdos felices de su infancia.

Caminó tras el mayordomo, quien la condujo hasta la sala bañada por la luz del sol. Estaba tal cual la recordaba, con aquel elegante mobiliario que cuadraba perfectamente con la mujer que en ese momento descansaba en una butaca verde mientras bordaba.

La tía alzó la vista al escuchar los pasos acercarse y cuando se percató de la presencia de Liz, se quedó inmóvil, como si acabara de ver a un fantasma.

Su cabello estaba completamente blanco y lo llevaba recogido en un moño bajo. Las arrugas que lucía, al contrario de restarle belleza, le otorgaban sabiduría y la sensación de que aquella mujer había sufrido demasiado en la vida.

—Pequeña Lizzie… —susurró, como si no se atreviera a creer lo que veía.

Elizabeth se acercó despacio con los ojos llenos de lágrimas. Verla más mayor y en apariencia más frágil le encogió el corazón.

—Tía —sollozó antes de lanzarse a sus brazos.

Ambas rompieron a llorar y el mayordomo se retiró en silencio, dándoles intimidad.

—Pensé que nunca más volvería a verte —dijo la mujer con la voz temblorosa.

—He huido, tía —reconoció separándose un poco de ella—. He tenido que escapar de mi esposo.

Delilah le acarició la mejilla con ternura.

—¿Te hizo daño?

Liz asintió con los labios apretados.

—Me golpeaba cada vez que hacía algo que a él no le parecía bien, pero cuando dirigió esa violencia hacia mi hijo, supe que debía marcharme.

—Hiciste lo correcto, Lizzie. Es tu deber proteger a tu hijo y sabes que en esta casa las puertas siempre estarán abiertas para ti y para él.

—Oh, tía. No sabes lo que te he echado de menos —sollozó.

—No más que yo a ti, mi pequeña —reconoció la mujer—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Un amigo nos ayudó. Sin la protección de Arthur, jamás hubiera podido hacerlo.

Delilah entrecerró los ojos.

—¿Y dónde está ese hombre? Me gustaría conocerlo para darle las gracias por cuidar de mi niña. Y también a mi sobrino nieto.

—Ven, te los presentaré —dijo tomándola de la mano y conduciéndola hacia la puerta—. También he traído conmigo a dos hermanas a las que encontramos por el camino siendo atacadas por unos bandidos. Son muy jóvenes y están buscando un lugar donde vivir a cambio de su trabajo. Su antiguo patrón trató de aprovecharse de ellas y decidieron marcharse en plena noche.

Salieron al exterior donde sus compañeros de viaje la esperaban. Nicky permanecía sentado en la carreta y se restregaba los ojos, aún somnoliento.

La mirada de Delilah se clavó en él y sonrió.

—¡Es tan bonito como tú, Lizzie! —exclamó satisfecha.

—Se llama Nicky —repuso su sobrina.

—Ven aquí, mi pequeño viajero. Soy tu tía Delilah.

El niño miró a su madre, quien asintió dándole permiso para acercarse. El chiquillo bajó de la carreta ayudado por Henriette y se dirigió hacia ellas. Delilah se agachó frente a él y retiró un rizo rubio que caía sobre sus ojos.

—Bienvenido a casa, *mon trésor*.

—Hola —respondió él, sin más.

—Me hace muy feliz tenerte aquí. —Sonrió y se irguió para clavar sus perspicaces ojos sobre Arthur, que permanecía a lomos del viejo caballo—. Y tú debes de ser Arthur. Te estoy muy agradecida por traer hasta aquí a mis sobrinos. Por ello recibirás tu recompensa, te daré un buen saco de monedas.

El *highlander* negó con la cabeza.

—Hice lo que creía correcto y no voy a coger dinero por ello. Se lo agradezco, pero no lo acepto.

La mujer sonrió ampliamente, como si aquella respuesta fuera lo que esperaba. Así que hizo un leve asentimiento de cabeza y centró su atención en las hermanas.

—¿Y cómo os llamáis vosotras?

—Henriette, para servirla —dijo Nini, bajando de la carreta y haciendo una torpe reverencia—. Es un placer, señora.

Juju imitó a su hermana y se puso junto a ella.

—Y yo soy Juliette.

Delilah las observaba con atención, con aquellos ojos que parecían ver más allá de las apariencias.

—Esta casa necesita manos jóvenes y corazones valientes, así que, si queréis trabajar aquí, podéis formar parte de mi servicio. Se come bien y todos somos una gran familia.

Las dos se miraron entre sí, boquiabiertas.

—¡*Merci, madame*! —exclamó Juju lanzándose a abrazarla.

—¡*Merci infiniment*! —repuso Nini sin poder creerse que tuvieran tanta suerte.

—No tenéis nada que agradecerme —les dijo la mujer—. Y no os quedéis aquí fuera, pasad.

Todos entraron a la casa.

Benoît apareció con su porte impecable y su expresión amable.

—¿Necesita algo, *madame*?

—Acompaña a Henriette y Juliette a sus nuevos aposentos. Y también me gustaría que llevaras a Nicky a la biblioteca. Allí hay libros y juguetes que pueden interesarle —le pidió.

—*Madmoiselles*, *monsieur* Nicky…, seguidme —dijo el mayordomo.

El niño volvió a mirar a su madre. Esta se agachó a besar su cabeza para tranquilizarlo, notaba que se sentía un poco nervioso.

—Ve con Benoît, es un buen hombre.

—De acuerdo, madre —respondió el chiquillo—. ¿Vendrás a la biblioteca con nosotros?

—En un momento iré —le aseguró.

Benoît tomó al pequeño de la mano —que aún se aferraba al muñeco de cuerda que Jacob le regaló— y encaminó la marcha. Nini y Juju, emocionadas, fueron tras ellos.

El vestíbulo se quedó en silencio.

—Pasemos a la sala —propuso Delilah.

Arthur y Elizabeth la siguieron y se acomodaron en un sofá, como la mujer les demandó.

—¿Por qué no me cuentas con más detalle lo que has vivido durante estos nueve años que llevamos separadas?

Liz se removió incómoda, hasta que la mano de Arthur agarró la suya, dándole valor.

—Russell es un hombre con un temperamento explosivo. Durante años soporté sus gritos y humillaciones. Pensé que, si aguantaba, protegería a Nicky, hasta el día en que esa rabia se volvió hacia él. Lo encerró en una habitación y… —le costaba verbalizar aquello—. Lo golpeó. Oía sus gritos, y no podía hacer nada por ayudarlo. Me sentí tan impotente… Entonces me dije a mí misma que haría lo que fuera necesario por mantenerlo alejado de ese monstruo.

Delilah, que la escuchaba con atención, asintió.

—Has sido muy valiente, mi pequeña —entonces, sus ojos se desviaron hacia Arthur—. ¿Y cómo pasaste tú a formar parte de esta historia?

—Liz me ayudó en una situación muy complicada, se lo debía —respondió con calma.

—¿Qué situación? —indagó la elegante mujer.

—Acusaron a mi sobrino de intentar matar al rey.

—¿Y era inocente?

—Lo era —aseveró Arthur mirándola fijamente a los ojos.

Delilah sonrió, orgullosa de su sobrina.

—Por lo que acabo de escuchar, parecéis hechos el uno para el otro.

Se miraron entre sí, con los ojos encendidos y sus corazones desbocados.

—No es eso, solo… somos amigos… —se apresuró a decir Elizabeth.

—Amigos —repitió con una ceja enarcada—. He tenido muchos amigos de este tipo desde que enviudé.

Las mejillas de Liz se sonrojaron. Arthur se limitó a sonreír de medio lado. No veía el caso de negarlo cuando esa mujer, astuta e inteligente, pudo leer en su mirada lo que pasaba y el tipo de relación que tenían.

—Tía Delilah, por favor —le suplicó Elizabeth avergonzada.

—Está bien, no diré nada más —aceptó—. Aun así, quiero que sepáis que esta casa tiene espacio para albergar a buenos amigos. Si quieres quedarte, Arthur, serás bien recibido… y no como huésped, sino como parte de la familia.

Liz se volvió hacia él sin atreverse a respirar a la espera de su respuesta. Sabía que le dijo que no podía quedarse, pero dentro de ella aún albergaba la esperanza de que pudiera cambiar de opinión.

—Le agradezco la oferta, señora. De verdad. Sin embargo, mi camino sigue en otra dirección, no puedo quedarme aquí.

Aquellas palabras fueron como un puñal que acertó directamente en el medio del corazón de la joven.

—No insistiré, aunque espero que sepas que hay barcos que no vuelven a pasar una segunda vez —dijo con sabiduría Delilah—. En fin, os dejaré a solas. —Se puso en pie con cierta dificultad, se acercó a su sobrina y posó la mano sobre su mejilla con ternura—. Nadie os molestará mientras os despedís.

Salió de la sala y cerró la puerta con suavidad tras ella.

Liz permaneció quieta, sin saber qué decir. Una lágrima traicionera resbaló por su rostro y Arthur no dudó en enjugarla con la yema del pulgar.

—No llores —le rogó—. Por mí no.

Sin prisa, se inclinó hacia ella y la besó.

Fue un beso suave y sincero. Liz cerró los ojos aferrándose a ese instante y deseó tener la capacidad de detener el tiempo.

—Lamento no poder quedarme, pero te aseguro que te llevaré para siempre conmigo, aunque no te tenga a mi lado. He pasado demasiado tiempo moviéndome como para saber que cuando intento detenerme, algo dentro de mí se agita y me empuja a seguir andando.

—No hace falta que te detengas en este instante, pero puedes volver cuando llegue el momento de hacerlo —sugirió con una expresión tan triste que Arthur se sintió como un auténtico desgraciado.

—No quiero hacerte daño, Liz. No quiero romperte el corazón prometiéndote que volveré y condenándote a esperarme. No sería justo para ti.

—Te comprendo y no te reprocho nada. Estos días han sido los mejores de mi vida, pese a la situación que estaba viviendo, y todo es gracias a ti.

Arthur se inclinó y pegó su frente a la de Elizabeth. El destino los unió de manera fortuita y ahora parecía que llegaba el momento de separarse, de tomar caminos distintos.

Inhaló su olor, ese que tanto añoraría cuando ya no impregnara su piel. Sus labios buscaron los de la joven, que abrió la boca y acogió su lengua con pasión.

Deslizó sus grandes manos de la estrecha cintura femenina a las nalgas, atrayéndola más contra él.

Liz gimió. Le acarició la espalda con el cuerpo temblando a causa del deseo febril que le provocaba.

Los labios de Arthur comenzaron a dejar un reguero de besos por su mandíbula, su cuello, su escote… Dejó sus pechos al descubierto y los reclamó con exigencia. Hizo que ráfagas de placer llegaran hasta su sexo, que palpitó hambriento de él.

Le quitó el vestido y el resto de su ropa. Necesitaba ver su cuerpo desnudo por una vez. Ese recuerdo lo acompañaría de por vida, estaba seguro, porque nunca vio nada más bello. Con la mirada azul clavada en él, los labios un tanto hinchados y entreabiertos, y el largo cabello rubio cayendo en ondas sobre su espalda. Tenía unos pechos llenos y redondos que se alzaban hacia él, pidiendo atenciones. Su cintura era estrecha, sus caderas redondeadas daban paso a unas largas y esbeltas piernas y, en medio de ellas, había un triángulo de vello dorado que se moría por lamer.

—Me dejas sin aliento —murmuró.

Liz sonrió y posó las manos sobre su pecho.

—Yo también quiero verte a ti —le pidió, mirándolo a los ojos.

Arthur sonrió de medio lado y asintió.

Se deshizo del *sporran*, el *kilt* y la camisa rota. Cuando estuvo tan desnudo como ella, abrió los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo para que lo contemplara a sus anchas.

Elizabeth lo miró de arriba abajo. Su cuerpo era musculoso y estaba salpicado por varias cicatrices. Tenía la espalda ancha y las caderas estrechas, y su trasero… Dios, esas nalgas redondas y prietas deberían ser pecado. Sintió deseos de arrodillarse frente a él y morderlas como un animal hambriento.

—Eres muy hermoso —comentó.

—¿Hermoso? —ironizó—. ¿No rudo y varonil?

Liz emitió una suave risa.

—Eso también.

Arthur tomó su rostro entre las manos.

—Nada es tan hermoso como tú, Liz. Créeme.

Volvió a besarla y la hizo recular hasta un precioso sofá de terciopelo burdeos que dominaba la sala. La ayudó a recostarse y después se tumbó sobre ella sin dejar de besarla.

Le besó el vientre y jugueteó con su ombligo. Agarró sus rodillas para separar sus piernas, tras lo cual, metió la cabeza entre ellas y lamió su sexo de arriba abajo.

Elizabeth arqueó la espalda y jadeó. Nunca le habían hecho nada parecido, y quizá debiera sentirse avergonzada, pero no lo estaba. Confiaba tanto en Arthur que se dejaba llevar y solo pensaba en el placer que le provocaba.

Lamía todos sus pliegues, haciendo especial hincapié en su clítoris. Introdujo un dedo en su interior e hizo movimientos circulares.

Liz enterró las manos en su cabello rubio sin poder dejar de gemir. Entonces, Arthur succionó esa protuberancia que tanto goce le provocaba, y la joven estalló en mil pedazos. Nada de lo que sintió hasta entonces se podía comparar con aquello, y aún se intensificó más cuando el *highlander* la penetró de una sola estocada.

Movió sus caderas… no con ternura, sino de manera urgente y apasionada. Elizabeth entrelazó los brazos en torno a su cuello y se aferró a él con fuerza.

Arthur gruñó con los músculos de todo su cuerpo en tensión, y se derramó dentro de ella. Y no solo su semilla, también una parte de su alma, que quedó entrelazada con la de la joven para toda la eternidad.

***

Arthur salió de la sala con la sensación de perder lo que más le importaba en la vida. Su corazón parecía atenazado por una garra invisible que le hacía sangrar por dentro.

Se dirigía hacia el exterior de la casa, cuando una voz infantil lo detuvo.

—¿A dónde vas?

Arthur se giró y vio a Nicky. El niño lo miraba con el ceño fruncido y una expresión confusa en el rostro.

—Regreso a casa.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? Yo quiero que lo hagas y estoy seguro de que mi madre también.

Arthur se agachó frente a él para estar a su altura.

—A veces eso no es suficiente.

—¿No nos quieres? —inquirió el pequeño con tristeza.

El rostro del guerrero estaba sereno, pero en sus ojos se podía apreciar la lucha interna que vivía.

—Claro que os quiero.

—Y, aun así, ¿te marchas?

Arthur asintió.

—No soy el hombre que ambos necesitáis.

—Eso solo es una excusa —lo acusó—. ¡Nos abandonas!

El *highlander* apretó las mandíbulas y negó con la cabeza.

—No lo hago, solo sigo mi camino. Mi cometido siempre fue traeros hasta aquí y es lo que he hecho.

—¡Pues vete! —gritó el chiquillo—. ¡No te necesitamos! ¡Eres un cobarde!

Salió corriendo y Arthur se puso en pie, tentado a seguirlo, mas se contuvo. Era peor que alargara aquella despedida.

Cruzó el umbral de la casa intentando no mirar atrás. Sus pasos resonaban sobre los adoquines, lentos y pesados. El viejo caballo lo esperaba atado a la verja y relinchó al verlo.

Arthur montó sobre él y entonces clavó sus ojos en la ventana de la sala, donde pudo percibir la silueta de Liz, que abrazaba a su hijo.

—Mucha suerte —les deseó en un susurro apenas audible.

Espoleó al caballo antes de que su fuerza de voluntad se quebrara, porque, aunque su cuerpo se alejaba de aquel lugar, era consciente de que una parte de su alma se quedaba en esa casa.

Al lado de ese niño, esa mujer y esos momentos que habían vivido juntos y que nunca podría olvidar.

CAPÍTULO 22

Arthur llegó al puerto de Calais entrada la noche, aun así, estaba activo. Algunos marineros cantaban mientras cargaban mercancías en los navíos, y el olor a salitre y pescado llegó hasta él.

Desmontó de un salto y un muchacho de unos trece años se quedó mirando el viejo rocín.

—¿Te gusta? —le preguntó.

El jovencito entrecerró los ojos, sin comprender que le decía.

—¿*Désolé*? —inquirió con el ceño fruncido.

—Te lo regalo —le entregó las riendas—. *Pour toi* —dijo en un torpe francés—. Cuídalo bien.

El muchacho agrandó los ojos cuando agarró las riendas.

—¿*Vraiment*?

Arthur asintió y el chico se alejó radiante de felicidad. Esperaba que le diera una buena vida al viejo caballo.

—¡Arthur! —la voz de Derek le hizo girarse para encontrarse de frente con su sonriente rostro—. ¡Por todos los demonios! ¡Qué alegría volver a verte!

—Pensé que ya habríais partido —reconoció—. Estaba buscando otro barco para regresar a Escocia.

—Pues estás de suerte, porque justo vamos a zarpar en este instante. Aunque creí que acabarías quedándote aquí con la señora Elizabeth y el pequeño Nicholas.

Arthur esbozó una sonrisa triste.

—Yo no pertenezco a este lugar. —Bajó la mirada—. A ninguno en realidad.

—¡Bobadas! —oyó exclamar a Jacob, que los había escuchado sin que ellos se dieran cuenta—. Un alma errante acaba deteniéndose cuando el amor que lo retiene en un lugar es mayor que su miedo a sufrir —declaró mirándolo a los ojos con esa sabiduría que destilaba—. Has dejado algo muy valioso atrás, chico. A una mujer y a un niño que te albergaron en sus corazones con franqueza y de manera desinteresada.

»He navegado muchos años y he visto a hombres pelear por oro, gloria y venganza. Sin embargo, nada merece más la pena que luchar por amor. Lo que había entre vosotros dos no es algo sencillo de encontrar. Y tú, como un cenutrio, has permitido que se escapara entre tus dedos.

Sin dejar de refunfuñar, se alejó hacia el barco. Arthur se quedó desconcertado y con las palabras del anciano resonando en su mente.

—En fin, lo hecho, hecho está —repuso Derek, para intentar aliviar la pesada carga que, intuía, Arthur llevaba sobre sus hombros —. Embarquemos antes de que nos quedemos en tierra.

El *highlander* lo siguió sintiendo el cuerpo pesado.

—Vaya, escocés. Veo que estás de vuelta —dijo el capitán Raymond con una amplia sonrisa.

—Regreso a casa —respondió con una incómoda presión en el pecho.

—En ese caso, bienvenido a bordo.

Arthur puso los pies en cubierta y escuchó el sonido de las cuerdas al tensarse, las tablas crujir bajo sus botas, el grito lejano de una gaviota… todo le resultaba familiar, aun así, no le reconfortaba.

Sentía una especie de ahogo que reconocía muy bien. Llevaba años huyendo de esa sensación.

Se apoyó en la barandilla, se inclinó ligeramente hacia delante y respiró hondo.

—Te veo hecho un desastre, Hunter —repuso Adam a sus espaldas.

—Más quisieras tú que así fuera —espetó, irguiéndose y volviéndose para mirarlo por encima del hombro.

El enorme marinero sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—Es evidente, créeme. No sangras, pero estás herido igual. Es del tipo de heridas que se abren cuando se toma una decisión contraria a la que nos exige nuestra alma.

Tras decir eso, se alejó dejando sus palabras flotando junto a la brisa salada y el corazón de Arthur cada vez más confundido.

***

Dennis salió por el gran portón del castillo con paso ligero y esa sonrisa que parecía no borrarse de su rostro.

Había decidido ir a visitar a Abigail, una joven viuda con la que intimaba, y a la que tenía bastante abandonada a causa de sus constantes viajes.

Sin embargo, un fuerte y certero golpe en la nuca hizo que su sonrisa desapareciera. Su cuerpo se tambaleó y cayó hacia delante tras perder el conocimiento.

Detrás de él, la figura de un hombre encapuchado se agachó para asegurarse de que no lo había matado, y, tomándolo por los pies, lo arrastró hacia los árboles.

Dennis despertó de nuevo al sentir el agua fría empapando su rostro. Abrió los ojos de golpe y tosió, sin saber por un momento dónde estaba o qué había sucedido.

La oscuridad del bosque se rompía con la luz de un par de antorchas que portaban dos guerreros.

Trató de coger su espada y fue cuando se percató de que lo tenían atado a un árbol. Frente a él estaba Vincent, con el balde de agua vacío entre las manos, y, a su lado, el ceñudo *laird* de los Fraser, cuya expresión era de pura rabia.

—¿Creías que te saldrías con la tuya, malnacido?

—No sé a qué te refieres, Fraser, pero si esta es tu idea de hospitalidad, me compadezco de tus invitados. —Miró hacia el cielo y

frunció el ceño, fingiendo pensar—. Ah, no…, que estás en mi clan. Entonces es que simplemente eres un inconsciente.

—¡Mi esposa! —bramó—. ¿Dónde la tienes?

—¿Me preguntas a mí donde está tu mujer? Si tú no lo sabes, ¿por qué iba a saberlo yo? —ironizó.

Russell le lanzó un puñetazo directo al rostro. La cabeza de Dennis se giró por el impacto, y un hilo de sangre corrió por la comisura de su boca.

—¡No me tomes por estúpido! Sé que eres su amante.

Dennis escupió la sangre que se acumulaba en su boca. Sonrió de nuevo y volvió a clavar sus ojos en él.

—Si eso es lo que piensas, está claro que sí eres estúpido. Yo no he tenido nada con tu esposa, Fraser, pero no descarto que haya decidido escapar con alguien mejor que tú. Que, por otro lado, no le habrá costado demasiado encontrarlo…

Vincent avanzó unos pasos y lo sujetó por el cuello con violencia.

—No juegues con nosotros, McRae, o lo pagarás caro.

Dennis lo miraba con esa arrogancia tensa que mantenía pese a estar en una situación bastante vulnerable.

—¿Y me lo harás pagar tú, cara marcada? Qué miedo —repuso mordaz.

Russell perdió el control. Apartó del medio a su hijo y lo golpeó de nuevo, esta vez con más saña. Le dio en el estómago, la mandíbula, el ojo… Los golpes se sucedían uno tras otro, y, aun así, Dennis no emitió ni un solo grito. Su orgullo le hacía permanecer estoico, soportando la paliza sin poder defenderse.

Tras varios minutos, Russell se detuvo, resollando por el esfuerzo.

El rostro de Dennis estaba hinchado y comenzaba a amoratarse. Escupió sangre por segunda vez, notando que las cuerdas que lo mantenían atado al árbol se habían tensado y le cortaban la circulación de las muñecas.

Russell tenía los nudillos ensangrentados y sus ojos seguían refulgiendo de ira.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer, Fraser? —balbució Dennis esbozando lo que debía ser una media sonrisa, pero a causa de la paliza parecía una mueca—. Golpeas como una anciana en su lecho de muerte.

El aludido gruñó y apretó los dientes. Sacó una daga de la cinturilla de su *kilt* y la empuñó frente a Dennis.

—¡Dime dónde está, pedazo de escoria! —gritó con las venas del cuello hinchadas.

—Con suerte, muy lejos de un desgraciado como tú. Si yo fuera ella, habría puesto toda la distancia posible entre nosotros.

Las palabras resultaron tan afiladas como la daga que llevaba en la mano el *laird* Fraser. Soltó un alarido de rabia y frustración, y en un arrebato, le rajó el pecho a Dennis, que gimió mientras soportaba el dolor.

—¡Confiesa dónde la tienes, malnacido! ¡O te destriparé con mis propias manos!

La cabeza de Dennis colgaba hacia delante a causa del dolor y la pérdida de sangre, aun así, alzó los ojos para mirarlo de modo desafiante.

—Si me sucede algo, mis hermanos te partirán en dos y también a todos tus esbirros —susurró con voz ronca—. Te harán tragar tu propia lengua y no tendrás ni tiempo de suplicar por tu vida. Y créeme, sabrán que eres tú, porque has sido tan descerebrado como para venir a mi casa y lanzar falsas acusaciones sobre mí.

Russell se quedó inmóvil por un instante. Sabía que aquella amenaza no era vacía, conocía la fiereza en combate de los McRae y no le gustaría tener que enfrentarse a ellos.

Aun así, no permitiría que aquel joven deslenguado lo avergonzara y quedara indemne.

—Levántale el *kilt* —le ordenó a Vincent.

Su hijo frunció el ceño.

—¿Qué vas a hacer? Si lo matas, iniciarás una guerra y quizá nunca sepas donde se esconde Elizabeth.

—No voy a matarlo, solo quiero que recuerde para siempre que nadie se ríe de Russell Fraser sin pagar las consecuencias.

Pese a sus reticencias, Vincent hizo lo que le demandó y le levantó el *kilt*, dejando sus partes nobles expuestas. Russell se inclinó hacia Dennis y le murmuró en el oído.

—Cada vez que una mujer yazca contigo, sabrá el tipo de escoria repugnante que eres.

—¡Vete al infierno, bastardo! —dijo Dennis entre dientes.

Russell se agachó y con la daga escribió «traidor lujurioso» en su abdomen, justo encima de la base de su miembro. Después, hizo varios cortes a lo largo de su verga y en sus testículos, incluso estuvo tentado a cortárselos, pero temió que acabase desangrado e iniciase la guerra igual. Además, él no quería que pereciera de forma rápida, pretendía hacerlo sufrir y que aquel hombre atractivo y engreído viviera el rechazo y la vergüenza en sus propias carnes.

Dennis no pudo evitar emitir un alarido de dolor con aquella tortura.

—Tal vez ya no golpee tan fuerte a causa de mi edad, pero sí sé dónde le duele más a un cerdo como tú, del mismo modo en que sabía lo que mi mujer no soportaba que le hiciera… y ese mocoso que jura que es mi hijo era su punto débil.

»Aun así, nunca se rebajó a mí —dijo con rabia—. Esa tía con la que se crio fue una mala influencia para ella, le enseñó a no callarse y a…

Se quedó en silencio de repente cuando un pensamiento surcó su mente como un relámpago.

Elizabeth.

Su tía.

—París —murmuró.

—¿Cómo dices? —le preguntó Vincent.

Dennis alzó los ojos con rapidez hacia Russell cuando le oyó pronunciar aquella palabra.

—Claro, es allí donde huyó. Cómo no lo pensé antes.

—¿Crees que Elizabeth y Nicholas están en París?

—Sí, seguramente se hayan ido con la tía de mi esposa. Sé cuánto la idolatraba.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Iremos a buscarla? —quiso saber Vincent.

—Sé perfectamente lo que he de hacer, pero antes, libera a este desgraciado —decretó, señalando a Dennis con la cabeza.

—¿Estás seguro? —insistió su hijo.

Temía que Dennis quisiera vengarse, o peor aún, que involucrara a sus hermanos en eso.

—Lo estoy —aseveró su padre—. No creo que quiera que su clan sufra la ira del nuestro, que cuenta con el apoyo del rey gracias a la cercana relación que me une a él.

—No tenemos miedo de pelear —respondió Dennis, sintiendo el dolor lacerante en sus partes íntimas.

—Lo sé, pero vosotros no seréis los únicos que sufráis. Todo el clan perecerá, incluidas tu descarada madre y esa hermosa hermana tuya, a la que no me importaría enseñarle un par de cosas antes de cortarle su bonito cuello.

—Ni se te ocurra ponerle ninguno de tus sucios dedos encima —dijo entre dientes, con rabia.

—Eso solo está en tus manos, McRae. Mantén la boca cerrada y no tendréis problemas.

Con un gesto, le indicó a Vincent que cortara las cuerdas que lo retenían. Él hizo lo que le pedía y Dennis cayó hacia delante como un peso muerto.

—Vayámonos —ordenó Russell dirigiéndose hacia su caballo—. Tengo planes en mente para mi querida esposa.

***

Dennis logró llegar al castillo pese a lo dolorido que se sentía. Ese bastardo lo había marcado como si fuera ganado, pero la cosa no iba a quedar así. Hablaría con Jack, le contaría lo ocurrido y le plantarían cara. Sabía que su familia le respaldaría.

Se dirigía hacia su despacho, cuando las voces de sus hermanos llegaron hasta él.

—No podemos seguir aguantando sus estupideces —dijo Jack con cansancio—. Su ego, su impulsividad…, en cualquier momento nos pondrá en peligro. Está descontrolado, por el amor de Dios.

—No lo hace con mala intención —lo defendió Drake con voz grave—. Aunque entiendo tus preocupaciones como *laird*. Dennis no te pone las cosas fáciles…, a ninguno de nosotros en realidad.

Dennis sintió como si le hubieran golpeado de nuevo.

Se apoyó contra la pared y respiró hondo, lidiando tanto con el dolor de sus heridas como con el de su corazón, que se sentía traicionado.

Comenzó a alejarse tratando de no hacer ruido, pero uno de los tablones del suelo chirrió. Sus hermanos salieron del despacho y se lo quedaron mirando.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Jackson preocupado al ver su rostro golpeado.

—¡Santo Dios, Dennis! —se alarmó Drake.

Ambos se aproximaron a él con expresiones serias.

El aludido intentó sonreír para que no notaran que los escuchó. Lo último que quería era tener que enfrentarse a una conversación acerca de sus defectos.

—Me caí del caballo, pero no es nada grave.

—¿Nada grave? Parece que te hayas caído por un acantilado —repuso Drake.

—No me creo que una simple caída de un caballo te haya dejado el rostro medio desfigurado —soltó Jackson escéptico.

Dennis se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—El caballo se puso nervioso y ya sabes… Esto suele terminar así.

Sus hermanos no insistieron, conscientes de que no le sonsacarían nada más. Al menos, no en ese instante.

—Ve a descansar, pareces necesitarlo. Haré llamar a la curandera —dijo Jack.

—No creo que haga falta…

—Claro que lo hace —lo interrumpió con voz firme.

—Y si necesitas hablar de algo, estamos aquí, hermano —terció Drake con una expresión inquieta.

Dennis se limitó a asentir, les echó un último vistazo y se encaminó a su alcoba.

Mientras subía las escaleras sentía un lacerante escozor en su zona genital y en el bajo vientre, como si le quemara.

¿Una caída del caballo? No se le ocurrió otra cosa, a pesar de que era un excelente jinete. No obstante, tras escucharlos hablar de él de ese modo, supo que no podía involucrarlos en esa guerra.

De repente, era como si estuviera solo, sin el respaldo de la familia que siempre guio sus pasos, y eso le asustó mucho más de lo que se atrevería a reconocer nunca en voz alta.

CAPÍTULO 23

Elizabeth llevaba varias semanas en casa de tía Delilah. Se sentía feliz y cómoda, los paseos por el jardín con Nicky, las lecturas tras cenar junto al fuego de la chimenea, poder vivir tranquila sin temer que su esposo la golpeara… Todo era perfecto, y, aun así, cada noche al acostarse, cuando la casa dormía, no podía evitar romper en llanto.

La almohada sabía de las noches que soñó con Arthur. Él regresaba y le decía que se dio cuenta de que era incapaz de vivir separado de ella. No obstante, al despertar y percatarse de que no era así, sentía un vacío en el pecho y las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

Lo extrañaba demasiado, pese a que era algo que se negaba a verbalizar, porque eso lo haría aún más real.

Aquella mañana, la luz del sol se filtraba entre los enormes ventanales mientras Liz colocaba sobre la mesa de la sala un precioso ramo de flores que acababa de recoger del jardín.

Benoît apareció portando un paquete envuelto en tela gruesa, atado con una cuerda y sin remitente.

—Ha llegado esto para usted, *madmoiselle* Elizabeth —dijo el mayordomo, entregándoselo.

Liz lo tomó con el corazón acelerado. Arthur era el único que conocía la dirección exacta de la casa de su tía, así que debía ser de él.

—Muchas gracias, Benoît.

El anciano hizo una leve reverencia y se retiró para dejarla sola.

Liz comenzó a desatar la cuerda con los dedos temblorosos. Después desplegó la tela que cubría aquel baúl. De repente, un olor

nauseabundo impregnó el ambiente y, al abrir la tapa, la realidad le estalló en la cara.

La cabeza de Emily, la leal sirvienta del clan Fraser, la miraba con ojos de horror en medio de un estado de descomposición.

La joven gritó y arrojó el baúl al suelo.

El sonido al caer rasgó el aire como un cristal rompiéndose. Un papel medio ensangrentado salió volando de dentro. Liz, sobrecogida por la horrible visión, se agachó a recogerlo y leyó:

> Esto es lo que les pasará a cada uno de los miembros de este clan hasta que regreses a mi lado.
>
> No puedes huir de mí, querida esposa.
>
> R. F.

Elizabeth soltó la nota, cayó de rodillas al suelo y se cubrió el rostro con las manos, llorando con desesperación.

La había encontrado.

¿Cómo pudo ser tan estúpida y soñar con una libertad que no era más que una mera quimera?

Delilah apareció en la sala, alertada por el grito de su sobrina. Se quedó congelada en el umbral de la puerta ante la escena que presenció.

Su sobrina estaba arrodillada y doblada sobre sí misma, con las manos cubriendo su rostro a la vez que temblaba y emitía profundos y desgarradores sollozos.

Miró en derredor para ver qué pudo provocar ese estado y fue cuando reparó en la cabeza putrefacta de una mujer que reposaba sobre su alfombra.

—¡*Mon Dieu*! —exclamó, llevándose una mano a la boca.

Con paso rápido, se aproximó a Elizabeth y la abrazó como cuando era una niña. La sujetó con firmeza y calidez a la vez, y pegó el rostro al suyo.

—Tranquila, pequeña Lizzie. Estoy contigo —murmuró con ternura.

—Me ha encontrado, tía —balbució entre lágrimas—. Y le ha hecho esto a Emily por mi culpa. Si yo no hubiera huido, ella seguiría viva.

—Shhh, no digas eso —le pidió—. No es culpa tuya, *ma petite*. El único responsable es el monstruo que lidera ahora nuestro clan.

Liz se alejó un poco para poder mirarla a los ojos.

—He de volver a Escocia.

Delilah compuso una expresión de horror.

—No puedes hacerlo. Si regresas, te matará. Lo sabes tan bien como yo.

—Y si no lo hago, morirán más personas inocentes. Así me lo ha hecho saber con la nota que venía junto… junto a la cabeza —le costó pronunciar aquellas últimas palabras—. No puedo consentir que ninguno más de mis amigos y personas a las que aprecio sufra por mí.

Delilah tomó el rostro de su sobrina entre las manos.

—¡Huiste por un motivo de peso, Lizzie! No puedes ceder a las exigencias de ese hombre sin corazón. No es justo que debas pagar con tu vida para asegurarte de que los habitantes de nuestro clan permanezcan a salvo.

Los ojos azules de Liz se llenaron de nuevo de lágrimas.

—Me acabo de dar cuenta de que no puedo escapar del odio y de la maldad. Tarde o temprano te acaban alcanzando. Así que no me queda más remedio que enfrentarme a él.

Delilah se estremeció. Veía a aquella joven con ojos maternales y, a pesar de que admiraba su valentía, sabía que, si regresaba a Escocia, era probable que no volviera a verla.

—Piensa en Nicky —le suplicó con desesperación—. No puedes dejarlo solo.

Una lágrima furtiva rodó por su mejilla.

—No lo hago, te tiene a ti —aseveró.

—Lizzie…

—Quiero que te quedes con él —interrumpió su réplica—. No hay nadie más a quien se lo confiaría. Fuiste una gran madre conmigo y serás también una excelente abuela para mi hijo.

Delilah no pudo evitar que sus ojos se humedecieran antes de abrazarla.

—Prométeme que volverás —le rogó—. Debes hacerlo. Nicky necesita a su madre y yo… yo necesito a mi niña.

—Oh, tía.

Ambas estaban emocionadas y no querían soltarse. La una se convirtió en el refugio de la otra, hasta que los gritos de Nini y Juju las sobresaltaron.

Ambas jóvenes miraban con horror la cabeza de Emily.

—Tranquilas, dejad de gritar —dijo Liz poniéndose en pie y aproximándose a ellas—. No quiero que Nicky vea esto.

Las hermanas hicieron el esfuerzo de sosegarse y la miraron.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Henriette, quien fue la primera en recuperarse de la impresión.

—Mi esposo me ha encontrado. Esto es solo un mensaje de que, si no regreso…, seguirá haciendo sufrir a los habitantes de mi clan —les explicó.

—No puedes volver junto a ese monstruo —se lamentó Juliette.

—He de hacerlo.

Nini dio un paso al frente y alzó el mentón.

—En ese caso, nos iremos contigo —declaró con vehemencia—. Tú nos ayudaste a nosotras y te devolveremos el favor.

—Estoy de acuerdo —aseveró Juju—. Somos amigas y no te dejaremos sola.

Liz las miró emocionada.

En las semanas que llevaban juntas, había descubierto que ambas hermanas tenían unos corazones enormes. Eran buenas, generosas, divertidas y trabajadoras. Les había tomado mucho cariño.

—Precisamente por el aprecio que os tengo, no voy a dejaros acompañarme. No pondré en riesgo a nadie más. Además, si algo me ocurriera, quiero asegurarme de que Nicky tendrá personas a su lado que velarán por él.

Henriette apretó los labios al comprender que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión, y Juliette se adelantó para abrazarla.

Delilah fue la siguiente en hablar:

—Haremos lo que nos pides, solo tienes que prometernos que vas a cuidarte y que regresarás lo antes posible.

***

El bullicio envolvía el muelle, pero para Liz todo era un murmullo lejano, pues su mente ya estaba centrada en lo que debía enfrentar al llegar a Escocia.

Su tía insistió en acompañarla al puerto. Decía conocer a un capitán que dirigía un elegante navío que zarparía ese mismo día hacia tierras escocesas.

—El capitán Lefèvre es un hombre íntegro y de confianza. Lo conozco desde hace muchos años y estoy segura de que no pondrá reparos en hacerme el favor de llevarte con él.

La joven esbozó una sonrisa agradecida, pero antes de poder responder, una voz conocida habló a sus espaldas.

—¿Elizabeth?

Liz se giró y se encontró de frente con Raymond. Adam permanecía junto a él, con ese semblante inexpresivo que poseía.

—¡Capitán! —exclamó contenta—. Me alegra ver un par de caras amigas.

—No esperaba encontrarla aquí. ¿Va todo bien? —inquirió al percatarse de las oscuras ojeras que se marcaban bajo sus ojos.

Liz negó con la cabeza.

—Mi esposo me ha encontrado.

—¿Está aquí? —preguntó Raymond mirando en derredor.

—No. Se limitó a amenazarme y enviarme… la cabeza de una leal sirvienta y amiga de mi clan. Si no regreso, continuará con esa masacre y no puedo consentirlo.

—¿Pretendes volver para enfrentarlo? —indagó Adam con los ojos entrecerrados.

Elizabeth alzó el mentón.

—Es mi deber. No puedo cargar con más muertes sobre mis hombros si está en mi mano detenerlo.

—En ese caso, venga con nosotros —sugirió el capitán.

—Oh, no —se negó la joven—. No quiero volver a ser una carga ni dar más problemas.

—Además, tengo un buen amigo que es el capitán de La belle étoile, un barco más apropiado para una joven que viaja sola —se apresuró a decir Delilah—. Pero gracias por su ofrecimiento.

Los ojos de Raymond se posaron sobre la elegante mujer.

—¿Y usted es…?

—Delilah Dumont, un placer —respondió haciendo una reverencia.

—El placer es mío —aseguró el capitán con un asentimiento de cabeza—. Y comprendo que crea que el barco de su amigo es más apropiado para su sobrina, pero debe recordar que llegó a París con nosotros sana y salva.

—Y mientras yo esté en el barco, nadie se atreverá a molestarla —apostilló Adam—. Además, parece cosa del destino que de nuevo estemos aquí justo el día que decide regresar a su patria.

Elizabeth se los quedó mirando. Aquellos hombres con los que compartió días de travesía insistían en que fuera con ellos, y lo cierto es que la idea le parecía mucho más atrayente que viajar en un barco lujoso rodeada de desconocidos.

Se volteó hacia su tía, tomó sus manos y le sonrió con ternura.

—Gracias por acompañarme hasta aquí y por ofrecerte a hablar con tu amigo, pero iré con ellos.

La buena mujer frunció el ceño.

—Estás segura, pequeña Lizzie —insistió—. El navío de estos caballeros transporta mercancías, no dispone de las comodidades que tendrías en La belle étoile. Y estoy segura de que el capitán Lefèvre te acomodará en un camarote y viajarás como una reina, querida.

—Sé que sería así, tía. Sin embargo, en el barco del capitán Raymond tengo… amigos. —Los miró con ternura—. Y eso es mucho más valioso que cualquier lujo que puedan ofrecerme.

Delilah no pudo hacer más que admirar a la mujer en la que su sobrina se había convertido.

—Eres la persona más fuerte que conozco —murmuró con la voz entrecortada.

—Lo aprendí de ti —le aseguró—. Has sido mi refugio y mi ejemplo a seguir. Ahora necesito regresar para defender mi tierra y a mi gente. Te prometo que volveremos a vernos.

Delilah la abrazó con fuerza.

—Estoy tan orgullosa de ti y te quiero tanto.

—Yo también te quiero, tía.

Se separaron despacio, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Adam alargó la mano para tomar el saco con las pocas pertenencias que Liz llevaba, y Raymond le ofreció su brazo.

—Espero volver a verla, *madame* Dumont —le dijo a Delilah con caballerosidad.

La mujer simplemente asintió. El nudo que tenía en la garganta le impedía pronunciar una sola palabra.

Liz subió por la pasarela despacio, con el corazón latiendo con fuerza y nostalgia. La última vez que estuvo en ese barco fue con Arthur; eso le trajo demasiados recuerdos que ahora le resultaban dolorosos.

—Cuidado con el último escalón —le advirtió Adam, ofreciéndole su brazo.

Elizabeth se agarró a él, agradecida. Sus pies tocaron la cubierta y los conocidos rostros de los marineros se volvieron a

mirarla, pero en vez de caras largas, como la primera vez que los vio, la recibieron con sonrisas amables.

—Por cierto —continuó diciendo el enorme marinero escocés—. Hemos coincidido con Arthur en un par de ocasiones. Creí que podría interesarte saberlo.

Liz lo miró con interés, tratando de contener el temblor que comenzó a sacudir su cuerpo.

—¿Estaba… bien?

Adam asintió.

—Aparentemente, aunque en sus ojos se podía apreciar que te echa de menos.

Los ojos azules de Liz se llenaron de lágrimas.

—Eso no puedes saberlo.

—Claro que sí —la contradijo—. La manera en que mira el horizonte, como quien espera ver a alguien que sabe que no aparecerá, y aun así anhela. Ese hombre te ama, aunque aún sea tan necio como para no reconocerlo en voz alta.

CAPÍTULO 24

Arthur estaba frente a Tùr Eilein con la pequeña Birdie dormida en sus brazos. Le robaba el corazón cada vez que lo miraba con aquellos enormes ojos pardos iguales a los de Callum y esa sonrisa alegre que tanto le recordaba a Eleonora.

La pareja permanecía abrazada a su lado, mientras Ellie hablaba sin parar de un par de pájaros que había posados en un árbol cercano.

Arthur decidió quedarse en su clan durante un tiempo para poder sanar sus heridas. En cierto modo, estar con su familia le otorgaba paz, aunque no toda la felicidad que hubiera deseado.

De repente, esa paz se quebró cuando un guerrero se aproximó a ellos al galope y con el rostro serio.

—Un barco mercante acaba de atracar en el puerto —les informó—. No lleva bandera conocida.

Arthur se puso alerta al instante. Miró a Birdie, que balbuceaba, y se la entregó a Ellie.

—Entra con ella al castillo. Mi sobrino y yo iremos a ver de quien se trata.

Ellie asintió y apretó a su pequeña contra su pecho.

—¿Creéis que pueden traernos problemas?

—Espero que no —respondió su esposo, besándola en la cabeza—. Sea como sea, no te preocupes, todo va a estar bien.

La joven puso los ojos en blanco.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Ambos hombres se dirigieron al establo con paso rápido. Arthur montó a su semental y Callum a Fury.

Junto a media docena de guerreros, se dirigieron al puerto. El barco mercante se mecía suavemente contra el muelle y Arthur lo reconoció al instante. Era el barco de Raymond.

—Yo conozco ese navío —le dijo a su sobrino, sonriente.

Callum frunció el ceño.

—¿No me irás a decir que es con el que acompañaste a la señora Fraser a París?

—El mismo —corroboró.

—¿Y qué hace aquí?

—No tengo ni la más remota idea.

De repente, la figura femenina que comenzó a descender por la pasarela con su cabello dorado sacudido por el viento hizo que su corazón se detuviera.

Liz.

Su cuerpo dejó de responder sacudido por su belleza. Los recuerdos y el anhelo de todas aquellas semanas se removieron en su interior, dificultándole respirar con normalidad.

Callum, por el contrario, sí fue capaz de reaccionar. Desmontó del caballo y se aproximó a ella.

—Bienvenida a mi clan, Elizabeth —la saludó con cordialidad.

No obstante, la joven no logró responderle. Sus ojos estaban fijos en Arthur, tan sobrecogida como él con su reencuentro.

—Disculpe a la señora —se apresuró a decir Raymond, que iba tras ella—. No sabía que atracaríamos aquí, fue decisión mía.

Liz volvió el rostro hacia el capitán, con la sorpresa dibujada en él.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque no podía permitir que te enfrentaras a tu esposo tú sola.

Arthur dio unos pasos hasta detenerse frente a ella.

—No creí volver a verte en Escocia —murmuró, y le sonrió a la vez que la recorría con los ojos, como quien observa la obra de arte más preciosa.

La joven se limitó a asentir. Las palabras se negaban a salir de sus labios.

—¿Cómo está Nicky?

Elizabeth carraspeó y respiró hondo, intentando recuperarse de la impresión que le causó volver a verlo.

—Bien —logró balbucir—. Está con tía Delilah.

El *highlander* alzó una mano para acariciar su rostro, pero antes de hacerlo, la dejó caer como si se hubiera arrepentido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en cambio.

—Sucede que hay desgraciados que se merecen ser destripados para que mueran lentamente —aseveró Adam, que llegó hasta ellos portando el saco con las pertenencias de Elizabeth.

—Este no es lugar para resolver ciertas cuestiones. Vayamos a Tùr Eilein, allí podremos hablar con calma —sugirió Callum.

***

Los pasos de todos resonaron en el silencio del castillo. Ellie salió a su encuentro y, al ver a Elizabeth, una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Liz! —exclamó feliz—. ¡Qué alegría volver a verte!

Corrió a abrazarla con esa energía e ímpetu que la caracterizaban.

—Qué bien te veo —comentó la otra joven.

—Soy muy feliz —le aseguró separándose un poco de ella para poder observar su semblante triste—. Algo que no parece que tú puedas decir.

Liz respiró hondo y sonrió con pesar.

—Soy feliz porque he podido alejar a mi hijo de las garras de su padre, pero aún tengo una guerra que librar y que no puedo eludir por más tiempo.

—Pasemos a la sala —dijo Callum conduciéndoles hacia allí.

Las dos mujeres se sentaron juntas. Ellie sostenía las manos de su amiga para reconfortarla. Los hombres prefirieron permanecer de

pie.

—Cuéntanos qué ha sucedido —le pidió Arthur cruzándose de brazos.

Liz hizo varias respiraciones profundas y se cuadró de hombros antes de comenzar a explicarles que Russell la había encontrado. Contó con todo lujo de detalles cuando el mayordomo de su tía le entregó un paquete sin remitente, que dentro contenía la cabeza de su estimada sirvienta, la misma que les ayudó a salir del castillo, y una nota en la que su esposo le ordenaba regresar a casa o esa no sería la única muerte.

Arthur sentía la rabia correr por sus venas. Debió cortarle el cuello a aquel malnacido en cuanto regresó a Escocia.

—Si te presentas ante él, intentará matarte —afirmó mirándola a los ojos.

—Lo sé —repuso la joven con valentía—. Aun así, no permitiré que nadie más muera por mí.

—No te dejaremos sola, puedes contar con nosotros —aseveró Ellie poniéndose en pie de un salto—. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras ese hombre se comporta como un sádico, por mucho que tenga una estrecha relación con el rey.

—Estoy de acuerdo con mi esposa. Fraser ha llegado demasiado lejos, debemos enfrentarnos a él —repuso Callum con el ceño profundamente fruncido—. Le debo mi vida a Elizabeth, así que tanto yo como mi clan permaneceremos a su lado si llega el momento de iniciar una guerra en su nombre.

—Yo solo soy un hombre, pero también me ofrezco a ayudar —intervino Adam con solemnidad.

—Todos los marineros de mi tripulación que estén dispuestos a unirse a la causa tienen mi aprobación —declaró el capitán Raymond.

—No dejaremos que te enfrentes sola a esto —añadió Arthur.

Liz, emocionada, se puso en pie. Su cuerpo temblaba como una hoja sacudida por el viento.

—No puedo dejar que arriesguéis vuestras vidas.

—Ni mil razones podrían convencerme de quedarme al margen de tu lucha, Liz —le aseguró Arthur—. Jamás doy la espalda a las personas que me importan.

Un sollozo escapó de la garganta de la joven, a la vez que una lágrima surcaba su mejilla.

—Cuantos más aliados tengamos, mejor —decretó Callum—. Escribiré a los Hamilton. Estoy seguro de que mi hermana y su familia nos apoyarán.

—También a los Campbell —sugirió Ellie, sonriendo—. Cuando Morrigan se entere de lo sucedido, no dudará en ofrecernos su apoyo. Es aún más tozuda que yo. Y también a los MacQuarie. Mi cuñado Caleb es un hombre justo y nos apoyará en esta lucha.

—Lo mismo haremos con los McRae —añadió Arthur—. Ellos han sido una parte muy importante en toda esta historia. Se acabó el huir y permitir que ese desgraciado se salga con la suya. Es hora de demostrarle que no todo vale.

—No puedo consentir que hagáis esto —terció Elizabeth abrumada—. ¿Qué sucederá si todo sale mal? ¿Si el rey se vuelve en nuestra contra?

—También pudo volverse en contra tuya cuando te arriesgaste a ayudarnos tras la acusación a Callum de intentar matarlo, y, aun así, no dudaste en hacerlo —apuntó Arthur—. No es decisión tuya, Liz. Nosotros ya hemos resuelto lo que creemos que es justo hacer.

—Es hora de que el mandato de Russell Fraser llegue a su fin —sentenció Ellie.

—Cada uno elegimos nuestra propia lucha, y hemos decidido estar a tu lado —aseveró Callum con ese vozarrón que poseía.

Todas las emociones contenidas de Liz se desbordaron y rompió a llorar desconsolada.

—No tengo palabras para agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí…

—No tienes nada que agradecernos. Te has ganado nuestra lealtad y respeto con tus actos —le dijo Arthur enjugando sus lágrimas con ternura.

***

Después de unos minutos más debatiendo, Ellie se apresuró a escribir la misiva para los MacQuarie y Callum a los McRae. Adam y Raymond regresaron al barco para ver quien más quería ayudar a Elizabeth.

Mientras tanto, Arthur acompañó a Liz hacia la alcoba en la que la instalarían mientras permaneciera allí.

—Puedes descansar aquí —dijo al llegar frente a una de las puertas del segundo piso—. Imagino que debes estar agotada.

Liz entró despacio a la preciosa habitación que olía a lavanda seca.

—Gracias —susurró.

Arthur permaneció de pie en el umbral, como si batallara contra algo dentro de sí. Finalmente, y sin poder contenerse por más tiempo, avanzó cerrando la puerta tras él y se detuvo frente a ella.

—Te he extrañado con todo mi ser —declaró en voz baja pero firme—. Mucho más de lo que creí posible.

Liz alzó sus ojos hacia él y sintió como aquella declaración era un bálsamo para la herida que sangraba dentro de su corazón.

—Yo también a ti —reconoció con sinceridad.

Arthur tomó el bonito rostro femenino entre las manos, con devoción, y la besó con suavidad. Aquel beso estaba cargado de anhelo, deseo y amor que ya no podían reprimir.

El tiempo pareció detenerse y, de repente, no existían guerras, conflictos ni dolor. Solo sus dos almas que de nuevo volvían a estar completas.

Elizabeth rodeó su cuello y se pegó a él. Pese a estar uno en brazos del otro, seguían anhelándose y queriendo más.

Se quitaron la ropa de manera apresurada y se tumbaron en la cama sin dejar de tocarse y besarse. Sintió los dedos de él explorando su sexo y ella hizo lo mismo. Tomó el miembro de Arthur en su mano y lo masajeó.

Cuando el *highlander* sintió que no podía más y que se derramaría en su mano, se la retiró; se tumbó de espaldas, la tomó por la cintura, la colocó a horcajadas sobre él y la penetró con lentitud.

Liz se movió arriba y abajo, y sus pechos se balancearon ante él; los abarcó con sus grandes manos, acariciando con los pulgares sus erguidos pezones. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió.

Ambos llegaron juntos al clímax y Elizabeth se dejó caer sobre él con la respiración entrecortada.

¿Cómo fue capaz de sobrevivir sin eso todas las semanas que estuvieron separados? ¿Y cómo podría volver a hacerlo el resto de su vida cuando se separasen de nuevo?

CAPÍTULO 25

Arthur y Elizabeth despertaron sobresaltados por las voces que resonaban en el pasillo. No eran gritos de guerra, era algo más conocido, más cotidiano e íntimo. Una discusión entre dos personas que se aman, pero que no están de acuerdo en todo.

Se vistieron con rapidez y salieron de la habitación.

En el corredor se encontraron a Ellie y a Callum, que discutían acaloradamente mientras Sylvia, la madre del hombre, y Lisa, su hija de nueve años, intentaban mediar entre ellos.

—¡No me vas a dejar fuera de esto, Callum Hunter! —gritaba Ellie con los ojos encendidos—. No soy una mujer que se limite a bordar pañuelos y cuidar bebés.

El aludido tenía la mandíbula apretada y el cuerpo tenso.

—No estoy diciendo que lo seas, pero no puedes estar al frente de esta batalla. Tenemos una hija de apenas un año que te necesita, Ellie.

—También te necesita a ti y eso no te impide marcharte para luchar.

—Madre tiene razón —intervino Lisa—. Además, la abuela y yo podemos cuidar de Birdie.

—Por supuesto —repuso Sylvia de acuerdo con ella—. Birdie estará a las mil maravillas con nosotras.

Callum gruñó.

—¿Podéis no alentarla?

—¡Alentarme! —exclamó Ellie enfadada—. No me alientan, están de acuerdo conmigo, que es diferente.

—¡Porque son tan inconscientes como tú! —bramó el *laird*.

—Ya basta los dos —dijo Sylvia interponiéndose entre ellos con los brazos en jarras—. No se trata de quien grita más fuerte, se trata de entenderos y escucharos.

La pareja se miró entre sí, no querían dar su brazo a torcer, aunque eran conscientes de que tenía razón.

—¿Qué sucede? —preguntó Arthur haciendo que de repente se percataran de su presencia.

—Ellie quiere venir con nosotros a luchar contra los Fraser.

—Quiero… y lo haré —aseveró cruzándose de brazos con tozudez.

—¿Habéis dormido juntos? —preguntó Lisa con curiosidad, y desvió el tema sin pretenderlo.

Las mejillas de Liz se sonrojaron.

—Emm… yo…

—Eso no es cosa tuya, pequeña entrometida —le dijo Arthur con tono divertido a la vez que tocaba su naricilla con la punta del dedo.

La niña se encogió de hombros y murmuró:

—Eso quiere decir que sí.

Sin poder evitarlo, todos los presentes rieron.

—Eres una listilla, ¿lo sabías? —inquirió su tío.

Lisa sonrió y puso los ojos en blanco.

Callum, que parecía más relajado tras la intervención de su hija mayor, se aproximó a su esposa y depositó un beso sobre su cabeza.

—Está bien, iremos juntos —cedió.

Los ojos grises de Ellie se abrieron de par en par y saltó sobre su marido.

—Sabía que acabarías entendiéndome.

—Pero quiero que me hagas caso y que no te arriesgues innecesariamente.

—Lo haré —aseguró.

Callum la conocía lo bastante bien como para saber que eso de obedecer no iba con ella.

—No quiero ser un motivo de conflicto entre vosotros —repuso Elizabeth preocupada.

—Por eso no te angusties —le pidió Ellie bajando de los brazos de su esposo y aproximándose a ella—. Solemos discutir una vez al día para no perder la costumbre. Lo mejor son las reconciliaciones —comentó coqueta y le guiñó un ojo.

Liz sonrió. Aquella joven siempre le cayó bien por su espontaneidad y naturalidad tan refrescantes.

—Deberíamos ir a casa de Catriona para ver si ellos también nos apoyan en la causa —sugirió Arthur.

—Me parece buena idea —concedió su sobrino—. No tenemos tiempo que perder si queremos evitar que ese malnacido se ensañe con algún otro inocente.

—Preparémonos para partir —dijo Liz cuadrándose de hombros y cargándose de valor—. Haremos que Russell se arrepienta de todos sus malos actos.

***

Llegaron al clan Hamilton, donde los recibieron con afecto.

Arran avanzó y abrazó a Elizabeth en cuanto la tuvo enfrente.

—Creía que estabas en París; me alegro de verte —murmuró con la voz ronca—. Siento todo lo que te ha sucedido. Nunca esperé que mi decisión conllevara que sufrieras de este modo.

Liz se apartó de él con calma y lo miró a los ojos.

—No tienes la culpa de nada, Arran. La vida nos llevó por caminos diferentes, pero tú no eres el causante de mi sufrimiento. Russell es el único responsable.

Arran asintió.

—Ese malnacido va a morir —aseguró con rabia.

—De eso no te quepa duda —apostilló Arthur.

Cat se puso en jarras frente a su tío y su hermano.

—¡Ya era hora de que vinierais a verme! —les reprochó con cariño—. Vuestros sobrinos al final no os van a reconocer.

—Tienes razón, deberíamos haber venido antes —aceptó Arthur estrechándola entre sus brazos y besando su rojizo cabello.

—Y lo cierto es que esto no es una visita de cortesía, queremos preguntaros algo —dijo entonces Callum.

—Pasad para que podamos hablar con calma —les pidió Arran, conduciéndolos a la sala.

Una vez allí, les explicaron todo lo sucedido y su plan de enfrentarse a Russell. Tanto Arran como Catriona estuvieron de acuerdo en ayudar.

Cat se aproximó a un arcón donde guardaba algunas de sus medicinas y metió algunas de ellas en un pequeño saquito. Ungüentos de caléndula, frascos con aceite de tomillo y varias cosas más.

Le entregó el saquito a Liz y agarró sus manos.

—Todo esto os puede ser de ayuda en caso de que os hieran.

—Muchas gracias, Catriona.

—Vas a ganar esta batalla, estoy segura —afirmó emocionada —. Ese hombre no volverá a hacerte daño.

Elizabeth respiró hondo y asintió.

—Necesito ser libre, de un modo u otro.

—Lo serás —dijo con seguridad—. A mí me encantaría poder acompañaros, pero mi guerra ahora está en esta casa, criando a mis hijos. Yo no empuño espadas como Morrigan o Ellie, soy más de sanar las heridas que la guerra provoca.

Liz lo comprendía.

—Haces más que suficiente.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Arran—. ¿Cuál será el siguiente paso?

—Iremos al clan Campbell para saber si se unen también a nosotros —respondió Arthur.

Arran sonrió de medio lado.

—La duda ofende —repuso con resignación—. Mi hermana no se lo pensará dos veces para ponerse de vuestro lado, creedme. Incluso insistirá en ponerse a la cabeza de la batalla.

Arthur le devolvió la sonrisa al recordar el carácter arrollador y valiente de Morrigan.

—Mi amiga nos ayudará y será la primera en querer cortarle el cuello a ese malnacido —aseveró Ellie, orgullosa de ella.

***

Unos días después llegaron al clan Campbell. Los estandartes ondeaban con firmeza en los torreones y los guerreros permanecían atentos al verlos acercarse.

Duncan, acompañado de Boyd y Matheson, sus dos hijos de diez y cuatro años, salieron a su encuentro.

—¡Qué sorpresa! No esperaba encontrarme con tantos queridos amigos esta mañana —les dijo el *laird* de los Campbell, sonriente.

—No es una visita de cortesía, cuñado —repuso Arran con el semblante serio.

Duncan, que percibió la gravedad de la situación, asintió y se dirigió a su hijo mayor:

—Boyd, lleva a Matt a ver los caballos, ¿quieres?

—Claro, padre —respondió el jovencito pelirrojo, tomando de la mano a su hermano y apresurándose a hacer lo que le había pedido.

—Pasad —ofreció Duncan—. Morrigan está dentro con nuestra hija. Se alegrará de veros.

Desmontaron y lo siguieron. Encontraron a la bella joven morena sentada en un sillón en la biblioteca, con su hija en un brazo y sosteniendo un libro con la mano libre.

—Tenemos visita —anunció su esposo.

Morrigan alzó sus rasgados ojos azules y cuando vio a sus visitantes, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Dios mío!

Se puso en pie de manera apresurada, arrojando el libro al suelo y depositando en los brazos de su esposo a la adorable bebé.

Después se abalanzó hacia Eleonora, estrechándola entre sus brazos.

—¡Ellie! Pensé que me iba a tocar ir a buscarte para arrastrarte hasta aquí.

La aludida soltó una carcajada.

—Tenía muchas ganas de verte, pero con Birdie tan pequeña no me animaba a salir de casa.

—Sin embargo, ya estás aquí y es lo que importa —aseveró, separándose un poco de ella para mirarla a los ojos.

—Parece que el resto somos invisibles —comentó Arran un tanto molesto.

—¡Hermano! —exclamó entonces, aproximándose a él—. También me alegro de verte a ti.

—Lo he notado —ironizó y puso los ojos en blanco.

—Me alegro de veros a todos, en realidad, solo que aguardaba la visita de Ellie desde hace semanas y me hizo ilusión verla —se justificó.

—Por desgracia, parece que esta no es una visita tan feliz como cabría esperar —apuntó su esposo, que mecía a Sienna entre sus enormes brazos.

Morrigan entrecerró los ojos y estudió los rostros serios de los presentes.

—¿Qué es lo que sucede?

—Vamos a declarar la guerra a los Fraser y nos gustaría saber si podemos contar con vosotros —anunció Callum sin rodeos, como era costumbre en él.

Tanto Duncan como Morrigan centraron su atención en Elizabeth.

—¿Qué ha hecho Russell? —preguntó el *laird* de los Campbell.

Liz alzó el mentón.

—Me maltrata. A mí y a mi hijo —contestó con dignidad—. Hui a París para refugiarme en casa de mi tía, pero me encontró y me envió la cabeza de mi sirvienta más cercana junto con la amenaza de seguir haciendo lo mismo con el resto de Fraser si no regresaba.

—¡Será hijo de perra! —maldijo Morrigan.

—Cuida tus palabras, harpía —le advirtió su esposo—. Nuestra hija está presente.

La joven enarcó una de sus perfectas cejas negras.

—Tiene solo seis meses…

—Aun así —repuso mirando a la pequeña con devoción—. Tienes que darle ejemplo.

Morrigan bufó, aunque no dijo nada más al respecto. Por el contrario, volvió a centrarse en el tema que había traído allí a sus familiares y amigos:

—Claro que lucharemos junto a vosotros.

—Parece que mi esposa ya ha decidido lo que vamos a hacer —terció Duncan, sarcástico—. Y, en esta ocasión, estoy de acuerdo con ella. Siempre vi ese trasfondo oscuro en Russell y no merece ser el *laird* de un clan tan respetado como los Fraser.

—Me prepararé para partir junto a vosotros —continuó diciendo Morrigan—. Estoy segura de que mis cuñados no tendrán problemas para cuidar de Sienna y los niños.

—¿Vas a dejar a tu hija de seis meses para unirte a la batalla? —inquirió Arran con desaprobación—. Con que nos apoye tu clan es más que suficiente, Mor. No es preciso que tú te expongas al peligro.

—¿Y perderme toda la diversión? —sonrió con descaro—. Parece que no me conozcas, hermano.

Arthur rio.

—¿No vas a intentar convencerla de quedarse? —le preguntó a Duncan.

—No tiene caso —contestó resignado—. Conozco a mi esposa y si le prohíbo venir, es capaz de seguirnos. Así que prefiero aceptar

que es una guerrera. Además, tampoco quiero que cambie. La amo tal cual es, con esa alma de oso rugiendo en su interior.

Morrigan sonrió ampliamente y lo miró con cariño.

—Eres el mejor marido que podría desear.

—Demasiado bueno —suspiró este, devolviéndole la sonrisa.

Duncan sugirió que descansaran esa noche antes de partir. Pidió que les sirvieran una copiosa cena que transcurrió entre risas y conversaciones.

Sus hijos se unieron a ellos. Ambos niños eran encantadores y estaban muy unidos. A los pies de Boyd reposaba Ashen, su leal perro, atento a cada movimiento y comiendo con ganas los pedazos de carne que el niño le iba dando a escondidas.

Tras la cena, los hombres se sirvieron una copa. Arthur se aproximó a la chimenea y apoyó su brazo sobre la piedra. La alegría que siempre desbordaba parecía haberle abandonado y la remplazaba una sombra oscura que se cernía sobre él.

—¿Hay algo roto ahí dentro? —le preguntó Morrigan, que se le aproximó en silencio.

Habían forjado una bonita amistad cuando viajaron juntos para demostrar la inocencia de Callum y Ellie.

Arthur la miró de medio lado.

—No hay nada roto, solo… solo estoy cansado.

—¿Cansado? —enarcó una ceja—. ¿A quién pretendes engañar? —inquirió en un susurro.

—Morrigan…

—No hay nada que me moleste más que ver a un hombre paralizado por el miedo —le cortó—. Y no temes a la batalla que tenemos por delante, estás aterrado por tus propios sentimientos.

—Tú no lo entiendes.

—Oh, claro que lo entiendo —le contradijo—. Temes quererla para acabar perdiéndola, ¿no es cierto?

La mirada de Arthur se ensombreció.

—Ya he perdido demasiado.

Morrigan sonrió sin ganas.

—¿No te das cuenta que si la alejas de ti ya la estás perdiendo? La perderás incluso antes de haberla tenido. Antes de degustar la alegría que puede llegar a ofrecerte, y eso no es justo para ninguno de los dos.

Arthur apretó los puños.

—¿Y si no sé cómo hacerlo? ¿Si no sé cómo derribar la barrera que yo mismo alcé hace años?

—Entonces deja que sea ella quien lo haga —respondió apoyando una mano sobre su brazo con afecto.

Eleonora se aproximó a ellos arrastrando tras de sí a Elizabeth e interrumpiendo su profunda charla.

—¿Qué hacéis aquí apartados? —preguntó Ellie con naturalidad.

—Solo comentábamos lo que nos depara el día de mañana —se inventó Morrigan.

—Le decía que espero poder contar con el apoyo de los McRae y los MacQuarie —Arthur le siguió la mentira.

—No creo que se nieguen —repuso Ellie, segura de sus palabras.

—¿Y cómo te va la vida de mujer casada y madre? —indagó Morrigan sonriente.

—Lo cierto es que muy bien. Callum es un gruñón, pero un gran hombre. Soy feliz a su lado y al de mis hijas.

—Pobre de él si no te hace feliz y yo me entero —comentó su amiga cruzándose de brazos.

Liz no pudo evitar soltar una risita.

—Os admiro —reconoció.

Los tres centraron su atención en ella.

—No tienes nada que envidiarnos —le dijo Morrigan—. Has sobrevivido a un infierno y lo has hecho con dignidad y valentía. Tú eres admirable.

—Desde luego —apuntó Ellie—. Si fueras un pájaro, sin duda serías una elegante águila imperial. Preciosa, elegante y mortífera.

—Yo solo diré que, si las tres os pusierais al mando de un ejército, el enemigo se rendiría incluso antes de luchar —terció Arthur, guasón.

Morrigan enarcó las cejas.

—Eso no será sarcasmo, ¿verdad, Hunter?

—Jamás me atrevería. —Alzó las manos a modo de rendición.

Ellie, Morrigan y Arthur se echaron a reír. Liz, en cambio, permaneció en silencio, con los ojos fijos en el suelo y la boca apretada en una fina línea que no lograba ocultar su temblor. De repente, las lágrimas comenzaron a mojar sus mejillas y un hondo sollozo escapó del fondo de su garganta.

—Lo siento —se disculpó—. No sé qué me pasa, llevo unos días muy sensible.

—Estás pasando por muchas cosas, es normal —repuso Ellie, que sentía lástima por ella.

—No puedo dejar de pensar en que volveré a tenerlo enfrente, en lo que me ha hecho pasar todos estos años y en lo sola que me he sentido... Sin contar con todas las vidas que se van a arriesgar por mí.

Arthur la tomó por los hombros para que se girase hacia él.

—Ya eres parte de nuestra familia, parte de mí. No volverás a sentirte sola nunca más.

Se inclinó sobre ella apoyando una mano en su suave mejilla y la besó. Un beso lento, tierno y lleno de amor. Por primera vez, no se ocultó de las miradas ajenas, porque solo le importaba Liz y el sufrimiento que veía en ella.

Morrigan tenía razón, era el momento de dejar de esconderse. Era el momento de volver a amar.

CAPÍTULO 26

Adam, a lomos de uno de los caballos de Callum, llegó al clan McRae. Él mismo se ofreció a entregarles el mensaje.

Hacía demasiado que no permanecía tanto tiempo en tierra firme y mucho menos cabalgando, por lo que le resultó reconfortante y le trajo recuerdos de su vida pasada.

—¿Quién anda ahí? —lo interceptó uno de los guerreros McRae.

—Traigo un mensaje del clan Hunter —respondió sin más.

El hombre de mediana edad se aproximó a él para observar el pergamino que le mostraba, lacrado con el blasón de los Hunter. Aun así, frunció el ceño al percatarse de que Adam no vestía un *kilt* con los colores de dicho clan.

—Desmonta y acompáñame —le ordenó.

Adam hizo lo que le pedía y lo siguió hasta el salón. Allí se encontró con tres hombres jóvenes que se parecían mucho entre sí, una mujer de mediana edad y una muchacha con los ojos más grandes y azules que hubiera visto nunca.

—Jackson, un mensajero Hunter acaba de llegar —informó el guerrero.

—No soy un mensajero Hunter —le contradijo Adam—. Pero sí que traigo una carta de parte de ellos.

El *laird* de los McRae avanzó hacia él con el ceño fruncido y le arrebató la misiva de las manos.

—Puedes retirarte, Austin —le dijo al guerrero antes de romper el sello y leer el mensaje de manera apresurada.

—¿Qué pone? —preguntó Jennifer con impaciencia.

Jack gruñó y miró a Adam.

—Puedes quedarte a pasar la noche, si necesitas descanso.

—Acamparé a las puertas del castillo, si no es molestia.

—Adelante —repuso el *laird* a modo de despedida.

Adam echó una última mirada de soslayo a la joven de los ojos impresionantes antes de hacer una leve inclinación de cabeza y marcharse.

—¿Y bien? ¿Qué quieren los Hunter? Nos tienes intrigados —insistió Dennis.

—Lo de siempre, meternos en problemas —refunfuñó lanzándole el pergamino a Drake mientras él se dejaba caer sobre una de las sillas y se pasaba las manos por el negro cabello, con hastío.

—Le van a declarar la guerra a Russell Fraser —explicó Drake—. Y quieren saber si vamos a apoyarlos.

—Lo que he dicho… ¡problemas! —rezongó Jack.

—Tendrán mi apoyo —declaró Dennis sin dudarlo.

Su hermano mayor se puso en pie de golpe.

—No puedes tomar esa decisión a la ligera.

—Claro que puedo y acabo de hacerlo. —Enarcó una ceja, burlón.

—Esto no solo te salpica a ti, Dennis. Involucra a todo el clan. ¿Cuántas veces tengo que recordártelo?

—Pues destiérrame para que no vuelva a traerte problemas.

—¡No digas estupideces!

—Jack, Dennis tiene derecho a elegir lo que quiere hacer —intervino Drake—. Por mi parte, yo también me uniré a la causa.

—¡Lo que me faltaba! —bramó cubriéndose el rostro con ambas manos con frustración—. ¡Sois un par de inconscientes!

—O tú un cobarde —contraatacó Dennis.

—¡Basta! —los interrumpió Melissa alzando la voz y plantándose ante ellos con los brazos en jarras.

Su mirada vagó por cada uno de sus hijos varones, del mismo modo que cuando eran niños y peleaban sin parar. Siempre fueron

tan diferentes…

—Esto no se trata de cada uno de vosotros, ni de si sois inconscientes o cobardes. Es la historia de todos, porque somos una familia y eso nos convierte en uno solo —decía de modo apasionado —. ¿Qué os enseñó vuestro padre?

Jackson se removió con incomodidad.

—¡Santo Dios! No saques ahora el tema de padre.

—Es preciso, porque siento que lo habéis olvidado —sentenció mirándolo a los ojos.

—Padre nos decía que siempre hay que hacer lo correcto y ayudar a quien lo necesite —rememoró Dennis.

—Y también que los intereses del clan pesaban más que los propios —añadió Jack con seriedad.

—Pero, sobre todo, decía que la familia era lo más importante —terció Jennifer.

—Siempre nos antepuso a todo lo demás —recordó Drake con una sonrisa triste.

—Logan sabía lo que era valioso realmente —susurró Melissa con la voz entrecortada y los ojos llorosos—. Comprendo tus reservas, Jack. Eres nuestro *laird* y tienes la responsabilidad del clan sobre tus hombros. Sin embargo, también entiendo a tus hermanos y sus motivaciones para querer ayudar a sus amigos a defender una buena causa. Sea cual sea la decisión que toméis al final, debéis hacerlo juntos.

Los tres se miraron entre sí. Las palabras de su madre y los recuerdos de su padre los habían removido.

—Si no crees que debamos intervenir en esta ocasión… —dijo Dennis con calma.

—Lo haremos —le interrumpió Jack—. Apoyaremos a Elizabeth Fraser, aunque en el futuro, me gustaría que habláramos las cosas con calma antes de que ninguno toméis decisiones que nos implican a todos.

—Me parece bien —concedió Drake.

Melissa sonrió con orgullo.

—Mis chicos —dijo a la vez que abría los brazos para acogerlos en un fuerte abrazo del mismo modo que antaño.

El tiempo había pasado y se convirtieron en guerreros fuertes y valientes, pero, para ella, siempre serían esos bebés a los que cargó en brazos y de los que se enamoró a primera vista.

***

Adam permanecía recostado contra el tronco de un árbol. Miraba los cientos de estrellas que titilaban en el firmamento. Llevaba tanto tiempo sin dormir en tierra firme que echaba en falta el movimiento de las olas contra el barco.

Un ruido leve llamó su atención. Alzó la vista y pudo ver como aquella muchacha de enormes ojos azules se escabullía a hurtadillas del castillo.

Frunció el ceño y, con curiosidad, se puso en pie con sigilo y comenzó a seguirla. ¿A dónde se dirigía en plena noche?

De repente, su paso se volvió más lento y, por sorpresa, se volvió con brusquedad hacia donde él se ocultaba entre las sombras de la noche.

—¡¿Quién anda ahí?! —inquirió con seguridad—. Sé que me observas, así que deja de esconderte.

Adam dio un par de pasos adelante para que la luz de la luna iluminara su silueta.

Jennifer contuvo el aliento por unos segundos al ver aquella enorme figura. Casi parecía un gigante salido de uno de los libros que llenaban las estanterías de su biblioteca.

—Soy Adam —respondió el hombre con voz calmada—. Vine a traer el mensaje de los Hunter y tu *laird* me invitó a pasar la noche.

La joven se puso en jarras.

—¿Y también te invitó a seguir a su hermana pequeña como un fantasma que se oculta entre los árboles? —ironizó.

«Así que es la hermana del *laird*», pensó.

—Eso ha sido por pura curiosidad —repuso encogiéndose de hombros—. No es seguro que una mujer vague sola en mitad de la noche.

Jennifer soltó una carcajada mordaz.

—Si intentabas que eso sonara caballeroso, has fracasado.

—Ni soy un caballero ni lo pretendo —se apresuró a decir Adam en un gruñido.

—Pues yo tampoco soy una dama y no preciso escolta.

El hombre avanzó hasta quedar a escasos pasos de ella.

—Discrepo. Puede que no seas una dama, pero es evidente que necesitas un hombre que te proteja. ¿Qué harías si un bandido decidiera atacarte? —La miró de arriba abajo—. Eres demasiado pequeña para defenderte.

Jenn no respondió, se limitó a entrecerrar los ojos y apretar los puños. Luego, con una velocidad felina, lanzó una patada que tomó a Adam desprevenido y le barrió los pies. En segundos se posicionó sobre él a horcajadas y colocó contra su cuello la daga de la que nunca se separaba.

—Así que demasiado pequeña, ¿eh? —sonrió con arrogancia—. Deberías aprender que las apariencias engañan.

—Me has atacado a traición —gruñó.

Jennifer sonrió y enarcó una de sus cejas castañas.

—Si necesitas que te dé una lección para poder defenderte de una mujer «pequeña e indefensa», estaría dispuesta a hacerlo si me lo pides por favor.

Apenas logró terminar la frase cuando Adam, con un movimiento rápido e inesperado, giró su torso y la tomó por la cintura. Con precisión y fuerza contenida para no dañarla, logró invertir las posiciones quedando sobre ella, con las rodillas ancladas contra la hierba, sosteniendo sus muñecas y su rostro a apenas unos centímetros del femenino.

—No necesito lecciones, como puedes comprobar —murmuró con la voz ronca.

Jenn trató de liberarse, pero Adam era demasiado fuerte.

—Disfruta del momento, aunque no debes olvidar que, si hubiera querido, te habría cortado el cuello.

—Jamás debes subestimar a un proscrito.

La joven frunció el ceño.

—¿Eres un proscrito?

Adam permaneció unos segundos más observándola en silencio antes de ponerse de pie con agilidad.

—Regresa a casa, muchacha —dijo dándole la espalda y alejándose.

—¿Por qué no me respondes, estúpido arrogante? —inquirió Jennifer tras levantarse y sacudirse las faldas.

—Buenas noches —se limitó a decir antes de ocultarse de nuevo entre los árboles.

—¡Pedazo de engreído! —bufó molesta.

Esperaba no tener que volver a verlo nunca más en su vida.

CAPÍTULO 27

Unos días después, el grupo que habían formado los aliados que apoyaban a Elizabeth se detuvo entre los árboles, un poco antes de llegar frente al castillo de los Fraser.

—Deja que sea yo quien hable —se ofreció Arran—. Puede que si ve que vamos en serio, se rinda sin necesidad de luchar.

La joven negó con la cabeza.

—Jamás hará eso, es demasiado arrogante. —Posó una mano sobre su brazo—. Y seré yo la que hable.

Arran frunció el ceño.

—No tienes que cargar sola con el peso de todo esto.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —repuso con el mentón en alto.

Arthur, que permanecía detrás de Elizabeth, dio un paso al frente.

—Pienso que lo harás mejor que cualquiera de nosotros.

Arran se volvió hacia él.

—¿Tú también crees que deba hacerlo?

—No es cuestión de lo que yo crea, es cuestión de justicia. Russell le arrebató demasiadas cosas y es el momento de resarcirse. No permitamos que le robe la palabra también.

Liz alzó sus ojos azules hacia él y sonrió, agradecida de corazón por su apoyo.

El *laird* Hamilton suspiró y asintió. Comprendía lo que quería decir Arthur.

Con el corazón bombeando con fuerza dentro de su pecho, Elizabeth se puso a la cabeza de los guerreros, que, aunque lucían

diferentes colores, pelearían como un solo ejército si llegara el momento.

—Tú puedes —la alentó Morrigan con orgullo.

—Demuéstrale a ese desgraciado quién eres —le dijo Ellie dándole fuerzas con su sonrisa.

Las voces de aquellas mujeres valientes la llenaron de coraje.

Avanzó hasta quedarse frente al castillo y desmontó del caballo. Los guerreros que la seguían se detuvieron tras ella y la gente de su clan comenzó a arremolinarse en los alrededores, temerosos y expectantes por ver qué iba a suceder.

Dirigió sus ojos hacia las almenas y alzó la voz. Incluso pareció que el viento hubiera dejado de soplar solo para escucharla.

—¡Russell, aquí me tienes! ¡He vuelto! Pero no lo he hecho sola y vulnerable, como esperabas. He venido acompañada de buenas personas y sintiéndome más poderosa que nunca.

Vio como el aludido se asomaba a una de las torres. Clavó sus ojos sobre ella y apretó los dientes.

—¡Tú! —bramó al verla escoltada por guerreros de diferentes clanes, incluido el del desgraciado al que torturó en el bosque—. Has tenido el descaro de presentarte ante mi puerta con tu amante. ¡Dennis McRae, ¿acaso no tuviste suficiente castigo? ¿Vienes a por más?

El aludido se limitó a sonreír, mientras sus hermanos clavaban los ojos sobre él, sin saber a qué se refería Russell.

—Sigues tan cegado como siempre —dictaminó Elizabeth—. Dennis nunca ha sido mi amante, solo un buen hombre que no dudó en ayudar a una mujer en apuros sin pedir nada a cambio, del mismo modo que están haciendo el resto de guerreros aquí presentes.

Su esposo apretó las mandíbulas con rabia, haciendo rechinar los dientes. Aquella mujer pretendía dejarlo en evidencia.

—Te arrepentirás de esto, Elizabeth.

—Ya no te tengo miedo —declaró con sinceridad.

Aquellas palabras hicieron que la sangre de Russell bullera. Y no solo por lo que dijo, sino por el aura de fortaleza que percibía en ella.

—¡Fraser! —comenzó a decir Liz—. Lamento todo por lo que habéis tenido que pasar durante el mandato del hombre al que me obligaron a tomar por esposo. Durante estos años he podido ver el miedo en vuestros ojos…, el mismo miedo que se reflejaba en los míos. Por desgracia, no podía hacer nada por aliviaros.

»Os enseñaron que vuestra lealtad era como una cadena que os ataba al *laird* que gobernase el clan, por muy cruel e injusto que este fuera, que vuestro respeto se debía entregar aunque os costase dolor y sufrimiento. Sin embargo, esta cadena no nos ha unido, nos ha esclavizado.

Comenzaron a oírse murmullos alrededor, acompañados de suspiros que no podía determinar si eran de esperanza o desaprobación.

—Por un tiempo, vuestras necesidades han sido silenciadas, igual que las mías. Yo fui humillada y golpeada. Muchos lo sabíais, aunque no podíais hacer nada. Debíais defender a vuestras familias y vuestras propias vidas. No obstante, yo soy la señora de este clan y debí hacer algo por vosotros…, alguna cosa que restableciera la alegría que en otro tiempo reinó en este clan.

Liz respiró hondo. El sol se reflejaba en su cabello, otorgándole una especie de aura dorada que la hacía parecer un ángel vengador.

—No estoy aquí para robar el poder que hoy tiene mi esposo, solo quiero devolvernos la dignidad que nos arrebataron. No permitamos que el terror nos paralice por más tiempo. Nuestro *laird* se olvidó de que, para gobernar, hay que tratar a tus gentes con respeto. El honor de todos en este clan no puede seguir bajo el mandato de alguien que lo pisotea.

»No quiero que sufráis más, por eso, si me seguís, no será para llevaros a la guerra, solo para liberaros.

Elizabeth guardó silencio con el corazón en la garganta hasta que, de repente, se empezaron a oír vítores. Su gente estaba

conmovida con sus palabras y se lo hacían saber.

Russell comprendió que había perdido a parte de sus súbditos y aquello lo encolerizó aún más. Con el rostro deformado a causa de la rabia, se giró hacia Vincent, que estaba con un arco en las manos y oculto tras las gruesas cortinas de terciopelo.

—¡Acaba con ella! —bramó.

Su hijo secreto esbozó una sonrisa siniestra. Era el momento que esperaba desde que su huida lo hizo parecer un inepto. Se asomó a la ventana, alzó el arco y apuntó la flecha hacia ella.

Arthur fue el primero en percatarse de aquel movimiento en la torre del castillo.

—¡Liz, cuidado! —gritó, y corrió hacia donde estaba.

Sabía que no llegaría a tiempo y que la flecha estaba destinada a matarla. Por suerte, se giró al oír su voz y recibió el impacto en el omoplato en lugar del corazón.

Salió impulsada hacia delante, pero Arthur pudo sostenerla entre sus brazos.

—¡A las armas! —gritó—. No dejemos que Russell escape.

Los guerreros de todos los clanes que les apoyaban desenvainaron sus espadas y comenzó la batalla. El caos se desató frente al castillo del clan Fraser.

Arthur alzó en brazos a la joven y se apresuró a alejarla del centro de aquella lucha. Ella notaba cada movimiento como una puñalada en el lugar donde tenía clavada la flecha, que le había traspasado el hombro por completo.

—Aguanta, Liz —le suplicó con la voz atenazada por el miedo a perderla.

Ellie, que esperaba junto a unos árboles como Callum le pidió, abrió los ojos desmesuradamente al apreciar la sangre que manchaba el vestido azul de su amiga.

—¡Santo Dios, está herida! —exclamó horrorizada.

Arthur la dejó con cuidado en el suelo. Con manos temblorosas pero decididas, examinó su herida.

—Debo sacar la flecha y va a doler —la miró a los ojos—. Necesito que aguantes.

Elizabeth asintió y tragó saliva, a la espera de lo que estaba por venir.

Con un movimiento firme, el hombre rompió la punta de la flecha antes de retirarla desde atrás. El grito de Liz fue desgarrador pero breve. La sangre comenzó a brotar con fuerza, por lo que Arthur rompió el bajo de la falda de la joven y lo apretó contra ambos lados de la herida.

Se inclinó sobre ella y la besó como una promesa silenciosa de que sus sentimientos eran reales.

—No te dejaré sola.

Liz negó con la cabeza.

—Debes ir a ayudar —le suplicó—. Arrastramos a nuestros amigos hasta aquí para que lucharan a nuestro lado, no podemos dejarlos solos ahora.

Las mandíbulas de Arthur palpitaron.

—No morirás aquí. No así.

La joven sonrió débilmente.

—No lo haré. Te lo prometo.

Arthur tomó su rostro entre las manos y la besó una vez más.

—Ellie, necesito que presiones con fuerza la herida para que deje de sangrar. Y no permitas que Liz se duerma —le pidió.

—De acuerdo —respondió la aludida apresurándose a hacer lo que demandó.

Arthur echó una última mirada a Liz antes de erguirse e ir hacia donde se desencadenaba la batalla. Tomó su espada y avanzó con el rostro endurecido por el dolor que le causó ver a Elizabeth herida.

Comenzó a pelear contra sus enemigos. Por Liz y todo lo que había sufrido. Por Nicky y el dolor que su propio padre le causó.

Cada guerrero leal a Russell que se cruzaba en su camino recibía el peso de su furia concentrada. Intentaban frenarlo, pero Arthur peleaba por un propósito. Hacer justicia.

Cortar, girar y esquivar. Esa sucesión de movimientos se repetía una y otra vez.

—¡Russell! —bramó mirando hacia la torre del castillo donde minutos antes se encontraba—. ¡Sé un hombre y sal a luchar! ¡Ven a recoger lo que sembraste!

Fue entonces cuando se percató de que Vincent salía del castillo escoltado por varios guerreros. Ese hombre derramó la sangre de Liz y él iba a llenar el campo de batalla con la suya.

Fue haciéndose camino a base de mandoble de espada hasta llegar a él. El guerrero le sonrió de forma sibilina y le señaló con la punta de su espada.

—¿Preparado para morir? —inquirió ladeando levemente la cabeza—. Al parecer, me equivoqué y no era el joven McRae el amante de Elizabeth, por el modo en que has corrido hacia ella, sé que lo eres tú. Por eso me gustaría mucho arrebatarte la vida como a tu furcia. Sería poético.

Arthur gruñó entre dientes y se abalanzó hacia delante. Era rápido y experto en la lucha, pero Vincent también, por lo que sus espadas acabaron entrechocando.

Giró sobre sí mismo y lo hirió en el costado, haciéndolo gruñir. Sin embargo, Vincent sacó una daga que llevaba oculta y se la arrojó. Arthur pudo esquivar la trayectoria, y acabó hiriéndolo en el brazo.

Tres guerreros más se unieron al hijo bastardo de Russell, que sonrió satisfecho. Por suerte, Callum y Morrigan se percataron de ello y acudieron para cubrirle las espaldas, dejando para él a Vincent. Sabían que era algo personal.

Arthur volvió a embestir contra el desgraciado que hirió a Liz, haciéndolo retroceder hacia la pared empedrada del castillo. Los ecos del resto de combates llegaban hasta ellos, pero él tenía toda su atención puesta en su contrincante.

—Elizabeth será tu ruina —dijo Vincent intentando provocarlo —. Es la ruina de cualquier hombre que pose sus ojos sobre ella. ¿Crees que eres el primero al que se le insinúa? ¿Con el único que

se abre de piernas? —Soltó una carcajada rasgada—. La muy zorra sabe cómo encandilar a un hombre para que crea que es pura e inocente. Conmigo también lo intentó, pero fui más listo que tú y supe calarla.

—¡Eres un hijo de perra! —siseó con rabia—. Aunque pierdes el tiempo, conozco a Liz lo bastante bien como para saber la clase de mujer que es.

Vincent enarcó una ceja, mordaz.

—¿Y de qué clase es?

—De la que jamás rozaría tan siquiera a un bastardo como tú.

La cara del otro hombre se transformó. Dejó de lado esa pose de fría indiferencia para sacar a la luz su verdadero rostro. El de la crueldad más absoluta.

—¡Voy a matarte! —vociferó.

Tomó la espada con ambas manos y las subió por encima de su cabeza. Soltó un grito de guerra y se lanzó hacia Arthur, que estaba preparado para resistir su envite.

Aprovechó ese momento para asestarle un punta pie en la rodilla y cuando perdió el equilibrio, le rajó todo el vientre de costado a costado de manera certera.

Vincent se tambaleó y bajó sus ojos a la camisa rasgada, que comenzaba a teñirse de rojo.

—No… yo…

Se llevó las manos a la herida, que era mucho más grave de lo que pensó en un principio. Cayó de rodillas, jadeante.

Arthur permanecía de pie frente a él, con su espada en alto.

—Te condenaste cuando decidiste ser el verdugo de tu señor. Ahora, solo te queda pagar las consecuencias de tus actos.

Pudo ver el terror en los ojos de Vincent justo antes de que la afilada hoja se clavara en medio de su negro corazón.

—¡No! ¡Hijo! —oyó gritar a Russell lejos de la batalla, como si estuviera tratando de huir.

Su voz rasgó el aire como un trueno seco. Su capa ondeaba tras él y sus ojos permanecían fijos en el cuerpo del guerrero caído.

Después clavó su mirada en Arthur, antes de girar sobre sí mismo e internarse entre los árboles.

Arthur quiso perseguirlo, pero los guerreros que iban con él se lo impidieron.

***

Elizabeth intentó incorporarse y Ellie, arrodillada junto a ella, quiso impedírselo:

—¡No te levantes! Tu herida aún sangra.

—No puedo permanecer sin hacer nada por más tiempo.

Fue entonces cuando un movimiento lejano entre los árboles llamó su atención. Se fijó en la estatura y complexión del hombre que corría desesperado y no le cupo duda. ¡Era Russell!

—Intenta escapar —murmuró poniéndose en pie con dificultad.

Ellie, que también vio lo mismo que ella, negó con la cabeza.

—No puedes enfrentarte a él en tu estado.

Liz la miró con una llama de coraje en sus ojos que ni el dolor pudo extinguir.

—Si no lo detengo ahora…, si escapa, nunca podré vivir en paz. Siempre tendré la sensación de que tarde o temprano aparecerá para matarme.

Ellie la comprendió, ella misma sintió eso con respecto a Thomas, su antiguo cuñado. No se trataba de una venganza, era un modo de poder reconstruirse.

Con respeto hacia ella, asintió.

—No te dejaré sola.

Liz sonrió agradecida y, dándole la mano, avanzaron hacia donde lo vieron correr.

—¡Russell! —gritó para llamar su atención.

Si eso no funcionaba, huiría. En su estado de debilidad, no podría alcanzarlo.

Lo vio detenerse a lo lejos y darse la vuelta despacio. Sus ojos no mostraban sorpresa, solo un odio visceral que le heló la sangre.

De repente, apreció más movimiento cerca del lugar donde se dirigía. Había dos guerreros leales a él, junto a tres caballos. Estaba claro que su intención jamás fue pelear, sino escapar; seguramente, con la intención de pedir auxilio al rey. Le explicaría algún cuento —todo menos la verdad—, para ponerlo en contra de las personas que la ayudaron.

—Querías que volviera y aquí me tienes —espoleó un poco más su ira con la esperanza de que eso le hiciera olvidar su cobardía.

Russell apretó los puños y comenzó a avanzar hacia ella.

—Te crees que me has vencido, pero lo único que conseguirás será condenar a todos los traidores que te apoyan. Has provocado su ruina con tu debilidad.

Liz le mantuvo la mirada y la postura erguida, ignorando el dolor y el temblor que sacudía su cuerpo. No iba a permitir que se diera cuenta de cuanto lo temía.

—¿Mi debilidad es no querer morir sin luchar? ¿Más debilidad que escabullirte como un cobarde cuando tus guerreros mueren en tu nombre?

Russell gruñó con la cara roja de furia.

—Este clan me pertenece, soy su *laird* por derecho. Da igual lo que pretendas con todo esto, nunca podrás librarte de mí.

—Los únicos que están de acuerdo contigo son los maleantes que trajiste, el resto, solo te sigue por miedo y lealtad al clan. Las personas que deberían respetarte te desprecian. ¡Y yo también lo hago!

Russell, rabioso como un animal herido, corrió hacia ella. Sus pasos eran feroces, sin estrategia, solo empujado por el odio.

Los dos guerreros que lo acompañaban iban tras él, poniendo la situación a su favor.

Sin embargo, Liz no retrocedió. No iba a darle el gusto de demostrarle miedo. Ya no.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —oyeron la voz de Morrigan rasgar el aire. Había logrado desembarazarse de los maleantes con los que luchaba cuando vio escapar a Russell y lo siguió.

Con la espada en alto y esa melena negra flotando al viento, parecía casi la imagen irreal de una guerrera de leyenda.

—¡No permitiremos que la toques! —declaró Ellie, que también había desenvainado su propia espada, pese a no ser tan diestra con ella como su amiga.

—¡Acabad con ellas! —les ordenó a sus hombres—. Pero no toquéis a mi esposa. ¡Ella es mía!

Aquella afirmación estremeció a Elizabeth.

Morrigan comenzó a luchar con fiereza. Movía la espada con agilidad, como en una danza de golpes, a la vez que esquivaba los envites de los dos guerreros. El primero que se atrevió a enfrentarla recibió un corte en el muslo, no obstante, el segundo era más ágil y diestro.

Liz, que apreciaba que estaba en desventaja, le dijo a Ellie:

—Ve a ayudarla.

—¿Pero tú…?

—Yo estoy bien —le aseguró interrumpiéndola de manera apresurada—. ¡Ve!

La joven dudó por unos instantes. Finalmente, corrió junto a su amiga de toda la vida para ayudarla a enfrentar a sus adversarios.

Russell sonrió de manera sombría.

—Ahora ya no tienes a nadie detrás de quien esconderte.

Ella le devolvió la sonrisa. Una sonrisa valiente y segura, que repateó a su esposo.

—Nunca me escondí, y eso es algo que no soportas. Te hubiera gustado doblegarme, hacer que me arrodillara ante ti, pero eso nunca sucederá. Jamás me rendiré ante un ser sin honor ni principios como tú, y no permitiré que sigas maltratando a mi gente.

Russell soltó un grito furioso y alargó una mano para intentar derribarla. Liz, con las fuerzas que le quedaban, logró esquivarlo y arañarle el rostro dejando la marca de sus uñas en él.

Russell trastabilló y maldijo.

—¡Maldita sea! ¡Este es mi castillo y mi clan!

La herida del hombro de Liz comenzó a sangrar de nuevo de manera más copiosa tras sus bruscos movimientos. Aun así, se mantuvo erguida y firme.

—Nunca lo fue —lo contradijo—. Es mi hogar, mi gente y mis tierras. Tú solo te las quedaste por casarte conmigo y ser un hombre, pero se acabó. Llegó el momento de liberarnos de tu yugo.

En ese momento escuchó gritar a Ellie y volvió la mirada hacia ella. Vio que la habían herido en el brazo, no obstante, Morrigan atacó con furia al maleante que lo hizo, tras lo cual, giró sobre sí misma y le cortó el cuello con precisión.

Russell se percató de que comenzaba a perder el control de la situación, gritó y fue hacia Elizabeth.

Liz, a pesar de tener las fuerzas menguadas por la pérdida de sangre, echó a correr.

El cielo, que parecía estar también en guerra, empezó a descargar una tromba de agua sobre sus cabezas. El barro y la lluvia dificultaban sus pasos, pero no se detuvo.

Russell iba tras ella, gritando su nombre con la voz cargada de odio.

Liz logró ocultarse detrás de un árbol viejo y se cubrió la boca para no hacer ningún ruido. La herida le palpitaba, aunque lo que más le dolía era pensar que Russell lograra huir y llegara hasta Nicky. Eso no iba permitirlo.

—¡No puedes esconderte! —vociferó—. ¡El bosque no te ocultará para siempre! ¡Te encontraré y te mataré como debí hacer hace años!

Oía sus pesados pasos romper ramas cerca de ella, que tenía el corazón acelerado. Se sentía al borde del desmayo.

—Y después, cuando termine contigo, iré a por ese bastardo que quieres hacer pasar por mi hijo. ¡Vincent era mi único descendiente!

Russell seguía buscándola entre las sombras que comenzaba a proyectar el sol al ocultarse en el horizonte.

—Nicky… Hasta la forma en que lo llamabas era patética. Sin embargo, cuadra con el fantoche débil y afeminado que criaste. ¡Un llorón! No es capaz de soportar un solo golpe sin derramar lágrimas. Me hará feliz poder moldearlo a mi antojo cuando ya no estés para mimarlo. O se endereza o no le permitiré vivir hasta la edad adulta para avergonzarme.

Las crueles y venenosas palabras de su esposo, impregnadas de desprecio hacia su hijo, rompieron algo dentro de Elizabeth. El dolor acumulado por años se convirtió en impulso.

Salió de su escondite emitiendo un grito de impotencia y se abalanzó sobre él. No como una guerrera como podía ser Morrigan, sino como una madre dispuesta a cualquier cosa por defender a su hijo. Lo empujó con todas sus fuerzas y lo arrojó al suelo.

Russell cayó de espaldas, sorprendido por su ataque, y resopló.

Liz se colocó sobre él, golpeándolo sin parar. Por Nicky, por todo lo que dijo de él, por cada vez que la golpeó, por cuando pretendió hacerla creer que no valía nada…

—Intentaste convertirme en la sombra de lo que era. Me encerraste dentro de mí con cada golpe y castigo al que me sometiste, pero no lo lograste porque no soy débil. Me subestimaste y eso será tu perdición.

De repente, Russell le asestó un puñetazo en toda la cara y se la quitó de encima, dejándola desorientada y mareada. Entonces, él se colocó sobre su cuerpo, rodeándole el cuello con ambas manos y presionando cada vez un poco más.

—Eres mía y jamás te librarás de mí. Ni en esta vida… ni en la siguiente.

Liz sentía que su vida se apagaba, y entonces, se le vinieron a la memoria las palabras de Jenn cuando le entregó la daga:

«Nunca más permitas que nadie te arrincone. Tú vales más que eso».

Buscó con dedos temblorosos el puñal y cuando alcanzó el mango, lo apretó con fuerza. Con un último gesto desesperado, lo clavó en el costado de Russell.

Él se quedó con el rostro congelado y los ojos cargados de incredulidad. Su boca intentó formar una palabra, pero solo emergió un hilo de sangre.

Cayó a un lado, agonizante, y por fin Liz logró volver a respirar. Sentía el cuerpo extenuado y su alma temblando de alivio. Llevaba el vestido empapado con su propia sangre y con restos de la del demonio que durante años fingió ser su esposo.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas al saber que acababa de dejar atrás las cadenas invisibles, los gritos y el miedo.

Y lo más importante de todo…, por fin su hijo podría ser libre y feliz.

CAPÍTULO 28

La batalla terminó con ellos proclamándose como vencedores.

Arthur, sin perder tiempo, corrió hacia donde dejó a Liz y Ellie; no las encontró. Trató de seguir su rastro, pero la lluvia lo había borrado.

Con desesperación, comenzó a buscarla y unos minutos después la encontró junto al cuerpo sin vida del malnacido de su esposo.

Estaba empapada, con la cara amoratada y el vestido cubierto de sangre. Cada paso que daba para aproximarse a ella hacía que su corazón latiera con más fuerza.

Se arrodilló junto a ella con las manos temblorosas y acarició su rostro. Percibió que la respiración de la joven era demasiado lenta.

—¿Liz? —susurró.

Ella dirigió sus ojos hacia él y sonrió débilmente.

—Lo logré…, por fin Nicky y yo somos libres.

Arthur tragó saliva para tratar de deshacerse del nudo que atenazaba su garganta.

—Jamás dudé que lo conseguirías.

De soslayo, vio que Morrigan y Ellie llegaban hasta ellos. Ambas mujeres los observaron con ojos de pesar.

Aun así, Arthur solo podía centrarse en Elizabeth y lo mucho que se había enamorado de ella.

—Te amo, Liz —declaró con la voz quebrada—. Creo que lo supe desde la primera vez que mis ojos se posaron sobre ti, pero aún más cuando descubrí la mujer valiente, generosa y dulce que eres. No puedo imaginar un mundo en el que no te tenga a mi lado.

Estoy cansado de huir de mis fantasmas y me gustaría detenerme y pasar el resto de mi vida junto a ti.

Una lágrima furtiva resbaló por la mejilla de la joven antes de sonreírle.

—No sabía si te atreverías a admitirlo —susurró casi sin aliento —. Yo también te amo.

Arthur se inclinó y besó con suavidad sus fríos labios.

—Por favor, quédate conmigo —le suplicó.

Liz apenas tuvo fuerzas para abrir la boca y tratar de responderle, antes de perder el conocimiento.

Arthur la cargó en sus brazos y, a grandes zancadas, se dirigió al castillo seguido por las otras dos mujeres, que no se atrevían a pronunciar palabra. De un puntapié abrió el enorme portón, sobresaltando a algunas de las sirvientas que se arremolinaban en el vestíbulo.

—Llamad a la curandera —les ordenó.

Una de ellas bajó sus ojos hacia Elizabeth y se llevó una mano a la boca. Por su palidez y el modo en que su cabeza colgaba hacia atrás, parecía muerta.

—Enseguida —respondió echando a correr para hacer lo que le pidió.

—¿Dónde puedo acomodarla? —le preguntó a otra de las jóvenes sirvientas.

—Acompañadme —le dijo, y subió escaleras arriba hasta conducirlo a una confortable alcoba.

La dejó con delicadeza sobre la enorme cama adornada con cortinas púrpuras y se arrodilló junto a ella.

—Lucha, Liz —le rogó—. Regresa conmigo.

Por un instante, como si lo hubiera escuchado, entreabrió los ojos. Su mirada no parecía enfocarle.

—Nicky —balbució—. Necesito abrazarlo por última vez.

—No digas eso, vas a sobrevivir. No permitiré que mueras.

—Prométeme que lo traerás a mi lado.

Incapaz de negarle nada en esas circunstancias, murmuró:

—Te doy mi palabra.

Sin embargo, no supo si llegó a escucharlo, porque, de nuevo, perdió la consciencia.

La puerta se abrió de repente y Bethany, la curandera, entró a la habitación.

—Déjeme trabajar, muchacho —le ordenó a Arthur.

El *highlander* se puso en pie.

—Ella… no está nada bien —murmuró.

La anciana asintió.

—Aun así, conozco a mi señora y sé que tiene fuego en su interior. Es luchadora y no va a rendirse fácilmente.

Arthur asintió y se hizo a un lado para dejarla trabajar.

Bethany comenzó a examinar sus ojos con manos sabias y mirada serena. Vio las marcas de dedos en su cuello y el moretón de su rostro. Después se centró en la herida que dejó la flecha en su hombro. Aún no había dejado de sangrar y ese era el problema.

—Está muy débil, ha perdido demasiada sangre.

Puso un emplaste sobre la herida, tras lo cual, la vendó.

Prosiguió examinando de manera exhaustiva a Elizabeth. Presionó su vientre y frunció el ceño.

—La herida de flecha es profunda y está bastante golpeada, pero hay algo más…

El hombre la observaba conteniendo la respiración.

—Si mi experiencia no me falla, aseguraría que la señora está embarazada.

Arthur sintió como el mundo se detenía. Tomó una gran bocanada de aire mientras el corazón retumbaba con fuerza contra su pecho, como si fueran tambores de guerra. Embarazada… de él. Era su hijo el que crecía en el vientre de Liz.

—¿Está segura? —logró decir en un susurro.

—Todo lo que puedo estar dadas las circunstancias.

Arthur asintió, tragó saliva y salió de la estancia. Le costaba respirar.

Una vez en el corredor, se dobló sobre sí mismo y apoyó las manos en las rodillas, buscando el modo de llevar aire a sus pulmones.

Las imágenes de Dorothy y su hijo, muertos, le vinieron a la cabeza. De nuevo parecía verse en la misma encrucijada.

Se irguió cuando logró recobrar la compostura y cruzó todo el castillo. Salió al patio, donde buscó al capitán Raymond, que permanecía junto a Adam y Derek. Los tres lucharon a su lado hacía escasos minutos.

—¿Dónde está la señora? —inquirió Derek con impaciencia—. Vimos cómo la entrabas al castillo y parecía… —no terminó la frase.

—Está grave —respondió con sinceridad—. Y quiere poder estar junto a su hijo en el caso de que suceda lo peor.

El silencio cayó sobre ellos como una niebla pesada y densa.

—Iremos a buscarlo —aseveró Raymond tras quitarse el gorro de capitán que siempre lucía—. Pero ya sabes que el viaje es largo.

—Por eso debemos salir cuanto antes, no sé… cuanto tiempo le queda —consiguió decir Arthur.

—Ni hablar —intervino Adam—. Tú no vendrás con nosotros. Tu lugar está aquí, junto a Elizabeth. Al lado de la mujer a la que amas.

Arthur desvió sus ojos hacia él.

—Le prometí que lo traería junto a ella.

—Y nosotros te ayudaremos a que cumplas tu promesa —intervino el capitán—. No vamos a fallarte. A ninguno de los dos.

Adam avanzó un paso más y apoyó su mano sobre el hombro de Arthur.

—Te doy mi palabra de que lo traeré de vuelta y que lo protegeré con mi vida si es necesario.

Pudo ver en los ojos oscuros del proscrito que no era un juramento vano.

Asintió con lentitud.

—Cuídalo como si fuera tuyo.

—Así lo haré —aseveró antes de hacer un asentimiento de cabeza y alejarse.

Raymond y Derek se despidieron de él y siguieron los pasos de su compañero. Los miró mientras sus siluetas se perdían en el horizonte. Les quedaba una larga travesía por delante y temía que no llegaran con el niño a tiempo.

—¿Arthur? —la voz de Arran le hizo volverse hacia él—. ¿Cómo va todo?

—Liz no está bien —dijo sin más.

Arran pudo leer en las ojeras que se formaban bajo sus ojos y en las nuevas arrugas que se marcaban a los bordes de sus labios, el dolor que Arthur experimentaba en ese momento.

—Lo lamento.

—Necesito que mi sobrina venga —le suplicó—. No conozco a otra persona capaz de salvarle la vida a Liz.

Arran frunció el ceño. Lo comprendía, pero también le preocupaba poner a su esposa en peligro. Sin embargo, sabía que el deseo de Catriona sería poder ayudar a su tío, así que asintió.

—Iré a buscarla. Intentaremos regresar lo antes posible.

—No sé de cuánto tiempo dispone Liz —comentó con la voz rasgada.

Arran asintió e hizo un gesto con la cabeza hacia sus hombres; todos se dirigieron a sus caballos.

Arthur cerró los ojos y respiró hondo. Debía volver al lado de la mujer a la que amaba.

A las puertas del castillo lo esperaban Callum y Ellie. Ambos llevaban en su mirada cicatrices de la batalla que acababan de vivir.

Su sobrino dio un paso al frente mirando a su tío con pesar.

—Todo saldrá bien —le aseguró.

Arthur negó con la cabeza y sonrió con amargura.

—Eso no es cierto. Parece que estoy condenado a perder todo lo que amo.

—Cuando padre murió, tú estuviste al lado de mi madre, de mi hermana y mío. Jamás nos dejaste solos y nos ayudaste con todo lo que necesitamos. Es cierto que en la vida a veces se pierde y es posible que hayas pasado por cosas de las que no tengo ni idea. De lo que puedes estar seguro es que, pase lo que pase, siempre podrás contar con nosotros. Somos tu familia, tío, y estaremos a tu lado.

Arthur asintió, incapaz de pronunciar palabra a causa del nudo que se le formó en la garganta. Trataba de aguantar el tipo, hasta que Ellie lo abrazó con tanto afecto que no pudo evitar que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas.

—No estás solo, y sé que Liz no va a rendirse. Tiene demasiado por lo que vivir —susurró la joven contra su oreja.

El viento agitó el largo cabello rubio del *highlander*. No se sentía preparado para perder a la mujer a la que amaba y a su hijo nonato. No otra vez.

CAPÍTULO 29

La noche se tiñó de despedidas, y también de pactos silenciosos.

Duncan y Jackson decidieron ir a la corte para contarle al rey lo sucedido en el clan Fraser. Esperaban que comprendieran sus motivaciones y, para ello, los acompañarían algunos de los aldeanos de dicho clan para corroborar las maldades a las que Russell los había sometido.

El resto de sus aliados se marcharon a sus respectivos clanes, a excepción de Callum y Ellie, que decidieron quedarse junto a Arthur hasta que llegara Catriona.

Los guerreros del clan Fraser que eran leales a Elizabeth y los aldeanos comenzaron a retirar los cuerpos sin vida que estaban frente a la puerta del castillo.

Arthur no se movía del costado de la cama de Liz. Su vida pendía de un hilo tan frágil como un suspiro. La ingente pérdida de sangre que sufrió se unía su herida, que se había infectado. Su piel ardía de fiebre día y noche, y su cuerpo luchaba por resistir.

Los días fueron pasando, parecían eternos, y las noches aún más. Arthur apenas dormía por temor de despertar y encontrarla muerta.

Se tiraba horas con las manos entrelazadas a las de la joven. Le contaba historias de sus viajes, de todos los lugares que había conocido y le prometía que, si volvía de ese limbo en el que se encontraba, la llevaría a conocer mundo.

Cat llegó varios días después, al alba. Encontró a su tío en el cuarto de Elizabeth. En cuanto la vio, se puso en pie y la abrazó. Su presencia allí le trajo calma y la esperanza de que pudiera hacer algo más por ella.

Junto a la vieja Bethany, aplicaba ungüentos y cataplasmas en la purulenta herida, y le controlaba la fiebre con frías compresas impregnadas en lavanda y jengibre.

Para Arthur parecía haberse detenido el tiempo, a la espera de que Elizabeth despertara.

Y Liz… flotaba en un mundo entre sombras y recuerdos. Deliraba que corría junto a caballos salvajes, sobre campos plagados de flores y el olor del mar de fondo.

Habían pasado bastantes días cuando Nicky llegó. Irrumpió en la alcoba donde su madre descansaba y se lanzó sobre ella, abrazándola con sus pequeños brazos. El pobre pequeño lloraba desconsolado al verla en ese estado.

La piel de Liz aún ardía, pero llevaba varios días sin desvariar.

Tía Delilah se quedó mirando a sus sobrinos desde la puerta, con los ojos cargados de lágrimas y el corazón encogido por la tristeza. En cuanto se enteró de lo que había sucedido, no dudó un momento en acompañar a Nicky.

Henriette y Juliette permanecían tras ella, tomadas de la mano. Nini alzaba el mentón y sus ojos reflejaban rabia, mientras Juju lloraba en silencio, afligida por ver a su amiga en ese estado.

Arthur sintió una punzada en el alma ante la situación que acontecía frente a él. Sin decir palabra, salió de la estancia, necesitaba respirar aire fresco.

Se topó con Adam, que permanecía con la espalda apoyada contra la pared del castillo.

—Has cumplido tu palabra —le dijo con agradecimiento.

—¿Lo dudabas? —enarcó una ceja.

Arthur negó y se colocó a su lado. Dejó descansar la cabeza sobre las piedras y cerró los ojos.

—Puede que suene fatal, pero ni siquiera tuve tiempo de pensar en ello.

Adam suspiró.

—Estabas concentrado en que la mujer que te ha robado el corazón sobreviviera.

—Ni siquiera sabe que estuve a su lado —reconoció—. Ha permanecido inconsciente y delirando todo este tiempo.

—Eso no es cierto, estoy seguro de que ella sabe que estás ahí. A su lado —aseveró girando el rostro para mirarlo—. El alma es capaz de escuchar incluso cuando el cuerpo calla.

Arthur también lo miró y no pudo evitar sonreír. De hecho, era la primera sonrisa genuina que esbozaba en días.

—¿Quién me hubiera dicho la primera vez que te vi vociferando que tener a una mujer a bordo de un barco daba mala suerte, que, dentro de tu aspecto rudo y bravucón, se escondía todo un poeta?

Adam gruñó malhumorado.

—No me provoques, no me gustaría tener que romperle las piernas a un hombre en tu deplorable estado.

Arthur rio por lo bajo.

—Podéis quedaros aquí el tiempo que queráis.

—Descansaremos durante la noche y partiremos al amanecer, pero gracias. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Contáis con mi lealtad eterna.

—Lo sé —repuso Adam, consciente de que lo que decía era verdad.

***

La noche transcurría como de costumbre. Arthur permanecía junto a la cama de Elizabeth. La tenía tomada de la mano, que por primera vez en muchos días no estaba ardiendo.

—Arthur… —la voz débil de la joven, apenas audible, rompió el silencio.

Arthur se incorporó de un salto, conmocionado.

—Dios mío, Liz. ¡Estás despierta!

—¿Qué… qué ha sucedido? —se sentía confusa.

—Que has regresado de entre los muertos —respondió esbozando una sonrisa.

—Nicky…

—Está aquí —se apresuró a decir—. Llegó esta misma mañana.

Elizabeth cerró los ojos y respiró hondo. Su rostro demostraba paz.

—Gracias por cumplir tu promesa y traerme a Nicky.

Arthur amplió aún más su sonrisa.

—Creí que no llegaste a oírme.

—Lo hice. —Abrió los ojos para mirarlo—. También escuché varias historias que me contabas de tus viajes.

—Así que Adam tenía razón…

—¿Adam?

—Él y el resto de la tripulación fueron los que trajeron a Nicky.

—Debo darles las gracias en persona.

—Ya lo harás cuando mejores —se inclinó sobre ella—. Ahora, tienes que descansar para recuperar fuerzas.

Acarició su rostro con devoción antes de besarla. Era un beso cargado de anhelo y esperanza. Demostraba el amor que ambos se profesaban.

Cuando sus labios se separaron, Liz suspiró.

—Quería despertar, pero no podía. Mis párpados pesaban demasiado y solo podía pensar que necesitaba más tiempo contigo. Quería disfrutar de tu risa, de tus besos…, de tu amor.

—Ahora ya has despertado y yo estoy aquí para que hagamos todo eso que soñaste. Te llevaré a ver lugares maravillosos, todo lo que desees.

Elizabeth se sintió henchida de felicidad.

—Lo único que deseo es ser feliz.

—¿Qué te parece si voy a buscar a Nicky y a tu tía? —le preguntó con dulzura—. Seguro que les da una enorme alegría ver que estás despierta.

Liz asintió.

—Me parece una idea excelente.

Arthur volvió a besarla antes de salir por la puerta. Avanzó por el oscuro corredor con una sonrisa deslumbrante. Creyó que la perdería, pero por fin regresó a su lado.

Justo cuando iba a dar la vuelta a la esquina, las voces de dos sirvientas le hicieron detenerse.

—¿Qué será ahora del clan? Todo el mundo lo comenta.

—Lo más lógico sería que el hijo de la señora fuera el próximo *laird*.

—Si solo es un crío —rebatió la otra—. Necesitamos un hombre que nos dirija.

—En ese caso, imagino que puede ser ese tal Arthur Hunter. Es posible que se case con la señora y se convierta en nuestro *laird*. ¿Has visto lo guapo que es?

—Oh, vamos, Jacqueline. ¿De verdad solo te quedas con que es atractivo? Ese hombre es un trotamundos que va seduciendo mujeres allá donde va, y ahora, le ha tocado a la señora. ¿Qué dice eso de ella? ¿Y qué puede aportar ese hombre al clan?

—No lo sé… —respondió la otra dudosa.

—¡Ruina! Eso es lo que nos traerá, solo ruina. Del mismo modo que el otro hombre que nos gobernó. Parece que la señora no sabe elegir esposo.

—No seas así, Daphne. Recuerda que su padre la obligó a casarse con Russell.

—Lo mejor sería que el clan se reuniera y eligiera un *laird* entre los hombres Fraser. Yo no acepto que ese mujeriego errante nos gobierne. ¡Sería una vergüenza!

—Yo no lo veo así.

—Pues los ancianos del clan sí, y no creo que duden en hacer a un lado a la señora y a su hijo, si es preciso.

Oyó sus pasos alejarse, y entonces fue cuando dio la vuelta a la esquina. No pensó que su presencia o una supuesta unión con Liz

pudiera perjudicarla a ella o a Nicky.

Con las palabras de las sirvientas rondando su mente, golpeó con los nudillos la puerta donde el chiquillo y tía Delilah dormían. El pequeño estaba tan nervioso que la mujer decidió quedarse con él.

Unos segundos después, la mujer abrió la puerta, asustada.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó, temiéndose lo peor.

Arthur le sonrió.

—Ha despertado.

Los ojos de Delilah se llenaron de lágrimas.

—Gracias a Dios. He rezado tanto para que esto sucediera.

—Parece que sus rezos surtieron efecto —repuso con calma—. Quiere veros.

—Claro, desde luego…

Se aproximó al niño y lo zarandeó con suavidad.

—¿Tía? —inquirió con voz somnolienta.

—Tu madre ha despertado, cielo.

Los ojos grises de Nicky se abrieron de par en par.

—¡Madre! —exclamó, y salió de la cama de un salto.

Corrió hacia la habitación donde Elizabeth reposaba, seguido de Delilah y Arthur.

—Nicky —susurró Liz emocionada al verlo.

El chiquillo se arrojó a sus brazos y lloró contra su pecho, mientras su madre le acariciaba el pelo y le decía palabras cariñosas y tranquilizadoras.

Delilah se sentó al lado de su sobrina y pasó un brazo sobre sus hombros, incapaz de contener por más tiempo las lágrimas.

Arthur los observaba desde la puerta. Se veían tan felices. Iban a iniciar una nueva vida sin que la alargada sombra de Russell pesase sobre sus hombros, y lo que menos pretendía era ser él el que se convirtiera en un lastre.

Tras unos minutos, Delilah se llevó a Nicky de nuevo a la cama. Era tarde y debía reposar después del viaje tan largo que hicieron.

Entonces, Liz alargó una mano hacia Arthur para que se acercara a ella. Él avanzó y la tomó antes de sentarse al borde del colchón.

—Debes estar agotada.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Estoy bien, ya he descansado más que de sobra —le dijo con una sonrisa radiante—. Mi único deseo a partir de ahora es que iniciemos nuestra nueva vida.

Arthur notó como su corazón se encogía.

—Estoy seguro de que seréis muy felices de aquí en adelante.

Liz frunció el ceño.

—¿Seremos? —repitió—. ¿Te excluyes de esa afirmación?

Arthur se encogió de hombros y sonrió con fingida indiferencia.

—Ya sabes cómo soy, no permanezco demasiado tiempo en un mismo lugar.

Un silencio tenso se extendió entre ellos.

—Quédate —le pidió Liz a modo de súplica.

—No creo que pueda hacerlo.

La joven asintió.

—Lo comprendo —murmuró, soltó su mano y la colocó sobre su regazo—. En ese caso, iremos contigo.

Arthur sacudió la cabeza con el alma desgarrada.

—No puedes hacerlo, Liz. Tu lugar está aquí, en tu clan, protegiendo el legado que a tu hijo le pertenece por nacimiento —aseveró poniéndose en pie—. Nicky te necesita.

—¿Y tú? —Clavó sus ojos sobre él—. ¿No me necesitas?

La necesitaba más que el aire que respiraba porque la amaba, y por eso mismo, debía protegerla.

—Solo necesito un caballo y mi espada. Todo lo demás puedo dejarlo atrás sin problema.

Elizabeth se quedó mirándolo con incredulidad.

—Dijiste que no imaginabas la vida sin mí… ¿Qué ha cambiado?

—Lo dije cuando creía que morirías.

El peso de esas palabras le atravesó el corazón como si le hubiera clavado una afilada daga. Quiso gritar, decirle que la estaba destrozando, pero si él no la amaba de verdad, no tenía caso hacerlo.

—Entiendo —balbució con dignidad—. Déjame sola.

—Liz, yo…

—No tienes que justificarte —lo interrumpió—. Tenemos vidas y modos de pensar diferentes.

Arthur apretó las mandíbulas y asintió.

—Así es.

—Al final creo que sí descansaré. —Se recostó sobre el almohadón y le dio la espalda.

Arthur la miró durante unos instantes más, antes de abandonar la alcoba y cerrar la puerta con lentitud.

Mientras se alejaba, pensaba en que lo que dijo la sirvienta era cierto. «No soy más que un guerrero errante sin nada que ofrecer. No tengo tierras o una gran reputación que los Fraser pudieran admirar, tampoco riquezas…».

Liz merecía paz. Una vida llena de risas y felicidad, en su clan, con su gente. Nació para ser la mujer de un *laird,* y ahora sería la madre de uno. Estaba en su sangre, en sus genes… y él no iba a privarles de eso por puro egoísmo.

Además, Bethany dijo que, debido a las altas fiebres que padeció, era poco probable que el bebé que esperaba hubiera sobrevivido. Y más, teniendo en cuenta que una de las noches que estuvo inconsciente, tuvo un sangrado bastante abundante, por lo que la curandera dio por hecho que se trataba de un aborto.

Arthur les pidió que, si despertaba, no le dijeran nada al respecto. Quería evitarle el sufrimiento de saber lo sucedido. Sin embargo, él lo llevaba marcado a fuego en su corazón.

Parecía que su destino no era ser padre y, por lo visto, tampoco tener a la mujer que amaba a su lado.

CAPÍTULO 30

Catriona llegó al cuarto donde Elizabeth reposaba. Arthur la informó la noche anterior de que había despertado.

Se la encontró sentada en la cama, con la espalda apoyada sobre varios almohadones y una mirada triste en sus bonitos ojos azules.

—Me alegra mucho verte despierta —dijo Cat aproximándose a ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera coceado un caballo salvaje —respondió con una leve sonrisa dibujada en los labios.

—Que tengas fuerzas para bromear es una buena señal —comentó posando una mano sobre su frente para comprobar que no tuviera fiebre—. Lo que me extraña es que mi tío no esté aquí. Desde que te hirieron no se separó de tu cama ni un solo instante.

—Supongo que por algún motivo se sentiría responsable de mi bienestar.

—No creo que sea eso —la contradijo Catriona—. Lo conozco suficiente como para saber que había algo más profundo en su preocupación.

—Yo también creía conocerlo —murmuró.

Cat la miró de soslayo mientras seguía con su reconocimiento.

—¿Ha sucedido algo entre vosotros?

—Tuvimos una conversación en la que dejamos claras nuestras prioridades, y la suya es su libertad.

La pelirroja enarcó una ceja.

—Te puedo asegurar que eso no es así.

Liz frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—He visto el modo en que te mira. Está enamorado de ti. Solo había que verlo postrado al lado de tu cama, sosteniendo tu mano y rezando para que regresaras junto a él. Eso no lo hace un hombre que quiera ser libre.

—Quizá sienta algo por mí, pero no lo bastante como para renunciar a ciertas cosas.

Catriona suspiró.

—Sé que ha vivido yendo de un lugar a otro, no obstante, tenía fe en que por fin hubiera encontrado su hogar junto a ti.

—Yo también me permití pensarlo —susurró mientras retiraba las mantas de encima de sus piernas y bajaba los pies al suelo para incorporarse.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió Cat poniéndose en jarras.

—Necesito ir a agradecerles a los marineros que trajeran a Nicky junto a mí.

Catriona se puso frente a ella.

—Aún estás demasiado débil. Ya tendrás tiempo de hacerlo cuando te repongas.

—No creo que permanezcan demasiado en el clan. Son hombres de mar.

Se puso en pie y sintió un leve mareo. Parpadeó varias veces hasta que logró enfocar la vista.

—¿Me ayudarías a vestirme y adecentarme un poco? Debo tener un aspecto horrible.

Cat suspiró.

—Eres igual de tozuda que yo —bromeó yendo hacia el baúl y sacando de él un sencillo vestido en tonos tostados—. ¿Este te parece bien?

—Perfecto.

***

Liz llegó a donde estaban asentados Raymond y parte de su tripulación. Los hombres la miraron como si de un milagro se tratase.

—Parece que ni las tormentas ni el acero pudieron contigo —dijo el capitán sonriendo de oreja a oreja.

—Soy una mujer resistente —repuso con calidez.

—No debería estar levantada, señora. Ha estado entre la vida y la muerte y precisa descanso —comentó Derek con preocupación.

—He venido hasta aquí para poder agradeceros en persona todo lo que habéis hecho por mí y por mi hijo. El clan Fraser está en deuda con vosotros y abre sus puertas para acoger a quienes queráis quedaros.

»No os ofrezco ser sirvientes, sino tierras y un hogar. Tampoco me importa vuestro pasado, solo los hombres que sois ahora. Valientes, leales y honorables. Justo los guerreros que necesita este clan.

Un silencio profundo se apoderó del lugar. Algunos se miraban entre sí sin saber qué decir, mientras que otros cuchicheaban.

—No sé si es una faena mi ofrecimiento porque puedo dejarte sin parte de tu tripulación —le dijo al capitán—. Aunque esto también se extiende a ti. Estaría encantada de que decidieras quedarte.

—Lo cierto es que es difícil encontrar buenos marineros, pero aceptaré sus decisiones, sean cuales sean. En cuanto a mí…, yo amo demasiado el mar. Su libertad, el no saber qué puede depararte el siguiente amanecer… No me veo viviendo en tierra firme.

—No todos nacemos para quedarnos en un mismo lugar —murmuró con tristeza.

—Aunque prometo volver. Cada vez que mi alma necesite descanso, regresaré.

Liz tomó su mano con afecto.

—Siempre habrá un lugar aquí para ti.

Raymond sonrió e hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Yo… Me gustaría quedarme —intervino entonces Derek—. He soñado toda mi vida con poder asentarme en un lugar. Tener una casa pequeña, cultivar un huerto… quizá enamorarme de una buena joven.

Liz le sonrió.

Aquel dulce muchacho siempre la trató tan bien, y era tan amable que le gustaba mucho que decidiera quedarse en el clan.

—Te mereces eso y mucho más, y estoy segura de que aquí lograrás cumplir tus sueños.

Desvió sus ojos hacia Adam, que permanecía callado y con su habitual gesto serio.

—¿Qué hay de ti? No has dicho nada… —le instigó a decidirse —. ¿Quieres formar parte de mi clan?

Adam respiró hondo, como si estuviera en medio de una dura diatriba.

—Cuando mis pies están sobre tierras escocesas siento que puedo respirar con normalidad. Escocia es mi patria y me siento parte de ella, pero no sé si pueda dejar de lado mi pasado.

—Pertenecer a un lugar no significa olvidar lo que fuiste. Solo debes pensar en quien quieres ser ahora, en este instante.

—Quizá ni yo mismo lo sepa —reconoció—. Sin embargo, me gustaría quedarme.

Los ojos de Liz se llenaron de lágrimas. Le gustaba saber que tendría apoyos como ellos en el clan.

—Tu decisión me llena de satisfacción.

El enorme *highlander* se limitó a asentir, con las mejillas un tanto sonrojadas.

Su siguiente objetivo fue el viejo Jacob, que permanecía sentado sobre un viejo tocón. Refunfuñaba como si discutiera con el viento, con su expresión de eterno gruñón intacta.

Elizabeth se acercó despacio a él.

—¿Qué vienes a ofrecerme? —resopló—. ¿Un campo de nabos y una silla que cruje? No, gracias. Soy feliz sin tener nada.

Liz rio suavemente.

—Puedo ofrecerte también una vieja casa y un par de mantas —bromeó—. Y también la felicidad de un niño. Nicky se sentiría dichoso de tenerte cerca. Dice que tus historias son las más emocionantes que ha escuchado nunca. Te echa mucho de menos cuando no te tiene cerca.

Jacob bufó, pero pudo ver como se le escapaba una media sonrisa que camufló tras una tos falsa.

—Ese chiquillo es muy avispado para su corta edad. —Miró a Liz de reojo—. Soy viejo, no tengo nada que ofrecer a este clan.

—Claro que lo tienes. Tu sabiduría —le rebatió—. Además, Nicky nunca tuvo un abuelo con el que disfrutar. ¿Le harías el honor de hacerlo contigo?

El anciano guardó silencio durante un instante, como si luchara por dentro consigo mismo.

—Quizá sea hora de echar raíces.

Liz sintió un calor dulce en el pecho. Se acercó más a él y, sin decir palabra, lo envolvió en un tierno abrazo.

***

El sol comenzaba a descender tiñendo el cielo de tonos rojizos.

Arthur preparaba sus cosas para marcharse lo antes posible. Estar cerca de Liz y no poder tocarla era una tortura.

Llevaba todo el día debatiéndose entre acercarse a hablar con ella o dejarla ir para protegerla. Finalmente, se decantó por la segunda opción.

—¿Qué haces? —inquirió Catriona nada más traspasar el umbral de la puerta.

Arthur la miró por encima del hombro, sonriente. Esa era la expresión que siempre usaba a modo de escudo, para protegerse.

—Preparándome para partir. Te acompañaré a tu clan y después me iré a vagabundear por ahí. Ya me conoces, sobrina. Ir de un lado a otro es mi especialidad.

Cat avanzó despacio, estudiándolo.

—Eso no es una especialidad, es una huida.

—No digas estupideces —rio.

—Si son estupideces, ¿explícame por qué te vas tan rápido? ¿A qué le temes?

—No le temo a nada, pero ya está todo bien y no precisan mi presencia aquí.

Cat enarcó una ceja.

—¿Y tú? ¿Estás bien tú, tío?

—Ya me conoces, sobrina. Nada me afecta.

—Eso no es verdad —le contradijo—. He visto tu amor por Liz, sé que no estoy equivocada al respecto, y me decepciona verte escapar de esos sentimientos como un cobarde.

Arthur se volvió hacia ella y dejó de lado esa fachada alegre.

—Por eso mismo me marcho. ¿No lo entiendes? El clan Fraser está ahora en una situación complicada y Liz tiene que parecer lo suficiente respetable para que la acepten como su señora hasta que Nicky crezca.

»¿Qué crees que pasará si un hombre como yo se une a ella? ¿En qué posición la dejará a ojos de su gente? Soy un hombre errante, con fama de mujeriego y sin nada que ofrecer. ¿Quién confiaría en un *laird* como yo?

Catriona posó una mano sobre la mejilla de su tío, con lentitud.

—No podrían tener un mejor líder que tú. Eres la persona más generosa, desinteresada y leal que conozco. Además, ¿has pensado en Liz? ¿En lo que ella quiere? Es lo bastante inteligente como para decidir por sí misma sin necesidad de que tú la empujes a verte de un modo que no eres.

Arthur apretó la mandíbula.

—Lo mejor para ella es que yo no esté cerca. Ha perdido demasiado, no tengo derecho a arrebatarle nada más. Si me quedo y algo sale mal, será por mi culpa. Prefiero ser un recuerdo que duele a un presente que la decepcione.

Cat lo miró con una profunda tristeza.

—No has entendido nada del amor. Liz no quiere que seas perfecto ni alguien distinto. Lo que desea es al hombre que lloró junto a su lecho, no a este mártir que juega a desaparecer de su vida. Su corazón ya te eligió hace tiempo, no lo olvides.

Arthur gruñó y maldijo por lo bajo.

—He tomado una decisión, Cat.

—¿Y ni siquiera vas a despedirte?

—Ya nos dijimos lo que teníamos que decirnos anoche.

—¡Pedazo de alcornoque! —le soltó de repente—. Liz es fuerte y sabrá reponerse de esta decepción, pero tú…, tú te arrepentirás toda tu vida por dejar escapar a una mujer tan increíble como ella.

Se dio media vuelta y lo dejó solo en la estancia.

Arthur se quedó en silencio, con el peso de las palabras que acababa de pronunciar su sobrina como una gran losa sobre sus hombros.

¿Estaría equivocado? Lo único que tenía claro es que protegería a Liz, aunque fuera de él mismo.

***

Elizabeth miraba desde su ventana cómo Arthur cargaba el caballo con sus cosas. Catriona estaba junto a él, aunque por las miradas que le dirigía, parecía molesta por algo.

Su corazón sangraba en silencio al saber que aquella despedida era para siempre. Arthur había tomado una decisión y eso conllevaba alejarse de ella y no regresar.

La paz de la alcoba se rompió de repente de un portazo y un par de escandalosas risas.

—¡A que no sabes qué acaba de hacer Juju! —gritó Henriette mientras entraba al cuarto como un torbellino.

—¡No fue culpa mía! ¡El caballo me miró raro! —respondió Juliette detrás de ella, con hojas en el pelo y manchas de barro en el vestido.

Liz las observó divertida.

—¿Un caballo te ha mirado raro? —preguntó con una ceja enarcada.

—Sí, con cara de sospecha. Como si yo fuese una contrabandista de zanahorias.

Nini se dejó caer sobre la cama de Elizabeth en medio de un ataque de tos.

—Tocó por detrás a la pobre bestia e hizo que se asustara, por eso la empujó y cayó en medio de ese charco —explicaba la hermana mayor—. Y eso no fue lo peor.

—¡Oh, cállate! —le rogó Juliette tapándose la cara con ambas manos, avergonzada.

—Salpicó al viejo Fergus, que dormitaba cerca, y ahora asegura que su único cometido para estar aquí es hacerle la vida imposible.

—Sus palabras literales fueron: «¡Que los dioses me lleven si vuelven a dejar a esta muchacha cerca de una criatura de cuatro patas! ¡Su único cometido en este clan es hacerme la vida imposible!» —repitió Juju, contagiada por las carcajadas de su hermana.

Las tres mujeres rieron con la anécdota.

Era tan refrescante tener a Henriette y Juliette en el clan. Ambas eran pura energía y vitalidad, y contagiaban de alegría a quien estuviera con ellas.

—¿Qué mirabas con tanta atención desde la ventana? —inquirió entonces Juju asomándose a ella—. ¡Oh, ya veo! —exclamó tras observar a Arthur—. Es francamente hermoso. ¿Está bien describir a un hombre como hermoso? —preguntó, llevándose un dedo al mentón, pensativa.

—Es una pena que se marche —comentó Nini—. Ese hombre nos salvó a todas nosotras. Es una buena persona a pesar de las habladurías.

Liz entrecerró los ojos y se volvió a mirarla.

—¿Qué habladurías?

—No creo que sea buena idea decírselo —terció Juliette con cara de circunstancia.

—¿Por qué no? Es su clan y debería estar al tanto de todo lo que sucede en él —la contradijo Henriette.

—¿Podéis contármelo de una vez? —dijo Liz con impaciencia.

Nini se puso en pie y se plantó frente a ella con el rostro serio.

—Las malas lenguas dicen que si te unes a Arthur perderás el respeto del resto del clan. No lo consideran digno de ser su *laird* por su fama de mujeriego y trotamundos. Incluso piensan en darte la espalda si eso sucede.

Elizabeth apretó los labios.

¿Sería posible que el eco de esas malintencionadas palabras hubiera llegado a oídos de Arthur? ¿Era por eso que se alejaba de ella? ¿Trataba de protegerla?

De repente, todo encajó en su mente. Aquella era la pieza que le faltaba, ya que no lograba entender su brusco cambio de actitud.

Se alzó las faldas y, con paso apresurado, abandonó la estancia.

—¿A dónde vas, Liz? —gritó Henriette mientras la perseguía.

—¿Ves cómo le han afectado tus palabras? —le reprochó su hermana yendo tras ellas—. Te dije que no debías contarle nada.

Elizabeth no las escuchaba, solo quería llegar hasta Arthur antes de que se marchara. Tenía que asegurarse de que no se iba por los motivos equivocados.

Si no la amaba lo suficiente, lo aceptaría, pero no se quedaría con la duda de si ese amor era tan grande que incluso prefería sacrificar su felicidad para protegerla.

—¡Arthur! —soltó en tono solemne en cuanto puso los pies fuera del castillo.

El aludido se volvió hacia ella con lentitud, con una mano puesta sobre los cuartos traseros de su caballo.

Liz lo miraba con la respiración agitada y los ojos encendidos.

—¿De verdad vas a irte de este modo? —empezó a decir con la voz temblorosa—. ¿Me dejarás vivir con el anhelo de lo que pudo ser

y no fue?

—Liz…

Ella alzó una mano para callarlo. No quería que respondiera, quería que antes escuchara todo lo que tenía que decirle.

—Sabía cómo eras antes de que mis sentimientos por ti florecieran. No me enamoré de un hombre perfecto, pero sí del que peleó a mi lado sin importarle las consecuencias, del que no dudó ni un segundo en venir en mi auxilio cuando le pedí ayuda… Me enamoré del hombre que me sostuvo la mano cuando estaba entre la vida y la muerte, y del que, cuando desperté, me miró como si su vida empezara y terminara conmigo.

Se acercó unos pasos más, hasta estar a escasos centímetros de él.

—Uno de los motivos por los que luché por vivir fue por ti. Y si ahora te vas porque no me amas…, porque estar conmigo no es suficiente…, lo entenderé. Sin embargo, si los motivos son otros, te suplico que no lo hagas. —Sus ojos se nublaron a causa de las lágrimas contenidas—. Quédate conmigo —susurró con la voz tomada.

Arthur apretó los labios y le acarició la mejilla.

—Liz, no me obligues a pasar por esto —balbució emocionado.

—Dicen que, si me uno a ti, no seré digna de estar al frente de este clan, que todos dudarán de mi buen juicio. No obstante, ¿qué es mejor para liderar un pueblo, que hacerlo con el corazón?

Se volvió hacia los sirvientes, aldeanos y los pocos guerreros que observaban la escena, y alzó más la voz.

—¡Escuchadme todos! —dijo con la apostura erguida de una reina—. Sé que nuestro clan no está en su mejor momento y que muchos dudáis de mi criterio. Que en Arthur solo veis a un forastero que no tiene hogar fijo, a alguien que, en apariencia, no aportará nada a nuestro clan, pero yo os digo: ¡mirad más allá!

»Arthur no es solo un hombre que empuñó su espada por protegerme a mí y a mi hijo. Es quien ha sangrado junto a vosotros, ha cabalgado días enteros para echar de nuestras tierras a ese

monstruo que nos aterraba y a sus secuaces, el que ha honrado cada palabra dada… Y, aun así, lo que más vale de él no es lo que se mide por las batallas que ha peleado. Es su lealtad, su compasión, su humanidad, su coraje… ¿Qué mejores cualidades para un *laird*?

»Durante mucho tiempo acepté que otros decidieran por mí. El esposo que debía tener, el comportamiento que era apropiado, mi forma de vestir, de mirar o de hablar… ¡Eso ya se acabó! Hoy os hablo como esa mujer que estuvo al borde del abismo y sobrevivió, y nadie más decidirá por mí. Nadie silenciará lo que mi corazón grita.

Entonces se giró hacia Arthur, cuyos ojos brillaban con fuego contenido.

—Lo más inteligente por vuestra parte sería aceptar a este hombre como *laird*, pero sea como fuere, no me importa, porque yo lo quiero como esposo… y no solo eso, también como compañero y como el padre de mis hijos.

Los murmullos crecieron entre los Fraser. Primero se alzó un puño tímido, seguido del eco de la aprobación a todo lo que Liz había pronunciado. Poco a poco, esos susurros se fueron transformando en un rugido que rompía viejas cadenas. Los Fraser habían decidido. Aceptarían lo que eligiera su señora, y no por obligación, lo harían por respeto y admiración.

—¿Y qué dices tú? ¿Serás quien lidere este clan? —le preguntó a Arthur con un temor que le atenazaba el alma.

Se acercó a ella y colocó ambas manos sobre sus hombros.

—No puedo aceptar lo que propones.

Elizabeth sintió que de repente se quedaba sin aire. Los Fraser dejaron de aclamar y el sonido del viento era lo único que se escuchaba.

Después de todo…, ¿se rendía? ¿Se había equivocado y no la amaba como pensó? Esas preguntas rondaban la mente de Elizabeth como un torbellino.

—No seré su líder porque ya tienen uno… a ti —sentenció entonces con una sonrisa de oreja a oreja.

Se inclinó a besarla con tal pasión que el vello de la nuca de Liz se erizó.

—No quiero gobernar —prosiguió cuando logró separarse de ella—. Quiero ver cómo lo haces tú. Eres todo lo que necesitan: fuerza, templanza, corazón… Tú eres el pilar de este clan y yo solo quiero ser tu aliado. Acompañarte en este camino y abrazarte cuando lo necesites. Puede que yo sea el *laird* de nombre a partir de ahora, pero tú serás la señora del castillo y de mi corazón.

»Y por supuesto que quiero ser el padre de tus hijos. Y no solo de los que estén por venir, también de Nicky. Vosotros sois mi familia y quiero pasar el resto de mi vida cuidándoos.

Tras aquella declaración, Liz rompió a llorar. Estaba muy emocionada y, por primera vez en su vida, sintió que alguien la veía mucho más allá de su hermoso rostro. Arthur había enumerado sus cualidades y hecho ver que era valiosa.

Para él no era una simple mujer, era la persona destinada por nacimiento a gobernar a los Fraser, y pensaba hacerlo lo mejor que supiera. Además, no lo haría sola, tendría a Arthur para acompañarla en el camino de la vida, que, a partir de ahora, pintaba que estaría llena de felicidad.

EPÍLOGO

Después de ese día, la vida floreció de nuevo en el clan Fraser. Y no solo en las tierras, que parecían más fértiles, o en los muros que reconstruyeron tras la batalla, también en los corazones de la gente que latían con nuevos propósitos dentro de ellos.

Liz caminaba por los jardines con su prominente vientre. Resultaba que no perdió al bebé como Bethany pensó. Este se agarró con fuerza a la vida, del mismo modo que hizo su madre.

Nicky era feliz ante la perspectiva de convertirse en hermano mayor, y desde que el viejo marinero se instaló en el clan, ambos se volvieron inseparables.

Jacob, con sus dedos nudosos y su voz ronca, le enseñaba cómo dar forma a la madera para tallar bonitas figuras de animales. Asimismo, lo instruyó sobre el arte de crear muñecos de cuerda a los que les daban nombres y se iban amontonando sobre la cama del niño.

Incluso había aprendido a contar historias con esa magia que solo el anciano sabía transmitir. Era adorable verlos juntos, como abuelo y nieto, forjando un vínculo irrompible.

Tía Delilah, por su parte, se marchó unos días después de que Elizabeth despertara y prometió regresar cuando el bebé hubiera nacido. Raymond se ofreció a acompañarla, por lo que esperó a que estuviera lista para partir.

No sabía por qué, pero Liz intuía que entre los dos existía una llama que esperaba que se animaran a explorar.

Arthur se había convertido en un *laird* admirado por los Fraser. Era generoso con sus gentes, les ayudaba en lo que podía; por primera vez en muchos años, no tenían miedo de ir en su busca para

explicarle sus problemas. Y él nunca se negaba a cargar sacos para una viuda o a reparar la rueda del carro del viejo Fergus.

A su lado casi siempre iba Adam. Se había convertido en su mano derecha y entre los dos se forjó una sólida amistad. Se apoyaban el uno al otro y se pedían consejo si era preciso.

Derek los seguía a todas partes. Admiraba a los dos guerreros y quería aprender de ellos. Se convirtieron en su ejemplo a seguir.

Catriona también regresó a su hogar cuando se aseguró de que Elizabeth estaba fuera de peligro. Se sentía feliz por su tío, y de saber que por fin encontró el amor y un hogar en el que asentarse, aunque echaría de menos las largas temporadas que pasaba en su clan o en el de su hermano.

Incluso el rey se mostró comprensivo con lo sucedido. Cuando Jackson y Duncan llegaron a la corte acompañados de algunos aldeanos y guerreros Fraser, y le explicaron todo, se dio cuenta de que Russell confundió liderazgo con tiranía y eso no era lo que quería para su reino.

Henriette y Juliette también se convirtieron en figuras clave dentro del clan. Y, en especial, para Liz, que nunca tuvo amigas tan cercanas.

Juju, con una flor en la mano, daba vueltas sobre sí misma y suspiraba con ojos soñadores.

—Yo quiero un amor tan bonito como el que tienen Liz y Arthur. ¡Oh, *mon Dieu*! Él la mira como si fuera la obra de arte más hermosa que hubiera visto jamás.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—¿*Amour*? Eso no va conmigo —aseveró Nini—. El amor es como la sopa.

—¿Cómo la sopa? —inquirió Liz divertida.

—Ajá —asintió—. Es delicioso cuando está caliente y aburrido cuando se enfría. Por no hablar de los peligros que acarrea si acabas quemándote.

Elizabeth y Juliette se echaron a reír ante su ocurrencia.

—El amor verdadero no es algo tan banal —terció Elizabeth—. No es solo flores y palabras bonitas. Es tener un compañero con el que resistir los días grises, elegir quedarse cuando las cosas se ponen difíciles… El amor se trata de cuidar sin perderte a ti misma en el camino. Yo amo a Arthur no porque todo sea fácil, sino porque no dejo de creer que merece la pena luchar por lo que tenemos.

Juju suspiró soñadora.

—¿Crees que yo pueda vivir algo así?

—No tengo ninguna duda —le aseguró con una sonrisa tierna.

—Algún tabernero habrá que no le importe cargar con una mujer a la que odian todos los animales —bromeó su hermana.

Juju la fulminó con la mirada.

—¡No me odian!

—Claro que no —ironizó—. Solo quieren cornearte, cocearte y morderte por cortesía.

—¡Eres lo peor! —soltó echando a correr tras ella.

Ambas se alejaron a la carrera entre risas y burlas.

Elizabeth negó con la cabeza, divertida y sonriente.

Con paso tranquilo, comenzó a subir la colina. Desde allí podía ver el castillo en el que nació, los árboles que había alrededor, la gente que paseaba y hablaba alegremente, ya sin miedo a represalias.

Respiró hondo y se dio cuenta de cuánto tiempo pasó sin poder hacerlo de verdad, desde la tranquilidad y la paz. Sin peso en el pecho, sin miedo.

Por fin sabía que su clan estaba bien, su hijo no crecería bajo la sombra de un monstruo y dentro de ella crecía una nueva vida que hacía que su felicidad fuera aún más completa.

No supo cuánto tiempo permaneció allí contemplando su hogar, fueron las palabras de Arthur lo que la sacaron de su ensoñación:

—Así que estabas aquí. —Se colocó detrás de ella y la rodeó con sus brazos fuertes y cálidos, tocándole la prominente tripa con suavidad—. Llevaba un rato buscándote.

—Disfrutaba de las vistas.

Su amado esposo apoyó el mentón sobre su hombro.

—¿Te importa si te acompaño?

—Me encanta que lo hagas —aseveró girando el rostro para dedicarle una sonrisa afectuosa.

De repente, la asaltó un miedo que llevaba presente desde que se casaron, pocos días después de que Arthur decidiera quedarse.

—Arthur…, ¿eres feliz?

Él la tomó por los hombros y la volvió para mirarla a los ojos.

—Claro que lo soy. ¿A qué viene esa pregunta?

—Sé que eres un hombre al que le gusta explorar mundo, que eso te ofrecía mil paisajes, y ahora… solo tienes acceso a uno. Por eso, si alguna vez decides marcharte por un tiempo, no me opondré. Te esperaré aquí, junto a nuestros hijos.

Una sonrisa lenta se dibujó en el atractivo rostro masculino.

—Liz, yo viajaba para huir de mis fantasmas, pero ya no lo necesito. Solo quiero estar a tu lado y al de la familia que juntos estamos formando. Así que, te juro por esta tierra que me acoge, por el hijo que tenemos y por el que viene en camino, y por mi amor por ti, que soy más feliz de lo que nunca llegué a imaginar.

»Si alguna vez vuelvo a partir, será contigo. Y no para escapar, sino para que tú también descubras las mismas maravillas que yo. Mi hogar no es un lugar, mi hogar tiene un nombre y es el tuyo.

Elizabeth lo rodeó con los brazos y lo besó con el corazón henchido de la misma felicidad que Arthur sentía.

Y así, en una tierra que un día fue su prisión sin barrotes, tuvo la certeza de que el destino no se busca, te encuentra. Ellos se eligieron el uno al otro, no por deber o por comodidad, por amor. Un amor que no dolía, sanaba. Un amor que los acompañaría por el resto de sus vidas.

FIN

BOOKS BY THIS AUTHOR

Hasta Que Llegaste Tú

Megan es la hija pequeña del laird MacLeod.
Meg es una joven valiente, impulsiva y una experta con el arco, muy apreciada por toda la gente de su clan.Pero toda su vida cambia cuando su hermana Aline muere de forma repentina y tiene que tomar su lugar de ser desposada por Ian, laird de los Mackenzie. Aquella boda había sido pactada hacía muchos años para traer la paz a sus respectivos clanes y no llevar la unión a cabo, podría poner fin a dicha tregua.Pero Megan no se parece en nada a su dulce y sumisa hermana mayor, por lo que Ian deberá aprender a lidiar con aquella pelirroja, tan terca como decidida.
¿Serán capaces de entenderse? Sin duda Ian deberá recordar que jamás se puede enjaular a un ave salvaje.

El Demonio Escocés

Tras varios años de enfrentamientos entre ingleses y escoceses, los reyes Etelredo y Edgardo decidieron que sería bueno comenzar a unir sus reinos a base de enlaces entre algunos importantes lairds y damas inglesas de buena buena cuna.
Ese es el motivo por el que Broc, que jamás pensó en volver a

contraer matrimonio, viaja a una tierra que odia para ir en busca de la prometida que han elegido para él. Lo que no esperaba era que la damita inglesa que él creía que encontraría, es en realidad una belleza deslumbrante, de lengua afilada y más terca que una mula. Willow, por su parte, está furiosa por tener que unirse a aquel gigante escocés con aspecto de salteador de caminos y que parece fulminarla con sus ojos negros cada vez que la mira.

¿Podrán llegar a entenderse?
Y lo más importante, ¿aquel fuego que parecía nacer dentro de ellos cada vez que estaban juntos acabaría consumiéndoles?

Enamorada

Las hermanas Chandler llevaban varios años presentándose en sociedad sin ningún éxito, ya que los posibles pretendientes la rehuían, pues la familia Chandler era un tanto peculiar.
Un día, en una de las pomposas fiestas a las que su madre las obligaba a asistir, Grace se vio atrapada en una de las típicas fechorías de su hermana gemela y, quedó envuelta en una sinfín de mentiras, con uno de los solteros más codiciados de todo Londres.

James Sanders, duque de Riverwood, era un hombre serio, atractivo y con una vida bien organizada. Podía obtener a la mujer que quisiera y siempre conseguía lo que quería. Hasta que una joven descarada y testaruda volvió su mundo patas arriba, sin que apenas pudiera darse cuenta.

¿Podría Grace salir ilesa del embrollo en que la habían metido?
¿Sería capaz James de no volverse loco con las múltiples personalidades de aquella mujer?
Y, lo más importante, ¿podrían controlar el torrente de pasión que sentían cada vez que estaban juntos?

Jugando Con FUEGO

Luke Turner es el tipo de hombre que me prometí evitar a toda costa.

Arrogante, increíblemente guapo y con un talento especial para sacarme de mis casillas desde el instante que se presentó como un «héroe» para apagar un incendio en mi apartamento (provocado por un incidente tan embarazoso que prefiero olvidar).

Por si fuera poco, ahora se ha mudado al ático de mis sueños. ¿Destino? Más bien una cruel burla del universo.

Él insiste en que nuestras discusiones son divertidas; yo estoy convencida de que es el rey de los capullos.

Lo peor de todo... Cada día que paso cerca de él siento que estoy, literalmente, jugando con fuego y me temo que voy a quemarme.

Menos Lobos, Caperucita

—¡Que te den, imbécil!

Eso gritaba tras mi encontronazo con aquel mojabragas musculoso y con los ojos más azules que vi jamás, pero también el tío más capullo que me hubiera echado a la cara.
¿Que acababa de atropellarle? Pues sí, pero tampoco hacía falta ser tan borde, ¿no?

En fin, mi nombre es Azahara y vengo a este pequeño pueblo a trabajar como enfermera para escapar del acoso de mi ex y en busca de paz mental.

¿Lo conseguiré? Tengo serias dudas y temo estar metiéndome en la boca del lobo.